«Una voz poderosa y necesaria.» **Malala Yousafzai**

Abi Daré

La ladrona de palabras



NOVELA

DUOMO NEFELIBATA

La ladrona de palabras

NEFELIBATA

ABI DARÉ

La ladrona de palabras

Traducción de Miguel Alpuente

Duomo ediciones
Barcelona, 2026

Título original: *The Girl With The Louding Voice*

© 2020, Abi Daré
© de la traducción, 2026 Miguel Alpuente
© de esta edición, 2026 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: mayo de 2026

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87574-32-1
DL: B 1.754-2026

Diseño de interiores: Agustí Estruga
Composición: Grafime S. L. | www.grafime.com
Ilustración y diseño de cubierta: Elsa Suárez
Conversión a formato digital: Ebuuky

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico —incluyendo las fotocopias y la discusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Nota a la edición en español: en el original de esta novela se utiliza un inglés no estándar propio de personas poco instruidas y con peculiaridades habituales en Nigeria, producto sobre todo de la mezcla con las lenguas locales, pero al mismo tiempo diferente del *pidgin* que se habla de modo generalizado en el país. En la traducción se ha procurado transmitir en cierta medida esa característica con la inclusión de algunas inexactitudes, redundancias, deformaciones e incorrecciones léxicas y gramaticales, por considerarlo un rasgo estilístico fundamental de la novela.

A mi madre, la profesora Teju Somorin, no solo por ser inteligente y hermosa y haberse convertido, en 2019, en la primera mujer en dar clases de Tributación en Nigeria, sino también por hacerme comprender la importancia de instruirse y por sacrificar tanto para que yo pudiera tener la mejor educación posible.



PRÓLOGO

Nigeria es un país situado en el África occidental. Con una población de algo menos de 180 millones de habitantes, constituye el séptimo país más poblado del mundo. De hecho, uno de cada siete africanos es nigeriano. Es, además, el sexto exportador mundial de petróleo y cuenta con un PIB de 568 500 millones de dólares, lo que lo convierte en el país más rico de África. Por desgracia, más de cien millones de nigerianos se hallan en situación de pobreza y sobreviven con menos de un dólar al día.

Libro de hechos sobre Nigeria,
del pasado al presente, 5.ª edición, 2014



CAPÍTULO 1

Esta mañana, papá me llama al salón.

Está sentado en el sofá sin cojín y mirándome. Papá tiene esa forma de mirarme algo rara. Parece como si fuera a zurrarme porque sí, como si yo tuviera caca en la boca y al abrirla se fuera a llenar todo el sitio de mal olor.

—¿Padre? —digo, y me pongo de rodillas con las manos en la espalda—. ¿Me has llamado?

—Acércate —dice papá.

Sé que quiere decirme algo malo. Se ve en sus ojos; tiene las bolas de los ojos como piedras marrones borradas por estar mucho tiempo al sol caliente. Tiene los mismos que cuando me dijo, hace tres años, que me iba a quitar de estudiar. Entonces yo era la mayor de mi clase y todos los niños siempre me llamaban «tita». De verdad, de verdad que ese día que dejo el colegio y el que mi mamá se muere son el peor día de mi vida.

Cuando papá me dice que más cerca, no hago caso porque nuestro salón es igual de pequeño que un coche Mazda. ¿Qué quiere, que me acerque y me arrodille dentro de su boca? Así que me quedo igual, de rodillas donde estoy y esperando a que diga lo que tiene en la cabeza.

Papá hace un ruido con la garganta y se echa atrás en el respaldo de madera del sofá sin cojín. El cojín se ha podrido porque el más pequeño, Kayus, se le ha meado mucho encima. Lo que ha meado este niño desde bebé parece cosa de una maldición. El pipí

estropeó el cojín y mamá obligó a Kayus a ponérselo de almohada para dormir.

Tenemos una tele en el salón, pero no funciona. Born-boy, el mayor, la encontró en un cubo de basura hace dos años, cuando trabajaba en un trabajo de basurero en el pueblo de al lado. Solo la ponemos ahí para decorar. Hace bonito, ahí colocada como un príncipe guapo en nuestro salón, en el rincón de al lado de la puerta principal. Hasta le ponemos un florero pequeño encima, como una corona en la cabeza del príncipe. Cuando viene una visita, papá hace como que funciona y dice: «Adunni, ven a poner las noticias de la noche para que las vea el señor Bada». Y yo contesto: «Papá, es que no encuentro el mando a distancia». Y entonces papá sacude la cabeza y le dice al señor Bada: «Vaya niños inútiles, que ya han vuelto a perder otra vez el mando. Venga, vamos a sentarnos afuera y a beber y a olvidar las desgracias de nuestro país, Nigeria».

El señor Bada debe de ser idiota de remate si no se da cuenta de que es una trola.

También tenemos un ventilador de pie. Le faltan dos aspas, así que con el aire que echa te sigues muriendo de calor en el salón. A papá le gusta sentarse enfrente del ventilador cuando se hace de noche; cruza los pies por los tobillos y bebe de la botella que es ahora su mujer desde que mamá se ha muerto.

—Adunni, tu mamá se ha muerto —dice papá después de un rato. Me llega el olor a bebida de su cuerpo mientras me habla. Hasta cuando no está bebiendo, la piel y el sudor le huelen igual.

—Sí, papá, ya lo sé —digo yo.

¿Para qué me dice algo que ya sé? ¿Algo que me ha hecho un agujero en el corazón y lo ha llenado con un ladrillo de dolor que arrastro conmigo a todas partes? ¿Cómo voy a olvidar que mi mamá me tosía sangre en la mano, roja y espesa y con burbujas de baba, todos los días durante tres meses? Cuando por la noche cierro los ojos para dormir, todavía veo la sangre, a veces hasta noto su sabor salado.

—Ya lo sé, papá —digo otra vez—. ¿Ha pasado algo más también malo?

Papá suspira.

—Nos mandan que nos vayamos.

—Que nos vayamos ¿dónde?

A veces papá me da preocupación. Desde que mamá se murió, dice cosas sin pies ni cabeza y a veces habla solo, y llora solo también cuando cree que nadie lo oye.

—¿Quieres que te traiga agua para el baño de la mañana? —pregunto—. También hay comida para la mañana, pan fresco y cacahuetes garrapiñados.

—El alquiler de la comunidad son trenta mil naira —dice papá—. Si no pagamos, tenemos que buscarnos otro sitio para vivir.

Treinta mil naira es mucho, pero que mucho dinero. Sé que papá no va a encontrar tanto aunque busque por toda Nigeria, porque ni siquiera tenía para la tasa de mi escuela, que son siete mil. Era mamá la que pagaba la escuela y el dinero del alquiler y de la comida y el dinero de todo antes de morirse.

—¿Dónde vamos a encontrar tanto dinero? —pregunto.

—Morufu —dice él—. ¿Lo conoces? Vino aquí ayer. A verme.

—¿Morufu el taxista?

Morufu es un viejo taxista de nuestro pueblo con cara de macho cabrío. Aparte de dos mujeres, tiene cuatro hijas que no iban a escuela. Solo corrían por ahí por el arroyo del pueblo con las bragas sucias, pescando envases de azúcar con un cordel y jugando al *suwe*[1] y a las palmitas hasta casi pelarse la piel de las manos. ¿A qué venía Morufu a casa? ¿Qué buscaba?

—Sí —dice papá con sonrisa toda tiesa—. Buen hombre, ese Morufu. Qué sorpresa ayer cuando va y me dice que nos paga el alquiler. Todo, las trenta mil.

—¿Y eso es bueno? —Hago la pregunta porque no entiendo, porque yo sé que ningún hombre paga el alquiler de otro si no es porque quiere algo. ¿Por qué Morufu nos va a pagar el alquiler? ¿Qué quiere? ¿O es que le debe dinero a papá de antes? Miro a papá con ojos llenos de esperanza de que no sea lo que estoy pensando —. ¿Papá?

—Sí. —Papá espera, traga saliva y se seca el sudor de la frente—. El dinero del alquiler es… parte de tu *owo-ori*.

—¿Mi *owo-orí*? ¿Quieres decir mi precio de novia?

Y ya se me está rompiendo el corazón, porque solo tengo catorce años, casi quince, y no me voy a casar con un idiota de viejo, porque lo que yo quiero es volver a escuela y aprender el trabajo de maestra y convertirme en mujer adulta con dineros para conducir un coche y vivir en una casa bonita con cojines en el sofá y ayudar a mi papá y mis dos hermanos. No quiero casarme ni con hombres ni con chicos ni con nadie, nunca; así que le pregunto otra vez a papá, hablando muy despacio para que me entienda bien cada palabra y no se me engañe al contestar.

—Papá, ¿ese precio de novia es por mí o por otra persona?

Y mi padre dice que sí con la cabeza, lento, muy lento, sin importarle las lágrimas que tengo en los ojos ni mi boca tan abierta mientras dice:

—El precio es por ti, Adunni. Te casas con Morufu la semana que viene.

---

1. Juego infantil habitual en Nigeria y similar a la rayuela. (*N. del T.*)



CAPÍTULO 2

Cuando el sol baja del cielo y se esconde bien hondo en la grieta de la noche, me siento en mi estera de rafia, me aparto la pierna de Kayus de los pies y apoyo la espalda en la pared de nuestro cuarto.

La cabeza me lleva apedreando la mente con muchas preguntas desde la mañana, preguntas que no encuentran respuestas. ¿Qué significa ser la esposa de un hombre con dos esposas y cuatro niñas? ¿Por qué Morufu quiere otra mujer además de las dos que ya tiene? Y papá ¿cómo es que quiere venderme a un viejo sin pensar nada en cómo me siento? ¿Por qué no mantiene lo que le prometió a mamá antes que se muriese?

Me froto el pecho, donde tantas preguntas me están haciendo daño, me pongo de pies con un suspiro y voy a la ventana. Afuera, la luna está roja, suspendida muy baja en el cielo, como si Dios se hubiera quitado un ojo enfadado y nos lo hubiera tirado a nuestro recinto familiar.[2]

Hay luciérnagas en el aire esta noche, sus cuerpos hacen guiños de luz de muchos colores, verde y azul y amarillo, todas bailando y parpaleando en la oscuridad. Hace mucho, mamá me dijo que las luciérnagas siempre traen mensajes buenos a la gente por la noche. «Una luciérnaga es el ojo de un ángel —dijo—. ¿Ves esa de ahí, Adunni, la que está en la hoja de aquel árbol? Esa nos trae un mensaje de dinero». No sé qué mensaje nos quería traer esa luciérnaga, pero estoy segura de que dinero no trajo.

Cuando mamá se murió, se me apagó una luz por dentro. Me quedé en esa oscuridad muchos meses hasta que un día Kayus me encontró en el cuarto donde me apenaba y lloraba y, con ojos redondos llenos de miedo, me rogó que dejara de llorar porque si lloro a él le duele el corazón.

Ese día, cogí la pena y la encerré en mi corazón para poder ser fuerte y cuidar a Kayus y a papá. Pero a veces, como hoy, la pena me sube del corazón y pega su lengua a mi cara.

Algunos días, cierro los ojos y veo a mamá con forma de rosa: una rosa amarilla y roja y morada de hojas brillantes. Y si huelo la rosa muy fuerte también me llega el olor de mamá: el olor dulce de un rosal plantado alrededor de un arbusto de menta, del jabón de coco de su pelo después de bañarse en las cascadas de Agan.

Mi mamá tenía un pelo largo que se peinaba en trenzas con hilo negro y se enrollaba alrededor de la cabeza como una cuerda gorda, como si llevara dos o tres ruedas pequeñas en la cabeza. A veces se quitaba las trenzas y el pelo le caía por la espalda y entonces yo se lo podía peinar con su cepillo de madera. Y a veces me quitaba el cepillo, me hacía sentarme en un banco, afuera al lado del pozo, y entonces me enrollaba a mí el pelo con tanto aceite de coco que luego yo iba por todo el pueblo oliendo a fritanga.

No se hizo vieja, mi mamá, solo tenía cuarenta años antes de morir, y cada día siento un dolor en el alma por su risa y su voz tranquilas, por lo suaves que eran sus brazos y por los ojos que decían más palabras que ella habló nunca por la boca.

No se pasó enferma mucho tiempo, gracias a Dios. Solo seis meses y medio de toser y toser hasta que la tos le comió toda la carne y le dejó los hombros como el pomo de la puerta de nuestro salón.

Antes de la mala enfermedad, mamá siempre estaba de trajín. Siempre haciendo esto y aquello para cualquiera del pueblo. Freía cien *puff-puff*[3] cada día para venderlos en el mercado de Ikati y, a veces, cogía cincuenta de los mejor dorados en el aceite caliente y me decía que se los llevara a Iya, una anciana que vivía en el pueblo de Agan.

No sé muy bien cómo es que Iya y mamá se conocían ni cuál era su nombre de verdad, porque Iya es la palabra yoruba para una mujer mayor. Solo sé que mi mamá siempre me mandaba a darle comida a Iya y a las otras ancianas enfermas de los alrededores de Ikati: *amala*[4] caliente y sopa de okra con cangrejos o judías y *dodo,*[5] con el plátano suave y aceitoso.

Una vez, le llevo *puff-puff* a Iya después que mamá estaba demasiado mala para ir muy lejos y, cuando llego a casa por la noche y le pregunto a mamá por qué sigue enviando comida a la gente cuando está demasiado mala para ir lejos, ella me dice:

—Adunni, debes ser buena con otra gente, aunque no te encuentres bien, aunque todo el mundo a tu alrededor no esté bien.

Fue mamá quien me enseñó a rezarle a Dios, a ponerme hilo en el pelo, a lavarme la ropa sin jabón y a cambiarme la ropa interior cuando mi visitante del mes vino la primera vez.

Se me pone una bola en la garganta ahora cuando oigo su voz en mi cabeza, lo débil y flojo que hablaba cuando le rogaba a papá que no me diera a ningún hombre para casarme si ella moría de su enfermedad. Oigo también la voz de papá, temblando de miedo, pero luchando por ser fuerte al contestarle:

—Para ya con esa tontería de morirte. Aquí nadie se muere de nada. Adunni no se casará con ningún hombre, ¿me oyes? Irá al colegio y hará lo que tú quieres que haga, ¡te lo juro! ¡Tú ponte buena rápido y ya está!

Pero mamá no se puso buena rápido y ya está. Se murió dos días después de hacerle papá esa promesa y ahora me voy a casar con un viejo porque papá se está olvidando de todo lo prometido a mamá. Me caso con Morufu porque papá necesita dinero para comida y el alquiler y no sé qué más.

Noto la sal de las lágrimas al recordarme de todo eso y, cuando vuelvo a la estera y cierro los ojos, veo a mamá como una rosa. Pero esa rosa ya no tiene amarillo ni rojo ni morado ni hojas brillantes. Esa flor tiene el marrón de una hoja mojada, una hoja que pisotean los pies sucios de un hombre que olvida la promesa que le hizo a su mujer muerta.

2. Estos recintos, que en Nigeria llaman *compounds*, son un grupo de construcciones en los que suele vivir la unidad familiar en sentido amplio (padres, hijos, abuelos, tíos…). *(N. del T.)*

3. Bolas de masa frita similares a los buñuelos y típicas de Nigeria. *(N. del T.)*

4. Alimento tradicional nigeriano en forma de bola a base de harina de ñame, yuca o plátano y que se sirve como acompañamiento. *(N. del T.)*

5. Plátano macho frito típico en Nigeria. *(N. del T.)*



CAPÍTULO 3

No pude cerrar ojo en toda la noche con tanta pena y recordamiento.

Al primer canto del gallo, no me levanto para empezar mi día de barrer o lavar ropa o moler judías para la comida de papá. Me quedo tumbada en la estera con los ojos cerrados y escucho todos los ruidos que me rodean. Escucho el grito de un gallo en la distancia, un quejido muy triste; a los mirlos de nuestro mango que cantan felices su canción de cada mañana. Escucho igual de lejos a alguien, un granjero a lo mejor, que golpea con un hacha contra el culo de un árbol, chas, chas, chas. Escucho el roce de escobas en el suelo de un recinto mientras una mamá de otro recinto dice a sus hijos que se despierten y vayan a lavarse, y que usen agua de la tina de barro y no del cubo de hierro.

Los ruidos son los mismos todas las mañanas, pero hoy cada sonido es un golpe al corazón, un recuerdo malvado de que mi boda está más cerca.

Me incorporo. Kayus sigue dormido en la estera. Tiene los ojos cerrados, pero parece que está entre despertarse o no. Ha tenido ese temblorcillo de párpados todo agitado desde el día que enterramos a mamá, girando la cabeza a derecha e izquierda y con los párpados tremoleantes. Me acerco, le pongo la palma de la mano en los ojos y le canto una cancioncilla suave al oído hasta que se queda quieto.

Kayus solo tiene once años. Es de portarse mal muchas veces, pero tiene mi corazón. Soy yo a quien le viene a llorar cuando los chicos de la plaza del pueblo se le ríen y le dicen que le gusta pelearse con gatos, porque Kayus siempre estaba malo de pequeño y papá lo llevó a un sitio donde le rajaron las mejillas con navaja tres veces así y asá, una marca para sacarle fuera el espíritu de la enfermedad. Cuando miras a Kayus, parece que venga de pelearse con un gato grande y que el gato le haya arañado las mejillas con las uñas.

Soy yo la que enseña a Kayus todo el trabajo de escuela que me sé, los mases y los menos y también ciencias y sobre todo lengua, porque papá no tiene tampoco dinero para las tasas de escuela de Kayus. Soy yo la que le dice que tiene un futuro brillante con solo que ponga ganas de aprender.

¿Quién va a cuidar de Kayus cuando me case con Morufu? ¿Born-boy?

Suspiro, miro a mi hermano mayor, Born-boy, que duerme en la cama con cara enfadada. Su verdadero nombre es Alao, pero nadie lo llama así. Born-boy es el mayor, el primero que nació, así que papá dice que es un respeto que duerma en la única cama del cuarto que compartimos los tres. No me importa. La cama tiene un colchón fino de espuma lleno de agujeros que las chinches usan de cocina y váter. A veces, ese colchón huele como el sobaco de los albañiles de la plaza del mercado, que levantan la mano para saludarte y el olor que sale te puede matar de golpe.

¿Cómo va Born-boy a cuidar de Kayus? No sabe cocinar ni limpiar ni nada, solo el trabajo de mecánico. Y tampoco le gusta sonreír ni reír y, con diecinueve años y medio, parece igualito que un boxeador, con esas manos y piernas como ramas de un árbol gordo. A veces trabaja toda la noche en Kassim Motors y, cuando vuelve a casa por la noche muy tarde, solo se tira a la cama y se duerme. Ahora está roncando, cansado, y todas sus respiraciones son un disparo de aire caliente en mi cara.

Me quedo mirando a Born-boy un momento, viendo cómo le sube y le baja el pecho con un ritmo sin canción, y después me giro hacia Kayus y le doy dos palmaditas suaves en el hombro.

—Kayus, despierta.

Kayus abre un ojo primero, luego el segundo. Siempre hace eso cuando quiere despertarse: primero un ojo, luego el segundo un momento después, como si tuviera miedo de que abrir los dos ojos a la vez le haga sufrir un problema.

—Adunni, ¿has dormido bien? —pregunta.

—Bien, sí —miento—. ¿Y tú?

—Yo bien no —dice, sentándose a mi lado en la estera—. Born-boy dice que te casas con Morufu la otra semana. ¿Me está bromeando?

Le cojo la mano, fría y pequeña en la mía.

—No es broma —digo—. La semana que viene.

Kayus dice que sí con la cabeza arriba y abajo, se estira los labios con los dientes y los muerde. No dice ni mu después de eso. Solo se muerde los labios y me agarra la mano fuerte y aprieta.

—¿Vas a volver alguna vez después de la boda? —pregunta—. ¿Para enseñarme? ¿Y para cocinarme el arroz con aceite de palma?

Encojo los hombros.

—El arroz con aceite de palma no es difícil de cocinar. Solo lavas el arroz en agua tres veces y lo dejas que se remoje en un cuenco. Luego coges un pimiento fresco y… —Me paro porque las lágrimas me están llenando la boca y me cortan las palabras y me hacen llorar—. No quiero casarme con Morufu —digo—. Por favor, ruega a papá por mí.

—No llores —dice Kayus—. Si tú lloras entonces yo lloraré también.

Yo y Kayus nos cogemos las manos fuerte y lloramos sin ruido.

—Escápate, Adunni —dice Kayus, secándose las lágrimas, los ojos muy abiertos y llenos de esperanza y también miedo—. Escápate lejos y escóndete.

—No —digo, negando con la cabeza—. ¿Y si el jefe del pueblo me coge cuando me escapo? ¿No te acuerdas de Asabi?

Asabi es una chica de Ikati que no quería casarse con un viejo porque tenía un amor de verdad con Tafa, un chico que trabajaba en el mismo Kassim Motors con Born-boy. Al día siguiente de la boda, se iba a escapar con Tafa, pero no llegaron lejos. A Asabi la cogen

delante de la frontera y la muelen a golpes. ¿Y Tafa? Al pobre lo cuelgan como a un pollo en la plaza del pueblo y luego arrojan el cuerpo al bosque de Ikati. El jefe del pueblo dijo que Tafa estaba robándole la esposa a otro, que debía morir porque en Ikati todos los ladrones tienen que sufrir y morir. El jefe del pueblo dijo que tenían que encerrar a Asabi en un cuarto durante ciento tres días, hasta que aprenda a sentarse en casa de su marido y no escaparse.

Pero Asabi no aprendió nada. Después de los ciento tres días encerrada en el cuarto, Asabi dice que no va a salir más. Así que allí sigue hasta hoy, mirando las paredes, arrancándose pelos de la cabeza y comiéndoselos, quitándose pestañas y escondiéndolas en el sostén, hablando sola y con el espíritu de Tafa.

—A lo mejor puedes venir a jugar conmigo a la casa de Morufu —digo—. Y te puedo ver en el arroyo también, o en el mercado, en cualquier sitio.

—¿Tú crees? —pregunta Kayus—. ¿Y si Morufu no me deja ir a jugar contigo?

Antes que se me ocurra qué contestar, Born-boy se gira en sueños, las piernas todas despatarradas, y suelta un trueno que llena el aire de un olor a rata muerta.

Kayus se aguanta la risa y se tapa la nariz con la mano.

—A lo mejor casarse con Morufu es mejor que quedarse en esta casa con Born-boy y la peste de sus pedos.

Le aprieto la mano y me esfuerzo para llevar una sonrisa a mis labios.

Espero a que Kayus se vuelva a dormir antes de salir del cuarto.

Afuera me encuentro a papá sentado en el banco de la cocina, cerca del pozo. La mañana empieza ya a iluminarse y el sol, que acaba de salir de su sueño, es como medio círculo naranja que se asoma por detrás de una tela oscura en el cielo. Papá no lleva ninguna camisa puesta; solo los pantalones, sin zapatos en los pies. Está mordiendo un palito en un lado de la boca, con la radio negra en una mano y en la otra una piedra para darle golpes a ver si se despierta. Todas las mañanas hace eso de despertar a la radio,

desde que nació Kayus, así que yo me agacho sobre la arena y me pongo las manos en la espalda y espero a que la radio se despierte.

Papá pega con la piedra en un lado de la radio tres veces, toc, toc, toc, y la radio hace un chisporroteo. Pasa un rato y una voz de hombre dice en la radio: «¡Bueeenos días! Esto es la OGFM 89.9. ¡La emisora para la nación!».

Papá escupe el palito a la arena, a mi lado, y me mira como con ganas de darme un bofetón en la cabeza por inclinarme delante suya.

—Adunni, estoy intentando de oír las noticias de las seis de la mañana. ¿Qué pasa?

—Buenos días, papá —digo—. No hay judías en casa. ¿Puedo ir a pedirle a la mamá de Enitan?

Tengo judías hinchándose en una lata de agua en la cocina, pero necesito hablar con alguien de esta boda que viene, porque Enitan y yo hemos sido muy amigas desde que aprendimos el abecé y a contar el 1, 2, 3. Su mamá tiene, además, una granja pequeña y muchas veces le gusta darnos judías, ñame y *egusi*,[6] y nos dice que ya le pagaremos cuando tengamos dineros.

Papá me sorprende cuando se ríe y dice:

—Espera.

Deja la radio en el banco muy suave, pero la radio chisporrotea dos veces y entonces se para en seco de golpe. Se le quita la fuerza. Se acabó la voz del OGFM 89.9. Se acabó la emisora para la nación. Papá mira la radio un momento, la caja negra que ahora está muda, y entonces lanza un bufido y de un porrazo la tira del banco y la estrella contra el suelo.

—¡Papá! —digo, llevándome las dos manos a la cabeza—. ¿Por qué estropeas la radio, papá? ¿Por qué? —La tele nunca funcionó y, ahora, de la radio solo queda un plástico rompido del que salen cables amarillos, rojos y marrones.

Papá lanza otro bufido, levanta la nalga izquierda y se mete la mano en el bolsillo de atrás del pantalón. Saca dos billetes de cincuenta naira y me los da. Abro mucho los ojos, mirando ese dinero sucio y suave y que apesta a *siga.*[7] ¿De dónde saca papá

dinero para darme? ¿De Morufu? Se me retuerce el corazón mientras doblo los naira para ponérmelos en el borde de mi *wrapper.*[8]

No digo «gracias padre».

—Adunni, óyeme bien —dice papá—. Tienes que pagar las judías con ese dinero. Luego le dices a la mamá de Enitan que después de tu boda, yo, tu papá —se da una palmada en el pecho que parece que quiera matarse—, le voy a pagar todo lo que nos ha ido dando. Todo, se lo pagaré todo. Cada naira. Aunque cueste mil naira, lo pago todo. Le dices eso, ¿me oyes?

—Sí, señor.

Mira el desparrame de la radio en el suelo y tuerce la boca con una sonrisa tiesa.

—Y luego compraré una radio nueva. Una buena. A lo mejor hasta una tele nueva. Un sofá con cojines. Un nuevo… ¿Adunni? —Gira el ojo hacia mí, arruga fuerte la cara—. ¿Qué estás mirando? ¡Vete ya! ¡Venga!

No abro la boca y me voy de delante suyo.

La senda de la casa de Enitan es una línea estrecha de arena fría y húmeda que va por detrás del río, con arbustos tan altos como yo a la izquierda y a la derecha. El aire en esa parte del pueblo es siempre frío, aunque brille el sol en el cielo. Voy cantando al andar, manteniendo la cabeza y la voz bajas porque, detrás de los arbustos, hay niños del pueblo riendo mientras se lavan y chapalean en el río. No quiero que nadie grite mi nombre para preguntarme por estúpidos planes para una boda sin sentido, así que les doy prisa a los pies y giro a la derecha al final de la senda, donde piso otra vez tierra seca y está el recinto de Enitan.

La casa de Enitan no es como la nuestra. A la granja de su mamá le va bien, así que en el último año o así han empezado a cubrir el barro rojo de la casa con cemento y a arreglarla, y ahora tiene un sofá con cojines y una cama con un colchón bueno y un ventilador de pie que no hace ruido cuando gira. Su tele es buena también. A veces hasta coge las películas estranjeras.

Me encuentro a Enitan detrás de la casa, sacando un cubo del pozo con una cuerda fuerte. Espero a que lo deje en el suelo antes de decir su nombre.

—¡Ah! ¡Pero mira quién ha venido a mi casa tan tempranito! —dice, levantando la mano para saludar—. ¡Adunni, la nueva esposa!

Cuando inclina la cabeza, le doy una torta justo en medio de la cocorota.

—¡Para! —digo—. No soy esposa. Todavía no.

—Pero te vas a casar pronto —dice, y tira de su *wrapper* a la altura del pecho para secarse la frente con el borde—. Solo quería hacerte un saludo especial. Mira que a veces te gusta ser antipática, Adunni. ¿Qué te preocupa esta mañana?

—¿Dónde está tu mamá? —pregunto.

Si su mamá está en la casa, entonces no puedo hablar con Enitan de la boda, porque su mamá es la peor de todas para entender por qué no quiero casarme con un viejo. La última vez que me oyó decirle a Enitan que tengo miedo que eso pase, va y me tira de las orejas y me dice que me coma mis palabras de miedo y dé gracias a Dios si llego a tener un hombre que me cuide.

—En la granja —dice Enitan—. Ah, creo que sé por qué estás triste. Ven. Tengo unas judías en…

—No vengo a por comida —digo.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara tan preocupada?

Bajo la cabeza.

—He estado pensando… rogarle a mi papá que me deje no casarme con Morufu. —Hablo tan bajo que casi no me oigo ni yo—. ¿Puedes venir y rogarle conmigo? Si vienes, a lo mejor cambia de opinión en todo esto.

—¿A rogar a tu papá? —Noto algo fuerte en su voz, algo confundido, enfadado también—. ¿Por qué? ¿Porque tu vida va a cambiar para mejor?

Clavo las uñas de los pies en la arena y noto el pinchazo de una piedra afilada en el dedo gordo. ¿Por qué nadie entiende por qué no quiero casarme? Cuando aún estaba en la escuela y era la mayor de toda mi clase, Jimoh, un chico bobo de la clase, siempre se reía de mí. Un día voy a sentarme en mi mesa y Jimoh me dice:

—Tita Adunni, ¿por qué vas todavía a la escuela primaria cuando todas tus amigas van a la secundaria?

Sé que Jimoh quería verme llorar y hacerme sentir mal por no poder empezar a estudiar a tiempo como los otros niños, pero yo miro a ese chico del demonio a los ojos y él me devuelve la mirada. Le miro de arriba abajo esa cabeza en forma de triángulo que tiene y él me mira a mí. Entonces saco la lengua y me tiro de las dos orejas y digo:

—¿Y tú por qué no estás en una tienda de bicis si tu cabeza parece un sillín de bici?

La clase, ese día, retembló con tantas risas de los niños y yo me sentí muy lista hasta que la maestra pegó con la regla en la mesa tres veces y dijo:

—¡Silencio!

En los años que estuve en la escuela, siempre tenía una respuesta para la gente que se reía de mí. Siempre luchaba por mí, siempre tenía la cabeza alta porque sé que estaba en la escuela para aprender. Aprender no es tener esta edad o la otra. Cualquiera puede aprender, así que yo solo continué aprendiendo y continué sacando buenas notas en mi trabajo y, cuando me estaba mejorando en el más, en el menos y en el inglés, entonces papá dice que tengo que parar porque no tiene dineros para las tasas de la escuela. Desde entonces, intento no olvidar mi educación. Hasta he estado enseñando a niños y niñas pequeños del pueblo el abecé y el 1, 2, 3 en los días de mercado. No saco muchos dineros por dar clase, pero a veces las mamás de los niños me dan veinte naira o una bolsa de maíz o un cuenco de arroz o unas sardinas en lata.

Todo lo que me dan lo cojo, porque me gusta enseñar a esos niños. Me gusta la manera en que sus ojos están siempre tan brillantes, sus voces tan gritonas cuando digo: «¿La M de…?». Y entonces ellos: «M de manzana, MAN-ZA-NA», aunque ninguno hemos visto nunca una manzana a simple vista como no sea en la tele.

—¿Y quién va a enseñar ahora a los pequeños del pueblo los días de mercado?

—Los niños ya tienen cada uno su mamá y su papá. —Enitan se cruza la mano en el pecho y pone los ojos en blanco—. ¡Y cuando tengas tus propios niños ya les enseñarás!

Me muerdo los labios para aguantar las lágrimas dentro de los ojos. El matrimonio es algo bueno en nuestro pueblo. Muchas chicas quieren casarse, ser la mujer de alguien, o de cualquiera; pero yo no, Adunni no. Me he estado rompiendo la cabeza desde que papá me dijo lo de esta boda, pensando que hay opciones mejores que ser la mujer de un viejo, pero no hay manera de que mi cabeza tenga ideas para cooperar conmigo. Hasta se me ha ocurrido escaparme, irme lejos, pero ¿dónde voy a ir que mi papá no me encuentre? ¿Cómo voy a dejar a mis hermanos y mi pueblo así como así? Y ahora ni siquiera Enitan entiende cómo me siento.

Levanto la cabeza, le miro la cara. Ella misma ha querido casarse desde que tenía trece años, pero creo que, como tiene el labio de arriba doblado y torcido a la izquierda por un accidente de cuando era pequeña, nadie le habla de matrimonio a su papá. Enitan no se preocupa de estudios ni de libros de aprender. Está contenta solo con hacer trenzas de pelo y ahora está pensando en empezar un negocio de maquillaje mientras espera a que venga un marido para ella.

—¿No puedes venir y rogar a mi papá por mí? —digo.

—¿Rogarle para qué? —Enitan sopla un soplido fuerte y dice que no con la cabeza—. Adunni, sabes que esto es bueno para tu familia. Piensa en lo que has sufrido desde que tu mamá… —Suspira—. Sé que no es lo que quieres. Sé que te gusta la escuela, pero piensa bien, Adunni. Piensa en cómo tu familia estará mejor por esto. Aunque ruegue a tu papá, sabes que no me hará caso. ¡Te juro que, si encuentro a un hombre como Morufu que se case conmigo, estaré de lo más feliz! —Se tapa la boca con una mano y se ríe con risa tímida—. Mira, así voy a bailar en mi boda. —Y se pellizca la tela por las rodillas, se la levanta y empieza a clavar la punta de los pies, poniendo uno delante del otro, izquierdo, derecho, derecho, izquierdo, en una canción que solo ella puede oír—. ¿Te gusta?

Pienso en papá rompiendo la radio esta mañana, en cómo está planeando comprar cosas nuevas con el dinero de Morufu.

—¿Te gusta? —vuelve a preguntar Enitan.

—Bailas como si estuvieras mala de las dos piernas —le digo a Enitan con una risa que parece demasiado exagerada, demasiado grande para mi boca.

Se baja la tela, se aprieta el dedo contra la mandíbula y mira al cielo.

—¿Qué puedo decir para poner contenta a esta Adunni, eh? ¿Qué puedo…? ¡Ah! Ya sé lo que te pondrá contenta. —Me coge la mano y empieza a arrastrarme adelante de su casa—. Ven a ver los maquillajes finos, finísimos que estoy planeando usar para tu boda. ¿Sabes que hay lápices de ojos de color verde? ¡Verde! Ven que te enseñe. ¡Cuando veas todo, verás qué contenta te pones! Y, después, podemos ir al río y…

—Hoy no —digo, y me suelto de su mano y me giro para esconder las lágrimas—. Tengo demasiado trabajo. Por todos los… preparativos de la boda.

—Entiendo —dice—. A lo mejor puedo ir a tu casa por la tarde para las pruebas de maquillaje.

Sacudo la cabeza y empiezo a alejarme.

—¡Espera, Adunni! —grita—. ¿Qué color de pintalabios cojo? ¿El rojo de una nueva esposa o el rosa de una joven…?

—Trae uno negro —digo para mí misma mientras giro la esquina —. ¡El negro del luto!

---

6. Semillas de cucurbitácea habituales en la cocina del oeste africano. *(N. del T.)*
7. Cigarrillos en lengua yoruba. *(N. del T.)*
8. Vestimenta tradicional africana consistente en una tela enrollada al cuerpo. *(N. del T.)*



CAPÍTULO 4

Dos años antes de morir mamá, un coche se mete en nuestro recinto y frena delante de nuestro árbol de mango.

Yo estoy sentada bajo el árbol, lavando la camiseta de papá, y cuando el coche se para yo también dejo de fregotear, me sacudo el jabón de la mano y me quedo mirando el coche. ¿Es algún ricacho el dueño de este coche, negro y brillante y con ruedas grandes y faros como los ojos de un pez dormido? Se abre la puerta del coche y sale un hombre, y con él sale un olor de aire condicionado y *siga* y perfumes. Alto como nunca he visto, la piel marrón como cacahuetes tostados, y su cara fina y la mandíbula larga me hacen pensar en un caballo bonito. Lleva un pantalón bordado verde y un gorro también verde en la cabeza delgada.

—Buenos días. Estoy buscando a Idowu —dice, hablando muy rapidísimo con voz suave—. ¿Está por aquí?

Idowu es el nombre de mi madre. Ella nunca solía tener visitas, solo las cinco mujeres de la comunidad de rezo para esposas de la iglesia, el tercer domingo de cada mes.

Me pongo la mano de tejadillo contra el sol de la mañana.

—Buenos días, señor —digo—. ¿Y quién la busca?

—¿Está por aquí? —pregunta otra vez—. Me llamo Ade.

—Ha salido —digo—. ¿Quiere sentarse a esperar, señor?

—Lo siento, no puedo —dice—. Solo he venido al pueblo de Ikati a visitar la tumba de mi abuela. Ella…, eh…, falleció mientras yo

estaba en el extranjero. Se me ocurrió saludar a tu madre de camino de vuelta al aeropuerto. Vuelo esta noche.

—¿Volar? ¿En avión? ¿Al Estranjero? Ya había oído algo de ese Estranjero, de la Amrica y el Londres. Hasta lo he visto a veces dentro de la tele, mujeres y hombres de pieles amarillas con nariz de lápiz y pelo como cordel, pero nunca he visto a nadie antes a simple vista. Los he oído alguna vez en la radio, hablando rápido muy rápido, usando el inglés como con un poder especial para confundir a todo el mundo.

Miro a este hombre alto y fino, a su piel que es marrón como cacahuetes tostados y su pelo negro corto que parece una esponja de espuma. No se parece a la gente del Estranjero de la tele.

—¿De dónde es usted? —le pregunto.

—Reino Unido —dice sonriendo suave, enseñando unos dientes blancos y en línea recta—. De Londres.

—Entonces, ¿por qué no es amarillo como ellos? —pregunto.

Arruga fuerte la cara y luego se ríe con ganas.

—Tú debes de ser la hija de Idowu —dice—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Adunni, señor.

—Eres tan guapa como ella a tu edad.

—Gracias, señor —digo—. Mi mamá se ha marchado lejos a saludar a Iya, su vieja amiga que vive en el pueblo de al lado. Hasta mañana no vuelve. Puedo guardarle su mensaje.

—Vaya, es una pena —dice—. ¿Puedes decirle que Ade vino buscándola? Dile que no me he olvidado de ella.

Después que se sube al coche y se va, me quedo pensando quién es este hombre y cómo conoce a mamá. Cuando mamá vuelve y le digo que el señor Ade del Estranjero del Reino Unido vino a verla, se sorprende mucho.

—¿El señor Ade? —pregunta todo el rato como si estuviera sorda —. ¿El señor Ade?

Luego empieza a llorar bajito, porque no quiere que la oiga papá. Tardo otras tres semanas en preguntarle por qué tanta sorpresa y el llorar. Me dice que el señor Ade es de familia rica. Que hace muchos años vivía en Lagos, pero que vino a Ikati para quedarse con su abuela durante las vacaciones. Un día, mamá vendía sus *puff-puff* y

el señor Ade le compra algunos. Y entonces se cae enamorado de ella. Y se cae mucho. Mi mamá dice que es su primer novio, el único hombre que ha amado. Iban a casarse los dos. Pero mi mamá no fue al colegio, así que la familia del señor Ade dice que no hay boda. Cuando el señor Ade dice que se matará si no se casa con mamá, su familia lo encierra en un avión y lo manda al Estranjero. Después que mamá llora y llora, su familia la obliga a casarse con papá, un hombre al que no quería. Y ahora él quiere hacerme lo mismo a mí.

Ese día, mamá dice:

—Adunni, como yo no fui al colegio, no me casé con mi amor. Yo quería salir de este pueblo, tener mucho dinero, leer muchos libros, pero todo eso no fue posible. —Entonces me coge la mano—. Adunni, Dios sabe que trabajaré como una burra para enviarte a la escuela, porque quiero que tengas una oportunidad en la vida. Quiero que hables inglés bueno, porque en Nigeria todos entienden inglés y, si hablas mejor inglés, mejor lo tendrás para encontrar un buen trabajo.

Tose un poco, se cambia de postura en la estera del suelo y sigue hablando.

—En este pueblo, si vas al colegio, nadie te obligará a casarte con ningún hombre. Pero, si no vas al colegio, te casarán con cualquiera nada más cumplas quince años. Tus estudios serán tu voz, niña. Hablarán por ti aunque no abras la boca. Hablarán hasta el día que Dios te llame a su lado.

Ese día, me digo a mí misma que, aunque no tenga nada en esta vida, al colegio sí que iré. Acabaré la escuela de primaria y de secundaria y de la universidad y seré profesora porque no quiero tener una voz cualquiera…

Lo que quiero es una voz fuerte.

—¿Papá?

Está sentado en el sofá con la vista fija en la tele, mirando su cara de cristal gris como si fuera a encenderse por magia para que él pueda ver las noticias de las elecciones.

—¿Papá? —Me pongo delante suyo. Ahora es de noche y en el salón solo hay una poca luz de la vela del suelo, en la que el palito blanco se va derritiendo y poniéndolo todo perdido al lado de la pata del sofá.

—Soy yo, Adunni —digo.

—No soy ciego —dice en yoruba—. Si la comida está lista, ponla en un plato y me la traes aquí.

—Necesito hablar, señor.

Me arrodillo y me abrazo a sus dos piernas. Mi mente está asustada de notar cómo esas piernas son cada vez más flacas desde que mamá se ha muerto. Parece que solo esté cogiendo la tela de los pantalones.

—Por favor, papá.

Papá es un hombre duro, siempre arrugando fuerte la cara y peleando contra todos los de la casa, y por eso quería traer a Enitan conmigo para rogarle. Cuando mi papá está en la casa, todos tienen que hacer todo como muertos. Sin hablar. Sin reírse. Sin moverse. Hasta cuando mamá no había muerto, papá también le gritaba siempre. Y hace mucho tiempo le pegó. Solo una vez. Le dio un bofetón que se le hinchó la mejilla. Dice que porque le contestó cuando él le gritaba. Que las mujeres no deberían hablar cuando hablan los hombres. No volvió a pegarle más, pero tampoco estaban muy felices juntos.

Ahora me está mirando, con la frente brillante de sudor.

—¿Qué?

—No quiero casarme con Morufu —digo—. ¿Quién va a cuidarte? Kayus y Born-boy son chicos. No pueden cocinar. No pueden lavar la ropa ni barrer la casa.

—Mañana, Morufu traerá cuatro machos cabríos a la casa. —Papá levanta cuatro dedos flacos y cuenta en inglés—: Uno, dos, tres, cuatro —dice mientras la saliva le sale volando de la boca y aterriza en mi labio de arriba—. Y trae pollos también. De los de engorde, muy caros. Y sacos de arroz, dos. Y dinero. Eso no te lo había dicho. Cinco mil naira, Adunni. Cinco mil. Yo tengo una jovencita buena en casa. A tu edad no deberías estar todavía aquí. Deberías haber parido ya al menos uno o dos niños.

—Si me caso con Morufu, eso es igual que tirar todo mi futuro a la basura. Tengo buena cabeza, papá. Lo sabes y la profesora también lo sabe. Si como sea puedo ir a la escuela, podré ayudarte cuando tenga un buen trabajo. Me da igual volver a la escuela y ser la mayor de todos en clase. Sé que puedo aprender las cosas rápido. Acabo pronto mi educación, me hago maestra y entonces tengo un salario al mes para hacerte una casa y comprarte un coche bueno, un Benz negro.

Papá sorbe por la nariz, se la limpia.

—No tenemos dinero para comida, y menos aún los trenta mil del alquiler. ¿En qué te va a ayudar ser profesora? En nada. Solo a ser una cabezota, solo eso. Y una deslenguada, como si no fueras ya bastante, ¿eh? ¿Quieres ser como Tola?

Tola es la hija del señor Bada. Tiene veinticinco años y parece un lagarto agama con pelo largo. El señor Bada la envió a la escuela de Idanra y ahora Tola trabaja en un banco de allí y tiene coche y dineros, pero marido no, no encuentra. Dicen que ha buscado uno por todas partes, pero nadie se casa con ella; a lo mejor porque parece un lagarto agama con pelo largo o a lo mejor porque tiene dineros como un hombre.

—Tola tiene muchos dineros —digo—. Y cuida al señor Bada.

—¿Sin marido? —Papá sacude la cabeza y da dos palmadas—. Dios no lo permita. Mis hijos me cuidarán. Born-boy está aprendiendo de mecánico en Kassim Motors. Muy pronto, Kayus hará como él. ¿Qué voy a hacer contigo aquí? Nada. Catorce años casi quince es muy buena edad para casarse.

Papá sorbe otra vez por la nariz y se rasca el cuello.

—Ayer precisamente Morufu me decía que, si le das un chico de primer hijo, me dará diez mil naira.

Un peso me cae encima del pecho y se junta al otro peso que ya tenía desde que mamá se ha muerto.

—Pero se lo prometiste a mamá —digo—. Y ahora estás olvidando esa promesa.

—Adunni —dice papá, negando con la cabeza—. Las promesas no pueden comerse. Las promesas no pagan el alquiler. Morufu es un buen hombre. Esto es algo bueno, una cosa para alegrarse.

Sigo rogándole a papá, sigo agarrada a sus piernas y mojándole los pies de lágrimas, pero mi papá no me oye. Solo sacude la cabeza todo el rato y dice:

—Esto es algo bueno, una cosa para alegrarse. Idowu estará contenta. Todos estarán contentos.

Cuando Morufu viene a la mañana siguiente y papá me llama para darle las gracias por los pollos y las cabras, no les hago caso. Le digo a Kayus que le diga a papá que me ha venido mi visitante del mes. Que estoy mala con dolores de barriga. Me tumbo en la estera y me tapo la cabeza con el *wrapper* de mamá mientras oigo a papá y a Morufu en el salón, abriendo el tapón de la botella de ginebra y partiendo cacahuetes.

Los oigo mientras Morufu se ríe con risa fuerte, hablando en yoruba de las elecciones del año que viene, de Boko Haram, que ha robado muchas chicas de las escuelas solo el último mes, del negocio del taxi.

Solo me quedo allí tumbada, mojando el *wrapper* de mamá con lágrimas, hasta que viene la noche y el cielo se vuelve negro como tierra mojada.



CAPÍTULO 5

Yo y Enitan estamos en el patio de atrás de nuestra casa, detrás de la cocina.

Me hace pruebas de maquillajes para la boda de mañana, palmetea polvos blancos en mis mejillas y me pinta con lápiz negro dentro de los ojos.

Nuestra cocina no es como las que veo muchas veces en la tele, con gas o cosas eléctricas. La nuestra es solo un espacio con tres troncos puestos debajo de un caldero de hierro y una palangana blanca de plástico que usamos de fregadero. Hay un banco corto de madera, el mismo en el que estoy sentada ahora, un banco muy bonito que el carpintero del pueblo, Kendo, me construyó con la madera del mango de nuestro recinto.

—Adunni, ahora pareces una auténtica *olori* —me dice Enitan, mientras me mete el lápiz en la cabeza como si fuera a herirme—. ¡La esposa del rey!

Noto la risa en su voz, la alegría de una amiga que se *orgullosea* por hacer los maquillajes de boda. Me levanta la barbilla y aprieta el lápiz en medio de la frente, como esa gente de India que vemos en la tele del centro del pueblo. Luego dibuja con el lápiz en las cejas, la derecha y la izquierda, y me pinta los labios con pintalabios rojo.

—Adunni —dice Enitan—, a la de una…, a la de dos… y a la de tres, ¡rápido! ¡Abre los ojos!

Parpadaleo y abro los ojos. Al principio no veo el espejo que Enitan se sujeta en el pecho, por las lágrimas que tengo en los ojos.

—Mira —dice Enitan—, ¿es bonito?

Me toco la cara aquí y allá, digo ah, ah, como si estuviera feliz por cómo me ha maquillado. Pero el negro de los ojos parece como si alguien me hubiera dado un codazo en el ojo.

—¿Por qué pareces triste? —pregunta Enitan—. ¿Todavía estás triste porque te casas con Morufu?

Intento contestar, pero creo que voy a ponerme a llorar y llorar sin decir nada que se entienda y despachurrar todo el maquillaje que me ha puesto en la cara.

—Morufu es un hombre rico —dice Enitan con un suspiro, como cansada ya de mí y de todos mis problemas—. Cuidará de ti y de toda tu familia. ¿Qué mejor vas a encontrar en esta vida cuando ya tienes un buen marido?

—Ya sabes que tiene dos esposas —consigo decir—. Y cuatro hijas.

—¿Y? Escucha —dice Enitan, riéndose—, ¡tienes suerte de poder casarte! Da gracias a Dios por que te pasen cosas buenas y deja ya de llorar como una boba.

—Morufu no va ayudarme a terminar la escuela —digo, con el corazón que se me hincha tanto que me hace salir las lágrimas por la cara—. Él mismo no fue a escuela. Y, si no voy a escuela, entonces, ¿cómo voy a encontrar un trabajo y tener dineros? ¿Cómo voy a tener una voz fuerte?

—Tú siempre preocupándote, ¿eh? —dice Enitan—. La escuela no significa nada en este pueblo. No estamos en Lagos. Olvídate de estudiar esto o aquello, cásate con Morufu y párele chicos bien hermosos. La casa de Morufu no está lejos. Vendré para jugar contigo y para ir al río juntas cuando esté menos ocupada con mi trabajo de maquillaje. —Saca un peine de madera del bolsillo de su vestido amarillo sol y empieza a peinarme—. Quiero recogerlo con trenzas al estilo *shuku* —dice—. Y luego ponerte cuentas rojas aquí, aquí y aquí.

Me toca la cabeza en el centro, cerca de la oreja izquierda y detrás de la oreja derecha.

—¿Te gusta así? —me pregunta.

—Hazlo como quieras —digo, porque no me importa.

—Adunni, la nueva esposa de Ikati —dice Enitan, haciendo sonar la voz como en una canción—. Venga, quiero ver una sonrisa bien grande.

Me hunde el dedo a un lado de la barriga y lo gira hasta que una sonrisa aparece en la parte de abajo de mi cara, hasta que suelto una carcajada que me pellizca el pecho.

A lo lejos, en nuestro recinto, al lado del mango, Born-boy está metiendo un cubo de hierro en el pozo con una cuerda larga y gruesa. El pozo era ya del padre de mi abuelo. Lo construyó con barro y acero y sudor, y mi mamá, cuando no estaba muerta, me contaba la historia de cómo el padre de mi abuelo se mató en el pozo. Se cayó dentro un día que sacaba agua. Durante tres días, nadie sabía dónde estaba. Todo el mundo buscándolo, mirando en el bosque, en la granja, en la plaza del pueblo, también en el depósito de cadáveres de la comunidad, hasta que del pozo empezó a salir una peste a huevos podridos y a pedos. El día que encontraron el cuerpo del padre de mi abuelo estaba hinchado como si la pierna, la nariz, la barriga, los dientes y el trasero estuvieran preñados todos a la vez. Todo el pueblo lo lloró con gritos fuertes y pegándose en el pecho durante tres días. Ahora que estoy mirando a Born-boy, un poquito de mí quiere que se caiga dentro del pozo para que la boda se suspenda. Pero es malo pensar así de mi hermano, así que cambio de pensamiento.

Born-boy saca el agua y deja el cubo en el suelo y se limpia el sudor de la frente mientras papá empuja la bicicleta con una mano y sujeta un trapo verde en la otra. Hasta se ha puesto su mejor pantalón, de ankara azul con dibujos de barquitos rojos, así que parece que va a visitar a un rey. Born-boy se tira en tierra con la frente tocando la arena para saludar a papá y luego le coge el trapo de la mano y empieza a sacar brillo a la bicicleta. Enitan me mete el peine en el pelo, lo separa en partes y empieza a peinarlo rápido y fuerte.

—*Ye*[9] —digo al sentir que el pelo me pellizca hasta dentro del cerebro—. Más lento, *jo.*[10]

—Perdón —dice Enitan mientras me hace bajar la cabeza y empieza a hacerme trenzas. Después de la primera línea de trenza, levanto la cabeza. Born-boy ha terminado de sacar brillo a la bici. Papá escupe al suelo, restriega la saliva en la arena con los pies, se sube a la bici y sale del recinto.

Cuando Enitan termina el maquillaje y el pelo y me lavo esas bobadas de la cara, me quedo en el mismo sitio de fuera de la cocina, sentada en el mismo banco, arrancando las hojas verdes de una panocha de maíz y poniendo los granos en un cubo.

Así llevo desde la mitad de la tarde y ahora la luna está ya muy alta en el cielo y la noche es muy calurosa y quieta. Noto la espalda como una cáscara de huevo a punto de romperse y tengo los dedos amarillos de maíz y doloridos y quiero parar de quitar los granos, pero con el trabajo mi cabeza no da vueltas a esto o lo otro y no pienso demasiado.

Cuando el cubo está casi medio lleno, lo pongo a un lado, me levanto y me estiro hasta que la espalda me hace «clic», y entonces echo un cuenco de agua fría en el cubo y lo tapo con un paño.

Mañana por la mañana, la tía Sisi, que siempre está cocinando para la gente del pueblo, vendrá a nuestra casa. Mezclará el maíz remojado con boniato y azúcar y jengibre y lo molerá todo para hacer bebida *kunu* para la boda.

Aparto con el pie las otras diez panochas, sin importarme que el suelo esté lleno de arena roja. Si mañana la tía quiere más maíz, que lo pele ella. Yo no. Me duelen demasiado los dedos y tengo el cuerpo lleno de los pelillos blancos del maíz, que parecen serpientes pequeñas que me suben y bajan por todo el cuerpo.

Me encuentro a papá en el salón, roncando, con la gorra apoyada en la nariz. Al lado de los pies tiene tres cajas de cerveza negra, regalos por la boda. A una de las cajas le falta una botella que veo rodar por el suelo oscura y vacía, al lado de un trozo de vela encendida. Espero un momento, pensando en hablar con papá una vez más, para intentar que le entre la razón antes de mañana, pero

pienso en el maíz remojándose afuera, en los grandes ñames de la cocina, la bolsa de arroz y los pimientos rojos, los dos pollos de engorde y los cuatro machos cabríos que hay detrás de la casa.

Pienso en la tía Sisi, en Enitan y toda la otra gente que vendrá pronto mañana, vestidos con ropa, zapatos y bolsos caros, todo por mí. Miro la botella de cerveza al lado de los pies de papá y suspiro, me agacho en el suelo al lado de la puerta del salón y doy un soplido a la vela para apagar el fuego.

Dejo a papá solo en la oscuridad y al llegar a mi cuarto me quito el vestido, lo sacudo para quitar los pelillos de maíz que quedan y lo pongo a secar en la ventana.

Me enrollo un *wrapper* en el pecho y me tumbo en la estera al lado de Kayus. Intento descansar la cabeza en la estera para dormirme, pero parece que toda mi cabeza respire por su cuenta, como si Enitan, al hacerme las trenzas, me hubiera metido dentro un aire caliente que me da un dolor espantoso. Me siento con la espalda en la pared y escucho el viento que silba suave afuera. A veces quiero ser como Kayus, no tener miedo de casarme con un hombre, no tener preocupaciones en la vida. A Kayus solo le preocupa qué comida comer y dónde darle patadas al balón de fútbol. No se preocupa nunca de bodas o dineros del precio de novia. Ni siquiera se preocupa de la escuela, porque soy yo la que le ha enseñado todo este tiempo.

Enitan dice que Morufu tiene una casa. Un coche de verdad que funciona. Comida de sobra para comer, dinero para dar a papá y a Kayus y también a Born-boy. El dinero para Kayus está bien. Puedo intentar, como dice Enitan, estar contenta.

Estiro los labios, los obligo a sonreír. Pero noto el pecho lleno de pájaros que agitan las alas dentro. Los pájaros pisan con las patas y picotean con el pico y yo quiero gritar muy fuerte y rogar a los pájaros que paren de hacerme saltar el corazón. Quiero gritar a la noche y decirle que no se convierta nunca en la mañana, pero Kayus está durmiendo como un bebé y no quiero despertarlo, así que cojo el borde del *wrapper*, lo hago una bola y lo muerdo fuerte y noto el sabor del maíz de esta tarde y de la sal de las lágrimas.

Cuando mi espíritu ya no puede llorar más lágrimas, escupo la tela de la boca, me sorbo la nariz. La mañana llegará. Contra eso no puedo nada. Me tumbo y cierro los ojos. Los vuelvo a abrir. Los cierro. Los abro. Se oye algo a mi lado, un temblor. ¿Kayus?

Me incorporo, lo toco suave, digo:

—Kayus, ¿estás bien?

Pero mi hermanito solo me aparta la mano como si lo hubiera pellizcado con dos dedos muy calientes. Se levanta de la estera, le da una patada a las pantuflas y sale corriendo en la oscuridad antes de que pueda preguntarle qué le pasa.

Así que me quedo allí sentada y escucho: el sonido de sus pies que dan patadas a la puerta fuera del cuarto.

Patada. Patada. Patada.

Escucho su voz, triste y enfadada, que grita mi nombre sin parar. Y escucho a papá, que maldice a gritos en su sueño y le dice a Kayus que elija: o cierra esa bocaza ruidosa o va al salón para llevarse una buena zurra. Así que me levanto de la estera y afuera encuentro a Kayus, sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared de nuestro cuarto. Se está frotando el pie izquierdo con las manos, frotando y llorando y llorando y frotando más.

Me agacho hacia él, le quito la mano del pie y se la cojo fuerte. Luego lo aprieto contra mí y nos quedamos así, sin decir nada, hasta que se duerme profundo con la cabeza en mi hombro.

---

9. Exclamación habitual en Nigeria para denotar sorpresa, miedo u otras emociones. *(N. del T.)*

10. Palabra yoruba que significa «por favor». *(N. del T.)*



CAPÍTULO 6

Mi boda es como una película de la tele.

Mis propios ojos me miraban mientras me arrodillaba delante de mi padre y él decía una oración para seguirme a casa de mi esposo, mientras mi boca se abría, se separaban los labios y mi voz decía «amén» a la oración, aunque mi cabeza no entendía lo que me estaba pasando.

Lo miraba todo por debajo del encaje blanco que me tapaba la cara: las mujeres y los hombres de pies en nuestro patio bajo el mango, todos vestidos con el mismo tipo de tela azul y sin zapatos; el viejo músico con un tambor parlante bajo el brazo, estirando la cuerda de un lado del tambor y pegándole arriba con un palo: ¡bong!, ¡bong!, ¡bong!; mis amigas, Enitan y Ruka, riéndose, bailando, cantando. Miro toda la comida: el arroz con aceite de palma y el pescado y el ñame y el *dodo*, la Coca-Cola y las otras bebidas, *kunu* y *zobo*[11] para las mujeres, vino de palma, ginebra y cerveza negra y *ogogoro*[12] fuerte para los hombres; cuencos de chocolatinas para los niños pequeños.

Mis propios ojos me miraban mientras Morufu ponía el dedo en un botecito de miel hecho de arcilla y me levantaba el velo para apretarme tres veces con el dedo *enmielado* en la frente, diciendo:

—Desde hoy tu vida será dulce como esta miel.

Sigo mirando también cuando Morufu se tumba y toca con la frente en el suelo delante de papá siete veces y papá me coge la

mano, fría y muerta, y la pone en la de Morufu y dice:

—Esta es ahora tu esposa, desde hoy y para siempre, es tuya. Hazle todo lo que quieras. ¡Úsala hasta que no pueda usarse más! ¡Que no vuelva a dormir en la casa de su padre!

Y entonces todos se ríen y dicen:

—¡Felcidades! ¡Amén! ¡Felcidades!

Mis propios ojos me están mirando, mirando cómo el cuadro mío de estudianta que yo había puesto encima de una mesita en mi corazón se caía al suelo y se hacía añicos.

Mientras Morufu conduce el taxi y sale de nuestro recinto, saca la mano por la ventanilla y grita «¡graciaaas!, ¡graciaaas!» a la gente que hace pasillo a un lado y al otro de la carretera, que nos dice adiós con la mano y nos desea un hogar feliz.

Voy sentada en el coche a su lado, la cabeza baja y la barbilla en el pecho, los ojos en la henna que Enitan me ha dibujado esta mañana en la mano, y voy pensando en cuánto se parecen los dibujos a lo que siento en mi cabeza: todo vueltas y revueltas de una carretera fina y negra que es bonita cuando se mira de lejos, pero en la que si te fijas bien puedes ver todos los líos y confusiones.

—¿Estás bien? —pregunta Morufu cuando no hay más gente en los lados de la carretera, cuando todo son árboles y arbustos a la derecha y la izquierda; cuando, afuera, el mundo está girando y la oscuridad está ahora donde antes estaba el sol y el cielo solo es una tela grande azul con muchos agujeros de luz brillosa.

Me pega un airecito en la cara, y otra novia, una novia feliz, sería toda sonrisas ahora mirando a las estrellas y pensando en la suerte que tiene por casarse. Pero yo solo bajo la cabeza todo el rato, intentando encerrar las lágrimas detrás de los párpados para que se queden dentro de los ojos y no salgan. No quiero llorar delante de este hombre. Nunca, nunca quiero que vea ningún sentimiento mío.

—¿No me contestas? —dice Morufu. Gira el coche a la izquierda y ya pronto vemos cerca el final del pueblo—. ¡Vamos! ¡Mírame!

Levanto la cabeza.

—Bien, muy bien —dice—. Porque ahora eres una mujer casada. Mi mujer. Las otras dos mujeres de la casa, ¿cómo se llamaban? Sí, Labake y Khadija, van a tenerte celos. Khadija tiene algo de seso, pero Labake, esa hará todo para ponerte triste. No la dejes, ¿me oyes? Si Labake te hace algo o te habla mal, me lo dices y la zurraré bien.

Mi cabeza no entiende por qué quiere zurrar a sus esposas. ¿Me zurrará a mí cuando haga algo mal?

—Sí, señor —digo.

Las estúpidas lágrimas no quieren portarse bien. Me bajan por la cara.

—Eh. ¿Estoy oyendo lloros? —Se quita la *fila*[13] de boda de la cabeza y la tira al asiento de atrás—. ¿Estás triste? —pregunta.

Y yo digo que sí con la cabeza, porque estoy rezando para que me tenga lástima y pare a un lado de la carretera y me diga que perdón, que ha sido todo un error grande y no me quiere ya de esposa, pero él sorbe por la nariz y dice:

—Ya puedes limpiarte esas lágrimas y empezar a reír. ¿Sabes cuánto me cuesta hoy casarme contigo? Ya puedes enseñarme esos dientes y empezar a reírte. ¡Vamos! ¿Por qué me miras así? ¿He matado a tu padre o qué? ¿Eres dura de oído? ¡He dicho boca ABIERTA!

La abro y enseño los dientes; siento como si me estuviera rompiendo la cara.

—Muy bien —dice—. Así. Riendo, feliz. Una nueva esposa siempre está feliz.

Vamos en el coche como dos personas mal de la cabeza, yo enseñando los dientes y Morufu hablando para él de los miles de naira que paga de precio de novia, hasta que pasamos el cruce de la panadería de Ikati y el olor a pan me llena la nariz y me hace recordarme de mamá. Pasamos por la mezquita del pueblo, donde se ve gente que sale por la verja de hierro: hombres vestidos con galabiya blanca, sosteniendo cuentas de rezo y teteras de plástico, y mujeres que se tapan la cabeza con el hiyab, todas andando como si las persiguieran.

Después de veinte minutos en coche desde nuestra casa, Morufu gira por la cantina de Ikati y entra en un recinto que es de grande como medio campo de fútbol, hasta una casa de cemento que está en el medio. La casa es oscura, sin luz en las cuatro ventanas. No hay puerta de entrada, solo un portillo bajo de madera. Delante tiene una cortina que se agita por el aire fuerte de la noche. Morufu para el coche cerca de un guayabo con ramas que parecen manos de hombre y hojas que se extienden como muchos dedos por todo el sitio. Veo que hay otro coche: verde, con una bolsa de nailon azul en lugar de cristal en una ventanilla de atrás.

—Esta es mi casa. Yo mismo la construí, durante veinte años —dice Morufu. Señala al otro coche verde—. Ese es mi otro taxi —dice —. ¿Cuánta gente tiene dos coches en este pueblo? —Empuja la puerta del coche con el hombro y abre—. Baja y espérame ahí —dice—. Voy a coger tus cosas del maletero.

Bajo del coche y le doy una patada a una o dos guayabas podridas que están en mi camino. Mis oídos distinguen un ruido en la casa, el sonido de una puerta que se abre y se cierra sola. Una mujer, de mucha carne y redonda de ancas, como si tuviera una papaya escondida en las caderas bajo el *iro*[14] negro que lleva atado a la cintura, sale de la casa. Tiene la cara blanca, como si hubiera machacado tiza para usarla de polvos de maquillaje. En la mano lleva una vela puesta en un platillo y, a la luz de las llamas que bailan, parece un fantasma con una redecilla de pelo en la cabeza.

Lleva el platillo de la vela como una ofrenda a un dios, caminando despacio, el ruido de los pies como si pisara cáscaras de huevo, hasta que se para delante mía.

—Ladrona de maridos, bienvenida —dice delante de la vela, el aire de su boca hace dormir el fuego—. Cuando acabe contigo en esta casa, maldecirás el día que tu madre te parió. *Ashewo*.

—¡Labake! —grita Morufu desde detrás del coche—. ¿Ya estás dando problemas otra vez? ¿Estás llamando *ashewo* a mi nueva mujer? ¿La llamas «prostituta»? Creo que quieres morir esta noche. Adunni no hagas caso a esa. Tiene un problema mental. Su cabeza no está bien. ¡No le hagas caso!

La mujer, Labake, suelta una chifla que resuena por todo el lugar, da media vuelta y se aleja bamboleando las nalgas.

Yo solo me quedo allí quieta, sintiendo un frío que me sube por la cabeza hasta que Morufu viene a mi lado. Deja mi maleta en el suelo, escupe al lado de mis pies y se limpia la boca con el revés de la mano.

—Esa es Labake, la primera esposa —dice—. No le hagas ningún caso, ninguno. Solo habla por hablar. Ahora entra conmigo, ven a conocer a Khadija, la segunda esposa.

---

11. Bebida de pétalos de hibisco secos y especias. *(N. del T.)*
12. Ginebra destilada a partir de vino de palma. *(N. del T.)*
13. Gorro tradicional de los yoruba. *(N. del T.)*
14. Parte inferior de la vestimenta tradicional de las mujeres yoruba. *(N. del T.)*



CAPÍTULO 7

Cuento siete personas en el salón.

Hay un sofá contra la pared y una mesa de madera en medio con una taza vacía. La tele del rincón, colocada al lado del sofá, tiene encima un farol de queroseno que escupe una luz naranja oscuro en el salón.

Los ojos se me van primero a las mujeres. Labake, la de la cara blanca, está de pies al lado de la tele, dándose palmadas a la barriga como si tuviera algo malo ahí. A su lado, otra chica. Parece como medio adulta y lleva una túnica larga de color verde oscuro a la luz del farol. La miro, desde el pelo corto de la cabeza hasta el bulto de la barriga. Como si creyera que voy a usar los ojos para arrancarle el bebé de la barriga, se gira para ponerse cara a la pared.

Miro a los niños sentados en el suelo, que son cuatro chicas. Me miran guiñando los ojos como si yo fuera una película de la tele con muchas luces que te ciegan. La más pequeña puede que tenga un año y medio. Ninguna lleva ropa correcta. Solo bragas. Ni siquiera la de pechitos como nueces de cola lleva sostén. A esa la veía por el arroyo, en bragas, metiendo agua en una vasija de barro. Yo y ella hemos jugado al *ten-ten* alguna vez, hace mucho.

Entonces me viene su nombre a la cabeza: Kike. Tiene catorce años. La misma edad que yo. Cuando me mira como con sorpresa de verme, yo vuelvo los ojos al farol de la tele, a la llama de fuego que baila dentro del cuenco de cristal.

—Esta es Khadija —dice Morufu, señalando a la pequeñita preñada—. Parece poca cosa, pero es la segunda esposa y está por encima de ti. Arrodíllate y salúdala.

Mientras me arrodillo para saludar a Khadija, Morufu echa a las niñas.

—Vosotras adentro, todas —dice, dándoles puntapiés en las piernas—. Arriba, arriba, Kike, Alafia, arriba, arriba. ¡Ya habéis visto bastante a la nueva esposa! Adentro a la estera. Hoy sin hacer ruido. ¡Y sin pelearos, si no queréis verme los ojos rojos!

Las niñas se tropiezan unas con otras, salen corriendo del salón.

—Labake, Khadija, sentaos —dice Morufu—. Sentaos. Tengo que deciros algo a todas.

Labake se tira al sofá y cruza la mano sobre el pecho.

—Ya sabemos lo que quieres decir, así que habla rápido —dice.

Khadija no se mueve de donde está.

Morufu bosteza y se sienta en el sofá, al lado de Labake. A la luz del farol, su piel parece rugosa como papel de lija y floja por la edad, los dientes de la boca marrones y torcidos a la izquierda. Llego a contarle cinco antes de que cierre la boca de golpe. Debe de andar por la edad de papá, a lo mejor unos cincuenta y cinco o sesenta años, pero parece el padre de papá.

—Adunni, esta es tu nueva casa —dice Morufu—, y en esta casa mando yo. A mí se me respeta. Soy el rey de esta casa. Nadie me contesta. Ni tú ni las niñas ni nadie. Cuando hablo, tú cierras la boca. Adunni, eso quiere decir que no debes hacerme ninguna pregunta en mi cara, ¿me oyes?

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Dónde tengo entonces que preguntarle? ¿En su espalda?

Khadija hace un ruido en el rincón, como luchando por aguantarse la risa.

—Adunni, ¿tú crees que estoy de broma? Espero que tu boca no te meta en problemas —dice Morufu. Sonríe, pero esa sonrisa me está advirtiendo—. A tu marido no puedes hablarle de cualquier manera. Tengo una vara especial para azotar las malas bocas. No quiero usar esa vara contigo, ¿me oyes? Bien, ¿qué estaba diciendo? Esta es tu nueva casa. Créeme: tenía ya el pelo gris antes de

casarme con mi primera esposa. ¿Por qué? Porque estaba ocupado ganando mucho dinero y aprendiendo mi negocio de taxi. Primero me casé con Labake, pero ella no me daba hijos. Solo después de sacrificar dos cabras a los dioses del río Ikati, Labake pudo parir, una niña. —Lo dice como algo amargo de recordar, como si las niñas fueran una maldición, un mal regalo de los dioses—. Kike se llama. Es la mayor. De tu edad, Adunni. Desde entonces, hemos hecho muchos más sacrificios, pero creo que los dioses del agua se enfadaron con Labake. No más niños. Me caso entonces con la segunda esposa, Khadija. ¡Grande error! ¡Desastre grande! ¿Por qué? Porque Khadija me dio tres niñas: Alafia, Kofo y ahora no me acuerdo de cómo se llama la última. Ningún niño. Adunni, tus ojos no están ciegos, puedes ver muy bien que Khadija lleva otro bebé. Le he advertido que, si no tiene un hijo niño en la barriga, su familia no recibirá más comida de mí. Juro que la devuelvo de una patada a la casa de ese padre suyo muerto de hambre. ¿No es verdad?

—Dios no es malo —le dice Khadija a la pared—. Será niño.

—Quiero dos niños —dice Morufu—. Si tengo a mis chicos, los enviaré a escuela. Serán taxistas que hablarán inglés y ganarán mucho dinero. Las chicas solo valen para casarse, cocinar y las cosas de cama. Ya he encontrado un marido para Kike. Usaré su precio de novia para reparar la ventanilla del coche, a lo mejor para comprar más pollos para la granja, porque he gastado demasiado para casarme con mi dulce Adunni. Pero por mi Adunni no me importa gastar. ¡No me importa nada! Ahora, tres esposas mías, oídme bien: no quiero peleas entre vosotras. Labake, cuidado. Tú siempre buscas problemas. Si no me dejas estar tranquilo, te echaré de mi casa. Me hago viejo, quiero tranquilidad. Dejadme pensar: ¿cómo vais a dormir conmigo?

Morufu se rasca la barba gris, se arranca un pelo, se lo pone en la boca y se lo come.

—Sí. Lo haremos así. Adunni dormirá en mi cuarto tres noches de la semana. Domingo, lunes y martes. Labake, dos noches. Miércoles y jueves. Tú, con esa barriga, una noche, el viernes. Yo me guardo la última noche para mí, para recuperar energía. Adunni es la nueva

esposa con sangre joven. Tiene que darme un niño, un chico. ¿Verdad, Adunni? —Se ríe, pero nadie se ríe con él.

¿Quiere decir que vamos a dormir en la misma cama como amantes? ¿Quiere verme toda desnuda? ¿Para hacerme las cosas malas y asquerosas que hacen los adultos? Me dan escalofríos, me abrazo el cuerpo. Nadie me ha visto nunca desnuda. Nadie menos mi mamá. Hasta cuando me baño en el arroyo de Ikati, uso el agua como ropa para taparme, envolviéndome todo el cuerpo en ella. No quiero que Morufu, con su cara de trapo viejo, me toque. No quiero un marido. Solo quiero a mi mamá. ¿Por qué la muerte se la llevó de mí tan rápido? Los ojos me pinchan de lágrimas, pero me muerdo el labio hasta que me rompo la piel.

Morufu se pone de pies y se quita la *agbada*[15] que llevaba para la boda. No es una persona gorda, pero tiene una barriga redonda. Y parece dura, como un coco. A lo mejor tiene una enfermedad dentro. He olvidado el nombre, pero la maestra dijo, en clase de ciencia, que una enfermedad hace que se ponga dura la barriga sin estar preñada y cuando no comes dietas equilibrantes. Creo que Morufu tiene esa enfermedad.

—Khadija te enseñará la cocina y el baño y toda la casa. No hay de qué tener miedo, ¿me oyes? —dice—. Ahora deja que me vaya y me prepare para ti. ¿Tienes alguna pregunta?

Quiero preguntar si puede dejarme libre para volver con mi papá. Quiero decirle que no me toque esta noche, ni nunca nunca. Pero estoy negando con la cabeza, temblando de arriba abajo. El frío me está enfriando toda, y eso que la cabeza de Labake reluce de sudor y Khadija se está abanicando con la mano.

—Ninguna pregunta, señor —digo—. Gracias, señor.

Cuando Morufu se va, Labake se pone de pies y se sujeta bien la ropa a la cintura como si se estuviera preparando para luchar.

—Tú y Kike sois de la misma edad —dice, parpadeleando rápido los ojos—. Tu madre muerta y yo somos también iguales de edad. Dios me libre de compartir esposo con mi propia hija. Dios me libre de tener que esperar a que acabes con mi esposo para entrar en su

cuarto. Ah, vas a sufrir en esta casa. Pregunta a Khadija; ella te dirá que soy una mujer mala. Que mi locura no se cura.

Me chasquea el dedo en la cara, me empuja en el pecho y me caigo al sofá.

—Te haré sufrir hasta que vuelvas corriendo a casa de tu padre.

Tengo tanto susto que me pongo a llorar.

—No llores —dice Khadija cuando solo quedamos yo y ella en el salón. Se separa de la pared y viene a sentarse a mi lado—. Labake solo habla. Es una bocazas, pero no hará nada. Ninguna mujer está contenta de compartir marido. No hagas caso a Labake, ¿me oyes? Deja de llorar.

Me pone en el hombro una mano que noto suave. Habla mejor que yo y creo que es porque fue a la escuela antes que la obligaran a casarse con Morufu.

—Esto no es tan malo —dice—. Aquí hay comida que comer y agua que beber. Doy gracias por eso, por la comida.

Le miro la cara. Tiene los ojos muy dentro de la cabeza, como si estuviera mal alimentada y, cuando sonríe, las mejillas se le comen los ojos tanto que casi desaparecen. Pero veo un alma amable en lo profundo de los ojos.

—Solo quiero a mi mamá —digo, hablando en susurro—. No quiero casarme con Morufu. Mi papá dice que debo casarme porque así paga el alquiler.

—Pues el tuyo es hasta bueno. El mío me dio a Morufu por una bolsa de arroz —dice—. Eso después que la enfermedad le cortó la pierna a mi padre. ¿La conoces, la enfermedad de la diabetis?

Sacudo la cabeza para decir que no.

—Enfermedad de azúcar —dice—. La diabetis le mordió la pierna muy fuerte y el doctor se la cortó justo por aquí. —Se pone la mano en la rodilla y hace como un tajo alrededor, como si estuviera cortando ñame—. El dinero del hospital era demasiado y él no podía volver a trabajar, así que sufrimos para comer. Al principio Morufu nos ayudaba, pero se cansó pronto y dijo que me caso con él o no hay comida. Le compró a mi familia cinco *derica*[16] de arroz y entonces mi padre me empaqueta en el coche de Morufu y me dice

adiós con la mano. Ni siquiera tuvimos fiesta de boda, como tú. —Fuerza una risa, amarga—. Antes de eso iba a escuela, y aprendía bien. Llevo ya cinco años aquí. Ahora me dice que no dará más comida a mi familia si no le doy un bebé niño. Estoy cansada de todo. Sé que este va a ser un chico y voy a poder descansar.

—¿Cuántos años tienes? —pregunto, mientras ella apoya la espalda y se pone la mano en el bulto de la barriga.

—Veinte —dice—. Me casé con él a los quince y le he parido tres veces, tres niñas que él no quería porque son chicas. No es fácil ser mujer de Morufu. Si quieres estar tranquila en la casa, Adunni, no hagas enfadar a nuestro esposo. Su furia es un espíritu del infierno. Muy mala.

No me gusta esa forma como dice «nuestro esposo», como si eso fuera un título, igual que decir «nuestro rey».

—Anímate —dice—. Sonríe una sonrisa, ponte contenta. Ahora ven y te enseñaré toda la casa, porque nuestro esposo te está esperando. Esta noche te vas a convertir en una mujer de verdad y, si Dios te sonríe, cuando pasen nueve meses parirás un bebé niño.

Se pone de pies y se frota la espalda. Luego levanta una mano.

—Creo que viene lluvia. ¿La oyes? Sígueme, deja que te enseñe la cocina.

En el cielo explota un trueno y siento que me golpea a mí dentro del corazón. Le cojo la mano a Khadija como si estuviera recogiendo penas y luego la sigo.

---

15. Túnica amplia tradicional en Nigeria. *(N. del T.)*
16. Un *derica* equivale aproximadamente a ochocientos gramos. *(N. del T.)*



CAPÍTULO 8

La lluvia cae furiosa; el tejado de la cocina parece un tambor y la lluvia los palillos en la mano de Dios. Khadija está bajo el tejadillo de la cocina, señalando aquí y allá.

—Eso es el fogón de queroseno —dice, señalando el hornillo que hay en el rincón de la izquierda y hablando a gritos por los ruidos tremendos de la lluvia—. Para cocinar comida —dice, como si alguien usara un hornillo de queroseno para cocinar un coche—. Hay dos hornillos. Uno para mí y otro para Labake. Tú puedes usar el mío si quieres.

—Gracias —digo, abrazándome el cuerpo y mirando a todas las partes de la cocina. Hay un resto de estofado de pescado en un cuenco, en el suelo, con una raspa de pescado dentro que parece un peine fino y blanco. Al lado del cuenco hay una silla pequeña de madera y, en el suelo, una esponja de rafia con un dado de jabón negro deshaciéndose encima. La cocina no tiene puerta, solo es un espacio y dos pilares de madera que sostienen el tejado.

Más lejos, veo una puerta. Una mitad está pintada, en la otra solo se ve la madera, como si alguien que la estuviera pintando hubiera cambiado de opinión y se hubiera ido. O a lo mejor es que la pintura se le acabó. El olor a meados viejos es más fuerte que el olor a lluvia y me golpea en la nariz.

—¿El baño? —pregunto.

—Sí —dice—. ¿Ves el pozo delante de la casa? Ahí coges agua y luego caminas desde aquí, desde la cocina, para ir allá, al lavabo.

Todos usan el cuarto de baño siempre que quieren. Úsalo si quieres tú también. —Lo dice como si fuera cosa de maravilla, usar el baño cuando una quiere—. Pero tengo que decirte que nuestro esposo tiene que ir primero —dice—. Por la mañana, muy pronto, cuando la mezquita llama a oración, o cuando canta el gallo, a las cinco de la mañana más o menos. Después ya lo puede usar cualquiera. Nuestro esposo tiene que hacerlo todo el primero. Si no ha comido comida, nadie puede comer. Él es rey en esta casa. —Pone una sonrisa tiesa, con los ojos fijos en mí y manteniendo fuerte la mirada. Sin parpalear. Espero a que diga algo más, pero da una palmada y dice—: Ya vale por una noche. Ahora vamos dentro. Esta lluvia es demasiado.

Cuando cruzamos el recinto bajo la lluvia y volvemos dentro de la casa, tengo la ropa empapada y mi *iro* pesa.

—Deja que ahora te lleve al cuarto de nuestro esposo —dice Khadija.

Caminamos por el pasillo, mi sombra bailando detrás de Khadija mientras ella avanza y balancea el farol para señalar el cuarto de Labake a la izquierda, el suyo a la derecha y el de todas las niñas al lado del suyo.

—No entres nunca en el cuarto de Labake —dice, hablando en susurro—. Una vez, Alafia, mi hija, entró en su cuarto para darle la comida y la bruja, Labake, le pegó a mi Alafia hasta que la niña casi sangra. Si te quieres algo a ti misma, no te acerques a su cuarto.

Llegamos al final del pasillo y nos paramos delante de una puerta. Tapa la entrada una cortina que huele como si necesitara una buena lavada con agua y jabón. Detrás de la puerta, oigo un silbido bajito, un estornudo, algo que se arruga como un papel.

—Este es el cuarto de nuestro esposo —dice Khadija—. Dormirás aquí tres días. Después, yo y tú compartiremos mi cuarto. ¿Bien?

—Tengo miedo —digo en susurro—. Noto el corazón en la barriga y siento como que voy a vomitarlo—. Por favor, quédate conmigo.

Se ríe y en la oscuridad del pasillo ya ni le veo más los ojos. Solo un destello de dientes.

—¿Es tu primera vez de dormir con hombres?

—Nunca he visto a un hombre desnudo —digo—. Tengo miedo.

—Es un honor grande —dice— conservarte para tu marido. Cuando entres y él esté listo para ti, cierra los ojos porque la cosa te dolerá, pero cuando te esté doliendo debes pensar en algo que te gusta. ¿Qué te gusta?

—Mi mamá —digo mientras las lágrimas me llenan los ojos y me bajan por las mejillas—. Solo quiero a mi mam…

Me toca en el hombro, llama a la puerta dos veces y se va.

—Entra, entra. —Morufu está de pies delante mía, sosteniendo la puerta abierta.

Detrás de él veo dos faroles sobre un periódico, en el suelo, al lado de un hornillo de queroseno. En el suelo hay un colchón y la maleta con mi ropa está pegada a la pared gris.

—¿Por qué te quedas ahí parada, mirando?

Tiene una alfombra de pelos en el pecho, gruesos, rizados y grises. Da un paso a un lado y yo muevo las piernas adelante, una y luego otra, y ya estoy dentro del cuarto, torciendo la nariz y a punto de estornudar por un olor a humo de *siga* de mucho tiempo. Aunque tenga la luz de los dos faroles, el cuarto es como un ataúd de entierro. Parece que se va a cerrar sobre mí y estrujarme para sacarme fuera toda la vida. Respiro más y más rápido; mi corazón corre y da vueltas, corre y da vueltas.

—Ven conmigo a la cama —dice subiendo al colchón, haciendo que se incline por el peso del cuerpo y que le crujan los muelles. Se tumba, se frota la barriga y eructa con olor a ginebra.

—¿Por qué no has bailado hoy en el salón de tu padre? —pregunta mientras se pone las dos manos detrás de la cabeza y me sonríe—. Siéntate, siéntate. ¿No estás muy contenta por casarte conmigo? No soy un hombre malo, ¿sabes?

—Tengo frío —digo, sentándome en el colchón.

No tiene sábana encima, ni tela para tapar la espuma que se sale por los sitios donde el colchón está rasgado o tiene agujeros. Me fijo en una botella de plástico oscuro que hay en el suelo. Dentro tiene cortezas de tronco de árbol y hojas verdes con agua sucia. Intento

leer las palabras de la botella, despacio, una letra después de la otra: «Bíter Fuego Explosivo. Despierta la virilidad dormida».

¿Qué quiere decir «tener una virilidad dormida»? ¿Y Morufu está bebiendo eso por mí? ¿Por qué?

Estoy dentro del miedo, encerrada.

—El cuerpo me hace daño —digo—. Estaba en la lluvia con Khadija. Me está dando frío. Por favor, vamos ahora a dormir. Hoy estoy mala.

—Acabo de beberme el Fuego Explosivo. —Se ríe, se gira hacia mí en el colchón—. ¿Sabes lo que hace la gasolina en el coche? Pues eso es el Fuego Explosivo para el cuerpo de un hombre. Hace que todo mi cuerpo se ponga firme. ¿Quieres beber tú un poco? Te quitará todo el frío. Túmbate, descansa la espalda.

Digo que no con la cabeza.

—Vamos, túmbate para mí —dice, dando dos palmaditas en la cama.

Del colchón sale polvo y ese olor rancio de una tela que sin estar seca del todo se dobla y se guarda en el armario. Cuando no le contesto, él dice mi nombre con voz áspera.

—Ya voy, señor —digo.

El vómito me está subiendo otra vez por la garganta mientras me tumbo a su lado. Él se mueve más cerca, me pone la mano en la barriga. Me pongo tiesa.

—Relájate —dice—. Relájate.

Me pone la mano en el pecho, lo pellizca y aprieta fuerte a través del *buba.*[17] Entonces su respiración se hace ruidosa, rápida, mientras mueve la mano arriba y abajo por mi cuerpo como buscando algo que ha perdido. Cuando se quita el pantalón, empiezo a llorar, a llamar a mamá. Se sube encima de mí, me separa las piernas como si le molestaran.

Un rayo de luz entra en el cuarto, una chispa rápida que viene de la ventana y lo llena con un brillo extraño de color blanco azulado. ¿Es mamá? ¿Me envía su luz para que chupe toda la oscuridad de Morufu?

«Mamá, ayúdame».

Intento agarrar la luz con los ojos, hacer que se quede conmigo, pero es demasiado rápida, ni siquiera un abrir y cerrar de ojos y después nada.

El dolor llega de golpe, me roba el pensamiento, la respiración, me saca de mi cuerpo y me envía al techo. Me quedo allí, mirándome a mí misma mientras me muerdo el labio de abajo, arañándole la espalda a Morufu, luchando con él hasta el final de mi energía. Pero no sirve, mi fuerza no es bastante porque Morufu parece que tiene un demonio dentro. Cuanto más lucho, más se aprieta dentro de mí, echándome un calor caliente ahí abajo hasta que lanza un gruñido fuerte y se me derrumba encima. Luego rueda a un lado, respirando rápido.

—Ahora eres una mujer completa —dice después de un rato corto—. Mañana haremos esto otra vez. Lo seguiremos haciendo hasta que estés preñada y me des un chico. —Sale del colchón, se pone los pantalones y se va y me deja con mi quemadura de abajo, sola en el cuarto.

Me quedo allí tumbada mientras me ruedan lágrimas a los lados de la cara y se me meten en las orejas, mientras miro al techo, a la bombilla sin luz que hay en el centro del techo.

---

17. Parte de arriba de la vestimenta tradicional yoruba. *(N. del T.)*



CAPÍTULO 9

El aire de la mañana temprano parece una cuerda atada a mi cuerpo.

Una cuerda demasiado apretada y demasiado gorda que he tenido enrollada toda la noche, estrujándome de la cabeza a las dos piernas, haciendo difícil caminar, respirar, pensar. Solo quiero romper todo mi cuerpo y tirarlo a la basura mientras me arrastro fuera del cuarto de Morufu.

Tengo fuego abajo, como si hubiera estado sentada en unas brasas durante muchas horas. No puedo recordar mucho de lo que me pasó anoche, tengo la cabeza llena de una tela negra que tapa todo lo malo que me hizo Morufu, hasta esta mañana cuando dice:

—Adunni, ve a traerme la comida de la mañana.

Más lejos, delante de la cocina, un gallo rasca el suelo con las uñas y desparrama la tierra roja, con su cuello marrón de plumas sucias. Cuando me ve venir, para de rascar y me saluda con un fuerte quiquiriquí.

Dos de las niñas de Khadija, ahora se me han ido sus nombres del cerebro, corren fuera de la zona de la cocina, balanceando un cubo de hierro en la mano. Me hacen pensar en la época en que yo corría al arroyo de Ikati, riendo mientras iba a coger agua para papá, en la época en que mi mamá no se había muerto.

Me limpio las lágrimas que me caen por la cara al llegar a la cocina. Khadija está sentada en un taburete de madera delante de

un hornillo. El cazo del hornillo tiene algo hirviendo que hace dar golpecitos a la tapa.

—Adunni —Khadija levanta la cabeza, se espanta una mosca de la cara—, buenos días.

—Tu esposo dice que tengo que llevarle comida —digo, buscando algo donde poner los ojos, hasta que veo las pieles de ñame en el suelo y el cuchillo con mango de madera cerca del hornillo. El cuchillo me trae un mal pensamiento por un momento. Pienso qué pasaría si cojo el cuchillo, me lo guardo en el vestido y, luego, cuando Morufu quiera hacerme su bruteza esta noche, lo saco y le corto sus partes—. ¿Estás cocinando algo? —Aparto los ojos del cuchillo y la miro a la cara—. ¿Ñame?

—Sí, ñame fresco. ¿Has dormido bien? —Tuerce la cabeza, me mira de arriba abajo, como buscando lo que yo he enterrado dentro de mí—. ¿Te duele algo? ¿Te ha salido sangre?

La vergüenza se convierte en una mano que me aprieta fuerte la garganta.

—Me ha salido un poco de sangre —digo—. Ahí abajo.

—Sé cómo es —dice con voz amable—. El polvo de *ibukun* es bueno para el dolor. Cuando nuestro esposo se vaya al trabajo, puedo hervir agua, ponerte un poco en tus partes y fregarte con aceite de palma. El dolor se irá. —Mira atrás por encima del hombro, como comprobando que no viene nadie—. ¿Se bebió el Fuego Explosivo?

Digo que sí con la cabeza.

Espanta otra mosca y sacude la cabeza.

—La primera vez que lo usó conmigo, me morí cinco veces y volví a despertar. Lo necesita para que le dé fuerza en las cosas de cama. ¿Comerás ñame y cebolla?

—Quiero lavarme todo el cuerpo —digo. El cuerpo me huele a rancio, a *siga* de Morufu, y tengo la boca agria, como si la semilla amarga que está dentro de mí hubiera crecido y me echara brotes por la boca.

—Ve —me dice, señalando el cuarto de baño que tiene detrás de la cabeza—. Las niñas han puesto allí un cubo de agua para mí. Úsalo. Ya me traerán otro.

El baño es un cuarto de forma cuadrada con paredes por las que sube una alfombra de hierba verde. En el suelo hay un cubo de hierro lleno de agua y el aire huele muy fuerte a meado.

Al tocar el agua, aparto la mano con un grito. Está helada y me da mucha impresión en la piel. Todo mi cuerpo está temblando mientras me quito el vestido de boda y lo cuelgo en la puerta. Hundo la mano en el agua, me la tiro encima y así, despacio, empiezo a lavarme para quitarme el olor a *siga* y a Fuego Explosivo del cuerpo.

Cuando termino de lavarme, me tumbo desnuda en el suelo frío y mojado del baño. Tengo miedo de que, si salgo, la mañana y la tarde pasen demasiado deprisa y llegue pronto la noche, la hora en que Morufu me llenará con su fuego amargo. Así que me tumbo allí y me hago un ovillo como un gusano y cierro con fuerza los ojos.

«No llores, Adunni —me advierto a mí misma—. No llores nunca, en tu vida, por un viejo imbécil como Morufu».



CAPÍTULO 10

Desde que estoy en esta casa hace casi cuatro semanas, mis ojos han visto cosas que no desearé nunca al peor de mis enemigos.

Hay un demonio dentro de Morufu, una locura que sale cuando bebe ese Fuego Explosivo del infierno, o cuando una de las niñas le hace enfadar.

Lo he visto quitarse la correa del pantalón y azotar a Kike y a sus hermanas hasta que tienen la piel rajada, hasta que Labake y Khadija le ruegan que no mate a sus niñas. Hay también un demonio pequeño en Labake, un demonio que solo sale cuando yo le paso por delante. Hace solo dos días, pronto por la mañana, después del canto del gallo, me estaba bañando sin darme prisa porque es el único momento que estoy sola, el único momento que puedo pensar bien, cuando Labake golpea la puerta y me dice que salga porque quiere bañarse rápido antes de ir al mercado. Cuando le digo que casi he acabado, que espere, lanza un bufido de enfado, abre la puerta de un porrazo y me arrastra toda desnuda fuera.

Luego empieza a agarrar arena del suelo y me pinta el cuerpo con ella. Nunca he sentido una vergüenza igual. Las niñas de Khadija se apelotonan alrededor nuestro, riéndose mientras Labake usa la arena para restregármela por todo el cuerpo y me maldice. Le debo respeto, así que no me defiendo. Cuando acaba de pegarme, se vuelve hacia dos de las niñas de Khadija y de una bofetada les quita las risas de la boca.

Khadija dice que debería morder a Labake la próxima vez que intente algo así, que el respeto no es la respuesta a la locura de Labake. Dice que, antes de tener la barriga grande por el bebé, ella y Labake peleaban todo el rato hasta que una de las dos empezaba a sangrar. Dice que la próxima vez debo llevarme un cuenco de pimiento rojo picante al baño y, cuando Labake venga a buscarme problemas, pueda echarle el pimiento por la cara y morderle el pecho.

Khadija me da una pizca de consuelo en la casa de Morufu. Me cuida cuando no está cuidando a sus tres niñas y al hijo que le crece en la barriga.

—Adunni, tienes que comerte este ñame —me dice, dándome el cuenco de ñame y sopa de pescado con una sonrisa—. Come y da gracias a Dios por tener comida que comer.

O también:

—Adunni, ven, deja que te ponga aceite en el pelo. ¿Quieres que te lo lave?

Y entonces yo contesto:

—No, no, gracias, Khadija, ya me lo lavo yo.

O bien:

—¿Cómo va ahora esa cosa con Morufu? ¿Todavía duele?

Y entonces yo digo que no, que ya no me da dolor en el cuerpo, pero en mi corazón y en mi alma y en mi cabeza el dolor nunca se va.

Yo y Khadija compartimos ahora cuarto, menos cuando Morufu me llama. Hace todo más fácil, lo de compartir cuarto con Khadija. Cuando por la noche me cogen sentimientos tristes, Khadija me frota la espalda, me pasa la mano en círculos una vez y otra vez, como diciéndome que sea fuerte, que luche para tener buen ánimo. A veces, cuando el bebé le da patadas demasiado fuertes, le pongo la boca en la barriga dura y le canto una canción al bebé que hay dentro, hasta que ella y el bebé se duermen muy profundo, y Khadija dice que, cuando el bebé nazca, tengo que seguir cantándole porque ahora él ya conoce mi voz.

Justo anoche me consolaba con sus palabras:

—Cuando empieces a parir tus niños, ya no volverás a estar demasiado triste —me dice—. Nada más casarme con Morufu, no quería parir niños. Tenía mucho miedo de tener un bebé tan rápido, miedo de ponerme mala con esa carga en la barriga. Así que me tomé algo, una medicina, para que no pueda estar preñada. Pero, después de dos meses, me digo: «Khadija, si no pares un bebé, Morufu te enviará otra vez a casa de tu padre». Así que dejé la medicina y pronto hice nacer a mi primera niña, Alafia. Al tenerla en brazos por primera vez, mi corazón estaba muy lleno de amor. Ahora mis niñas me hacen reír cuando no pienso que pueda reír. Los niños son una alegría, Adunni. Alegría de verdad.

Pero yo no quiero parir nada ahora. ¿Cómo va a hacer nacer niños una chica como yo? ¿Por qué voy a llenar el mundo con niños tristes que no tienen la oportunidad de ir a escuela? ¿Por qué hacer que el mundo sea un gran sitio triste y silencioso, porque ningún niño puede tener voz?

Mi cabeza se pasa toda la noche pensando, pensando en la medicina que tomaba Khadija, en si yo también puedo tomarla para no quedarme preñada.

Esta mañana, me encuentro a Khadija en la cocina sentada en un banco al lado del hornillo, poniendo hojas de *ewedu*[18] en un cuenco que tiene en los pies.

—Adunni —me dice—, buenos días. ¿Te encuentras bien hoy? ¿Ya no lloras por tu mamá?

—He estado pensando en lo que decías anoche —digo yo mirándome los pies, las uñas, que parece que necesitan cortarse—. Sobre los niños.

—Ah —dice Khadija.

Miro rápido atrás para estar segura de que nadie viene y le digo:

—Tengo de verdad mucho miedo de hacer nacer niños —digo, las palabras unas encima de las otras, rápidas—. Pensaba en eso que decías… de la medicina para no tener niños. Yo es que… ahora no quiero parir un bebé. ¿Qué puedo hacer?

Khadija para de arrancar hojas y asiente.

—Adunni, sabes que nuestro esposo quiere dos chicos, ¿no? Uno de mí y otro de ti. ¿Eso lo sabes?

—Lo sé —digo—. Solo quiero esperar.

Lo que espero es que, si lo de quedarme preñada tarda y tarda mucho tiempo, a lo mejor Morufu me envía otra vez con papá. Pero eso no se lo digo a Khadija.

—¿Tienes miedo? —pregunta después de un rato largo, con voz de lástima.

—Mucho —digo yo—. Mi barriga no puede hincharse cada año porque tenga que darle chicos a Morufu. Lo único que quiero que se hinche es mi cabeza y mi mente, con libros y estudios. —Me muerdo los labios—. Yo no soy fuerte como tú, Khadija. No puedo hacer nacer un bebé con mi edad.

—Tú eres fuerte, Adunni —dice, bajando la voz—. Una luchadora. Somos iguales, solo que no lo sabes. Quieres luchar con tus estudios…, bien por ti, si es que puedes hacerlo en este pueblo nuestro. Yo lucho con lo que tengo dentro, con mi barriga que se queda preñada. Con ella puedo luchar para quedarme aquí y que mis niñas tengan un techo sobre su cabeza y mi mamá y mi papá tengan pan para comer y sopa para beber.

Me quedo parada, mirándola, mirando el montoncito de hojas del cuenco que va creciendo con cada hoja que tira la mano de Khadija, mirando sus dedos mojados y de color verde oscuro de tanto arrancar y retorcer las hojas de la rama.

—¿Tú sabes contar los días para tu visitante del mes? —me pregunta—. ¿Sabes cuándo empieza cada mes?

—Sí —contesto—. ¿Por qué?

—Hay algo que puedes tomar. Una mezcla de hojas fuertes.

—¿Me ayudará? —pregunto, con el corazón brincando de esperanza—. ¿No me quedaré preñada?

—No voy a prometerte nada, Adunni, pero veré si encuentro las hojas en la granja de Ikati. Las añades a diez semillas de papaya y las mezclas con raíz de jengibre y pimiento seco. Lo pones todo en una botella oscura y lo remojas con agua de lluvia durante tres días. Tienes que bebértelo cinco días antes y cinco días después de tu visitante del mes y cada vez que Morufu y tú hagáis la cosa. —

Levanta la cabeza y pone ojos estrechos al mirarme—. Morufu no debe enterarse de que estás bebiendo la medicina. ¿Entiendes, Adunni?

Mi corazón se deshace mientras miro su cara redonda, el espíritu bondadoso en sus ojos.

—Gracias, Khadija —digo, agachándome para coger una rama—. ¿Puedo arrancar las hojas de esta por ti?

—Adunni —dice, cogiéndome la rama de la mano con cuidado y dejándola en el suelo—, tu cabeza está tan llena de preocupación que se te sale por toda la cara. Olvídate hoy del trabajo de casa. Acerca ese banco, siéntate conmigo y charlemos.

---

18. Variedad de yute cuyas hojas suelen prepararse en sopa en Nigeria. *(N. del T.)*



CAPÍTULO 11

Con Khadija, los días en esta casa son cortos y a veces dulces.

Charlamos juntas, reímos juntas y, como se le está haciendo tan grande la barriga y a veces se pone mala, yo la ayudo a lavar, y a cocinar y a todo. También la ayudo con las niñas, bañando a Alafia y sus hermanas, dándoles de comer y lavándoles el pelo y la ropa sucia. Son buenas las niñas de Khadija, siempre contentas, riendo y buscándose problemas con Labake.

Yo y Morufu no hablamos mucho. Siempre está ocupado con la granja o el taxi desde temprano hasta la noche. A veces me llama a su cuarto, me hace quedarme de pies delante de él con la mano en la espalda y me pregunta cosas como un médico. Me pregunta si ya estoy preñada o si ha venido mi visitante del mes, porque quiere que me dé prisa y que me quede ya y haga nacer un niño. Pero la mayoría de las veces solo quiere hacerme su bruteza y comer. Yo sigo bebiendo la bebida que me prepara Khadija, de una botella oscura llena de hojas amargas y jengibre.

Cuando es mi turno de estar con Morufu, me tomo un taponcito rápido, voy a su cuarto y lo veo tragar su Fuego Explosivo, y entonces pongo el cuerpo muerto para que pueda hacerme la bruteza. Espero que a lo mejor dentro de seis meses o así vea que no voy a quedarme preñada y me envíe otra vez a casa de mi papá. A lo mejor.

Labake sigue en contra mía. Patea y maldice si tardo mucho al lavar los platos en la cocina o si barro demasiado rápido el recinto o muelo demasiado lenta las judías. Siempre quiere darme problemas, esa Labake, siempre busca la manera de pelear conmigo.

Pero hoy es el segundo martes del mes.

El día de mercado en que se juntan las mujeres y los granjeros de Ikati, así que ni Labake ni Morufu están en la casa. Por eso siento una clase de libertad que no he sentido en mucho tiempo y, mientras limpio el salón temprano, siento que el corazón me empuja a cantar. A ser feliz. A no pensar en tristezas ni preocupaciones. Así que empiezo a cantar una canción que me invento en mi cabeza:

¡Hola, chica linda!
Si quieres convertirte en
una gran gran abogada,
tienes que ir mucho mucho a escuela.
Si quieres llevar zapatos altos altos
y caminar clop-clap-clop,
tienes que ir mucho mucho a escuela.

Cojo el periódico gordo que está bajo el farol, encima de la tele, lo doblo así y asá hasta que parece una peluca de abogado que a veces veo en la tele. Me la pongo en la cabeza y la sostengo con una mano. Entonces me pongo de puntillas, como con tacones muy altos en los pies. Y empiezo a caminar de puntillas de un lado a otro del salón, cantando:

¡Camina clop-clap-clop
con tus altos altos zapatos!

Cuando digo «clop-clap-clop», me paro un momento para menear el trasero a la derecha y la izquierda, siguiendo el ritmo, y luego sigo caminando de puntillas, moviendo una mano arriba y abajo y sujetándome con la otra el periódico en la cabeza para que no se caiga.

Mi voz suena contenta y clara como un pájaro del amanecer y ni siquiera veo a Khadija, que asoma la cabeza en el salón, me mira con el periódico en la cabeza y se ríe sin ruido.

—¡Adunni! —dice.

Me doy un susto, paro de cantar y le sonrío con una sonrisa grande cuando veo que no se ha enfadado.

—Perdón —digo—. Solo estaba…

—¿Has terminado tu trabajo de la mañana? —pregunta.

—He terminado todo —digo, mientras me quito el periódico de la cabeza, lo doblo y lo vuelvo a poner encima de la tele—. Me he inventado una canción sobre una chica que quiere ser abogada. ¿Quieres que te la cante? «Hola, chica linda…».

Agita la mano para que pare de cantar y se frota la barriga.

—No, ahora no. Todavía estoy un poco mala. A lo mejor esta noche.

—Vale —digo—. ¿Has visto la *okra* que te he preparado esta mañana?

—Beberé un poco ahora —dice—. Gracias.

Miro por el salón y digo que sí con la cabeza.

—Todo el sitio está muy limpio. Ahora, voy a ir a lavar…

—No —dice Khadija—. Deja la ropa en el patio de atrás, ya la lavaré yo cuando esté mejor. Las lluvias de la semana pasada habrán hecho crecer el río. ¿Puedes ir y traerme agua del río Ikati? Mi tinaja de barro está al lado del pozo. Úsala.

—¿Quieres que vaya al río Ikati? —Me aprieto la mano en el pecho y parpadaleo—. ¿Yo?

Morufu nunca me deja ir tan lejos como hasta el río. Dice que las nuevas esposas no deberían ir de acá para allá por todos lados hasta después de un año, hasta después de haberle parido un chico.

Khadija dice que sí con la cabeza, luego sonríe suave.

—Adunni, sé que tus amigas siempre están jugando en el río a esta hora. En la casa no están Labake ni Morufu. Hace demasiado que no las has visto. Ve, corre. Vuelve antes de la tarde.

—Ay, Khadija —digo, saltando arriba y abajo y dando palmas—. ¡Gracias, gracias, gracias!

No creo que haya corrido más deprisa desde el día en que mamá me parió.

Voy con los pies brincando, saltando las rocas del suelo, sin pararme a saludar a las mujeres que cargan leña en la cabeza cuando me cruzo con ellas, ni a los niños que venden el pan de la mañana en bandejas que llevan en la cabeza. Tengo los ojos fijos delante, con la vasija de Khadija en una mano y mi *wrapper* bien apretado en la otra hasta que estoy cerca. A lo lejos, al lado del seto de hojas de banano que bordea el río, veo a Ruka y a Enitan.

Hay cinco o seis chicos al otro lado del río, jugando a boxear, gritando y riendo, pero yo solo miro a Enitan, que está dibujando un cuadrado en la arena mojada con un palo. Ha dejado el cubo a su lado en el suelo, y Ruka está sentada con el trasero en la parte de atrás de los pies, mirando lo que hace Enitan.

Me quedo parada un momento, sintiendo que mi corazón se hincha al recordar la época en que no tenía esposo, cuando era libre de jugar así.

Enitan está ahora dibujando otro cuadrado. Sé que dibujará seis o siete en la arena para el juego que llamamos *suwe*, que es el mejor de todos los del mundo. Lo que hacía era tirar una piedra dentro del cuadro y luego ir saltando por todos ellos solo con una pierna, intentando no caerme hasta coger la piedra, mientras Enitan y Ruka aplaudían y cantaban *¡suwe!, ¡suwe!, ¡suwe!* desde fuera del cuadro. Pero todo eso era mucho antes, en el pasado.

Dejo la vasija de barro de Khadija en el suelo y grito:

—¡Enitan! ¡Ruka!

Ruka gira la cabeza hacia donde estoy, abre mucho los ojos y sonríe con una sonrisa grande.

—¡Mira! ¡Es Adunni!

Yo, Enitan y Ruka corremos a abrazarnos y empezamos a reír y a hablar todas a la vez.

—Nuestra esposa —dice Enitan, tirándome de la mano para sentarme en una roca, al borde de la orilla.

Ruka se sienta al otro lado de mí, así que estoy en medio de las dos. Siento como que el corazón me va a explotar al ver la sonrisa de sus caras y los ojos que les bailan de felicidad.

—¿Cómo es la vida de esposa? —pregunta Enitan, los ojos brillantes como si tuviera una bombilla encendida dentro de la cabeza—. ¡Cuéntanos todo, cuéntanos todo!

—¡Mira qué mofletes! —dice Ruka, pellizcándome el izquierdo—. Adunni, has estado comiendo demasiado pan y leche. ¡Te estás pegando buena vida!

—Allí hay mucho para comer —digo.

—¿Y cómo son las esposas mayores? —pregunta Enitan—. ¿Y Morufu? ¿Cómo se porta contigo?

—¡Espera! ¡Deja que yo también pregunte una cosa! —dice Ruka —. Dinos, Adunni, ¿has hecho esa cosa con tu esposo? —Guiña el ojo como si una goma le pegara el párpado—. ¿Te hizo daño o fue dulce?

—¿Cocinas todos los días? —pregunta Enitan.

—¡Cuéntanos lo de esa cosa! —dice Ruka—. ¡Quiero saberlo!

—Demasiadas preguntas —digo, riéndome de Ruka, que sigue guiñando los ojos—. La primera esposa, Labake, es muy mala persona. Siempre se está pintando la cara con polvos blancos como un fantasma. Y siempre está riñendo con todos también.

—¿La mamá de Kike? —dice Enitan, tirando de su *wrapper* para taparse las rodillas cuando nos viene de pronto un aire frío—. A esa mujer la conozco. Siempre parece que está preocupada por algo. ¿Y la segunda esposa? ¿Cómo se llama?

—Khadija. —Me toco el pecho y miro a mis amigas, a la derecha y a la izquierda—. Es como nosotras. Solo que seis años más mayor, pero ya tiene tres niñas y otro bebé que viene de camino. Es muy buena. Cocina para mí y me enseña muchas cosas. Yo le canto por las noches. Le gusta oírme cantar. Es como otra mamá para mí.

Los ojos me escuecen de lágrimas al pensar en eso. Khadija, otra mamá para mí. ¡Una mamá! He estado rezando mucho tiempo a Dios para que trajera otra vez a mi mamá, aunque sé que no volverá nunca, pero, por primera vez desde que lo hago, creo que a lo mejor Khadija es la respuesta a mi oración.

—¿Ves? —dice Enitan, aplaudiendo—. ¡No es tan malo ser esposa!

—No —digo, hablando despacio—, no es tan malo, pero solo por Khadija. Y esa cosa que me has preguntado… —Me vuelvo hacia Ruka con un revoltijón en la tripa. A lo mejor, si les digo cómo es, no tendrán tanta prisa por casarse—. Da mucho dolor, a veces hasta cuesta andar. Y he tenido sangre después, muchas veces. Me hace sentir muy mala. No tengáis prisa por casaros, ¡creedme!

Pero Ruka, la muy tonta, se ríe con risa vergonzosa y me empuja las piernas.

—¡Mentira! ¡Mentira!

Tengo ganas de preguntarle por qué cree que estoy mintiendo, pero Enitan señala detrás de nosotras y grita:

—¡Mira quién viene de la parte del río de los chicos! ¡Kayus!

Me levanto de un salto y miro. Es verdad, es verdad que viene mi Kayus, corriendo, gritando mi nombre. Es la primera vez que le veo desde que me casé con Morufu hace dos meses, así que me pongo a correr hacia él, dejando a Enitan y a Ruka. Nos encontramos justo antes de que alcance la parte del río de las chicas y él me coge y me hace girar y girar en el aire hasta que el cielo y la tierra se mezclan. ¡Qué fuerte es a veces Kayus!

—Oía de lejos que las chicas gritaban tu nombre —dice al dejarme en el suelo—. Y me digo: «no, no puede ser mi Adunni». Pero, entonces, ¡miro bien y veo que eres tú!

Recupero el equilibrio y le cojo la cara entre las manos.

—¡Mi Kayus!

—No le he hablado a papá desde que te casaste con esa cabra: Morufu —dice, luchando para quitarme las manos de su cara, pero yo lo estoy agarrando fuerte porque quiero comérmelo con los ojos: las pestañas largas y gruesas, los arañazos de las mejillas que ahora se ven menos, los dos dientes de delante con el borde rompido de cuando se cayó de morros.

—Cuando empiece a trabajar en Kassim Motors —dice con voz seria—, te juro que ganaré mucho dinero y que iré y te cogeré de casa de Morufu. Le devolveré esa tontada del precio de novia, todo entero, construiré una casa para nosotros y viviremos allí para siempre, ¡solo yo y tú!

Lo abrazo fuerte y aprieto su cabeza contra mi pecho, contra mi corazón.

—Sé que lo harás —digo—. Pero, hasta entonces, me las arreglaré. No se está tan mal en casa de Morufu. Ven, siéntate conmigo y deja que te cuente todo.

Alrededor de mediodía me voy del río, digo adiós a Kayus y a Enitan y a Ruka y empiezo a volver a la casa.

El sol es un plato caliente que brilla en el cielo, descansando entre bolas de algodón blanco. Llevo la tinaja de Khadija con agua fresca en la cabeza, mientras el corazón aún me está bailando con la risa de Kayus que todavía suena en mis oídos.

Al acercarme a la casa, el corazón deja de bailar y empiezo a sentir como si le hubiera puesto rocas dentro, rocas pesadas que me hunden los pies en la tierra y me hacen caminar despacio. Tengo ganas de volver corriendo hasta Kayus, de llevarlo a nuestra casa para prepararle arroz con aceite de palma y cantarle para que se duerma por la noche, pero sé que papá me dará una paliza si lo hago, así que vuelvo a la senda que va por la parte de atrás y sigo caminando hacia la casa de Morufu.

A tiro de piedra de la casa, los arbustos crujen de pronto y me paro.

—¿Quién está ahí? —pregunto, pensando si poner la vasija en tierra y mirar a ver—. ¿Quién es?

Labake sale de los arbustos, con una tela marrón bien apretada alrededor del pecho y los ojos muy abiertos, como de loca. En la mano lleva una vara larga y fina, la vara que tiene unos pinchos pequeños de madera, la misma que le gusta guardar al fondo de la cocina para espantar a las niñas de Khadija cuando ella no está en la casa.

—Buenas tardes, señora —digo, intentando que no se me note el miedo por la vara que lleva en la mano—. ¿Qué está haciendo en los arbustos?

—Esperándote —dice en yoruba—. Quería cogerte sola para que Khadija no pueda salvarte. Y ahora dime: ¿por qué tengo tan poco

queroseno en el hornillo?

Pienso en la sopa de *okra* que le he preparado a Khadija por la mañana. Se ha estado bebiendo un cuenco cada mañana desde hace dos semanas, porque dice que ayuda a despertar al bebé cuando está quieto en su barriga. Yo la cocino en el hornillo de Khadija, el verde que hay al lado de la palangana de lavar.

—No sé por qué hay poco queroseno —digo.

—¿Has cocinado? —pregunta—. ¿En la cocina?

—Para Khadija —contesto.

—¿Qué hornillo has usado?

—El de Khadija.

¿Me habré confundido y usado el de Labake? Repaso en mi mente, rebusco en ella por todas partes antes de decir que no con la cabeza. En la cocina hay dos hornillos verdes iguales: uno al lado de la palangana de fregar, otro detrás del banco, y, cada noche, después de cocinar, Labake se lleva su hornillo a su cuarto. No, sacudo la cabeza otra vez, no he usado el hornillo de Labake porque ni siquiera estaba en la cocina esta mañana.

—Por favor, apártese del camino. Voy a llevarle esta agua a…

—Mi hornillo es el que está al lado de la palangana de fregar —dice, acercándose con los ojos medio cerrados de furia—. El verde. Anoche no me lo llevé a mi cuarto. El hornillo de Khadija no funciona, pero creo que su barriga preñada le está confundiendo el cerebro, así que no se acordó de decirte que Morufu lo ha llevado a arreglar. Bien, te lo vuelvo a preguntar: ¿has usado mi hornillo?

—Pero ¿cuál es su hornillo? —pregunto, con el corazón empezando a saltar y las manos doloridas de coger la tinaja demasiado fuerte.

Me pone una mano en el pecho y me empuja. Solo un empujón pequeño, pero el agua de la tinaja se balancea a un lado y al otro, me caen gotas en la cara y dentro de la ropa y el frío me da mucha impresión en el pecho.

—¿Y aún me preguntas cuál es?

Corta el aire con el palo y yo siento que se me corta la piel solo con el ruido.

Me mojo los labios y doy dos pasos atrás, con la tinaja de agua en la cabeza que parece una olla llena de fuego, piedras y problemas.

—Creo que puede ser que… —empiezo, con ganas de rogarle que no se enfade, que no me azote, cuando de pronto oigo la voz de Kike, la hija de Labake, detrás de nosotras:

—¡Mamá!

Kike llega corriendo por la senda, respirando rápido. Yo y ella no hablamos mucho desde que me casé con su padre. Ella siempre está muy callada en la casa y yo ni la miro a la cara. Se está sujetando una tela alrededor del pecho y sostiene una cuchara de madera que tiene una masa blanca en la punta. Parece que haya estado removiendo *fufu*[19] en una cazuela y lo haya dejado para venir corriendo. ¿Qué viene buscando? ¿Ha venido para ayudar a su mamá a pegarme?

—Mamá —dice Kike, hundiendo las rodillas en la arena para saludar a Labake—. He sido yo, mamá. He sido yo la que ha usado tu hornillo para… para hervir berenjenas esta mañana. No Adunni.

—Kike, ¿has sido tú? —pregunta Labake, mirando a su hija muy fijo, como si no la creyera—. ¿Estás segura?

—Te lo juro, mamá. He sido yo.

Labake suelta un bufido y me empuja otra vez en el pecho. Esta vez la tinaja de agua se me va de la mano, se estrella contra el suelo y se rompe en pedazos.

No dejo de mirar los trozos de la tinaja de Khadija y la arena que se va volviendo de un rojo muy oscuro mientras Labake se marcha, levantando polvo con los pies, diciendo a gritos muchas maldiciones contra mí y Khadija.

Cuando Kike y yo nos quedamos solas, me vuelvo hacia donde sigue de rodillas en el suelo, todavía con la cuchara de madera en la mano, como si ella misma no entendiera qué está haciendo ahí.

—Has mentido por mí —digo, con el corazón lleno de una mezcla de gracias y sorpresa triste—. ¿Por qué?

Pero Kike no me contesta. Solo se encoge de hombros, se levanta, se sacude la arena de las rodillas y sale corriendo, llamando

a su mamá, rogándole que la espere.

Me quedo un momento mirando cómo el polvo cae otra vez a la tierra, pensando que a lo mejor Kike va a volver, y luego me siento en el suelo, extiendo mi *wrapper* entre las dos rodillas y empiezo a recoger los trozos rompidos de la tinaja de Khadija y los de mi felicidad de esa mañana, cuando he visto a Kayus.

No sé cuánto me quedo allí, recogiendo todo en mi tela: la arena mojada, los trozos de un hueso que algún perro ha comido y escupido allí hace tiempo, una lata de leche aplastada por las ruedas de un coche, hierbajos de los matorrales de alrededor. Sigo recogiendo cosas, poniéndolas en la tela, sin importarme la peste que sale de ellas ni mis manos sucias.

Cuando ya no cabe nada más, intento ponerme de pies, pero no puedo. Algo me tira hacia abajo y no sé si es toda la basura de mi *wrapper* o el peso de la tristeza que me ha crecido en el corazón, así que me quedo allí sentada en el suelo, hasta que alguien dice mi nombre en un susurro.

—He estado esperando a que volvieras a casa. —Es Khadija, su voz suave y preocupada—. Pero mira qué sucia estás…

—Ha sido Labake —digo, haciendo un esfuerzo por levantarme, mientras todo lo que llevo en la tela se cae al suelo como una lluvia de basura—. Labake me ha empujado y ahora tu tinaja está rompida y yo la recogía para ti, lo recogía todo y pensaba en cómo arreglarlo, cómo arreglar todo lo que se ha rompido desde que mi mamá ha muerto, pero es demasiado difícil. Todo es demasiado difícil.

—Ay, Adunni —dice Khadija, apretando una mano caliente en mis mejillas y limpiando las lágrimas que yo ni sabía que estaban allí—. Ven conmigo, niña —me pide—. Necesitas un baño caliente, un cuenco de ñame dulce y dormir muy muy profundo.

Me coge de la mano y me arrastra a mí y a mi corazón pesado otra vez a la casa de Morufu.

---

19. Especie de puré a base de tubérculos cocidos y machacados que es típico del África occidental y central. *(N. del T.)*



CAPÍTULO 12

Desde la semana pasada, mi corazón se ha hecho más suave con Kike y, a veces, cuando nos vemos, nos saludamos con los ojos. Pero esta mañana se ha acercado cuando yo estaba sentada en el suelo, moliendo pimiento en la cocina.

Se me ha puesto delante, con la mano en la cadera y torciendo la cabeza.

—Adunni —dice—, buenos días.

—Buenos días —digo yo, cogiendo la piedra de moler y echándole agua para quitarle la suciedad antes de empezar a rodarla por la bola de pimientos, sobre otra piedra grande y gris que tengo entre las piernas—. Gracias por el otro día en los arbustos —digo sin apartar los ojos de la piedra de moler—. Quería darte las gracias, pero tu mamá me está vigilando siempre para ver si te hablo.

—Ahora está en el mercado —dice Kike—. Hasta que se haga de noche no vuelve.

—¿Por qué dijiste una mentira por mí ese día? —pregunto.

—Por… nada —dice.

Levanto la cabeza y me tapo el sol con la mano.

—Yo no quería casarme con tu padre —digo—. Eso lo sabes.

Se inclina y se sienta en la piedra que tengo al lado.

—Ya lo sé. Sé que querías ir a la escuela. Tienes buena cabeza, Adunni. Buena para aprender en la escuela. Todos en el pueblo lo dicen.

—Entonces, ¿por qué tu mamá va en contra mía?

—Mi papá hizo mal cuando se casó con Khadija y contigo por no tener bebés chicos. Mi mamá usa ese dolor para pelearse con vosotras dos. Tú… tienes mi edad. Eso para ella es muy difícil.

—Entiendo —digo.

—Mi padre me ha buscado un esposo —dice—. Lleva buscando desde que yo tenía diez años. Ayer me dijo que ha recibido mi precio de novia. Mañana voy a la casa de mi esposo.

—¿Quién es? —Cojo otro pimiento, lo parto por la mitad, lo pongo en la piedra y empiezo a rodar la otra piedra por encima—. ¿Lo has conocido ya?

Kike niega con la cabeza.

—Se llama Baba Ogun. Vende medicinas para gente enferma de su pueblo. Tenía una esposa antes. Se murió hace seis meses de la tos con sangre. Y él buscaba otra, una chica joven como yo que le haga sentir un hombre joven. No hacemos una boda de verdad porque él tiene esa esposa muerta de antes, pero mi papá y mi mamá me llevarán allí mañana.

Kike no está enfadada; no parece que le importe ser la segunda mujer de un hombre mayor con una primera esposa muerta.

—¿Estás contenta de casarte con ese hombre? —pregunto mientras recojo el pimiento con una cuchara y veo si está bien. Las semillas blancas son como arena en mi mano, así que lo echo todo otra vez a la piedra y sigo moliendo.

—Mi papá sí que está contento. —Se encoge de hombros—. Mi mamá quiere que aprenda para modista. Pero papá dice que no tiene dinero para enviarme a aprender. Usará mi precio de novia para arreglar el otro taxi.

Apoya la espalda, mirando cómo ruedo la piedra sobre los pimientos, adelante y atrás, adelante y atrás. Suspira.

—Ojalá fuera hombre.

Dejo de moler.

—¿Por qué quieres eso?

—Porque, piénsalo, Adunni —dice—. A todos los hombres de nuestro pueblo les dejan aprender en la escuela y aprender un trabajo, pero a nosotras, las chicas, nos casan desde los catorce

años. Sé que puedo ser buena modista. Sé dibujar moda muy buena.

Estira un dedo y dibuja algo en la arena. Cuando inclino la cabeza y miro, veo un vestido largo en forma de sirena y con las mangas como dos campanas.

—Es una moda muy bonita —digo.

—Cada día, cuando vuelvo del mercado con mi mamá —borra el dibujo y presiona el dedo en la arena para hacer otro—, dibujo vestidos de muchos estilos. Cuando cierro los ojos —cierra fuerte los párpados—, veo a todas las mujeres del pueblo llevando mi moda. —Abre los ojos y me sonríe triste—. Ojalá fuera un hombre, pero no lo soy, así que hago lo otro que puedo hacer. Casarme con un hombre.

Pienso un momento en lo que dice, el significado de sus palabras.

—Rezo a Dios para que mi esposo sea bueno y me envíe a aprender para modista —dice—. Y tú, Adunni, ¿qué quieres ser en la vida?

—Maestra —digo.

He querido ser maestra desde que tenía dos años. Incluso antes que mi mamá muriera, yo siempre enseñaba a los árboles y las hojas de nuestro recinto mientras mamá freía sus *puff-puff* para vender. Pegaba con mi palo en la raíz de un mango y le decía: «Tú, mango, ¿cuánto es uno más uno?». Y luego respondía yo misma: «¡Uno más uno es igual a dos, maestra Adunni!». Sonrío al recordarlo.

—Quiero dar clase a los niños del pueblo —le digo a Kike—. Darles una vida mejor. Pero, ahora que me he casado con tu padre, todo eso no es posible.

Sacude la cabeza.

—Cierra los ojos y haz de maestra en tu cabeza —dice—. Vamos, cierra los ojos. Piénsalo con tu mente.

Al principio solo veo una tela negra, pero, cuando muevo la tela y miro profundo profundo dentro de mí, paso al otro lado y estoy en una clase, y luego tengo una tiza y estoy escribiendo en la pizarra. Detrás de mí, los niños llevan uniformes blancos y rojos y están

sentados en un banco, escuchándome mientras les enseño todas las cosas que la maestra me enseñaba a mí antes de dejar la escuela.

Siento una corriente de algo libre en ese momento, tan fuerte que abro enseguida los ojos. Una risa se me escapa de la boca, por sorpresa.

Kike me sonríe otra vez.

—¿Ves? Te lo he dicho, Adunni. Aunque te cases con mi padre y creas que tu esperanza se ha acabado, tu mente no está acabada. Dentro de tu cabeza puedes ser la maestra que quieres ser. —Se pone de pies—. A ti te gusta leer libros, así que alimenta tu cabeza con todos los libros que encuentres, hasta los de los cubos de basura de Idanra o los baratos del mercado. Un día a lo mejor te haces maestra, o a lo mejor no. Yo mañana iré a conocer a la familia de mi esposo, pero dentro de mi cabeza soy Kike, la modista. Deséame buena suerte.

Cuando me deja sola, cierro los ojos un momento intentando ser maestra en mi mente, pero la tela negra está por todas partes en mi cabeza, y el pimiento de las manos me escuece en la piel.



CAPÍTULO 13

Anoche, Khadija me pidió que fuera con ella a la comadrona.

Tiene la barriga de casi ocho meses. Desde la semana pasada, camina como si tuviera dos ruedas entre las piernas. Y no deja de gemir cuando está en la cocina, en voz baja, cuando cree que nadie la oye. Pero yo la oigo, y cuando le pregunto si todo está bien con el bebé, me dice que sí. Pero anoche, cuando se pone en la estera y se dobla a mi lado y empiezo a cantarle al bebé, sacude la cabeza y dice:

—Para, Adunni. Hoy sin canciones, por favor.

Y cuando le pregunto por qué, porque nunca, pero nunca, me había dicho que no cantara, me dice:

—Tengo miedo, Adunni. Tengo miedo de que a lo mejor el bebé venga demasiado pronto.

—¿Por qué? —pregunto yo cuando me dice que el bebé viene ya —. ¿Algo no está bien con el bebé?

—Sí —dice.

—¿Lo crees o lo sabes? —pregunto.

Parece que se enfurruña, pone ojos grandes.

—Lo sé. Esta es mi cuarta vez de preñada, Adunni. Sé cuándo un bebé quiere salir y cuándo quiere quedarse. Este quiere salir. Necesita otras cuatro o cinco semanas antes de ser un bebé bastante fuerte. No ahora. Tengo que ver a la comadrona mañana por la mañana. Este bebé es un chico. No puede morir.

—¿Cómo sabes que es un chico? —pregunto—. ¿Te ha mirado alguien dentro de la barriga para saberlo seguro?

—Lo sé —dice—. Cuando Morufu dijo que no dará más comida a mi familia si no es un chico, yo hice algo para estar segura. —Baja la cabeza, como triste—. Lo que hice es una vergüenza, pero no podía elegir. No podía parir a otra niña, Adunni. Lo sabes. ¿Qué comerán mi papá y mi mamá si me nace una niña? Este es chico. Y no puede morirse. Ven conmigo mañana por la mañana. Al amanecer.

No dormí bien después de eso. Todo el rato pensando: ¿qué hizo para estar segura de que su bebé es un chico? Los ojos no se me cierran, pensando hasta muy tarde por la noche, a veces vigilando a Khadija, vigilando su barriga porque tengo miedo de que el bebé pueda salir y morirse. Si llamara a Morufu, Labake me pegaría por idiota porque esta noche es su noche de dormir con él.

Pero, gracias a Dios, el bebé se apaña para quedarse dentro hasta la mañana.

—¿Dónde está la casa de la comadrona? —le pregunto después de mi baño de la mañana—. ¿Le vas a decir a tu esposo que voy contigo a la comadrona? —Le hablo en susurros, aunque estamos en su cuarto, lejos de Morufu y Labake. He sido esposa de Morufu casi tres meses ya, pero no soy capaz de llamarlo «nuestro esposo». Es algo que mi boca no puede decir nunca. La última vez que lo intenté, la lengua se me enganchó, así que lo llamo «tu esposo» cuando le hablo a Khadija. Ella entiende y yo entiendo.

Sacude la cabeza.

—Le diré que voy a visitar a mi madre —dice—. Tú vienes conmigo para ayudarme a llevar mi bolsa.

—¿Por qué no le has dicho que vamos a la comadrona? —pregunto, sin comprender—. ¿Es algo malo?

—No lo entiendes —dice mientras se friega la barriga y tuerce la cara como si aún tuviera dolor—. ¿Estás lista para que nos vayamos?

Llevo mis sandalias negras, me aprieto el cinturón por detrás del vestido y sigo a Khadija.

Morufu y Labake están dentro del recinto, de pies delante del taxi. Hoy es la boda de Kike, así que sé que están preparando todo para llevarla a la casa de su esposo.

Morufu lleva la misma *agbada* que llevaba en nuestra boda y Labake lleva algo que parece un saco marrón. Lanza un bufido enfadado y me da la espalda. Yo también doy un bufido, poco fuerte para que lo oigan solo mis oídos.

—¿Dónde vais tan pronto esta mañana? —pregunta Morufu, enganchándose la manga de la *agbada* en el hombro—. ¿No venís con nosotros a la boda de Kike?

—Dios no lo permita —dice Labake—. No pueden venir con nosotros. Hoy es mi día de brillar. Ninguna bruja va a fastidiármelo.

—No vamos con vosotros —contesta Khadija. Parece que el alma se le salga del cuerpo mientras se seca la frente, que tiene llena de sudor—. Voy a casa de mi madre. Está muy enferma. Tengo que llevarme a Adunni. Mi bolsa pesa demasiado para mí.

¿Por qué Morufu está tan ciego que no ve lo que siente Khadija?

Doblo la rodilla, lo saludo.

—Buenos días, señor.

—Adunni, mi joven esposa —dice—. ¿Quieres ir con Khadija a saludar a su madre?

Miro a Khadija, que se balancea un poco sobre los pies y dice que sí con la cabeza. Yo también digo que sí con la cabeza.

—Sí, señor.

—Tienes que volver esta noche —dice—. Porque esta noche quiero pasar una noche especial con mi Adunni.

—Si Dios quiere —responde Khadija—, volveremos antes de la noche.

—Hasta entonces —dice Morufu, y entra en el coche y enciende el motor.

Miramos mientras Kike sale de la casa. Lleva un *iro* y *buba* nuevos, con una flor en la parte del cuello del *buba*. Es bonito; ¿será algo que se ha hecho ella misma? En la cabeza, en el *gele,*[20] lleva una tela de encaje que le cuelga delante de la cara: una cortina. Kike mira por debajo de la tela, los ojos llenos de esperanza bajo el *kajal* negro que le rodea los párpados.

—Ve con Dios —le digo cuando llega delante de mí—. Ve con Dios, modista mía.

Yo y Khadija empezamos a caminar los tres kilómetros que hay hasta la estación de autobuses.

La estación de autobuses no está muy lejos, pero Khadija camina todo el rato muy despacio, gimiendo y quejándose y frotándose la barriga como si estuviera a punto de parir el bebé allí mismo, en la carretera a la estación.

No hace más que decir que quiere hacer caca, que quiere hacer pipí, que quiere dormir.

Tengo mucho miedo por ella, pero escondo el temor y le digo que siga caminando, que no pare, que no haga pipí ni caca. El autobús no está lleno. Solo hay mujeres del mercado con cestas de pan, naranjas o judías, preparadas para vender la comida de la mañana. Nos sentamos en los asientos de delante, yo cerca del conductor, que huele al aliento de las mañanas, y Khadija cerca de la puerta. Me pongo su bolsa en las rodillas, sin dejar de mirarla todo el tiempo, como si mis ojos pudieran mantener al bebé dentro de su barriga. Cuando el conductor pone en marcha el autobús y sale de la estación, le pregunto a Khadija cómo se encuentra.

—¿El bebé se queda dentro?

—Sigue bajando —dice, mientras descansa la cabeza en mi hombro y me aprieta la mano—. Se me cierran los ojos. Vamos al pueblo de Kere. Despiértame cuando lleguemos.

Antes que pueda decirle que no se duerma, cierra los ojos y se pone a roncar.

---

20. Tocado tradicional yoruba similar a un turbante. *(N. del T.)*



CAPÍTULO 14

Cruzamos por la carretera del bosque y el autobús va pasando entre mangos altos de hojas y ramas grandes que crecen a la derecha y a la izquierda.

Las ramas se inclinan cerca unas de otras, cubriendo la carretera como un paraguas, y los rayos de sol se cuelan por las rendijas del paraguas. Pasamos a granjeros que van en bici a sus granjas, haciendo sonar el timbre para apartar de su camino a la gente, las gallinas y los perros. Pasamos a mujeres que llevan en la cabeza bandejas de leña, pan y plátanos verdes, con los niños dormidos sujetos a la espalda con el *wrapper*. Vienen de las granjas y llevan leña y comida a la casa para cocinar. Pienso en esto: ¿por qué los hombres del pueblo no dejan que las chicas vayan a escuela, pero no les molesta que las mujeres traigan leña, vayan al mercado y cocinen para ellos?

Pasamos la frontera de Ikati y pronto una línea de colinas rojas nos rodea como un abrazo. Algunas de las colinas tienen casas de barro como colgadas al borde, que parece que vayan a caerse en cualquier momento y matar a toda la gente de dentro.

Cabras negras, unas cincuenta, están subiendo por las rocas. Hay un hombre que va detrás con un palo largo, pegándoles para que suban más y más. A la izquierda tengo otra colina que parece que llore lágrimas de verdad, con una línea de agua clara del color azul del cielo que le corre por la cara, mientras que la parte más alta tiene forma de huevo y es suave como la calva de un hombre.

Una hora o así después de las colinas, llegamos a la estación de Kere, y Khadija, que ha estado durmiendo todo el camino, y roncando fuerte también, habla cosas sin sentido en sueños.

El conductor para el autobús cerca de un árbol del cacao. El aire huele a nueces tostadas y, cuando miro alrededor, veo a un hombre removiendo nueces en una carretilla colocada sobre una hoguera. Delante tiene a una o dos personas, esperando para comprarle nueces. Es un pueblo pequeño, este Kere, la mitad que Ikati diría yo, con una o dos casas redondas de arena roja aquí y allá y las otras casas casi cayéndose de las colinas.

Al otro lado de la estación hay una tienda que vende chocolatinas, *siga*, periódicos y pan. Una mujer barre la entrada, la escoba hace frufrú cuando la pasa adelante y atrás en el suelo, mientras canta con una voz que sube por la carretera, hasta nosotras:

> Por la mañana
> me levantaré y alabaré al Señor.

—Esta es la parada de Kere —dice a gritos el conductor—. ¡Estaremos aquí diez minutos y luego nos vamos!

Noto la barriga que se me retuerce cuando le doy un codazo a Khadija.

—Abre los ojos —digo, pero ella solo deja caer el cuello hacia un lado. ¿Por qué está durmiendo tanto? Me chupo los labios, noto como si estuviera chupando fuego, y luego le doy otro codazo—. ¿Khadija?

¿Por qué, por qué, por qué la he acompañado a este sitio? ¿Qué estaba pensando mi cerebro? ¿Y si sigue durmiendo más y más, para siempre?

—¡Khadija, despierta! —grito, y el conductor me mira—. ¡No se despierta! —le digo al conductor, y me sorprendo al oír lágrimas en mi voz.

—¿Adunni? —Khadija abre los ojos poco a poco, mira el lugar y se limpia la saliva de la boca—. Ya estoy despierta. Este es el sitio. Vamos a bajar.

—¿Estás bien? —pregunto. El retorcimiento de barriga se para un momento mientras le limpio la cara con la mano—. Tenía miedo de que estuvieras durmiendo demasiado profundo. ¿Estás bien?

—Muy bien —dice, cogiéndome la mano—. Sígueme.

Juntas bajamos del autobús y empezamos a andar, ella parándose y quejándose, yo diciéndole que intente continuar, hasta que cruzamos la estación, pasamos a la mujer cantarina de la tienda y llegamos a un camino. Hay un guayabo a un lado del camino, y una cabra marrón con rayas rojas en el cuello está comiendo la hierba de las raíces. La cabra levanta la cabeza, ve que nos acercamos, arranca un poco de hierba y se va corriendo. Khadija se para y descansa apoyada en el guayabo, con la fruta del árbol tan baja que casi le toca la cabeza, guayabas de color amarillo, maduras y listas para coger.

—¿Quieres sentarte? —le pregunto, dejando su bolsa en el suelo —. Descansa.

Khadija se agacha hasta que se sienta en la raíz del árbol.

—Te esperaré aquí. —Le tiembla el dedo cuando señala una casa redonda que se ve a lo lejos—. Cruza este camino y ve a aquella casa de la puerta roja. Llama tres veces. Si te abre una mujer, dile que vendes hojas y luego vuelves aquí. Pero si es un hombre el que te abre, le dices que preguntas por Bamidele. Dile que te envía Khadija. Tráelo aquí conmigo.

Arrugo fuerte la cara, sin comprender.

—¿Dónde está la casa de la comadrona? —pregunto. Bamidele es nombre de hombre. Nunca he visto a un hombre comadrona en mi vida—. ¿Khadija?

Ahora tiene más sudor en la frente, gotitas de agua en el labio de arriba.

—Por favor, no hagas demasiadas preguntas ahora —dice—. Si no quieres que mi bebé muera, por favor, ve allí y pregunta por Bamidele. Dile…, ah, mi espalda, Adunni. La espalda me duele.

La miro mucho rato, me pregunto otra vez por qué he venido con ella. ¿Por qué no me he quedado en Ikati, preocupándome solo de mis cosas? Pero Khadija me ayudó con la bebida para no quedarme preñada, me quita las preocupaciones de la cabeza en casa de

Morufu, lucha con Labake por mí. Y, si muere aquí, todos dirán que he matado a la esposa que está por encima de mí. Dirán que los celos me hicieron traerla al pueblo de Kere y matarla y dejarla muerta en un guayabo. Y me matarán también a mí, sin preguntar nada, porque en Ikati matan a todos los que matan o a todos los que roban.

Recuerdo cuando un granjero, Lamidi, mató a su amigo por una riña de tierras y el jefe del pueblo les dijo a sus sirvientes que dieran a Lamidi setenta latigazos con una rama de palmera en la plaza del pueblo, todos los días, hasta que Lamidi se murió bien muerto. Quemaron el cuerpo cuando acabó de morirse. Sin entierro. Solo tiraron el cuerpo negro en el bosque, como una ofrenda achicharrada para los dioses del bosque.

Me levanto con trabajo y cruzo el camino rápido, moviendo deprisa los pies hasta que llego delante de la casa de barro.

Cuando miro atrás, Khadija levanta la mano y me dice adiós.

La puerta es del rojo de la sangre, como llena de rabia. Cierro la mano y llamo una vez. Nadie contesta. Puedo oír algo dentro; alguien está oyendo la radio, las noticias de la mañana en yoruba.

Vuelvo a llamar.

La puerta se abre despacio. Estoy mirando a un hombre. Es alto, joven, con buen aspecto. Lleva puesto un pantalón, sin camisa. Tampoco lleva zapatos. Tiene la radio en la mano.

—Busco a Bamidele —digo—. ¿Eres tú?

Apaga la radio con un botón de uno de los lados.

—Sí, soy Bamidele. ¿En qué puedo ayudar?

Hablo en voz baja.

—Khadija. ¿La conoces?

Le cambia la cara y mira atrás, dentro de la casa, como para comprobar que no viene nadie.

—¿Qué le pasa? —pregunta.

—Me ha dicho que te pida venir —digo—. Está sentada allá lejos. No está bien.

—¿No está bien? —Arruga la cara—. Espera.

Cierra la puerta.

Me quedo allí parada, apoyándome en un pie y luego en el otro, muy confundida. ¿Quién es este hombre, Bamidele? ¿Qué tienen él y Khadija uno con otro? ¿Y por qué a mí me ha dicho que va a ver a la comadrona y a Morufu que va a ver a su madre? La puerta vuelve a abrirse y me corta los pensamientos. El hombre lleva ahora una camisa, de la misma tela que el pantalón.

—Llévame con ella.

Caminamos un rato y también corremos otro rato, hasta que llegamos a Khadija. Ahora tiene mucho sudor en la cara y gira la cabeza a este lado y al otro. Me quedo en un rincón y el hombre, ese Bamidele, se arrodilla y le coge la mano a Khadija.

—Khadija —dice—. Soy yo. ¿Qué pasa?

Ella abre los ojos, con esfuerzo. Tuerce el labio como si quisiera sonreír.

—¡Bamidele! —dice, hablando en un susurro tan bajo que estiro el cuello para oír lo que dice.

—El bebé me está dando problemas —dice—. Me parece que voy a morirme.

Bamidele le seca la cara con la mano y yo me asusto. Miro alrededor por todos los sitios. ¿Quién nos ve? No hay nadie en las calles, solo esa cabra a lo lejos que dobla las patas de atrás para hacer una caca dura, unas bolitas negras que le llueven como balas del trasero.

¿Qué se cree este hombre que está haciendo, tocando así la cara de Khadija? ¿No sabe que Khadija es la esposa de otro hombre?

—*Aya mi* —dice—. No vas a morirte.

¿Está loco? ¿Por qué está llamándola *aya mi*, esposa mía?

—Khadija —digo—, ¿por qué está diciendo este hombre todas esas tonterías?

Khadija no me responde. Parece como si ni siquiera me oyera. Así que yo estoy allí plantada, mirando como una gran idiota, esperando a que algún significado de los que busco acabe encontrándome a mí.

—El bebé está apretando para salir —le dice al hombre—. Tengo miedo de que me nazca y yo me muera. ¿Recuerdas la maldición

que me contaste? ¿El ritual que yo y tú tenemos que hacer antes de que el bebé llegue a nueve meses?

¿Qué maldición? ¿Qué ritual? Pateo en el suelo, cada vez más confundida, más enfadada. ¿Por qué están hablando así? ¿Sin decir nada que se entienda?

Bamidele dice que sí con la cabeza.

—Podemos ir hoy —dice—. Juntos. Yo y esta niña te llevaremos.

Me echa una mirada y yo doy un paso atrás. ¿De qué niña está hablando? No seré yo. Yo no voy a ir con nadie para hacer ningún ritual estúpido.

—Yo me vuelvo a Ikati —digo.

—Por favor —ruega Khadija—, ayúdame. Mi fuerza se acaba, no puedo ni levantarme. Tú y Bamidele tenéis que llevarme a hacer esto.

—Dime antes qué pasa. —Miro al hombre de arriba abajo, como si oliera a algo podrido—. ¿Qué es tuyo este hombre?

El hombre se levanta de golpe.

—¿Y tú? ¿Qué eres suyo? —pregunta.

—Ella es mi *iya ile* —digo—. Me casé con Morufu después que ella.

—Ah —dice—. Adunni.

¿Sabe mi nombre?

—Khadija me ha hablado de ti —dice con una sonrisa triste—. Dice que eres una buena persona. Buena chica. Dice que tú…

—Habla sin tonterías, por favor —digo. No tengo tiempo de oír lo buena que soy cuando Khadija parece que esté en el autobús de la muerte.

—Khadija es mi primer amor —dice Bamidele—. ¿No te lo ha dicho?

—No —contesto. ¿Cómo iba a decírmelo? ¿Es que este Bamidele tiene espuma en la cabeza en vez de cerebro?

—Hace cinco años, yo y Khadija nos teníamos amor. Amor de verdad. Se suponía que íbamos a casarnos —dice—, pero su padre cayó enfermo y entonces vendió a Khadija a Morufu para que eso los ayudara. Yo no tenía dinero entonces. Me hizo daño que se llevaran a mi amor y se la dieran al viejo Morufu, pero me lo tomé como un

hombre. Dejé Ikati y vine y me asenté aquí en Kere para hacer mi trabajo de soldador. Después de cuatro años casada con Morufu, Khadija vino a buscarme. Dijo que me amaba. Yo y ella empezamos otra vez nuestro amor.

Baja la cabeza, mira a Khadija mientras ella se retuerce de dolor en el suelo. Cuando vuelve a mirarme, le brillan lágrimas en los ojos.

—Ese bebé que lleva en la barriga es mío. Lleva un chico ahí dentro. Lo sé.

—Ayúdame —dice Khadija, hablando muy débil ahora.

—¿Qué ritual dices que tiene que hacer? —pregunto—. ¿Y dónde?

—En mi familia tenemos una maldición —dice Bamidele—. Tenemos que lavar a las mujeres preñadas en el río siete veces antes de que el bebé llegue a los nueve meses. Si la mujer no lo hace, morirá con el bebé cuando lo esté pariendo. En mi familia no nacen muchas niñas. Todas nuestras mujeres siempre paren chicos. Por eso tengo seis hermanos. Sé que lleva mi bebé en su barriga y sé que es un chico, mi hijo. —Suspira con un suspiro triste—. El río Kere no está lejos de aquí. Puede lavarse allí. Tengo un jabón negro especial que puede usar. Lo tengo en la casa. Pero vamos primero a llevarla. Ayúdame.

Miro a Khadija.

—¿Es verdad lo que está diciendo este hombre? ¿El bebé no es de Morufu?

—Es verdad —dice—. Este bebé es de Bamidele. Morufu es un hombre estúpido y malo. Quiere bebés niños, pero él no puede dejarme preñada de chicos. Así que vine a Bamidele y él me ayudó a tener un chico. Pero, por su maldición, no puedo parir al bebé hasta que me bañe… Y ahora el bebé quiere salir ya, así que debo darme prisa en… Por favor, llévame.

No muevo los pies del sitio.

—Khadija, ¿por qué vas a darle el bebé de otro hombre a Morufu?

Khadija sacude la cabeza a la derecha y a la izquierda, retorciendo la cara.

Bamidele me mira, con preocupación en los ojos.

—Tenemos que ir rápido —dice—. Cógela de la mano y yo la cojo por aquí. Cuando cuente uno, dos y tres, la levantamos.

—Yo no voy a hacer ningún ritual —digo, cerrando la mano encima del pecho y notando los latidos rápidos—. Vamos a llevarla donde la comadrona. Ella la ayudará. La comadrona la…

—¡Se morirá! —grita Bamidele tan de golpe que la cabra que hay a lo lejos deja de hacer caca y sale corriendo disparada—. Por favor —dice, bajando la voz—. Esta cosa ha estado en mi familia muchos años. Sé de gente que ha muerto por no bañarse. Incluso mi madre, cuando estaba preñada de mí y de mis seis hermanos, hizo lo del baño. Tenemos que darnos prisa.

No me gustan nada estas ideas. No me gusta que Khadija me traiga aquí y me meta en este disparate con ella. Pero ahora parece que se vaya a morir y, si eso la va a salvar, entonces debo ayudarla. Debo hacerlo. Pienso en la primera vez que llegué a casa de Morufu, en cómo Khadija me secó las lágrimas cada noche y me dio a beber sopa de pimientos. En cómo, incluso cuando estaba mala, me preparó agua caliente para bañarme ese día que Labake rompió su tinaja de barro.

Es Khadija la que hace que vivir con Morufu no sea tan malo. Gracias a que ella está allí, he sido capaz de sonreír y reír muchos días. Ahora debo ayudarla a sonreír y reír y también a que vea a su niño.

Debo hacerlo.

Mi corazón me hace bum en los oídos mientras me inclino y cojo la mano de Khadija. La siento como un bloque de hielo cuando me la engancho en el cuello.

—¿Dónde está el río?

—No muy lejos —dice Bamidele—. Es un kilómetro y medio andando.

—¿Por qué no cogemos un taxi o una moto?

Mira alrededor, niega con la cabeza.

—Tengo una nueva esposa —dice—. ¿Qué dirá la gente si me ven con otra mujer preñada en un taxi o una moto?

Me trago una maldición que tengo en la boca. ¿Así que este idiota de hombre tiene esposa y además deja preñada a Khadija?

Pero ¿en qué estaba pensando Khadija cuando hacía todo esto? ¿Y cómo está segura de que lleva un chico si ni las comadronas ni los doctores la han mirado?

En la ciudad de Idanra, que no está lejos de Ikati, hay un doctor que viene una vez por mes a ayudar a las mujeres preñadas. Dicen que tiene gafas y una tele mágica para ver si un bebé es niño o niña. Tengo que pedirle a Morufu que lleve a Khadija al doctor.

—Tenemos que irnos ya —dice Bamidele—. Podemos coger aquella senda que va por detrás. —Se agacha al otro lado de Khadija y le coge la mano—. Uno, dos, tres…, ¡levántala!

Juntos, arrastramos a Khadija hacia donde Bamidele dice que está el río.



CAPÍTULO 15

Khadija está en guerra con Dios por su alma.

Yo y Bamidele la sujetamos, rogándole que siga hablando, que no se duerma. Yo también hablo, le hablo de mamá, de Kayus y de Born-boy, de papá. Le cuento más cosas de las que quiero que sepa y cosas que no quiero que sepa. Le pregunto: «¿Estás aquí aún? ¿Khadija? ¿Estás aún aquí?». Y ella gime y entonces yo sigo hablando, diciendo cualquier cosa que me viene a la cabeza.

Pienso en la Muerte, en cómo vino y cogió a mi mamá y la mató.

La Muerte es alta como un árbol de *iroko*, sin cuerpo, sin carne, sin ojos, solo boca y dientes. Muchos dientes, finos como un lápiz y afilados como una cuchilla para morder y matar. La Muerte no tiene piernas. Pero sí tiene dos alas con clavos y flechas. La Muerte puede volar y matar pájaros en el aire, golpearlos en el cielo y hacerlos caer a tierra, con el cerebro desparramado. También puede nadar, tragarse peces en el río.

Cuando quiere matar a una persona, vuela y se queda por encima de su cabeza, navegando como un barco sobre el agua de su alma, esperando el momento de arrancar a esa persona de la tierra.

La Muerte puede tomar la forma de cualquier cosa. Es así de lista. Hoy puede tomar la forma de un coche, provocar un accidente; mañana puede tomar la forma de una pistola, una bala, un cuchillo, una enfermedad que hace toser sangre. Puede tomar la forma de una rama seca de palmera y azotar a una persona hasta que esa

persona muere. Como el granjero Lamidi. O forma de cuerda para apretar y sacarle la vida a una persona, como a Tafa, el amante de Asabi.

¿Está ahora la Muerte siguiendo a Khadija? Y, si Khadija muere, ¿empezará a seguirme a mí también?

Tomamos la senda que nos enseña Bamidele, una senda con la tierra tan llena de barro que nos chupa los pies y tenemos que luchar para sacarlos y es muy difícil andar, hasta que veo la orilla del agua. Nunca he sentido tanta esperanza en mi vida.

—Khadija —digo—, lo estás haciendo bien, ya casi estamos.

Gime con un sonido muy débil.

—Este es el río Kere —dice Bamidele cuando salimos de la senda y nos encontramos delante del río.

El agua se extiende como un gran campo de cristal, la parte de arriba brillante bajo el sol de la mañana.

Hay dos chicas en la orilla, sacando agua con sus tinajas de barro. Una de ellas levanta la vista y nos ve, saluda con la cabeza y sigue sacando agua. Un pescador rema en su canoa por el río y lanza la red de pesca, que se extiende en el agua como el ala de un pavo real.

Noto que Khadija se me suelta de la mano. Me resbalan los pies, pero me recupero antes que yo y ella vayamos por los suelos. Yo y Bamidele la tumbamos. Le hago una almohada con la bolsa y le pongo la cabeza encima. Me arrodillo delante de ella, cojo el borde de mi ropa y le seco la cara.

—Vamos a hacer el baño —le digo a Bamidele.

Él también está sudando. Gira la cabeza a un lado y el otro del río, se gira hacia mí.

—Iré a traer el jabón especial.

Miro a Khadija. Se le están cerrando los ojos.

La pellizco, abre los ojos, los vuelve a cerrar.

—¿Cuánto tardarás? —le pregunto. No quiero que nos deje a mí y a Khadija allí, delante de un río, en un pueblo extraño—. ¿Cuándo vas a volver?

—Pronto —dice Bamidele, secándose la mano en un lado del pantalón—. Cinco minutos.

—Es demasiado —digo—. Dos minutos. Corre rápido y vuelve.

—Voy por un atajo —dice—. Quítale tú la ropa mientras vuelvo.

—No voy a quitarle la ropa —digo—. ¿Cómo voy a desnudar a una mujer preñada yo sola? —Una parte de mí quiere darle un cabezazo en la nariz a este Bamidele por hablar como un idiota—. No voy a hacer nada con ella hasta que vuelvas, ¿me oyes?

—Ya vuelvo —dice.

Agacha la cabeza y le dice algo al oído a Khadija. Ella dice que sí con la cabeza, parece que pasan diez minutos hasta que la mueve.

Bamidele se levanta.

—Me voy ya —dice y antes de que yo pueda decir nada, se gira y empieza a correr por la senda por la que hemos venido.

Justo entonces, un trueno hace bum por todo el cielo.

Es la Muerte, que se anuncia, haciéndonos una advertencia grande, muy grande.

Pasan muchos minutos y Bamidele no ha vuelto.

Sujeto la mano de Khadija contando los segundos, los minutos, y mirando el río. Las dos chicas de la orilla se ayudan la una a la otra a ponerse la tinaja en la cabeza. Cuando pasan por delante de mí, se paran. Parecen niñas gemelas. Tienen la misma cara de tomate redondo, el mismo agujero en el moflete izquierdo cuando sonríen; pero la piel de una es del color del cacao en polvo, mientras que la otra la tiene como el pan fresco, entre marrón y amarilla.

—¿Va todo bien? —pregunta la más oscura, hablando como habla la gente de Kere, chasqueando la lengua con cada palabra que dice y haciendo que me cueste entenderla.

—¿Qué le pasa? —pregunta—. ¿Necesitas ayuda?

—Está enferma —digo—. Estoy esperando… —pienso un momento— al *Babalawo.*[21] Él le dará una cura cuando llegue. Gracias.

—Que los dioses la protejan —dicen a la vez mientras se van.

El cielo se ha comido el sol de la mañana. Todo está gris, oscuro. La brisa silba, el aire es frío. Tiemblo, aprieto los dientes. El

pescador se ha ido con su canoa lejos, muy lejos dentro del río. ¿A quién puedo llamar para que me ayude?

Le seco otra vez la cara a Khadija, su cabeza que está fría.

—¿Cómo va el dolor? —pregunto. El miedo se ha convertido en un muro alrededor de mi corazón, quiere estrujarme y sacarme todo el aire, pero por Khadija subo ese muro de miedo y me hago fuerte —. ¿Estás mejor? —pregunto.

—Sí —contesta, mueve el labio como si pensara en sonreír—. El dolor se va.

—Bien —digo—. ¿Te acuerdas de la canción de la abogada que quería cantarte, pero que no pude porque yo y tú teníamos tanto trabajo en la casa?

No me contesta, pero yo sigo hablando.

—Quiero cantártela ahora. Creo que te gustará. Es una canción muy dulce, Khadija. ¿La escucharás? «Hola, chica linda». —Se me rompe un poco la voz, pero me hago fuerte y continúo:

Si quieres convertirte en
una gran gran abogada,
tienes que ir mucho mucho a escuela.
Si quieres llevar zapatos altos altos
y caminar clop-clap-clop…

Me tiembla la voz, se me llena de lágrimas, pero lo sigo intentando, esforzándome por cantar:

—«Clop-clap…».

—Adunni —dice Khadija.

—Sí, Khadija —contesto—. Estoy aquí. Cantando. Cantando para ti y para el bebé. ¿Te gusta la canción? ¿Le gusta al bebé?

—¿Dónde está Bamidele?

—No ha vuelto —digo.

—¿Cuándo va a volver? —pregunta—. Ha pasado mucho rato. ¿Dónde está?

—Está… —Paro de hablar. ¿Y si Bamidele ha huido y no va a volver nunca y deja aquí a Khadija para que se muera?

Khadija respira con mucho trabajo.

—¿Bamidele va a engañarme? —pregunta—. ¿Va a dejarme aquí, así?

Antes que pueda buscar en mi cabeza una buena respuesta, de ella sale un grito profundo, el aullido de un perro en una trampa. Levanto la cabeza, veo a la Muerte que navega hacia allí, le digo que se busque a otra persona. Le digo que se vaya y se haga forma de coche y atropelle a esa cabra que caga. Pero, cuando miro a Khadija, sé que está recibiendo a la Muerte con los ojos. Ella y la Muerte se están haciendo uno, esposa y marido.

—Adunni, cuida a mis niñas —dice, la voz muy pequeña, muy débil.

—No —digo yo, y le aprieto la mano fría—. Khadija, yo no. Tú las cuidarás. Y cuidarás a mis niños también. Yo y tú vamos a estar juntas, vamos a luchar juntas contra Labake. Nos vamos a reír juntas de Morufu. Yo y tú. ¿No es verdad, Khadija, no es verdad? Bien, espera, espera un momento, deja que cante otra canción. Una canción de… —La sacudo por los hombros.

Su cuerpo se mueve, tiembla, pero las bolas de los ojos, muy abiertas, tienen el mismo gris del cielo, miran solo lo que el espíritu puede ver. Pongo mi cara en su pecho, que se está hinchando con leche nueva para su bebé muerto, y empiezo a llorar más fuerte y a sacudirle los hombros.

Despierta, Khadija, le ruego con toda mi alma. «Despierta. Despierta. Despierta».

Pero no sirve de nada.

Khadija se ha muerto.

Y Bamidele no ha vuelto.

---

21. Sacerdote yoruba que actúa como consultor espiritual y está especializado en el arte adivinatoria. *(N. del T.)*



CAPÍTULO 16

Me levanto con esfuerzo y miro a mi alrededor.

El pescador está volviendo. Quiero esperar a que venga, pedirle que me ayude a coger a Khadija y llevarla donde Morufu, pero en mi cabeza suena una advertencia. Si lo espero, creerá que yo he matado a Khadija. Él no miraba cuando Bamidele ha venido conmigo aquí. Me llevará al jefe del pueblo de Ikati. Pienso en Lamidi, el granjero. En cómo lo azotaron durante siete días. Encontraré a Bamidele. Tengo que encontrarlo. Lo buscaré primero que nada y, luego, yo y Bamidele volveremos aquí y llevaremos a Khadija a casa para enterrarla. Él dirá al jefe del pueblo, a Morufu y a las niñas de Khadija lo que ha pasado. Les dirá que la había dejado preñada. Que en su familia hay una maldición. Que hay un jabón para lavar la maldición, pero que no volvió para dárselo a Khadija.

Me seco la cara y tomo la decisión.

Bamidele sufrirá por Khadija.

No yo. No yo.

Camino muchos kilómetros, paso por muchas sendas y encuentro otra casa, un árbol fino sin hojas, un arbusto silvestre con bayas rojas, bonitas pero venenosas para comer. Lo que no encuentro es la casa de Bamidele. ¿Dónde está? Camino rápido, las imágenes del cuerpo de Khadija me entran a chorro en la cabeza. Está tirada en la arena, en la orilla del río. El trueno explota otra vez en el cielo y sé que las lluvias se están juntando para empezar a caer.

Si las lluvias se llevan el cuerpo de Khadija al río, entonces se perderá para siempre. ¿Qué le diré a Bamidele? ¿O a quien sea? ¿Cómo voy a decirles que Khadija está muerta si no tengo el cuerpo muerto?

Le ruego al cielo que se aguante, que no llueva, que me dé más tiempo para encontrar la casa. Cuando veo la misma cabra, la de rayas rojas, allí sentada a la sombra del guayabo, sé que me estoy acercando a la casa de Bamidele. Le doy las gracias a la cabra y sigo mirando, hasta que encuentro el sitio, la puerta roja.

Cojo una piedra del suelo, golpeo con ella la puerta. Nadie contesta dentro. Llamo otra vez. Después me pongo a gritar:

—¡Bamidele, sal! ¡Bamidele!

La puerta se abre, despacio.

La barriga de preñada es lo primero que se ve, antes que la cara de la mujer. La piel clara, la cara como la de una muñequita con hambre. Tiene muchos rizos en el pelo, todos de punta al cielo, como pinchos de una corona de carne. La barriga redonda, tan grande como la de Khadija, parece cambiar cuando la miro; se convierte en un puño y me pega en el pecho. Por eso Bamidele no volvía. Porque tiene una esposa preñada.

—Estoy buscando a Bamidele —grito, respirando rápido e intentando no llorar—. Dile que salga. Dile que Khadija se ha muerto.

—¿Bamidele? —Pone cara de no saber—. ¿De qué casa?

—De esta casa —digo, y miro alrededor y veo la cabra. Ella levanta la cabeza y me mira, y sé que la cabra también lo sabe. Sabe que esta es la casa de Bamidele—. He venido aquí esta mañana. Él me ha abierto la puerta, esta puerta roja. ¿Eres su esposa?

Medio cierra los ojos, como si me estudiara bien, y luego dice que sí con la cabeza.

—Pero Bamidele está de viaje —dice—. De viaje desde hace tres semanas a… al pueblo de su madre. ¿Qué quieres? ¿Quién es Khadija?

—No —digo yo—. Bamidele no está de viaje. Está aquí. Me ha abierto esta puerta, esta mañana.

Salto adelante intentando empujar la puerta, pero la mujer sale de la casa y cierra detrás de ella, agarrando fuerte las manillas de la puerta.

—Bamidele no está aquí —dice—. Vete.

—¡Pero ha dejado que Khadija se muera! —Ahora estoy gimiendo, pateando en el suelo—. Su cuerpo está en la orilla del río Kere, muerto. Muy muerto. ¡Tenemos que ir y traerla! ¡Bamidele, sal! ¡Has matado a una mujer! ¡Sal!

Se abre la puerta de la casa de al lado; un hombre se asoma y nos mira.

—¿Tienes problemas de oído? —pregunta la mujer en voz baja—. Bamidele no está en esta casa. Por favor, vete antes de que te llame *ole*.

Ole. Ladrona.

Esa palabra es una orden en los oídos de la gente. La oyen y ya están corriendo, buscando a esa *ole*. Si me llama así, nadie se parará a preguntar. Todo el pueblo saldrá a perseguirme. Me pondrán una rueda vieja en la cabeza y le meterán fuego. Me quemarán.

Levanto la cabeza, veo a la Muerte. Está navegando por encima de mi cabeza, sacando brillo a los dientes, agitando las alas, dudando qué forma tomar: vara de azotar o fuego.

Pero yo pienso en Khadija. Pienso en sus niñas, Alafia y las otras. En su padre cruel.

Le doy fuerza a mi voz y grito otra vez.

—¡Bamidele, sal! ¡Bamidele, has matado a una mujer! ¡Sal!

—¡*Ole*! ¡*Ole*! ¡*Ole*! —empieza a gritar la mujer, su voz por encima de la mía.

El hombre de la segunda casa parece un luchador del pueblo, con esas manazas enormes y el pecho ancho y fuerte.

—¿*Ole*? —pregunta, pero no espera respuestas mientras viene desde su casa. Mi cara nadie la conoce aquí. Sabe que la ladrona soy yo. Y él también empieza a gritar—: ¡*Ole*! ¡*Ole*! ¡Venid todos! ¡Hay una ladrona en nuestro pueblo!

El hombre y la mujer unen sus voces, aplastan la mía.

En un momento, todo el sitio se llenará de gente.

Miro a mi izquierda, a mi derecha. Hay una senda a la derecha que va a la estación de autobuses.

Miro la cara de la mujer y ella mira la mía. Baja la voz un momento, dándome la oportunidad de salir corriendo, de irme y no volver más.

Pero Khadija… Ay, Khadija.

—¡Bamidele! —vuelvo a gritar—. Sé que estás en la casa. ¡Dios te juzgará! ¡Has matado a una mujer! ¡Sal!

—¡*Ole*! ¡*Ole*! —grita otra vez la mujer.

El hombre casi ha llegado hasta mí. Sujeta algo rugoso y gordo y marrón. ¿Una rama de árbol?

Me giro, veo a otras dos personas que salen de su casa.

Cuatro personas. Una ladrona: yo.

Cierro la boca; empiezo a correr.



CAPÍTULO 17

Me subo a un mototaxi en la estación de autobuses y le ruego al conductor que me lleve a mi casa.

No puedo volver a la casa de Morufu, porque ¿qué voy a decirles cuando me pregunten dónde está Khadija? ¿Qué voy a decirles a sus niñas?

Así que le digo al conductor que me lleve a casa de mi papá. Ni siquiera me doy cuenta cuando llegamos a mi casa, porque mi cabeza no piensa bien. Han pasado tres meses desde que salí de este sitio como esposa de Morufu. Y ahora vuelvo… ¿como qué?

Papá está sentado en el sofá cuando entro. Está durmiendo profundo, con la cabeza atrás en la madera del sofá y la gorra sobre la nariz. Ronca tan fuerte que hace temblar todo el salón. Se despierta de un salto cuando entro y abre mucho los ojos, como si hubiera visto un espíritu diabólico.

—¿Adunni? —Se frota el ojo, niega con la cabeza—. ¿Eres tú?

—Señor. —Estoy temblando tanto que casi no puedo arrodillarme —. Soy yo, señor. Buenas tardes, papá.

Afuera, el conductor aprieta el clason de la moto: piip.

—El conductor quiere su dinero, señor —digo, y, antes que papá pueda contestar, corro al cuarto que compartía con Kayus y Born-boy y cojo el dinero que escondía en mi estera desde hace mucho, corro afuera y le pago veinte naira al conductor.

—¿Qué vienes a buscar aquí? —pregunta papá cuando vuelvo al salón. Ahora está de pies, con las manos en la cintura—. ¿Te has

escapado de la casa de tu esposo?

—No, señor. No me he escapado de la casa de mi esposo. —Me agacho hasta el suelo, me pongo de rodillas y le abrazo la pierna—. Papá, ayúdame.

—¿Qué ha pasado? —pregunta papá cuando empiezo a llorar—. ¿Por qué lloras?

Mientras hablo, noto que su pierna se escapa, como si quisiera apartarla de mis manos, y luego se deja caer en el sofá.

—¿Khadija está muerta? —pregunta en un susurro—. ¿Su segunda esposa mayor está muerta?

—Ha sido Bamidele —digo—. Tenía un novio, un amante. Bamidele se llama. Es soldador en el pueblo de Kere. Él la preñó y ahora la ha dejado morir porque no ha vuelto con jabón para lavar su maldición. —Me estoy oyendo hablar y sé que todo suena a mentira—. Estoy diciendo la verdad, papá. ¡Dios ve en mi corazón! ¡Dios sabe que es verdad! Bamidele tenía un jabón y no ha vuelto y Khadija está muerta por su culpa. ¡Es verdad, papá!

Papá pone la cabeza entre las manos y no habla durante un rato largo, muy largo. Cuando levanta la cabeza, tiene los ojos rojos, húmedos, como si fuera a ponerse a llorar él también.

—¿Quién te vio cuando pasó?

Sacudo la cabeza.

—¿Verme? Nadie. La esposa de Bamidele ha dicho que él estaba de viaje. No era verdad. —Me acuerdo entonces de las gemelas que cogían agua, pero no sé ni cómo se llaman ni si me han visto a mí y a Bamidele con Khadija. Bueno, verme a mí, eso sé que sí. Todos me han visto. Todos dirán que soy yo quien ha matado a Khadija—. Estoy diciendo la verdad. Lo juro —digo.

—Ah —dice papá, y se toca el pecho tres veces—. Ah, Adunni, me has matado, se acabó.

—¡Te juro que no he hecho nada, papá! —Lloro tanto que las palabras salen como tosiendo—. ¡Ayúdame, papá, ayúdame!

Papá me quita la mano de sus rodillas, suspira con un suspiro triste.

—Adunni, tengo que ir al jefe del pueblo. Tenemos que decirles lo que ha pasado.

—¡No, papá, no! —Le tiro del pantalón—. Sabes lo que pasará. No me dejarán que explique nada, solo me matarán. No escucharán lo que yo diga de Bamidele.

—No podemos dejar a Khadija sola —dice papá—. Alguien tiene que ir y traer el cuerpo. Yo no puedo, porque dirán que la maté yo. Así que deja que vaya al jefe del pueblo y le diga lo que ha pasado.

—Y si te piden que me lleves allí, ¿qué les dirás?

Papá me mira y nunca lo he visto tan triste, tan confundido.

—Entonces te llevaré —dice con la voz muy baja y que se le rompe—. Khadija tiene familia; tienen que enterarse de que está muerta. El jefe del pueblo tiene que enterarse también. Y Morufu. Deja que vaya a buscar a todas esas personas. El jefe del pueblo no te matará mientras yo, tu papá, esté vivo. Juro que nada malo te pasará. Pero, primero, deja de llorar. Ve a tu cuarto y espérame.

Papá mira a la derecha y a la izquierda, se toca a un lado del pantalón, como si buscara algo, pero no supiera qué, y luego mete los pies en las pantuflas y me deja allí arrodillada, sola en el salón.

El corazón sigue dándome vueltas en el pecho cuando ya estoy en el cuarto que compartía con Kayus y Born-boy. Voy a la ventana y aparto el *wrapper* de mamá que usamos de cortina para comprobar que no venga nadie. Afuera el sol empieza a bajar en el cielo y su color cambia a rojo, como los ojos de papá cuando bebe demasiado. El recinto está vacío y también en silencio; solo las hojas del mango están bailando en la brisa del anochecer y susurrándose entre ellas.

¿Es algo malvado pensar en huir cuando Khadija está sola y tirada muerta en el pueblo de Kere? ¿Tengo más opciones? Papá dice que nada malo me pasará, pero él le hizo una promesa a mamá y no la cumplió. ¿Cómo va a cumplir ahora su promesa de salvarme de mis problemas?

Me seco los ojos, me aparto de la ventana, saco mi estera de rafia de debajo de la cama y la desenrollo, saco la bolsa negra de nailon que hay dentro y meto en ella mis cosas.

No tengo demasiadas, porque tres de mis cuatro prendas de ropa están en la casa de Morufu. Cojo mi vestido de ankara, unas bragas,

el sostén negro que mamá me dio cuando empezó a crecerme el pecho, mi palo de mascar para los dientes y la vieja biblia yoruba de mamá. Tiene tapas negras de goma, palabras pequeñas dentro y bordes doblados por los muchos años que mamá estuvo leyéndola en la cocina a la luz de la vela. Me la aprieto contra el pecho y le rezo una oración a Dios para que me ayude. Para que me salve de mis problemas.

Miro por el cuarto, el cojín que Kayus usa de almohada colocado en la estera verde del rincón, el farol de queroseno al lado, y sacudo la cabeza. ¿Cómo voy a dejar todo esto? Si me escapo ahora, ¿dónde volveré a ver a Kayus?

Enciendo el farol, lo levanto como si así cerrara el paso a la oscuridad de mi corazón y saco los mil naira que guardo allí desde antes de mi boda. Cojo cien naira, las doblo y las meto debajo del cojín-almohada de Kayus. No es demasiado dinero, pero puede comprar dos o tres chocolatinas que le pondrán contento. Intento no llorar cuando aprieto la cara contra la estera y le digo que cuide de Kayus por mí.

A lo lejos oigo a Born-boy, que por el ruido parece que acaba de entrar en el recinto. Me levanto y corro afuera para encontrarme con él, con la bolsa de nailon bailando en mi mano.

Born-boy lleva dos ruedas de coche en la cabeza, como si viniera de donde trabaja de mecánico. Parece sorprendido cuando me ve. Guiña los ojos:

—¿Adunni?

—Soy yo, hermano —digo. Cambio la cara para ponerla normal, aparto a Khadija al fondo de mi cabeza.

—¿Qué haces ahí parada mirando? —dice Born-boy—. Cógeme esto.

Cojo las ruedas y las dejo en el suelo.

—¿Qué has venido a buscar aquí? —pregunta—. ¿Dónde está tu esposo? ¿Qué llevas en la mano?

—Me ha enviado aquí a darle dinero a papá —digo, sujetando fuerte mi bolsa de nailon—. A darle las gracias por casarse conmigo.

—Es un buen hombre, tu esposo. —Born-boy se seca el sudor de la frente con el dedo y lo sacude a mis pies—. Gracias a él, ahora

tenemos comida de sobra para comer. ¿Has visto los ñames y los plátanos de la cocina? Hasta el alquiler de la comunidad; papá ha podido pagar dos meses, ¿te lo ha dicho? ¿Dónde está papá? ¿Dentro?

—Papá está… —trago saliva, intento volver a hablar— está fuera. Con el señor Bada.

—¿Te vas ya? ¿A casa de tu esposo?

—Sí —contesto—. Se hace de noche.

—Salúdalo de mi parte, al buen hombre. —Me mira de arriba abajo—. ¿Quieres que te acompañe? Ya está oscuro.

—No —digo—. Gracias. Me voy ya.

Born-boy estira la mano, bosteza como un perro y luego cierra de golpe su gran boca.

—Ve deprisa —dice, medio cerrando los ojos—. Espera, Adunni. ¿Seguro que todo va bien? Tienes la preocupación toda pintada en la cara. ¿Qué pasa? ¿Está bien Morufu?

Me paso la lengua por los labios secos y partidos.

—Sí, está bien.

—¿Y las esposas mayores? ¿Labake y la otra? ¿Te tratan bien?

Khadija me trataba bien, pero ahora está muerta.

—Me tratan bien —digo con voz que empieza a romperse por las lágrimas—. Ahora tengo que irme rápido; adiós.

—Date prisa —me dice—. Cuídate. Saluda al buen hombre, es muy buen hombre.

Born-boy entra en la casa y la luz débil del farol brilla en la ventana del cuarto. Me doy la vuelta y miro arriba, a las nubes grises que se están amontonando en el centro del cielo. El viento sopla como un silbido, cantando una canción triste y fría. Y el aire huele, con el olor del polvo cuando chupa agua, y sé que las lluvias se están juntando para empezar a caer.

«Ahora —pienso—. Vete ahora».

Respiro hondo y miro a la izquierda, a nuestra casa, después al camino polvoriento de mi derecha, y entonces me aprieto fuerte la bolsa de nailon contra el pecho y empiezo a correr.



CAPÍTULO 18

Al principio corro con la cabeza baja, la vista en los pies, en la senda embarrada que sale del pueblo.

A la derecha y a la izquierda tengo plantaciones de maíz, con sus hojas grandes y verdes. Doy gracias por ello, porque eso me esconde de los ojos del pueblo. El cielo se ilumina de golpe y a la luz le sigue el grito del trueno. Sigo corriendo, oyendo perros que ladran a lo lejos, cabras que balan en los recintos, beee, beee, y que patean el suelo como si lucharan contra la tierra. Hay gallinas corriendo por todas partes, agitando las plumas cada vez que el cielo se ilumina. Sigo corriendo, a veces saltando cuando veo rocas o hierbas, o cuando veo ruedas viejas que los diablillos de los niños dejan en el camino para que se caiga la gente.

Un gallo rojo con rayas verdes en el cuello me salta al camino desde ninguna parte, haciendo que mi pierna choque contra una roca. Freno y me agacho a frotarme el tobillo. El tobillo respira con dolor y yo intento no llorar. Por el rabillo del ojo veo a dos niñas con un cubo en la cabeza. Una es Ruka. Las dos niñas están hablando y riendo, pero la risa se corta cuando me ven.

—Adunni, nuestra nueva esposa —dice Ruka cuando llega delante mía—. ¿Dónde vas?

—A coger agua al río Ikati —digo, hablando como si se me estuviera acabando todo el aire. Ahora estoy señalando detrás de mi cabeza con el dedo, hacia donde está a lo lejos mi casa—. Nuestro pozo está seco, así que tengo que llevar agua para… para mañana

—. Intento que me salga la risa, pero sé que la risa se convertirá en lágrimas.

—¡Vaya! —dice la chica que va con Ruka—. ¿Qué clase de nueva esposa es esta que va a buscar agua sin cubo y cuando está lloviendo?

Me la quedo mirando. Se parece al gallo que me ha saltado al camino, con su cuello fino y la boca larga como el pico de una gallina. No la conozco. ¿Por qué me hace esa pregunta?

—Ruka, por favor, deja a esta tranquila —dice, el fuego de los celos ardiendo en sus ojos—. Se cree mejor que las demás porque es una nueva esposa.

—Adunni —dice Ruka—, siempre te digo lo guapa que te está poniendo el matrimonio. ¿Es verdad que Kike se ha casado?

—Sí —digo, mientras otro trueno suena por todo el cielo—. Gracias. Ahora tengo que irme antes de que empiece a llover.

—¡Iremos a bailar para ti cuando tengas un bebé! —afirma Ruka, guiñando el ojo mientras se aleja con su amiga—. ¡Adiós!

—¡Adiós! —digo, pero no me muevo, ni siquiera cuando están ya lejos ni cuando empieza a llover.

Y es una lluvia fuerte, de la que hace temblar la tierra y que los tejados suenen como si un loco tocara su música de locos, golpeando cacerolas y sartenes y cucharas a la vez. La lluvia me azota el pelo, me corre por la cara hasta la boca y noto el sabor de la pomada de aceite de coco del pelo y la sal de las lágrimas y el agua de la lluvia. El agua me empapa la ropa, me hace temblar en medio del camino. Pienso en lo que Ruka acaba de decir, en lo de ir a bailar conmigo cuando tenga un bebé. ¿Mi papá y Morufu se sorprenderán y se enfadarán cuando se enteren de que he desaparecido? ¿Pensarán que me escapo porque he matado a Khadija? ¿Tendrá mi papá dolor en el corazón por mi culpa? ¿Lo meterán en la cárcel hasta que me encuentren y me hagan volver? ¿O papá sabrá que estoy huyendo? Y, si me encuentran, ¿me escucharán cuando les explique lo de Bamidele?

Me seco la cara con el revés de la mano y me sorbo los mocos de la nariz. Esta decisión es demasiado difícil y a lo mejor no estoy haciendo lo correcto. ¿No podría volver a casa, intentar ir con papá a

ver al jefe del pueblo? Pero, si lo hago, me matarán como mataron al granjero Lamidi, y a Tafa, el enamorado de Asabi, y a otras personas que no recuerdo ahora.

Creo que primero es mejor que me vaya y luego, cuando aparezca Bamidele, puedo probar a volver. Cojo la orilla de mi vestido, la retuerzo para escurrir el agua de lluvia y la sacudo a ver si se seca, pero el vestido mojado se me pega como goma a la piel y me hace estornudar.

Me pongo a correr hasta que llego a la plaza del mercado. En el centro hay una farola, con su luz de oro que hace brillar el cemento mojado como cristal. En medio de la plaza hay una estatua de piedra gris del rey de nuestro pueblo sentado en su trono. Tiene los ojos de piedra muy abiertos y sujeta una vara grande, como si vigilara el lugar por si aparecen ladrones… como yo.

La lluvia ha parado, pero el cielo está negro como carbón y los puestos del mercado están vacíos. Todos los vendedores de latas de leche y sardinas, de *garri*[22] y maíz, hasta los hombres que venden cacharros electrónicos como teles y DVD, se han ido de allí. Los *mallams*[23] que siempre venden *suya*[24] también han buscado dónde protegerse. El olor a carne seca y cebollas y pimientos fritos sigue en el aire, haciendo que el hambre me pinche en la barriga.

Cruzo la plaza del mercado y voy al final del pueblo. Allí hay otra estatua del rey como la del mercado, solo que en esta el rey sostiene un cartel que dice: «ADIÓS A IKATI. EL PUEBLO DE LA FELICIDAD». Si miras el cartel por detrás, por donde el tren expreso entra en el pueblo, dice: «BIENVENIDO A IKATI. EL PUEBLO DE LA FELICIDAD». Hoy tengo delante la parte que dice «adiós», pero sin felicidad.

Veo a una mujer bajo una sombrilla roja. Está vendiendo *akara,* que fríe en una cacerola de aceite negro y caliente. Les está hablando a los *akara* en yoruba, diciéndoles a los bollos de judías que se hagan bien dulces para atraer clientes, aunque ahora la lluvia los haya espantado a todos.

Al verme, se limpia el sudor de la frente y las gotas caen a la cacerola, que hace sssh y echa un humo negro que me pica en los ojos.

—¿Quieres comprar *akara*? —me pregunta.

El hambre me da latigazos en la barriga, pero no creo que pudiera tragar nada.

—No —digo—, gracias. No tengo dinero.

Arruga fuerte la cara, moviendo los ojos para repasarme de pies a cabeza.

—Si no tienes dinero para pagar por esta comida tan buena, vete de aquí y deja que venga un cliente mejor.

Justo entonces, oigo una voz que dice mi nombre, una voz ronca como de fumador de *siga*.

Siento algo caliente que me corre por la cabeza. ¿Quién me conoce tan lejos de mi casa? Me doy la vuelta. El señor Bada. Lleva un caftán azul que le aprieta el cuerpo. La cabeza, redonda y gorda y sin pelo, le brilla en la oscuridad como si se la puliera con aceite.

—Buenas noches, señor —digo, arrodillándome para saludarlo.

—¿Quieres comprar *akara*? —pregunta, mientras mete la mano en el bolsillo del caftán y saca un rollo de billetes, coge veinte naira y se los da a la mujer—. Señora, deme seis para mi Adunni. Es la hija de mi amigo. Se casó con Morufu, el taxista. Es una nueva esposa. Una esposa joven.

La mujer ni siquiera hace como si escuchara mientras le coge el dinero, lo dobla tres veces y se lo mete bien dentro del sostén.

—Gracias, señor —digo yo.

—Levanta, niña —me dice—. ¿Qué haces aquí con esta lluvia?

—Voy… —saco de golpe las palabras que se me enganchan en la garganta— al pueblo vecino.

«Niña idiota —pienso para mí—. ¿Por qué le dices adónde vas?».

—¿Para qué? —pregunta el señor Bada—. ¿Dónde está tu esposo?

—Mi esposo me ha mandado a recoger del taller una pieza de repuesto para el coche.

—Tu esposo debería mandar a otra persona, con esta lluvia —dice el señor Bada, mientras la mujer coge seis *akara* con la cuchara, sacude todo el aceite en la cacerola y me los envuelve en un periódico viejo.

—Sí, señor. —Me tiembla la mano al coger la bolsa de periódico con la comida—. Mi esposo me recogerá allí. Gracias, señor.

—Bueno —dice—. Que sigas bien. Saluda a tu esposo de mi parte, ¿de acuerdo?

Esta vez no paro de correr hasta llegar al pueblo vecino, hasta llegar al sitio donde Iya me dijo que la buscara si necesitaba ayuda alguna vez.

---

22. Harina de la raíz de la yuca. *(N. del T.)*
23. Musulmanes. *(N. del T.)*
24. Kebab. *(N. del T.)*



CAPÍTULO 19

Iya vive en un edificio de habitaciones de Agan, que es el pueblo que tiene frontera con el nuestro. Su habitación está enfrente de la de otra persona. Y la habitación de después de la suya está enfrente de la de otra persona. Así hasta diez habitaciones, una enfrente de la otra, cinco a la izquierda y cinco a la derecha, con un pasillo largo y estrecho en medio.

Cuando llego al límite de Agan, la noche está negra y la luna hace una curva de luz amarilla brillante en el cielo. Las lluvias también visitan Agan, el viento no deja de soplarme su frío en el cuerpo y continúo estornudando. La plaza del mercado de la frontera de Agan tiene más farolas que la de Ikati y está llena de gente que vende bebida de *zobo*, tarjetas de recarga para móviles de teléfono, pan y *suya*.

Hombres y mujeres están charlando, riendo, comprando y vendiendo como si para ellos el día no tuviera fin. Se ven incluso niños, hijos de los vendedores, que están jugando entre los puestos del mercado, bajo la lluvia. Hay un mototaxi debajo de un guayabo, al otro lado de la plaza. Voy hacia allí y veo al conductor sentado en el suelo, con la espalda contra el árbol. Tiene una cadena que va del tobillo izquierdo a la moto, a lo mejor para que no se la roben mientras duerme. Un pequeño candado dorado le cierra la cadena en el tobillo. El hombre viste camiseta y vaqueros y está roncando tan fuerte que lo oigo por encima de los ruidos de la noche.

—Buenas noches, señor —digo, levantando la voz—. Querría ir a Kasumu Road. Le estoy hablando a usted. ¿Por qué no contesta? ¿Perdone? ¿Señor?

Cuando no me contesta después de llamarlo tres veces, le doy un puntapié en la pierna y hace gesto de levantarse, pero se cae hacia atrás porque la cadena tira de él.

—¿Estás loca? —dice—. ¿Por qué me das una patada si ves que estoy durmiendo? ¿No hay mayores en tu casa que te enseñen respeto?

—Perdone, señor —digo—. Hace un rato que le estoy despertando y no me contestaba. Quiero ir a Kasumu Road.

Se mete la mano en el bolsillo y saca una llave pequeña con la que abre el candado.

—Cincuenta naira a esta hora de la noche —dice, y separa la moto del árbol, se sube y enciende el motor—. ¿Vienes o no?

—Por favor, señor —digo—. Cincuenta naira es mucho para mí. ¿Veinte naira?

—Después de la patada que me has dado, tendrías que pagar trescientos naira, te lo juro —dice—. Sube, te llevo porque es voluntad de Dios.

—Gracias, señor.

Subo y me siento a su espalda. Me pongo la bolsa de nailon en las rodillas y aguanto fuerte la respiración, porque su cuerpo huele a boñigas de vaca.

Mientras cruzamos el pueblo, veo líneas de casas con tejados de planchas de hierro, bares con bombillas de luz verde y roja en la entrada, hombres barrigudos que se apretujan fuera sentados en pequeños bancos de madera, bebiendo, riendo, poniendo música bang-bang.

En el cruce de Kasumu Road, veo sombras de luz en las ventanas de la casa de Iya y tengo la esperanza de que ella me ayude, de que se acuerde de lo que me dijo hace tiempo, cuando le llevaba comida; de que tenga el corazón bondadoso y me deje quedarme en su casa un poco de tiempo.

Le pago al hombre, me bajo de su motocicleta y suelto el aire en un largo suspiro. Entro en el recinto y cruzo por un pasillo largo con

una bombilla en el techo que se enciende y se apaga, se enciende y se apaga, como si la electricidad que hay dentro tuviera algún problema.

En la habitación número dos, llamo a la puerta.

—Iya —digo—, soy Adunni, aquí en la puerta. Adunni, la única hija de Idowu, la vendedora de *puff-puff* del pueblo de Ikati.

Nadie contesta.

Vuelvo a llamar, apretando más el puño y pegando más fuerte.

—Soy yo, Adunni. De Ikati.

Siguen sin contestar. Ahora siento que quiero hacer pipí y caca al mismo tiempo y me aprieto entre las piernas con la mano.

Si Iya no abre esta puerta, ¿dónde voy a dormir esta noche? ¿En la plaza del mercado? Pienso en el conductor y en el olor de su cuerpo y se me llena la boca de saliva y tengo lágrimas en los ojos mientras sigo llamando y llamando y llamando, pero nadie contesta. Estoy llorando, unos lloros enormes y fuertes que me aprietan en el pecho y me dan toses en la garganta. Estoy pensando que he cometido un error grande, muy grande. ¿Cómo se me ha ocurrido que esta sería una buena idea? ¿Por qué hago a veces cosas tan idiotas como esta? Estoy llorando tanto tanto que no oigo cuando la puerta se abre delante mía.

Me seco los ojos. La puerta está abierta, pero allí no hay nadie. Miro hacia abajo y veo a Iya sentada en el suelo.

—Adunni —dice, y su voz es débil, como si estuviera dentro de un contenedor con la tapa cerrada.

Sus dos piernas, que tiene estiradas delante de ella, parecen alambres. Hay un bastón en el suelo, al lado de las piernas, y pienso entonces que a lo mejor no ha comido nada desde la última vez que le traje comida, porque el cuello, las piernas, la cara y el pecho son como un palo de delgados. Y no tiene pelo en la cabeza, aparte de un parche de pelos grises en el centro. Se está enrollando una tela alrededor del pecho y, cuando respira, el pecho sube y baja, sube y baja, con el mismo sonido que cuando alguien sorbe té caliente de la taza. No me tienen que decir que Iya está más enferma de lo que estaba mamá.

Me arrodillo para saludarla.

—Buenas noches, Iya —digo—. ¿Te he despertado al llamar?

—Ah, Adunni —dice—. Te he oído llamar y me he levantado de la cama, pero he tardado mucho porque tengo que cargar con mis piernas muertas.

La piel de la frente se le estira hacia atrás cuando habla. Tiene los dos ojos abiertos, pero no me está mirando. Sus ojos buscan algo detrás de mí.

—¿Qué te trae aquí a esta hora? ¿Las lluvias se han llevado tu casa?

—Necesito ayuda, señora —digo—. Estoy metida en un problema muy gordo en mi casa.

—Entra. —Se arrastra hacia atrás sobre el trasero y me abre más la puerta—. Tenemos corriente a medias, así que aquí no hay luz eléctrica. Mira a tu izquierda; hay un farol de queroseno.

El olor a queroseno llena el aire cuando entro. Miro hacia la ventana y cruzo la habitación, cojo el farol del suelo y lo enciendo. Al levantar el farol y ver todo el lugar, se me cae el alma. Antes había una tele, un armario, una silla y un ventilador, pero ahora solo hay un colchón en el suelo y detrás un hornillo azul de queroseno. Dos o tres prendas de ropa cuelgan de una especie de gancho de madera, detrás del colchón, y nada más.

Los dos ojos de Iya están muy abiertos y quietos y, cuando voy a sentarme en el suelo al lado de la puerta, esos ojos no me siguen. Iya solo mira a la ventana y habla.

—*Ma binu* —dice—. Lo siento. Vendí la silla la semana pasada. ¿Qué te ha ocurrido?

Mientras le cuento la historia de Morufu y Khadija, estoy luchando con todas mis fuerzas para no llorar.

—Solo necesito un sitio para quedarme un poco de tiempo —digo —. A lo mejor solo hasta que Bamidele aparezca y les cuente que la culpa de que Khadija haya muerto es suya.

Iya niega con la cabeza.

—Bamidele no va a aparecer nunca, con una nueva esposa y un bebé en camino. Y, si lo cogen, lo llevarán al jefe de Ikati porque Khadija es de allí. Todos sabemos que el pueblo de Ikati es el peor en lo de matar gente sin hacer preguntas. Bamidele nunca dirá la

verdad sobre Khadija. Nadie quiere morir antes de tiempo. Ah; tu mamá estaría muy triste por todo esto que te ha pasado. ¿Qué puedo hacer por ti, Adunni?

—Ayúdame —digo—. Deja que me quede aquí un poco, para esconderme. Hasta que a lo mejor pueda encontrar trabajo en otro pueblo y usar el dinero para ayudarme sola.

—Aquí no puedes quedarte —dice—. Ahora que estás ahí sentada solo te veo como humo. A veces, no veo nada. Tengo los ojos enfermos. Las piernas enfermas. El cuerpo enfermo. Todo enfermo.

—Yo puedo ayudar a cuidarte —digo—. Puedo cocinar, lavar, ir a por agua, ir al mercado, tú solo dilo y lo haré. —Pero mientras hablo estoy pensando cómo voy a hacer eso sin que la gente de este pueblo envíe un mensaje a mi papá.

Iya está diciendo que no con la cabeza.

—Para mí se acerca el fin, Adunni —dice en yoruba—. Mis antepasados me llaman con ellos. —Tuerce la cabeza y la levanta, como si alguien la llamara desde encima de la ventana—. ¿Los oyes? Están tocando los tambores y cantando canciones para darme la bienvenida. —Enseña todos los dientes en una especie de sonrisa y a la luz del farol parece que solo tiene media cara.

No estoy segura de cómo contestarles a ella o a sus antepasados, así que me guardo las palabras para mí.

—Tu madre era una mujer buena —dice—. Dios la tenga en su gloria. —Piensa durante un momento—. Para de llorar, Adunni. Puedo ayudarte. —Echa la cabeza atrás hasta que se tumba en el colchón—. Tengo un hermano, Kola se llama. Tenemos el mismo padre, pero no la misma madre. Su trabajo es ayudar a chicas como tú.

Ahora está mirando al techo con los ojos muy abiertos, sin parpalear. Durante un rato no dice nada. Luego habla otra vez:

—Esta noche dormiremos juntas. Mañana hablamos. Apaga el farol para que no muramos quemadas antes que cante el gallo.

—Sí, señora.

Apago el farol, me tumbo en el suelo y doblo las manos debajo de la cabeza. Tengo la bolsa de nailon con mis cosas en los pies. Todo el sitio está en silencio, pero los grillos de fuera hablan su cri,

cri hasta muy tarde en la noche. A veces, Iya se pone a toser como si fuera a sacarse los pulmones por la boca. Otras, ronca como el motor de un generador.

Me quedo allí tumbada pensando en mi mamá, en Kayus, en Khadija, en la época en que no teníamos tantos problemas como ahora. Pienso en todo eso hasta que el primer gallo dice su quiquiriquí con la primera luz y el sol de la mañana entra en la habitación por la ventana.

Justo entonces se oye como un ruido, como dos animales luchando. Al principio creo que a lo mejor el ruido está solo en mi cabeza, pero cuanto más se acerca, más fuerte suena. No son animales luchando. Es la voz de un hombre, una voz que conozco muy bien. Se está acercando con pasos que suenan bam-bam, como un soldado loco que marcha al campo de batalla. Cuando entra en el recinto de Iya, mi corazón empieza a golpear rápido porque es la voz de mi papá. Nunca en su vida ha tenido una voz tan enfadada.

Está gritando:

—¿Dónde está mi hija? ¿Y quién en este maldito pueblo se llama Iya?



CAPÍTULO 20

Todo mi cuerpo se derrumba.

Mi cabeza me está diciendo «Levántate, Adunni, levanta, levanta y corre», pero los brazos y las piernas no lo entienden. Noto ganas de ir al baño y, cuando estoy pensándolo, el pipí me moja el vestido y cubre todo el suelo. Tengo el corazón en los oídos, pegando bum-bum-bum.

Papá está aquí. Aquí, en el pueblo de Agan. ¿Qué puedo hacer? ¿Dónde voy a ir para desaparecer y que nunca me encuentren?

—Adunni —me llama Iya desde su colchón.

Voy a contestar, pero la voz se me ha pegado a la garganta. No sale.

—¿Adunni? —me llama otra vez, y el sueño se le nota en la voz —. ¿Es la voz de tu padre la que estoy oyendo?

—Sí, señora —digo, pero es como si no me oyera. Yo tampoco me oigo. Algo me ha robado la voz. Se oye pegar a la puerta, pom, pom, pom. La puerta tiembla y papá está gritando, muy furioso—: ¡Abrid esta puerta ahora mismo!

El frío me pone de punta toda la piel del cuerpo. Es el fin. Estoy muerta. ¿Qué voy a hacer? ¿Dónde voy a ir?

—Adunni —Iya habla en susurros y no la oigo bien—, detrás del colchón hay una puerta —creo que dice—. Lleva al cuarto de baño. Ve allí. Rápido.

Como no me muevo, Iya pega una palmada en algo.

—Vete. ¡Ya!

Me levanto como si me hubieran dado una descarga eléctrica en la espalda. Puedo ver esa puerta que me enseña, donde ella cuelga su ropa. ¿Cómo estuve ayer tan ciega que no la vi?

La puerta de entrada sigue temblando.

—¡Abrid la puerta! —dice papá.

Iya le contesta:

—Me estoy levantando de la cama. Si rompes la puerta de una anciana enferma, que te caiga un trueno y te mate.

Abro mi puerta y salgo a trompicones a un pasillo estrecho, que huele a meados. El olor a meados me ahoga y me hace toser y me sube lágrimas a los ojos.

Se oye un golpe muy fuerte y luego la voz de papá.

—¿Por qué tardas tanto en abrir la puerta?

Iya murmura una respuesta que no se entiende.

Al final del pasillo hay otra puerta. Entro, me trago el vómito de mi garganta al ver las cacas del suelo, unas redondas y marrones como huevos duros, otras blandas y líquidas como gachas. Todo huele asqueroso. Las moscas se pegan a las cacas, brincando y saltando de una a otra. A mi izquierda, al lado del váter rompido sin cadena, hay una bañera con manchas de caca por todas partes. Pongo los pies en el único espacio limpio del suelo y aguanto las ganas de vomitar mientras escucho a Iya y a papá discutiendo:

—¿Dónde está mi hija?

Murmullos. Murmullos.

—¿Se te han pegado los labios o qué? He dicho que dónde está mi hija. La gente dice que la vio venir aquí anoche.

Murmullos. Murmullos.

Papá dice:

—Kayus, esta vieja tiene problemas de oído y de boca. Registra la habitación por mí. Busca en todas partes. ¡Encuentra a Adunni!

Oigo bum, bam, clap y pienso que Kayus y papá están tirando las cosas de Iya por toda la habitación.

Papá dice:

—¿Qué hay en esa bolsa de nailon? ¿No es esa la ropa de Adunni? Kayus, mira ahí y dímelo.

No oigo lo que dice Kayus. Cierro los ojos, me doblo en dos hacia dentro de mí misma.

—¿Es eso una puerta? —dice papá—. Ábrela.

Algo cae en el pasillo. Se oyen pies haciendo «clap-clap» otra vez. Papá dice:

—Kayus, entra en ese sitio apestoso y mira que Adunni no esté ahí escondida. ¿ME OYES?

—Sí, señor —dice Kayus.

Cuando la puerta se abre, aguanto la respiración y me echo atrás, hasta que la espalda está fregando las cacas de la pared. Estoy rezando para que la pared se abra y me trague a mí y a las cacas, todo a la vez.

Kayus está delante mía. Mirándome. Sin parpalear. Como si hubiera visto al fantasma de mamá y de la mamá de mamá. Estoy diciendo que no con la cabeza, presionando un dedo contra los labios. Mis ojos le ruegan, mi alma le ruega. «Por favor, no se lo digas a papá», le dicen mis ojos, «no se lo digas a papá».

—¿Está ahí dentro? —pregunta papá desde fuera—. ¿Kayus?

—No, señor —contesta él—. Aquí no hay nadie…, pero la ventana está abierta. A lo mejor se ha escapado a la plaza del mercado.

—¡SAL y vámonos, AHORA MISMO! —grita papá—. Rápido. Morufu y su gente están esperando. ¡El jefe del pueblo está esperando!

Kayus se queda quieto un momento; la boca temblando como si luchara para no llorar. Tiene los ojos húmedos de lágrimas, pero con una pizca de sonrisa triste en los labios. Y cuando se aprieta la mano en el pecho y dice que sí con la cabeza, sé que Kayus quiere que me escape y, sobre todo, que no me deje coger.

«Gracias», le digo sin voz. «Gracias, hermano mío».

—¡Kayus! —grita papá—. ¡Vamos!

Kayus asiente despacio con la cabeza; es nuestro último adiós.

«Adiós, Kayus —le dicen mis ojos mientras se da la vuelta y corre afuera—. Adiós, mi dulce Kayus».

Me quedo allí, quieta, durante un rato largo, muy largo, con la mano en el pecho y lágrimas en los ojos.



CAPÍTULO 21

Encuentro a Iya sentada en el suelo de su habitación, removiendo con una cuchara larga de madera en una olla que se calienta en el hornillo de queroseno.

Las llamas bailan debajo y, cuando entro en la habitación, Iya baja el fuego y sube el labio de arriba hacia la nariz.

—Tu cuerpo está llenando todo el cuarto de peste —dice—. Ve a lavarte. Tira ese vestido que huele tan mal. ¿Tienes otro?

Miro en el rincón del suelo donde están mis cosas, con la biblia de mamá encima de mi vestido de ankara.

—Van a volver —digo, mirando mi ropa—. Han visto mis cosas. No puedo lavarme en ese sitio. Está lleno de cacas.

Suelta una risa que acaba en tos. Suena como cuando alguien tira de la cadena del váter.

—Nadie con algo de cabeza usa ese sitio para lavarse —dice—. Ese sitio es para cagar. Cagas y te vas. Todos los meses lo limpiamos, por habitaciones. La semana que viene le toca limpiarlo a la habitación número ocho. Ve detrás de la casa, al lado del pozo. Lávate allí. Estoy cocinando ñame —añade con una sonrisa, como si yo y ella acabáramos de hablar y de hacer bromas por el ñame. Como si mi corazón no hubiera estado a punto de pararse muerto por papá.

—No tengo hambre —digo—. ¿Has comprobado seguro que mi papá y Kayus se han ido?

—¿Cuánto hace de eso? —dice—. Si deben de estar llegando ya a Ikati… Uno de los pequeños que me ayuda en el recinto vigila para mí la frontera del pueblo. El chico corre muy deprisa. Si ve que tu papá o tu hermano vienen, correrá aquí a decírnoslo.

Le quita la tapa a la cacerola, hunde la cuchara dentro y remueve. Creo que está cocinando gachas de ñame.

Huele a ñame de pimiento y cangrejo y aceite de palma, pero parece una mierda naranja. Me sube el vómito a la garganta, pero lo obligo a bajar.

—He enviado a otro chico a llamar a Kola para decirle que venga —dice—. Ahora ve, Adunni. Ve y lávate toda esa porquería.

—¿Y si papá vuelve mientras me estoy lavando?

—Quédate ahí haciéndome esas preguntas estúpidas —dice, pegándose con la cuchara de gachas en la mano y chupando para ver cómo sabe—. Si tu papá vuelve y te encuentra ahí parada, yo no voy a meterme. Hay un cuarto y un cubo al lado del pozo. Date prisa.

Cojo del suelo mi vestido de ankara, unas bragas y un sostén y dejo allí a Iya.

El pozo, un círculo de pared gris lleno de agua y que baja hondo en la tierra, está detrás del edificio. Tiro el cubo dentro, saco el agua y entro en el baño, un espacio cuadrado con un suelo de cemento frío que resbala como si le hubieran echado huevo crudo. Igual que en el baño de la casa de Morufu, hay una hierba negra que sube por la pared hasta el techo de hierro.

Me quito el vestido y empiezo a tirarme agua por la cabeza. El agua fría me sacude como electricidad y me voy frotando todo el cuerpo con las manos y el agua se me mezcla con las lágrimas. Sigo frotando y llorando y frotando y llorando, hasta que parece que me vaya a arrancar la piel y sacar sangre si no paro.

Cuando termino, la piel respira adentro y afuera con el dolor de tanto fregar. Llevo el sostén y las bragas en el cuerpo mojado porque no tengo un paño para secarme el agua. Cuando vuelvo adonde Iya, está comiendo gachas de ñame de un cuenco, con los dedos llenos de ñame naranja, como si hubiera metido la mano en pintura naranja.

—¿Y ahora, quieres comer? —pregunta, chupándose los dedos—. Es ñame nuevo, de la nueva cosecha.

—No, señora —digo—. El estómago está que se me revuelve.

—Calma esa cabeza; Kola viene hacia aquí —dice—. Vive en la ciudad de Idanra, que no está lejos, pero conduce un coche y tiene uno de esos cacharros de teléfono que te puedes llevar por ahí. ¿Cómo se llama?

—Un móvil de teléfono —digo—. Morufu tiene uno. Móvil significa que una cosa puede ir aquí y allá ella sola.

—Eso es —dice Iya. Le brillan los ojos, como si estuviera orgullosa de ese hermano y de su móvil de teléfono.

Estoy luchando contra el sueño que tengo en los ojos cuando alguien empieza a llamar a la puerta otra vez. Pero no llaman enfadados, como papá.

—Abre —dice Iya—. Debe de ser Kola, mi hermano.

Abro. Allí hay un hombre. Larguirucho, con una cara que parece una cosa quemada. Y esa cara tiene marcas, también; dos líneas rectas que van de cada ojo a la zona de las mandíbulas, como si alguien enfadado le hubiera dibujado el número once en las mejillas con una pintura negra y espesa.

—Buenos días, señor —digo, poniéndome de rodillas.

Inclina el cuello a la izquierda, me repasa de arriba abajo y se aclara la garganta como si fuera a cantar una canción muy fuerte.

—¿Está mi hermana dentro? —pregunta.

—Entre, señor. —Me aparto para que pase—. Bienvenido señor.

Saluda a Iya con un gesto rápido de la cabeza y ella lo bendice y le da las gracias por el Milo y el té Lipton que le envió el mes anterior. Él le pregunta si se está tomando la medicina y ella contesta que sí, que tres veces al día, aunque yo no la vi tomar ninguna medicina ayer por la noche ni esta mañana.

Cuando él se rasca el cuello otra vez, pienso que a lo mejor necesita agua.

—¿Me has mandado llamar? —le pregunta a Iya, y suena como enfadado, como si Iya siempre le estuviera dando problemas—.

Todavía no tengo nada de dinero para ti.

—Tu dinero no me importa —dice Iya—, pero tienes que ayudarme con esta. La chica que te ha abierto la puerta es Adunni. ¿Te acuerdas de Idowu, la mujer que vendía *puff-puff* en Ikati? Adunni es su hija.

—Ah. —El señor Kola se gira hacia mí, dice que sí con la cabeza —. Me acuerdo de cuando te traía comida. Siento que falleciera tu madre.

—Gracias, señor —digo.

—Necesita nuestra ayuda —dice Iya. Y empieza a contarle toda la historia de Khadija y que mi papá me está buscando y va a volver —. ¿Puedes encontrarle algún trabajo como a esas chicas que ayudas? Adunni es muy buena chica. Hasta sabe de libros. Y habla un inglés muy bueno.

El señor Kola sorbe por la nariz.

—Iya, puedo ayudarla, pero no hoy. Avisas con muy poco tiempo. Sé que está en apuros, pero si puede esperar a lo mejor una semana, puedo encontrarle…

—Una semana es demasiado —dice Iya—. Tiene que irse hoy. Esta mañana. Su papá volverá y la encontrará aquí. Seguro. No puedo dejar que le pase nada malo a Adunni. Se lo prometí a su madre hace años y cumpliré esa promesa hasta que me muera.

Las lágrimas me pican otra vez en los ojos cuando Iya dice eso, así que me aprieto las manos, me las llevo a los labios y digo una oración de gracias por ella.

—Te entiendo —dice el señor Kola—, pero no hay nadie que pueda darle un trabajo porque… —Se para, como si estuviera pensando en otra cosa—. Hay una chica que tendría que empezar a trabajar para mí hoy, en Lagos —dice—. A lo mejor puedo poner a Adunni en su lugar. Parece lo que anda buscando mi jefa. Alguien de esa edad. ¿Puede viajar tan lejos, hasta Lagos?

¿Lagos, la enorme y brillante ciudad? ¿La Lagos con areopuertos y llena de aviones y coches y dinero? ¿La Lagos de la que no parábamos de hablar yo y mi amiga Enitan, soñando con ir cuando tuviéramos algo de dinero?

Mi corazón brinca de emoción y tristeza. Siento mucha tristeza porque yo quería ir a Lagos para ver cómo era y aprender sobre ese sitio, no porque me estoy escapando. Pero ahora ese hombre espera mi respuesta y papá y Morufu pueden volver en cualquier momento.

—Puedo ir lo lejos que usted quiera, señor —digo—. Soy una buena chica, señor.

—Deja que llame —dice.

Se mete la mano en el bolsillo y saca el móvil de teléfono. Aprieta uno, dos y tres números y se lo pone en la oreja. Está hablando, moviendo la cabeza arriba y abajo, a la derecha y a la izquierda.

—¿Hola? ¿Big Madam? Buenos días, señora. Soy el señor Kola, el agente. Siento despertarla tan temprano. Hay un pequeño problema, importante. La chica que iba a llevar hoy ha cogido fiebres tifoideas. Está demasiado enferma para un viaje largo. Tengo otra chica. Muy buena. Se llama Adunni. Sí. Mismo precio. Chica joven, sí. ¿Alguna vez la he decepcionado, señora? Pues claro, sí. Ha pasado todas las pruebas médicas. Gracias. —Aprieta el número del cacharro móvil otra vez y se lo mete en el bolsillo—. Todo solucionado —dice—. Prepara tus cosas. Nos vamos a Lagos.

No sé si ponerme a reír o a llorar. Se me cierra la garganta mientras me arrodillo y doy las gracias a Iya y pongo mis cosas en otra bolsa de nailon que ella me da.

—Kola, gracias —dice Iya, dando palmadas—. El espíritu de la madre de Adunni te da las gracias.

El señor Kola dice que sí con la cabeza, mete la mano en el bolsillo y saca dos billetes de dinero sucios y una llave. Arruga el dinero y lo pone en la mano de Iya.

—Las cosas están difíciles. El país no sonríe. Arréglate con esto hasta el mes que viene. —Se gira hacia mí y me hace una seña con la llave en la mano—. Vamos.

Sujeto fuerte mi bolsa, pero no muevo los pies. Estoy allí parada, parpaleando, mirando a ese hombre, porque ¿y si es un mal hombre? ¿Y si va a hacerme cosas malas en Lagos?

—¿Iya? —digo, con ganas de preguntarle si de verdad conoce a ese hombre bien, aunque ya sé que es su hermano, pero las

palabras se esconden en algún lugar dentro de mi cabeza y, aunque las busco, se han metido muy hondo. Así que sigo allí quieta, mirando al hombre, parpaleando.

—Adunni —dice Iya, de una manera que parece a punto de darme con el palo en la cabeza si no muevo los pies—. Será mejor que vayas con él antes de que vuelvan los tuyos.

El hombre sorbe por la nariz, se gira y dice:

—Estaré en el coche. Si pasan cinco minutos y no has venido, me voy.

—Reza por mí —le digo a Iya, agachándome donde está sentada en el suelo para que pueda tocarme la cabeza.

—En Lagos te esperan cosas buenas —dice, alargando una mano hacia mi cabeza—. El espíritu de tu mamá está contigo. Ve, date prisa.

Solo cuando el señor Kola enciende el motor del coche y avanza por la carretera, el peso de todo lo que ha pasado me cae de golpe en la cabeza y mi espíritu se rompe.

Estoy dejando Ikati.

Es lo que he querido toda mi vida, dejar este lugar y ver cómo es el mundo ahí fuera, pero no de esta manera. No con mi nombre manchado detrás de mí. No como una persona a la que busca todo el pueblo porque creen que ha matado a una mujer. No dejando la mitad de mi corazón con Kayus y la otra mitad con Khadija.

Agacho la cabeza, sintiendo que me cubre una tela gruesa y pesada. La tela gruesa de la vergüenza, de la pena, del dolor de corazón.



CAPÍTULO 22

Lagos está tan lejos que parece que vamos al fin de Nigeria. Hace tres horas o así desde que salimos de Agan y todavía estamos en la autopista.

El sueño me puede, pero la carretera tiene baches cada cinco minutos y el Mazda azul del señor Kola salta como si una electricidad lo sacudiera cada vez que caemos en un bache. Tanto meneo me arranca el sueño de los ojos. A veces, hasta tengo miedo de que el coche se parta en dos y el señor Kola se quede en una mitad y yo me quede en la otra.

Por eso no quito los ojos de la ventanilla y miro afuera todo el rato. La autopista tiene mujeres, hombres y niños que venden pan, Coca-Cola y Fanta, carne de caza seca colgada boca abajo de un palo; periódicos, frutas, agua en una bolsa de nailon. Mi barriga se queja de hambre, pero no voy a pedirle al señor Kola que pare para comprar comida porque el señor Kola está arrugando fuerte la cara y agarrando el volante con las dos manos, como si tuviera miedo de que salga volando. Tiene una línea de enfadado en la frente, un pliegue arrugado en la piel.

Hemos viajado en silencio desde la mañana y, cuando estoy cansada de estar callada, le hago una pregunta.

—¿Cuándo llegamos a Lagos? —le digo, usando la palma de la mano para taparme los ojos del sol. No es aún mediodía, pero hace mucho calor y parece que el sol escupa fuego del cielo. Todo está ardiendo, hasta la goma del sillón del coche me está friendo el trasero

y a veces me siento en las palmas de la mano para tenerlo más fresco. Como no me contesta, le vuelvo a preguntar.

—Pronto —dice, mirando al espejo del coche y pasando a otro carril de la carretera.

—¿Qué pasará conmigo?

—Trabajarás —dice—. Eso me recuerda… Adunni, escucha. Tengo unos resultados médicos en el maletero. Mi amigo doctor me los hizo. Big Madam quiere estar segura de que no llevas ninguna enfermedad. —Gira los ojos hacia mí—. ¿Llevas alguna enfermedad?

—No, señor.

—Bien. Escribiré tu nombre en los resultados médicos y se los enseñaré a Big Madam. Si te pregunta si fuiste al doctor, tienes que decir que sí, que fuimos a la clínica de Idanra, ¿vale? Si dices que no, ya no hay trabajo para ti.

—Diré que sí —digo, moviéndome en el asiento, sin entender por qué el señor Kola dice esa mentira. Si miente en lo del doctor, ¿en qué otra cosa estará mintiendo? ¿He pensado bien lo que hacía al dejar tan deprisa Ikati y seguir a este hombre? Lo miro, con esa carne de los mofletes que se le mueve arriba y abajo como si comiera aire, y suspiro. Si me está contando mentiras, yo en eso no puedo hacer nada. Ahora no puedo volver a Ikati ni escaparme a ningún sitio.

—¿Usted estará conmigo en este trabajo? —pregunto.

—No. Te visitaré cada tres meses.

—¿Iré a escuela en este trabajo? —pregunto.

Me mira raro, se aclara la garganta.

—Si te portas bien y le gustas a Big Madam, a lo mejor te mete en la escuela.

—Si mi papá viene a buscarme, ¿Iya les dirá dónde vamos?

—Iya se moriría antes que traicionar a tu madre —dice—. Es una mujer cabezota y no tiene miedo de morir. Escucha, puede que tu papá ya no te encuentre, al menos por Iya. O por mí. A no ser que vuelvas tú misma a Ikati. ¿Quieres volver?

Niego rápido con la cabeza, aunque me duele el corazón por no poder volver a Ikati.

—¿Quién es esa Big Madam? —pregunto, frotándome el pecho, el dolor que tengo en el corazón—. ¿Por qué la llama así?

—Adunni —dice mientras empieza a frenar el coche porque los otros coches de delante también están frenando.

—¿Sí, señor?

—Llegaremos pronto a Lagos —dice—. Quédate callada y déjame conducir.

Así que encojo los hombros y pongo los ojos en la carretera. Pasamos a una mujer sentada en un banco corto, con la espalda doblada sobre una olla de aceite hirviendo y una larga cuchara de hierro con la que remueve el aceite negro, empujando las bolas de *puff-puff* que está friendo como un granjero que usa la vara para llevar a sus ovejas aquí y allá. Me hace pensar en mucho tiempo atrás, cuando me quedaba al lado de mi mamá y sostenía un periódico viejo como si fuera un plato. Mamá sacaba los *puff-puff* marrones del aceite, de tres en tres, sacudía la cuchara hasta que los *puff* escurrían el aceite y los dejaba caer en mi periódico-plato para que me los comiera, para probarlos de azúcar y sal. Yo saltaba y reía y decía: «Están calientes, calientes, calientes». Y mamá decía: «Calientes pero dulces, ¿no, Adunni?».

Pienso en cómo me pedía cantar cuando la enfermedad le mordía el cuerpo y casi no podía moverse de la estera de dormir.

—Adunni *mi* —me decía—, cariño mío. Cántame para espantar el dolor.

Cuando me viene Kayus a la cabeza, lo aparto. No quiero pensar en Kayus, en cómo se ha apretado la mano en el pecho esta mañana, en la tristeza de sus ojos cuando me decía adiós.

Así que empiezo a cantar una canción que mi mamá me enseñó cuando yo tendría unos seis años, una canción de esperanza y del amor de Dios.

Aprieto la nariz contra la ventanilla y empiezo a cantarla como desde el fondo de la barriga.

Enikan nbe to feran wa	Él es más bondadoso que nadie.
A! O few a	Oh, cuánto nos ama.
Ife Re ju t'iyekan lo	Nos ama más que un hermano.
A! O fe wa	Oh, cuánto nos ama.
Ore aye nko w asile	Los amigos de esta tierra pueden fallarnos o dejarnos.

Boni dun, ola le koro	Un día nos calman, al siguiente nos hacen daño,
Sugbon Ore yi kin tan ni	pero este Amigo nunca nos decepciona.
A! O fe wa	Oh, cuánto nos ama.

Cuando termino, miro con disimulo al señor Kola. En la frente se le está borrando la arruga y se le están torciendo los labios, como si fuera a sonreír.

—¿Va todo bien, señor? —pregunto—. ¿Mi canción hace mucho ruido?

—Cantas bien —dice—. ¿Te lo habían dicho?

—Mi mamá me lo decía muchas veces —digo.

No dice nada. Solo traga alguna cosa. Después de un rato, me dice:

—Espero que Big Madam sea buena contigo.

«Yo también, señor —pienso yo—, yo también».

—Bienvenida a Lagos —dice el señor Kola—. Despierta, Adunni.

Me despierto de un salto y me limpio los ojos y la saliva de boba que me ha corrido por un lado de la boca hasta el vestido.

—Perdón, señor —digo—. ¿Hemos llegado?

No sé cuánto rato he dormido, pero ahora estoy viendo muchos coches en la calle, como cuando las hormigas soldado se juntan alrededor de un terrón de azúcar. Los coches aprietan los clásones para hablarse unos a otros: piip, piip. Cuando el coche detrás nuestro hace ese «piip», el señor Kola arruga fuerte la cara, dice algo por lo bajo y le pega un porrazo al volante, piiip.

El olor a pan fresco, piñas, naranjas y papayas, al humo gris del trasero de los coches, a gasolina, a sobacos que no se lavan hace mucho, todo eso se mezcla y llena el aire.

Respiro hondo y noto el aire muy espeso; me cierra la garganta, me hace toser.

Hay personas que se apretujan en la carretera entre los coches. Todo el mundo vende todo lo que se puede vender, hasta móviles de teléfono y películas DVD. Un hombre sujeta en la mano algo como un bloque de leche y aprieta la nariz contra el cristal de la ventanilla del coche.

—¡Compren helado frío! —dice—. Hola, niña —me dice—. ¿Hoy no hay helado para ti?

Como no le contestamos, el hombre se va.

Otro hombre salta delante de nuestro coche. Lleva una camiseta verde y pantalones negros, y en la mano tiene una botella redonda con agua espumosa dentro. Antes de que pueda preguntar qué está haciendo, aprieta el tapón de la botella y echa agua espumosa en el cristal delantero del coche, se saca un trapo marrón del bolsillo y empieza a secar el agua.

—Lárgate —dice el señor Kola, apretando el clason: piip—. O te juro que te atropello con el coche. Fuera de mi camino.

Pero el hombre no hace caso, como si no oyera al señor Kola. Limpia rápido el cristal, muy rápido, arriba y abajo, a derecha y a izquierda. Intento no reírme porque el trapo está dejando más sucio el cristal que antes, y estoy pensando que a lo mejor dentro de esa botella hay aceite. Cuando acaba de limpiar, sacude el trapo, lo dobla y se lo mete en el bolsillo. Sonríe, se pone la mano en la cabeza, saludando.

—¡Dios le bendiga, señor! —dice—. Se lo limpiamos para que vea bien la carretera.

—Mira eso, idiota —dice el señor Kola—. Y encima quiere que le pague por ensuciarme el parabrisas. Que Dios te castigue.

No estoy segura de que el hombre oiga al señor Kola. Se queda ahí parado, enseñando los dientes en una sonrisa, tocándose la cabeza para saludar y diciendo: «Dios le bendiga, señor», hasta que el señor Kola hace avanzar el coche y el hombre corre al coche que tenemos detrás nuestro.

—Pesado —dice el señor Kola—. Idiota. Pesado.

El coche vuelve a moverse y se acerca a un chico de unos seis años. Lleva una camiseta roja que le cuelga del cuello largo como de una percha y unas pantuflas de baño rojas en los pies. Me está mirando, pero sus ojos parece que estén muy lejos de este lugar, perdidos en otra ciudad, en otro tiempo de vida. Se toca la boca con la mano, la agita diciéndome adiós, vuelve a llevársela a la boca. Lleva un letrero en el cuello: «HAMBRE. AYUDA POR FAVOR».

—¿Qué quiere ese chico? —le pregunto al señor Kola.

—Es un mendigo —contesta.

En Ikati no tenemos niños mendigos. Aunque la mamá y el papá de un niño no tengan dineros, no envían a sus niños a pedir. Lavan, limpian y recogen cubos de basura; las chicas se casan y la mamá y el papá reciben el precio de novia que usan para comer, pero los niños no mendigan comida.

—Tengo un poco de hambre, señor —digo cuando el coche avanza otra vez. Se me remueve el estómago sin avisar, de hambre, pero hablo en voz baja porque me da vergüenza pedir comida después de toda la ayuda que me han dado Iya y el señor Kola.

—¿Quieres un rollo de salchicha? —pregunta, mientras baja la ventanilla de su lado y llama con la mano a un vendedor que lleva una bandeja de panecitos pequeños en la cabeza.

—¿Cómo lo llama? ¿Salsita? —pregunto.

—Es solo pan con carne dentro —dice—. Un rollo de salchicha.

—Sí, señor —digo.

—¿Cuánto es? —le pregunta el señor Kola al hombre.

—Cien naira —dice el hombre, y coge un panecito de la bandeja—. Muy caliente. Recién sacado de la panadería.

—Dame tres.

El señor Kola usa una mano para sujetar el volante y la otra para sacar billetes nuevos de un fajo que lleva en el bolsillo. Miro el fajo y me pongo triste al recordar que, esta mañana, ha arrugado unos billetes sucios para Iya, que no pagarían ni dos salchichas, y ahora le está pagando al hombre con billetes limpios.

—Cómete dos y deja uno para mí —me dice, dándome la bolsa de comida.

La carne del pan es poca, dura, parece que esté comiendo chicle salado, pero tengo demasiada hambre, así que me la trago antes de terminar de masticarla.

La carretera de Lagos está llena de *okadas*. A izquierda y derecha, por aquí y por allá, se ven mototaxis por todas partes, y se meten delante de los coches sin miedo; entran, salen y se mueven por la carretera como corrientes de agua. La gente que se sienta detrás de las motocicletas lleva una especie de gorro de plástico demasiado grande para su cabeza, y, cuando le pregunto al señor Kola qué es, me dice:

—Eso es un casco. Todos los que llevan *okada* en Lagos tienen que llevarlo o el gobernador los mete en la cárcel.

—¿Vas a la cárcel si no llevas un gorro casco? —pregunto, limpiándome la boca con el revés de la mano.

—Sí —contesta.

Quiero hacerle más preguntas porque lo que dice no tiene sentido, pero estoy viendo otra cosa que me llama la atención: un autobús grande. Muchos autobuses. Amarillos con rayas negras. Algunos llevan bultos atados, otros llevan gente. El que está al lado de nuestro coche tiene la puerta abierta. Algunas personas de dentro del autobús están sentadas en las rodillas de otras personas. Un hombre sujeta la puerta abierta con el cuerpo colgando fuera. El hombre grita: «¡A Falomo, sin paradas! ¡Tengan el importe exacto a mano!».

—¿Por qué no se sienta dentro del autobús? —pregunto.

—En Lagos, algunos revisores de autobús se cuelgan así —dice el señor Kola—, para poder vender los asientos. El tráfico se mueve ya, gracias a Dios.

El señor Kola hace avanzar el coche y pronto estamos dejando atrás todo el ruido y cogiendo una carretera que sube y sube por encima de un río que se extiende hasta muy lejos, bajo nosotros, y, aunque estires el cuello para mirar, no se ve dónde se termina el río. En el río hay un pescador, a lo lejos, que parece un palo en el agua. También se ven barquitos blancos, canoas que llevan gente.

Aparto los ojos y miro la señal verde de encima de la carretera: «TERCER PUENTE CONTINENTAL. VICTORIA IS-LAND. IKOYI». Estoy leyendo el letrero en voz alta porque quiero que el señor Kola sepa que sé inglés.

—Victoria Island —dice el señor Kola—. Ai-land, decimos. No Is-land.

No lo entiendo. La señal no dice «Ai-land», pero me guardo las palabras para mí.

—¿Es ahí donde vamos? ¿A esa Victoria Island?

—Vamos a Ikoyi —dice el señor Kola, y me mira raro, como si esperara ver que me pongo a saltar y bailar—. Pero te llevaré a Victoria Island para que veas cómo es y luego torceremos para ir a la casa de Big Madam en Ikoyi. Cuando llegues a su casa lo entenderás. Big Madam tiene una mansión. Una casa grande. Es rica, Adunni. Muy rica.

—¿Y eso es bueno? —pregunto.

—El dinero siempre es bueno —dice, apretando fuerte los labios como si estuviera cansado de todas mis preguntas.

Seguimos el camino así, en silencio, hasta que bajamos por otra carretera y de nuevo estamos dentro de la ciudad. Esta vez todo está brillando y reluciendo. Edificios altos con paredes de cristal y forma como de barco, de sombrero, de bombones, de círculos, de triángulos, todas las formas y colores y tamaños diferentes se ven a izquierda y derecha de nosotros en la carretera.

—¡Eh! —digo con ojos muy abiertos y mirando a todas partes.

—Sí —dice el señor Kola—. Es muy bonito. Bonito pero con mucho trajín. Ese edificio de cristal de ahí es un banco. Aquel azul de más lejos, en la orilla del agua, es el centro cívico. Este de aquí, el de las cien ventanas por lo menos, es la Facultad de Derecho de Nigeria. Aquel hotel de allá, el que es tan alto que parece lleno de estrellas brillantes, eso es la parte de arriba del hotel Intercontinental. Un hotel muy caro. De cinco estrellas. Y, mira, ese es el hotel Radisson Blu. Bueno, de aquí ya enlazo otra vez hacia Ikoyi.

Pasamos por una calle con más edificios y muchas tiendas, hasta que el señor Kola señala con la cabeza y dice:

—Mira, Adunni, mira esa tienda, la que tiene maniquíes en el escaparate, al lado del GTBank. Esa es la tienda de Big Madam. Todo el edificio es suyo.

Miro el edificio alto de cristal que me señala el señor Kola; veo las letras azules, verdes brillantes y parpaleantes del tejado, dentro del cristal: «TELAS KAYLA». Hay dos muñecos sin manos, también detrás del escaparate, con la piel como la gente de la tele estranjera. Nunca en mi vida he visto un muñeco tan alto como yo. Uno de ellos lleva una tela de encaje azul que parece cara; el otro está desnudo y tiene dos pechos pequeños como papayas que no han madurado.

—¡Eh! —digo otra vez, porque «eh» es lo único que me viene a la cabeza.

—La hija de Big Madam se llama Kayla —dice el señor Kola, con los ojos en la carretera—. Por eso se llama «Telas Kayla». Bien, aquí el tráfico marcha.

Seguimos adelante y el señor Kola va señalando todo el rato esta tienda, ese centro comercial, ese banco o aquella oficina. Todo es demasiado bonito y demasiado ruidoso para que pueda darme cuenta

de cada cosa, porque se me llena tanto la cabeza que parece que se me vaya hinchando. Cuando el coche entra en una calle tranquila con árboles de hojas verdes a la derecha y a la izquierda y no hay más ruido ni cristal ni bancos, entonces la cabeza ya no me quiere explotar.

—¿Qué te parece? —pregunta el señor Kola—. Lagos, quiero decir.

—Es demasiado, señor —digo—. Lagos es solo un sitio que fabrica ruido y con demasiadas luces y cristales.

El señor Kola echa la cabeza atrás, se mueve la gorra de la cabeza y se ríe.

—Un sitio que fabrica ruido es una buena manera de describirlo —dice—. Big Madam vive al final de esta calle.

—Sí, señor.

—Adunni. —Para el coche a un lado de la calle, gira todo el cuerpo y me mira—. Tienes que portarte bien en la casa de Big Madam. No robes. No digas mentiras y, por favor, no vayas con chicos.

Arrugo fuerte la cara.

—¿Yo? ¿Robar? Eso no es posible, señor —digo—. No digo mentiras. No me gustan los chicos. Soy muy buena, señor.

—Tengo que advertirte porque, si Big Madam me dice que ya no te quiere con ella, no sé dónde voy a llevarte. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor —contesto—. Yo tampoco sé dónde llevarme. El jefe del pueblo me matará si vuelvo a Ikati.

—Bien. —El señor Kola se aclara la garganta tres veces, lo que significa que quiere decir algo serio—. Big Madam espera que seas muy trabajadora.

—Yo puedo trabajar mucho, señor —digo yo.

—También te dará normas para que las sigas. Debes obedecerlas todas. —Digo que sí con la cabeza—. Come lo que te den de comer. Duerme donde te digan. Lleva la ropa que te den —dice—. ¿Me oyes? No empieces a querer volar con tus alas cuando lleves allí un poco de tiempo. Si lo haces, te echarán. Sabes que no puedes volver a Ikati, así que pórtate bien. ¿Entiendes?

¿Cómo voy a volar con mis alas si no soy un pájaro?

—Sí, señor —digo—. ¿Qué más tengo que hacer?

—Cada mes, Big Madam te pagará diez mil naira —dice.

—¿Diez qué? ¿Para mí?

Eso es mucho dinero para dármelo así de golpe.

—Yo recogeré el dinero por ti y lo guardaré en el banco —dice—. Cuando venga a visitarte cada tres meses, traeré todo el dinero. ¿Me oyes?

—Sí, señor —digo. A lo mejor el señor Kola es un hombre bueno. No sonríe todo el rato y contó una mentira en lo de las pruebas médicas, pero a lo mejor me está ayudando—. Gracias, señor.

—Ahora ya es hora de irnos.

Enciende el motor del coche, conduce despacio y gira por una calle. Al final hay una verja negra. El señor Kola para el coche delante de la verja y aprieta el clason: piip, piip.

Justo entonces, un coche alto y gris con luces delanteras, como los ojos de un gato enfadado, viene por detrás nuestro. El coche es más alto que ningún otro que yo haya visto. Se para, aprieta el piip y de golpe la verja se abre del todo.

—Esa es Big Madam con su Jeep —dice el señor Kola—. Cuando entremos en el recinto, salúdala y luego quédate a un lado para que yo pueda hablar con ella. ¿Me oyes?

—Sí, señor —digo mientras nuestro coche empieza a moverse.

Miro todo el recinto, la gran casa blanca con tejado rojo y dos postes largos y de oro en la parte de delante, como si un buen carpintero hubiera tallado el tronco de un árbol, lo hubiera envuelto en papel de lija y rociado con pintura de oro. Miro las palmeras bajas, tres a cada lado del camino, con troncos como piñas gordas y hojas largas y verdes que se extienden como diciendo: «Bienvenidos a esta casa tan bonita». Miro las flores amarillas, azules, rojas y verdes que se ven en las macetas de cristal negro aquí y allá, las farolas doradas con bombillas redondas como lunas dentro de un recipiente, las diez ventanas de arriba de la casa, los cuadrados azules de espejo en un marco dorado. Las escaleras de piedra roja que llevan a una gran puerta negra me recuerdan a una lengua, la lengua de un gigante que ha estado comiendo muchas cosas brillantes.

Mientras lo estoy mirando todo, tragándome todo este sitio con los ojos y con el corazón, que me late rápido, estoy pensando que a lo mejor Big Madam es una reina y que este es el palacio de un rey.



CAPÍTULO 23

El coche de Big Madam se para en un espacio libre, al lado de otro coche igual.

El señor Kola pone el suyo detrás, apaga el motor y bajamos. El hombre que conduce el de Big Madam baja también y corre al otro lado del coche. Miro su piel clara y suave, la larga prenda marrón que viste, el *fila* blanco en la cabeza, las tres marcas oscuras en un lado de la frente y las cuentas blancas de oración en la mano, que no suelta ni cuando abre la puerta del coche, baja la cabeza y se aparta a un lado.

—¿Quién es? —le pregunto al señor Kola.

—Ese es Abu —susurra él—. El chófer de Big Madam. Lleva muchos años con ella. Basta ahora de preguntas.

Un aire fresco se escapa de dentro del coche junto con un olor fuerte a flores, mientras alguien empieza a bajar. Lo primero que veo son unos pies. Pies amarillos, dedos negros. Cada uña está pintada de un color diferente: rojo, verde, morado, naranja, oro. En el dedo más pequeño hay un anillo de oro. Todo el cuerpo de esa señora casi llena el recinto entero cuando sale. Ahora entiendo por qué la llaman Big Madam. Cuando ya está fuera del coche, respira hondo y el pecho, ancho como una pizarra, sube y baja, sube y baja. Es como si esta mujer usara los agujeros de la nariz para chupar todo el calor de fuera y a nosotros nos hiciera coger un resfriado. Yo estoy al lado del señor Kola y su cuerpo está temblando igual que el

mío. Hasta los árboles del recinto y las flores de color amarillo, rosa y azul de los largos maceteros están temblando también.

La señora lleva un *bou-bou* de encaje, un vestido largo hasta los pies. El *bou-bou* echa rayos de brillo como si el encaje tuviera ojos por todo él y los guiñara: abiertos, cerrados, abiertos, cerrados. No tiene cuello, esta mujer. Solo una cabeza redonda y gorda encima del pecho ancho, con pechos que deben de llegarle casi hasta las rodillas. Lleva un *gele* dorado en la cabeza que parece como si se hubiera pegado un ventilador de techo en un sombrero y se lo hubiera puesto en la cabeza.

Da dos pasos hacia nosotros y entonces le veo bien la cara. Parece que una niña traviesa y enfadada con ella se la haya pintado con los pies. Sobre los polvos naranja de la cara, tiene una línea roja pintada en las dos cejas que le baja hasta las orejas. Polvos verdes en los párpados. Labios con pintalabios de oro; dos mofletes llenos de polvos rojos.

—Big Madam —dice el señor Kola, estirándose en el suelo para saludarla—, bienvenida.

Cuando la mujer abre la boca para hablar, veo que uno de sus dientes delanteros de abajo está cubierto de oro.

—Agente Kola, ¿cómo está? —dice con voz profunda—. ¿Es esta la chica?

—La mejor, señora —dice él.

Ella se ríe y suena como algo que retumba, una enorme roca que rueda bajando por la montaña.

Me arrodillo mientras el señor Kola se levanta del suelo.

—Buenas tardes, señora —digo—. Me llamo Adunni.

—Adunni. —Me mira con cara seria y entonces empieza a hacerme preguntas y más preguntas—. ¿Eres buena trabajadora? No tengo tiempo para tonterías. ¿Te ha dicho el señor Kola cuáles son mis expectativas? ¿Te has hecho las revisiones médicas? ¿Sabes hablar inglés? ¿Y escribir? ¿Para la comunicación básica?

Yo no sé mucho sobre eso de las espetativas y la comunición, así que me guardo mis palabras para mí.

—Es muy trabajadora —dice el señor Kola—. Y está sana. Tengo los resultados de sus pruebas aquí mismo. Sabe que nunca le he

traído a ninguna chica con mala salud. Esta entiende inglés y puede leer frases fáciles. Es inteligente y todo lo que pidió, señora. No la decepcionará. Adunni, levántate.

Big Madam se abre el *bou-bou* en la zona del pecho y se sopla aire dentro.

—Agente Kola, eso es lo que siempre dice cuando quiere vendérmelas. La última que me trajo, ¿cómo se llamaba? ¿Rebecca? Todavía hoy sigue desaparecida.

¿Qué chica ha traído el señor Kola antes? ¿Y por qué ha desaparecido? Estoy mirando al señor Kola, pero sé que no puedo preguntarle eso ahora. Me giro hacia Big Madam, pensando en preguntarle quién era esa chica, pero su cara es como un círculo de trueno silencioso y chispas furiosas y me da miedo. ¿Le pasó algo malo a esa Rebecca y por eso ha desaparecido? Y, si algo malo le pasó a Rebecca, ¿me pasará a mí también?

—Ve dentro y espérame —dice Big Madam—. Deja que hable con tu agente.

El señor Kola asiente con la cabeza.

—Ve dentro —dice—. Tengo que hablar con Big Madam. Enseguida voy.

Me levanto y miro el recinto, las palmeras que hay a la izquierda y la derecha, los otros coches que se ven allí, la puerta principal más lejos, que parece la puerta del cielo con esas asas de madera dorada. Mientras me alejo, noto que los ojos del señor Kola y de Big Madam me entran por la espalda.

Al llegar a la puerta principal, miro atrás a los dos, que tienen las cabezas muy juntas y hablan y hablan.

Las asas de la puerta principal son la cabeza dorada de un león que sonríe.

Es una estatua, pero de todas formas compruebo que el león no va a despertarse ni a saltarme encima antes de llamar. Cuando la puerta se abre, delante mía aparece un hombre bajo, de piel muy suave, del color del carbón. Tiene los mofletes redondos, hinchados, como si estuviera aguantándose el aire dentro, y unos bigotes que le

hacen una curva alrededor de la boca. Lleva un pantalón y una camisa blancos, con un gorro largo también blanco en la cabeza. Una tela larga de color azul le cuelga del cuello hasta la tripa y tiene una cosa escrita: «El chef».

—Buenas tardes, señor. Big Madam dice que debería entrar —digo, señalando detrás de mi cabeza hacia ella y el señor Kola—. Me llamo Adunni.

—Por fin, la nueva doncella —dice.

—¿Doncella? —¿Es ese el trabajo que voy a hacer? El señor Kola no me había dicho nada antes. Lo único que preguntó era si podía trabajar mucho y yo dije que sí.

—Soy Kofi —dice, señalando con un dedo corto las letras de su ropa—. El *shef*. Un *shef* «muy cultivado». Si has venido a trabajar, ven conmigo.

¿Por qué habla como si tuviera un problema en la lengua? ¿Diciendo *shef* en lugar de chef?

—¿Por qué hablas raro? —pregunto, mirándolo más de cerca—. ¿Eres de Nigeria?

—Soy de Ghana —dice, girándose—. He vivido en Nigeria durante veinte años, pero mi acento es tozudo. De todas formas, es algo accidental.

—¿Accidental? ¿Quieres decir que fue por un accidente? —pregunto, siguiéndolo adentro y sintiendo lástima por él—. ¿Cuándo pasó? ¿Y te afectó a la boca? Espero que nadie muriera.

Para de caminar, me mira como si estuviera loca.

—Pero ¿dónde encuentra Big Madam a estas criaturas tan incultas? He dicho que es algo accidental, irrelevante. No que tuviera un accidente. ¿Entendido?

—Entendido —digo, aunque no he entendido. Lo que ha dicho me ha liado aún más. A lo mejor tuvo un accidente también en la cabeza.

Miro la habitación y me entra un escalofrío por todo el cuerpo. Hay baldosas de color negro y oro en el suelo. Las paredes son rojo claro, con cuadros de Big Madam y dos niños, un chico y una chica, que en el cuadro están sentados. El chico tiene una nariz como una gran letra M y la chica tiene dientes que se le montan en el labio de

arriba. Los dos niños llevan una túnica negra y larga, con un sombrero en forma de triángulo en la cabeza. Big Madam está de pies en medio, con las manos en los hombros de cada uno, a la izquierda y la derecha. Hay dos sillas al fondo de la habitación con asas de madera y dos cojines redondos en el suelo, rojo y oro, hinchados como un globo.

Huele a betún de zapatos, a guiso de pescado, a dinero nuevo. Además, hace demasiado frío, y me fijo en que hay una caja blanca en la pared de la que baja el aire frío. Veo una tira de espejos en la pared, a mi derecha y a mi izquierda, y un reloj con una esfera grande y números también grandes. A mi derecha veo una pecera de agua verde con piedras azules en el fondo y pececitos que nadan alrededor de un palito de luz que hay dentro del agua verde. Los peces tienen colores diferentes: rojo, verde, blanco y negro, naranja. Y también son de formas diferentes y uno hasta tiene forma de rana. El palo de luz vomita burbujas, muchas, con un ruido como el del agua hirviendo fuerte en una olla.

Kofi señala con el dedo la pecera.

—Siéntate allí, junto al acuárium. Yo estaré en la cocina preparando la comida. Tu trabajo es ocuparte de la casa. El mío es cocinar. Tú te quedas en tu carril y yo me quedo en el mío.

Antes de que pueda preguntarle por qué habla del carril como si estuviera en una autopista, entra por una puerta de cristal y me la cierra en las narices.

—*Ah-kwah-ri-um* —digo despacio, y miro la pecera, me siento en la silla de al lado y dejo mis cosas en el suelo. El asiento es suave, con una goma marrón que huele a zapato nuevo y una parte de arriba que me enfría el trasero. Miro el reloj. La hora que señala es las dos menos cuarto.

¿Habrán encontrado ya a Khadija? ¿La habrán enterrado? Y sus niñas, ¿estarán ahora llorando a gritos porque se ha muerto su madre? Y yo, ¿por qué estoy aquí en este Lagos que fabrica ruido, haciendo de doncella de esta Big Madam que lleva demasiado color en la cara? ¿Por qué no estoy en Ikati, en la casa de Morufu, durmiendo al lado de Khadija y hablando bajito por la noche? O con

mamá, si no se hubiera muerto, sentada a sus pies en la estera, oliendo su olor a harina y azúcar y leche.

¿Por qué estoy haciendo de doncella si lo único que yo quería era ir a la escuela? No sé cuándo ni cómo se me llenan otra vez los ojos de lágrimas, pero esta vez lloro rápido y me seco enseguida y le digo a mi cabeza que hay que ser fuerte mientras espero a que vengan Big Madam y el señor Kola.



CAPÍTULO 24

Big Madam no trae al señor Kola.

Entra sola, se queda en medio del salón, se pone cada mano en las caderas y empieza a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Kofi! ¡Kofi!

Yo estoy sentada en la silla, mirándola. Abro la boca, vuelvo a cerrarla. No sé si decir algo o guardarme las palabras para mí.

—¡Kofi! —grita Big Madam—. Ko… Pero ¿dónde se ha metido este hombre? ¡KOFI! ¿Estás sordo?

Kofi aparece de golpe de no se sabe dónde, con una cuchara de madera en la mano.

—Perdón, señora, no la oía desde la cocina por el ruido de la batidora. Estaba… ¿Necesita algo?

—¿Qué hay para cenar? —pregunta—. ¿Has traído las naranjas del mercado de Balogun? ¿Y los ñames? ¿Está ya en el fuego el pescado fresco de Big Daddy?

Kofi está diciendo que sí y que no con la cabeza al mismo tiempo.

—El pescado está en la parrilla. Las naranjas no eran frescas, pero las compré de todas formas. Estoy preparando arroz blanco y estofado de pescado para cenar. ¿Quiere brócoli de guarnición? ¿Al vapor o salteado?

—Al vapor. Dale a Adunni el uniforme —dice—. Y enséñale su cuarto.

Cuando dice eso, me pongo de pies.

—Estoy aquí, señora —digo—. ¿Dónde está el señor Kola?

—Cuando se haya cambiado, le enseñas toda la casa —dice Big Madam.

No me mira. Solo le habla a Kofi, como si yo no hubiera dicho nada.

—Exprime cinco naranjas y me llevas el zumo arriba —dice—. En la lavandería hay una pila de ropa por planchar. Dudo que sepa manejar una plancha. Enséñale. Si me quema la ropa, la pagarás con tu salario del mes próximo. ¿Lo has entendido?

—Perfectamente, señora —dice Kofi.

—Bien —dice ella—. Dile a Abu que traiga del maletero tres rollos de encaje francés de color burdeos. Déjamelos en el vestíbulo. Caroline enviará a su chófer a recogerlos. No quiero que me molesten. —Se da la vuelta, entra por otra puerta de cristal y cierra.

—¿Está todo bien con ella? —le pregunto a Kofi, con los ojos puestos en la puerta de cristal—. ¿Por qué no me ha hablado?

—No vas a querer que te hable —dice Kofi, en un susurro—. Espera aquí. Tengo que apagar el fogón de gas y enseñarte esto. Cuando Big Madam baje, espera verte ya trabajando.

Cuando Kofi se va, veo mi cara en el espejo. Mi pelo parece una plantación mal cuidada; tengo pelos nuevos y gruesos que han crecido en las líneas de trenzas como hierbajos tozudos en la senda de un jardín. Todas las cuentas rojas que me puso Enitan hace tanto tiempo se han caído. Tengo los ojos muy grandes y abiertos y espantados, y la piel, que era suave y brillante y clara, es ahora del color de un té sin leche que se ha hecho malo.



CAPÍTULO 25

La casa de Big Madam tiene habitaciones por aquí y por allá, por la derecha y por la izquierda.

La habitación de cagar es diferente de la habitación para bañarse. La habitación para colgar la ropa es diferente de la habitación de dormir. Hay un cuarto para guardar los zapatos, para aparcar los coches fuera y, en el piso de arriba, para guardar los maquillajes. Todas las habitaciones tienen mucho espacio y baldosas de oro en el suelo. No entramos en el dormitorio de Big Madam, pero Kofi dice que tiene una cama redonda y otro baño dentro. En el piso de abajo hay dos salones. Uno para la gente de visita y otro solo para Big Madam.

—Nadie se sienta ahí a no ser que Big Madam se lo pida —dice Kofi, cerrando la puerta del segundo salón. Hay un espejo en la pared de todas las habitaciones—. Big Madam es bastante presumida —dice Kofi—. Siempre se está mirando en el espejo.

Hay otra habitación solo para comer comida, con una mesa larga y por lo menos quince sillas. Las sillas son de oro y la mesa es una plancha larga y dorada puesta sobre cuatro patas de cristal. Colgada del techo hay una caja de luces que tendrá unas cien bombillas y, en cada rincón de la habitación, maceteros de cristal llenos de flores rosas y rojas que huelen bien.

—El comedor —lo llama Kofi—. Big Daddy y Big Madam comen aquí cuando están de buenas entre ellos, lo que es raro

últimamente. Ven conmigo. Ah, y esta habitación pequeña de aquí es la biblioteca.

Abre otra puerta y entramos en un cuarto con libros metidos en estantes de madera marrón oscuro. Tantos que llenan la estantería hasta el techo. Hay un sofá con cojines buenos en un rincón, una mesa y una silla al lado y un ventilador de pie color oro, con tres aspas. Todo el sitio huele a polvo, pero no me importa. Mi corazón se hincha al mirarlo. Es como si estuviera en un cielo de libros y estudios.

—¿Te gustan los libros? —pregunta Kofi.

—Me pasaría leyendo todo el día —digo con un pellizco de alegría al recordar lo que me dijo Kike de alimentar mi cabeza leyendo libros. Estiro el cuello intentando leer el título de algunos de los libros:

Todo se desmorona.
Dic-cion-ario inglés Collins.
Co-men-ta-rio bíblico africano.
Una his-toria de Nigeria.
1 000 temas de ple-ga-ria para tener un buen matrimonio.
Libro de hechos sobre Nigeria, del pasado al presente, 5.ª edición, 2014.

—¿De quién son todos estos libros? —pregunto mientras los ojos se me van por toda esa maravilla de habitación.

—De Big Daddy —dice Kofi—. Hace muchos años le encantaba leer. Pero eso fue antes de que perdiera su trabajo y se diera a la bebida. Ahora la biblioteca casi nunca se usa. Te la enseño solo porque tendrás que quitarle el polvo a menudo.

—¿Quién es ese Big Daddy? —pregunto—. ¿Es el esposo de Big Madam?

—Sí —dice Kofi en susurro—. Alcohólico crónico. Jugador irredento. No hace más que contraer deudas y obligar a que su esposa lo saque de apuros. Una vergüenza de hombre, en mi opinión. Una auténtica vergüenza. Ahora está fuera, por negocios. Debería volver hoy, más tarde. Y cuando digo «negocios», quiero decir «negocios de mujeres».

—¿Quieres decir qué?

Kofi pone los ojos en blanco.

—Es un mujeriego. Tiene novias. Muchas. —Tuerce la boca hacia abajo, como si de golpe estuviera probando algo amargo, y luego pregunta—: ¿Cuántos años tienes, Adunni?

—Catorce —digo. «¿Por qué quiere saber mi edad?».

—Entiendo —dice Kofi—. Ven por aquí conmigo.

Cuando salimos de la biblioteca y Kofi abre otra puerta de cristal y entramos, se para un momento, me mira muy profundo a los ojos y baja la voz hasta que es un susurro que casi no se oye:

—Ten mucho cuidado con Big Daddy —dice—. Pero mucho cuidado.

Tengo ganas de preguntarle qué quiere decir con eso, pero él da dos palmadas fuertes y dice:

—Bien. Esta es la cocina. Mi parte favorita de la casa. Entra.

La cocina no se parece a nada que yo haya visto. Hay una máquina para hacer cada trabajo. Máquina para triturar, para lavar ropa, para sacar agua, para calentar agua. La nevera es como diez veces más grande que las que yo veía en la tienda que vendía neveras en Ikati, en la plaza del mercado. El color de cada máquina de la cocina es a juego. Todo es rojo, por aquí y por allá. Hasta hay un espejo encima del fogón.

—¿Ese espejo del fogón lo ha puesto Big Madam?

Kofi se ríe.

—La cocina de gas está hecha así —dice—. La puerta del horno es de cristal reflectante. Como un espejo. —Le pega dos golpecitos a la cocina, como si se estuviera orgulloseando de ella—. Esta es una cocina Smeg de la gama más alta con seis quemadores. Yo la llamo Samantha. Sammy, para abreviar. Un aparato fantástico, y una de las razones por las que sigo en esta casa.

Cierro un momento los ojos y veo a mi mamá en esta gran cocina, la veo cantando mientras se chupa la mano para probar el azúcar de la harina y aprieta este botón y aquel otro botón de las máquinas para freír sus *puff-puff*. Abro los ojos hacia las ventanas limpias de encima del fregadero, hacia los campos verdes de fuera, y pienso en Kayus. Ay, cuánto le gustaría a Kayus este sitio para darle

patadas al balón de fútbol. A un balón de fútbol de verdad, no la lata de leche a la que le da patadas en casa. Puedo oír su voz en mi cabeza, gritando: «¡Y goool!», cuando mete uno en la red. Desde que era pequeño, Kayus quiere ser como el señor Mercy, un futbolista del Estranjero.

A mi papá le gustaría hundirse en ese sofá de cojines blandos, en el salón de Big Madam, y ponerse a mirar las noticias de la noche y hablar de las elecciones con el señor Bada. Cuánto les gustaría esta casa, a él, a mi mamá y a mis hermanos; lo rica y grande y poderosa que se ve.

—¿Dónde cogeré agua para lavar los platos y cocinar? —pregunto, y el temblor de la voz me sorprende. Dejo que la voz se pare, me aclaro la garganta, me hago idea de no pensar mucho en una vida que no podrá ser—. ¿Hay algún río o un pozo más lejos?

—Adunni, tenemos grifos —dice Kofi—. Eso es un grifo. —Señala el fregadero—. El agua sale de ahí. Gira esa manija a la izquierda para tener agua caliente y a la derecha para el agua fría. ¿Ves? —Gira la manija y el agua sale de golpe con un chorro furioso. En Ikati tenemos grifos comunitarios, un grifo para todo el pueblo, pero allí sale una gota de agua cada hora. Muy lento. Kofi vuelve a girar el grifo y el agua se para—. Ya está. Ahora vamos a tu habitación. Ven conmigo.

Salimos fuera de la cocina al recinto que rodea la casa. Hay mucha hierba y más palmeras en la senda. Giramos por una esquina y tenemos delante otra casa pequeña. Tiene también un tejado rojo, dos ventanas, una puerta de madera, dos maceteros llenos de flores amarillas cerradas.

—A esto lo llamamos «los cuartos de los chicos» —dice Kofi—. Todo el personal de Big Madam se aloja aquí. Tú también tendrás aquí una habitación.

—¿Por qué no duermo en la casa de Big Madam? —pregunto.

—Porque no —dice con la boca apretada—. He cocinado cinco años para esa maldita mujer y todavía no puedo dormir en la casa. Bien. Vamos allá. —Abre la puerta de madera. Hay un pasillo largo con tres puertas más. Kofi señala la primera y gira el pomo para

abrir—. Esta es tu habitación. Rebecca dormía aquí hasta que… —Para de hablar, traga alguna cosa—. Pasa dentro.

—¿Hasta que…? —pregunto—. ¿Qué le pasó a esa Rebecca?

—¿Quién sabe? Seguramente, se escapó con su novio —dice, encogiéndose de hombros—. Tienes el uniforme en la cama. Era de Rebecca. Espero que te vaya bien. Sus zapatos están debajo de la cama. Espero también que te sirvan. Si no, tendrás que meterles pañuelos dentro. Entra, cámbiate, y enseguida vuelvo para enseñarte lo que tienes que hacer.

Entro en la habitación. Es de grande como el salón de Morufu en Ikati. Una bombilla cuelga del techo, enganchada a una cuerda blanca de plástico. Hay una ventana abierta en la pared, con una reja de metal por fuera. Una cortina roja tapa casi toda la ventana, pero queda una rendija, suficiente para dejar pasar un poco de aire y un rayo de luz, como unos labios rojos que se abren un poco y dejan ver dos dientes blancos. La cama tiene un colchón de espuma amarilla; hay una mesa y una silla en un rincón y, al lado, un armario de madera marrón.

—¿Es ese mi uniforme? —pregunto, cogiendo la ropa de la cama y extendiéndola. Es un vestido, largo hasta los pies y con cuadros rojos y blancos estampados por todas partes—. ¿Es para la escuela, este uniforme? —Se me hincha el corazón. A lo mejor va a ser bueno que me escapara de Ikati.

—Esto no tiene nada que ver con la escuela —dice Kofi con voz aburrida—. Big Madam espera que nosotros, el personal doméstico, llevemos uniforme. Yo llevo uniforme de *shef*, y tú llevarás uniforme de doncella.

El vestido no hace ruido al caer de las manos al suelo, a mis pies.

—¿No es un uniforme para la escuela? ¿Por qué nadie con algo de cabeza querría que una doncella llevara uniforme?

—Big Madam espera que tengamos un aspecto profesional. Ya sabes, como si trabajáramos en un sitio bueno, y yo estoy de acuerdo. No sé el tuyo, pero mi trabajo es importante. Big Madam tiene amigos importantes, hombres y mujeres ricos de la sociedad. Vamos a ver, ¿es que el señor Kola te dijo que Big Madam te enviaría a la escuela?

—Dijo que, si me portaba bien —digo—, Big Madam me mandaría a escuela. Así que, al ver el uniforme, he pensado que Big Madam…

—¿Te dará una educación? —me corta Kofi, sacudiendo la cabeza —. No ha dado educación a ninguna doncella en todos los años que yo la he servido. Tú estás aquí para trabajar. Haz tu trabajo. Nada más. Cámbiate y te vuelvo a ver dentro de diez minutos en la puerta de tu habitación.

—¿Has usado alguna vez una plancha? —pregunta Kofi.

Ahora estamos en una habitación pequeña donde hay una tabla larga en forma de triángulo, un cesto lleno de ropa limpia al lado de la puerta y una plancha blanca encima de la tabla en la que dice Philips.

—He visto que una o dos tiendas de Ikati venden planchas — digo, estirándome el cuello del uniforme para que se ajuste bien—. Pero son muy caras. No he usado una en mi vida.

El uniforme me llega casi a los tobillos. El espacio de las mangas es demasiado grande y parece que esté a punto de salir volando. En los pies llevo los zapatos de Rebecca. También son demasiado grandes, así que les he metido papel de váter en la punta y los dedos de los pies se me doblan y me hacen daño. Creo que esa chica, Rebecca, era mucho más vieja que yo. Y más grande también.

—Es fácil de usar —dice Kofi, mientras gira un botón de la plancha—. Solo tienes que enchufarla en ese enchufe de ahí abajo y ajustar este dial para que se corresponda con la etiqueta que hay dentro de la ropa. No te preocupes. Yo te enseñaré a comprobar las etiquetas. Lo único que tienes que hacer es esto. —Hace resbalar la plancha a un lado y al otro de la ropa, poniendo cara seria, como si la plancha lo estuviera enfadando—. Cuando termines, acuérdate siempre de desenchufarla —dice—. Para evitar que se prenda fuego alguna cosa. Si de algo no estás segura, me preguntas.

El inglés de Kofi y su forma de hablar son a veces demasiado difíciles, pero uso mi cerebro y me fijo en las palabras para entenderlo.

—Comprobaré seguro que desenchufo el enchufe cada vez. No quiero que el fuego se vaya prendiendo.

—Bien —dice—. Big Madam tiene un horario para las doncellas. Estoy seguro de que te lo va a explicar bien, pero te digo ya que espera que empieces a trabajar a las cinco de la mañana. Fregarás todos los suelos de la casa, incluyendo los azulejos de las paredes de los cinco cuartos de baño. Limpia todas las ventanas, barre el recinto y friega el camino por el que entran los coches. Por la noche, Big Madam espera que riegues todas las flores, limpies los espejos y sacudas la ropa de cama de todas las habitaciones.

—Está bien —digo, sintiendo una tristeza de golpe—. Es mucho trabajo, pero yo puedo trabajar mucho. El señor Kola dice que me traerá mis dineros cuando pasen tres meses.

A lo mejor, después de muchos meses trabajando aquí y ahorrando, puedo comprar un billete de autobús y volver a un pueblo que esté cerca de Ikati. Si estoy cerca de Ikati, y cerca de Kayus, o hasta de papá, entonces mi corazón no se sentirá como si tuviera algo pesado dentro.

Kofi estira las cejas hacia atrás.

—¿De verdad crees que el señor Kola va a traerte el salario dentro de tres meses? ¿Lo crees de verdad?

Digo que sí con la cabeza.

—Me está ayudando. Yo no tengo cuenta del banco, así que él me guarda los dineros. ¿Por qué estás poniendo esa cara arrugada?

—Estoy frunciendo el ceño —dice Kofi, apretando un botón que hace salir agua a chorro de la plancha a la ropa— porque a Rebecca le dijo lo mismo. Ella le creyó y él cogió todo su salario y no apareció hasta esta tarde en que te ha traído a ti.

—¿Quieres decir que va a salir corriendo con mis dineros? —pregunto, notando que el corazón me empieza a saltar arriba y abajo, arriba y abajo—. Porque juro que lo encontraré y le daré en la cabeza con este zapato demasiado grande que llevo. Kofi, ¿sabes seguro eso que dices?

—Solo te digo lo que vi. —Kofi se encoge de hombros—. Dios mío, para ser tan jovencita, eres muy impetuosa. Y no me importa

que seas impetuosa, pero delante de Big Madam tienes que ser humilde y callada. Con ella, respeto. ¿De acuerdo?

—¿Qué tiene que ver conmigo eso de impestuosa? —digo—. Yo respeto a todo el mundo si me respetan a mí. Ahora dime la verdad: ¿puedo encontrar al señor Kola en Lagos?

Suspira, pero una sonrisa le tuerce los labios por arriba.

—Tendremos que esperar y ver qué pasa con el señor Kola, ¿de acuerdo? Ahora coge esta camisa y plánchala.



CAPÍTULO 26

Ahora estamos en la cocina y Kofi está triturando pimiento en la batidora. Yo machacaba el pimiento en una piedra, en casa de papá y en la de Morufu. Era algo fácil de hacer. Solo había que rodar la piedra adelante y atrás, pero esta máquina es muy rápida, hace demasiado ruido, confunde a todos.

Quiero entender cómo un botoncito de la máquina pone a girar el pimiento, el tomate y la cebolla y desaparecen para convertirse en agua de pimiento, pero mi cabeza todavía está pensando qué decir sobre el señor Kola y mis dineros y sobre lo que Kofi ha dicho de que Rebecca había desaparecido. Siento que algo caliente se me mueve en la cabeza y me quema, por tantas cosas que no entiendo.

—Esa Rebecca —digo—, ¿quién era? ¿Por qué se escapó? ¿Qué hizo que se fuera?

Koffi deja el dedo tieso delante del botón de la batidora, pero no se gira a mirarme.

—Era la anterior doncella de Big Madam —dice—. Ya te he dicho que seguramente se escapó, lo que significa que antes estaba aquí y que ahora ya no. No le preguntes a Big Madam por ella, ¿me oyes?

—Te oigo —digo, bailando de un pie al otro, sintiendo que el calor de la cabeza se hace más fuerte—. Pero ¿me va a pasar lo mismo a mí? ¿Dejaré de estar aquí, como Rebecca?

—No seas idiota —dice Kofi, apretando el botón de la batidora y haciendo que la cocina se llene otra vez de ruido.

—Pero ¿puedo hablar con Big Madam de otra cosa? —grito por encima del ruido—. ¿Dónde está?

Deja de apretar el botón, me mira por encima del hombro.

—Hablar con ella, ¿de qué? Big Madam no sabe dónde vive el señor Kola.

—Quiero pedirle que no pague mis dineros en la cuenta de banco del señor Kola —digo—. A lo mejor puede dármelos a mí y yo me los guardo debajo de la almohada. ¿Qué te parece?

Kofi se seca el sudor de la frente con una servilleta.

—Mira. No te molestes. No puedes razonar con Big Madam. Nunca está de buen humor. Solo te habla cuando te necesita para algo. Tú no te diriges a ella para nada. Es ella la que se dirige a ti. No hay nada que puedas hacer ahora sobre lo de tu salario, ni sobre nada, salvo quizá buscarte otro trabajo. ¿Sabes orientarte en Lagos? Si salieras por la puerta de la casa, ¿girarías a la izquierda o a la derecha para llegar a la carretera principal?

—No conozco Lagos. —Cruzo la mano delante del pecho—. ¿Por qué no puedo hablar con Big Madam? ¿No es un ser humano como…?

Me paro porque la puerta de la cocina se abre y una mujer que se parece a Big Madam entra como las olas al borde del océano, que chocan con mucho ruido. Guiño los ojos, la miro otra vez. Es ella, Big Madam, solo que ahora todos los maquillajes de la cara están lavados. Su cara parece algo podrido, como un camino malo lleno de hoyos de barro, con la piel llena de granitos grasosos por todos lados. Lleva otro *bou-bou* azul, con un hilo de oro que baja por el centro. El *gele* que llevaba antes se lo ha quitado y ahora la cabeza se le ve llena de pelos cortos y grises, peinados en círculos de trenzas. Se pone las manos en las caderas, los ojos saltando de mí a Kofi, de izquierda a derecha.

—¿Qué está pasando aquí?

—Quería hablar con usted, señora. Una charla seria.

Kofi me echa una mirada. Sus ojos me advierten que mantenga la boca cerrada, pero, aunque lo estoy viendo, yo no le hago caso.

—El señor Kola dice que me guardará mis dineros en su cuenta de banco —digo—. Pero Kofi me ha dicho…

—Solo estábamos… —Kofi me pisa las palabras, me hace callar—. Quiero decir que ahora le estaba enseñando a Adunni cómo triturar los pimientos, señora. —Su voz ha cambiado de tono y habla como si tuviera miedo de que Big Madam lo triture con la batidora.

—Te he pedido que le enseñes la casa —dice Big Madam—. ¿Lo has hecho? ¿Ha hecho ya algún trabajo desde que se ha cambiado? ¿Es inteligente y sensata? ¿O tengo que llamar al señor Kola mañana a primera hora para devolverla a su pueblo?

—No, señora —dice Kofi—. Aprende rápido. Es un poco parlanchina, quizá algo impetuosa, pero inteligente. Hasta ha conseguido planchar unas camisas. Le he enseñado.

—Adunni. —Big Madam me mira de arriba abajo. Sus ojos me recuerdan a cómo me miraba papá muchas veces. Como si yo oliera a caca.

—¿Sí, señora?

—Ven conmigo.

Cuando se da la vuelta y sale de la cocina, yo voy detrás. Pasamos por el comedor y entramos en su salón. El salón es como todos los otros salones de la casa, con un sofá redondo y con curvas, baldosas de oro en el suelo, un espejo largo en la pared. Hay también una tele en la pared, plana como un espejo. En la tele se ve a un hombre hablando de algo, pero no se oye ningún sonido. Big Madam se cae en el sofá y los cojines hacen «praaa».

Coge el mando a distancia y apunta a la tele, la apaga y suelta un bufido de enfado por la boca. A su lado hay una mesa de cristal, con una copa llena de una bebida naranja y un bloque de hielo dentro.

—¿Adunni? —dice mientras coge la copa y bebe de la bebida.

—Sí, señora.

Traga, deja la copa en la mesa como si quisiera romperla y los bloques de hielo saltan y hacen «clinc».

—¿Adunni? —dice otra vez.

—¿Sí, señora? —contesto. ¿Tiene algún problema de oído? ¿Por qué me llama dos veces?

—No te quedes ahí de pie con tus «sí, señora» —dice—. Cuando hablo contigo, espero que te pongas de rodillas.

Me arrodillo, pongo las manos en la espalda.

—Sí, señora.

—¿Cuántos años tienes?

—¿Yo, señora? —Me toco en el pecho.

—No, tu fantasma —dice—. ¿Estoy hablando con alguien más? ¿Me estoy preguntando a mí misma cuántos años tengo?

—Tengo catorce años, casi quince, señora.

—El señor Kola dice que tu madre murió y que te has escapado de casa, ¿es verdad?

—Sí, señora. —Gracias a Dios que el señor Kola no le ha contado lo de Khadija.

—¿Cuándo dejaste la escuela?

—En la primaria —digo—. Casi hice cuatro años en la escuela primaria antes de parar. Pero los libros me gustan. Y la escuela.

—¿Sabes leer y escribir? —pregunta.

Digo que sí con la cabeza.

Se agacha y coge un bolso con plumas amarillas que parece como si hubieran matado a una gallina, hubieran hundido a la pobrecilla en pintura y se la hubieran vendido a Big Madam. Saca un boli, muerde la tapa, la escupe al suelo y me da el boli sin tapa. Saca un cuaderno y también me lo da. Yo lo cojo.

—Ahora abre esas dos orejas que te ha dado Dios y escucha bien —dice—. Vas a escribir una lista de cosas que necesitamos en la casa y luego se la das a Abu, mi chófer. Él hace la compra de la casa con Kofi los sábados por la mañana. Cada dos semanas, los viernes, vas por toda la casa, apuntas lo que necesitamos y lo escribes en ese cuaderno. ¿Lo has entendido?

—Sí, señora —contesto.

—No sé lo que te ha dicho el señor Kola, pero yo soy una mujer importante en la sociedad —dice—. Tengo clientes muy importantes. Presidentes, gobernadores, senadores, todos llevan mis telas. Telas Kayla es la número uno en Nigeria.

—Sí, señora. —¿Y qué tiene que ver conmigo todo eso que me está contando ahora?

—Tu trabajo es mantener la casa limpia y ordenada y hacer lo que te pida que hagas. Cuando no estés trabajando, te quedas en

los cuartos de los chicos, en tu habitación. Siempre que te necesite, te mandaré llamar. ¿Entendido?

—Sí, señora. Está entendido.

—Bien. —Se echa atrás en el sofá y estira los pies—. Hazme un masaje en los pies.

—Un masaje, ¿cómo? —pregunto.

Gira la mano a este lado y al otro, como si diera forma al barro.

—Usa las manos para darme friegas en los pies y los dedos de los pies. Masajéalos.

Le miro los pies, la piel de los lados como cemento seco con grietas blancas, y por dentro estoy diciendo que no con la cabeza. Con todos los dineros que tiene y esos pies son como si trabajara en una obra de la mañana a la noche sin zapatos. Le cojo los dos pies y tuerzo la nariz por el olor mientras con las manos le aprieto los tobillos hacia aquí y hacia allá. Quiero preguntarle sobre el señor Kola y mis dineros, pero cuando levanto la cabeza veo que está cerrando los ojos. No tarda en ponerse a roncar, haciendo un ruido con la garganta como el de la batidora de la cocina.

Llevo así quince minutos cuando la puerta del salón se abre y entra un hombre que yo creo que es Big Daddy. El hombre me recuerda a cuando un globo acaba de explotar, a la forma que tiene cuando se le escapa el aire. Big Daddy parece que tenga aire en la parte de arriba del cuerpo y que no tenga aire en la parte de abajo. Lleva una *agbada* blanca y un gorro en la cabeza. Tiene la piel del marrón de una patata nueva y toda la boca rodeada de muchos pelos grises. Lleva gafas en la nariz y detrás le veo los ojos, grandes y rojos, saltando de aquí para allá como si no pudiera ponerlos fijos. Se tambalea hacia delante, le pega a la tele en un lado y viene hacia mí.

—¿Y esta quién es? —Arrastra la voz, como papá cuando ha bebido mucho.

—Buenas noches, señor —digo—. Me llamo Adunni. Soy la nueva doncella de Big Madam.

—Adunni, *dunni-liciosa*. —Se chupa los labios, subiendo la lengua por encima de los bigotes—. Un nombre bonito para una chica bonita. —Se toca el pecho y se le ve una mano llena de muchos

pelos, gruesos y rizados—. Yo soy el jefe Adeoti, el único e incomparable. Pero puedes llamarme Big Daddy. Déjame oír cómo lo dices. ¡Di Big Daddy!

—Big Daddy —digo.

Ese hombre me hace sentir incómoda. Me muevo, miro a Big Madam, pero la mujer sigue durmiendo. Le sacudo la pierna, pero solo cambia la velocidad del ronquido. Ahora es también más fuerte.

—Big Madam. —Le pellizco los pies—. Big Daddy pregunta por usted.

Big Madam no contesta. Solo está comiendo aire y roncando. De verdad creo que, si hubiera cogido la tele y la hubiera estrellado en su cabeza, tampoco se habría despertado. Es como si se hubiera muerto.

—Esa mujer es capaz de dormirse en medio de un tsunami —dice Big Daddy, mientras se tira al sofá, se quita el gorro y lo arroja de golpe a su lado. Se quita las gafas, les tira aire, limpia el cristal con los bordes de su *agbada* y se las vuelve a poner en la nariz—. ¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Adunni, señor.

—Ah, Adunni. Bonito nombre.

—Gracias, señor.

—¿Cuántos años has dicho que tenías?

—Antes no le he dicho mis años, señor —digo.

Se ríe, enseña los dientes y se ve que le falta uno de abajo.

—Eres de lengua afilada, ¿eh? Eso me gusta. Me gusta mucho. Bien, pues ahora te lo pregunto como toca: ¿cuántos años tienes?

Se lo digo.

—Catorce años, casi quince, ¿eh? Eso te convierte en una chica ¿de qué edad? Cerca de los dieciséis, camino de los diecisiete. Casi una adulta. Inocencia, lo que se dice inocencia…

—No, señor —digo—. Inocencia no me llamo. Soy Adunni.

Big Daddy echa la cabeza atrás y vuelve a reírse, frotándose la barriga con su manaza.

—Una ignorante de primera, ¿eh? Vamos, Adunni, hazme reír un poco más. ¿Qué más te guardas en la manga?

—En la manga no tengo nada, señor —digo, justo cuando Big Madam se despierta con una sacudida.

Mira por todo el salón como si se hubiera perdido y se encontrara en un bosque oscuro.

—¿Adunni? —dice, mirándome—. ¿Me he quedado dormida?

—Sí, señora —contesto—. Big Daddy ha vuelto.

Levanta la vista, ve a Big Daddy, guiña los ojos.

—Bienvenido, Jefe. ¿Cómo ha ido el viaje? Adunni, ve a decirle a Kofi que sirva la cena. Dile que me exprima un poco más de zumo de naranja.

Todavía tiene los pies en mis rodillas. No sé si tengo que quitárselos o esperar a que los quite ella.

—¿Qué estás mirando? —me grita—. Arriba.

—Sus pies, señora —digo.

Quita los pies, los deja caer de golpe en el suelo.

Mientras me levanto y salgo del salón, siento el calor de los ojos de Big Daddy que me siguen afuera, incluso cuando cierro la puerta y entro en la cocina.

Por la noche, en mi habitación, apago la luz, me subo a la cama y me aprieto el corazón con la mano. Lo noto latir fuerte. Me duele el cuerpo de tanto limpiar y barrer, pero, por primera vez desde que mi mamá me parió, estoy sola en mi propia habitación, en mi propia cama, una cama de verdad con un colchón blando.

Es bueno tener todas estas cosas, pero parece como si a mi cuerpo le faltara una parte: un ojo, una pierna, una oreja. Aquí no hay ninguna Khadija, ningún Morufu con su Fuego Explosivo y su colchón que apesta y su barriga de coco duro. Las niñas de Khadija no están susurrando y riendo bajito en el cuarto del final del pasillo, y quién sabe cuándo volveré a ver a Kayus, Enitan y Ruka en el río, como pasaba antes.

Cierro los ojos y me viene un recuerdo así de pronto: de aquella vez que tenía cinco años y yo y mi mamá visitamos las cascadas de Agan. Puedo oírlas ahora, el rugido y el trueno de las aguas, un ruido que le hacía tantas cosquillas a mamá que estiraba las manos

bajo la ducha del agua y se reía. Pero yo, que estaba sentada en las rocas marrones de al lado de la cascada mirando a mamá, tenía miedo, miedo de que el agua se enfadara y nos tragara a las dos. Cuando ella notó mi miedo, bajó donde yo estaba sentada y me levantó y me apretó la cara contra su barriga suave y mojada. «¡Adunni —gritó—, no tengas miedo! ¡Escucha qué maravilla, escucha la música en el ruido!». Y yo entonces escuché y escuché hasta que mis oídos oyeron una canción en el ruido, el sonido de mil trompetas mezclado con el ritmo de cien tambores. Y así de fácil el miedo se fue y pronto yo y mi mamá estábamos riendo y bailando bajo el agua.

Esta noche siento ese mismo miedo en esta casa grande: el miedo a las aguas que caen, a los truenos que tragan y las rocas que destrozan, a Big Madam y Big Daddy y a la desaparecida Rebecca, pero no hay música en el ruido de esta casa, ni ninguna maravilla. No está mamá para notar mi miedo y hacer que pare y, cuando cierro los ojos para intentar dormir, solo veo a Khadija, tumbada muy débil en la arena fría y húmeda del pueblo de Kere, llorando para que la ayude, para que no la deje morir.



CAPÍTULO 27

Así es como hago el trabajo en casa de Big Madam: cada día, tengo que lavar todos los váteres y cuartos de baño.

Tengo que usar cepillos de dientes para raspar entre los azulejos y fregar los suelos y las paredes con lejía. Tengo que barrer todas las habitaciones y toda la parte de afuera del recinto. Tengo que arrancar las malas hierbas de los maceteros, aunque Kofi dice que tienen a un hombre para eso que llaman «El Jardiniero».

Kofi dice que este señor, El Jardiniero, vendrá el sábado por la mañana para ocuparse de las flores y la hierba, pero Big Madam dice que yo tengo que hacerlo primero, así que lo hago. Cuando termino, me pongo a lavar las bragas y el sostén de Big Madam con jabón y agua en un cubo, afuera. La primera vez que vi las bragas de Big Madam, quería caerme muerta. De verdad que esas bragas son grandes como una cortina. Y el sostén es como un barco. Le gusta llevar dos bragas y dos sostenes cada día, así que lavo muchos en una semana. Cuando acabo de lavar el sostén y las bragas, entonces tengo que meterlos en la máquina lavadora de la cocina para que la máquina también los lave.

Cuando le pregunto a Kofi por qué tengo que lavar yo antes que la máquina lavadora, él se encoge los hombros y dice:

—Hazlo y no te quejes.

Por la noche limpio ventanas, limpio espejos, quito el polvo de las mesas, de las sillas, paso un trapo aquí, una fregona allá. También masajeo los pies apestosos de Big Madam por la noche y, a veces,

se abre el pañuelo de la cabeza y me pide que le rasque el pelo. Solo paro para comer por la tarde. Por la noche no se come. Por la mañana tampoco.

—Big Madam dice que solo puede permitirse darte de comer una vez al día —responde Kofi cuando le pregunto por qué no hay comida por la mañana ni por la noche.

A veces, Kofi me llama por la mañana y me da comida para que coma antes de que se despierte Big Madam. Hace dos semanas, Kofi me dio arroz y estofado con un huevo duro. Big Madam seguía dormida en el piso de arriba, así que yo le di las gracias y me senté en un taburete de la cocina. Mientras me comía el huevo, Big Madam entró en la cocina. Me quedé tiesa, asustada. Cogí el huevo con la mano, pensando si no se abriría el suelo para tragarme entera con huevo y todo.

Cuando me vio, vino hacia mí, cogió el plato y me tiró el arroz por la cabeza. Agarró el huevo duro y me lo aplastó en medio de la cabeza. Mientras yo lloraba, porque el pimiento del estofado me había entrado por los ojos y tenía miedo de quedarme ciega, empezó a darme bofetadas, puñetazos y patadas por todas partes.

—¿No te dije que no quería verte comer en mi casa sin mi permiso? —me gritaba—. No esperarás que te vista y te aloje a cambio del trabajo chapucero que haces, ¿no? Si vas a comer más de una vez al día, entonces te sientas fuera y te comes tu comida. Comida tuya. No mía. ¿Está claro?

Se volvió hacia Kofi.

—La próxima vez que vea a esta chica comer más de una vez al día, te reduciré el salario.

Cuando terminó de pegarme, el hambre ya no me molestaba. Esa fue la primera vez que Big Madam me pegó y, en el casi mes que llevo aquí, me está pegando casi cada día.

Justo ayer por la mañana, me dio un bofetón porque yo cantaba mientras quitaba las malas hierbas. Ella iba en el coche, saliendo del recinto, y le pidió al chófer que parara. Se bajó y vino adonde estaba yo arrodillada bajo el sol fuerte, al lado del macetero que hay debajo de la palmera, y entonces me dio un revés.

Me quedé que no veía nada. El sol tampoco me dejaba ver; me quedé ciega del ojo izquierdo durante un momento.

—Estás gritando —me dice entonces Big Madam—. Estás molestando a los ciudadanos de Wellington Road con ese ruido que llamas cantar. Esto no es tu pueblo. Aquí nos comportamos como gente sensata. Tenemos clase. Tenemos dinero.

Mientras me grita, yo pienso que sus propios gritos deben de estar molestando a la gente más que mi canción en voz baja, pero eso no puedo decírselo. Cuando acaba de gritar, suelta un suspiro largo, asiente y luego se gira y vuelve al coche y se marcha. Cuando le pregunto a Kofi por qué me pega siempre, Kofi dice que él tampoco sabe.

—Tu caso es de los peores que he visto —dice Kofi—. Te pega cada vez que te echa la vista encima. ¿Has hecho algo para molestarla?

Pienso.

—No. No he hecho nada.

—Entonces yo te recomendaría que buscases la manera de volver a tu pueblo —me dice, suspirando—. Adunni, te voy a decir algo sobre mí. Hace cinco años, pensé seriamente en regresar a Ghana después de perder mi trabajo como *shef* personal del embajador ghanés en Nigeria. Era un puesto de mucha distinción, Adunni, muy importante. Vivía en el Territorio de la Capital Federal, en una maravillosa casa de dos dormitorios en Abuya, muy diferente a este disparate que tenemos aquí. Servía a líderes mundiales. Vivía bien. Pero perdí el trabajo cuando se nombró un nuevo embajador, un idiota dejado de la mano de Dios que decía que mi cocina no era de su gusto. —Sacude la cabeza como si el recuerdo le doliera—. Decidí quedarme y buscar otro trabajo. Porque yo había estudiado contabilidad en la universidad y disgusté a toda mi familia cuando decidí seguir mi pasión y dedicarme a la cocina. ¿Cómo iba a volver a Ghana avergonzado? Y, sobre todo, ¿sin haber completado el proyecto de mi casa y después de que todos los míos creyeran que tenía un trabajo importante con el embajador? Trabajo aquí solo porque necesito terminar mi casa en mi país. Pero tú no tienes nada que te retenga aquí. Nada. Vuelve a tu pueblo. Vuelve a casa.

—Pero ¿cómo voy a volver? —pregunto—. El señor Kola ha desaparecido y no sé el camino para volver a Ikati. Y, aunque lo supiera, volver no es posible porque… —Cierro de golpe la boca—. Volver no es posible.

Kofi me mira, con la cabeza baja.

—En ese caso, deja de quejarte —dice—. Haz tu trabajo. Eso es lo que yo hice, lo que hago cada día.

—Me pega demasiado para aguantar. —Noto los ojos calientes de lágrimas—. Mi mamá nunca me pegó así, ni siquiera mi papá. —Ni Labake. Ni nadie.

—Intenta no ponerte en su camino —dice Kofi—. Cuando ella esté en la casa, tú haz algo fuera. Cuando esté fuera, corre dentro y busca algo que hacer. Si no te llama, no asomes la cara. Adunni, sabes que hablas demasiado. ¿Has de conseguir una respuesta para cada pregunta que haces? Aprende a callarte. Y, por el amor de Dios, deja de cantar todo el rato.

Así que, durante las dos noches que siguen a mi charla con Kofi, me quedo en la cama pensando en el mejor plan, hasta que me viene a la cabeza una idea muy buena y muy inteligente para esconderme de Big Madam.

Esta mañana, limpiaba la ventana de fuera de la cocina cuando oigo entrar el coche de Big Madam. Enseguida, cojo mi trapo, me voy por un lado de la casa y me meto en la biblioteca y cierro la puerta.

Respiro con una respiración larga y empiezo a limpiar la estantería de libros. Saco los libros uno por uno, los abro, los limpio. Mientras los estoy limpiando, intento leer lo que tienen escrito. No puedo leer con voz fuerte por Big Madam, pero hablo por lo bajo.

Muchos de los libros tienen palabras muy importantes, así que solo leo las diez primeras o así y los dejo y cojo el diccionario Collins. Es un libro pequeño pero gordo, como la biblia de mamá, con letras grandes azules y amarillas en las páginas. Lo abro y veo que tiene palabras y al lado el significado de esas palabras. Empiezo a pasar páginas. El libro pone las palabras por letras, como el abecé. Como me sé el abecé, empiezo a buscar palabras. Primero voy a la letra *I*

para buscar el significado de *inocencia*, porque la manera de reírse de Big Daddy aquel día me hace pensar que la palabra tiene otro significado además del nombre. El *Collins* dice esto de *inocencia*:

> *inocencia*
> 1. sustantivo: *estado de una persona no culpable de un delito o una mala acción.*
> 2. sustantivo: *pureza, candidez o ingenuidad de una persona.*

¿Por qué dice Big Daddy que soy pura? ¿Cómo voy a ser pura después de lo sucia que me hacía sentir Morufu en espíritu y en cuerpo después de beberse su Fuego Explosivo? Cierro el *Collins* y cojo el *Libro de hechos sobre Nigeria.*

¿Por qué este libro tiene un nombre tan largo? Y además es alto, como tres libros pegados juntos, y en la tapa tiene pintada una bola, brillante y reluciente, y dentro de la bola está el mapa de Nigeria, con el verde, el blanco y el verde de la bandera nigeriana dentro.

Dejo el libro y busco qué significa *hecho* en el *Collins*:

> *hecho*
> Sustantivo: *algo que se sabe o se ha demostrado que es verdad.*

¿Tiene este libro la respuesta verdadera a todas mis preguntas? Lo abro por la primera página y la miro. Está llena de polvo y me da un cosquilleo en la garganta que me hace toser dos veces. Parece lleno de cosas sabias, este libro. Muchas fotos, muchas cosas que dan explicaciones sobre muchas otras cosas de Nigeria y de todo lo ancho de su mundo. Tiene fechas de cuando han pasado esas cosas en Nigeria desde lejos en el pasado hasta este 2014:

> *Hecho: 1 de octubre de 1960, Día de la Independencia de Nigeria. Nigeria obtuvo su independencia de Gran Bretaña.*

¿Qué es esa Gran Bretaña? ¿Es un enemigo con el que lucha? Sé que *independiente* quiere decir cuando eres libre. ¿Dónde cogieron

nuestra libertad? ¿Y cómo se la quitamos otra vez nosotros? Me siento en el suelo con los ojos clavados en el libro:

> *Hecho: Lagos es la ciudad más poblada de Nigeria. Constituye un núcleo comercial de importancia mundial y cuenta con el atractivo añadido de sus numerosas playas y su activa vida nocturna. Asimismo, presenta la mayor concentración de millonarios de África.*

Así que por eso toda la gente rica vive en Lagos… Me trago la saliva y me acerco más el libro. Tengo mucho trabajo que hacer, pero este libro es como dos manos grandes llenas de amor que me abrazan, me calientan y me alimentan:

> *Hecho: En 2012, cuatro estudiantes de la Universidad de Port Harcourt fueron torturados y golpeados hasta la muerte en la comunidad de Aluu, después de que se los acusara falsamente de robar. Este acto horrendo desató un clamor mundial contra la ley de la selva imperante en Nigeria.*

La ley de la selva.

Si no me hubiera escapado de Ikati, de la esposa de Bamidele y de toda la gente del pueblo de Agan, seguramente me habrían hecho sufrir esa ley de la selva, me habrían quemado con fuego pensando que yo era una ladrona.

Ese hecho me hace sentir muy triste, pero sigo leyendo, sigo aprendiendo hechos que entiendo y hechos que no entiendo hasta que el libro me pesa demasiado en las manos y lo dejo y me pongo otra vez a limpiar.

Cuando acabo de limpiarlo todo en la biblioteca, saco el cuaderno del bolsillo, me siento en el sofá y, según mi cabeza va recordando todo lo que necesitamos en la casa, yo lo voy escribiendo. A veces miro el *Collins* para escribirlo todo bien:

1) Papel para el váter
2) Jabón
3) Bolsa de nailon. Para poner en el cubo de basura
4) Lejía. Para el váter sucio
5) Jabón en polvo. Para la máquina lavadora

—¿Adunni? —Alguien dice mi nombre a lo lejos. Big Madam—. ¡ADUNNI!

—Ya voy, señora —grito, me guardo rápido el cuaderno en el bolsillo y me levanto.

Cuando abro la puerta, Big Madam está fuera de la biblioteca. Tiene los ojos enfadados y todo el cuerpo parece que vaya a explotarle.

—¿Estás sorda? —pregunta con las manos en las caderas—. ¿Por qué has tardado tanto en contestarme?

Antes que pueda decir una buena respuesta, me da un bofetón caliente.

Me quedo atontada, me tambaleo hacia atrás.

—¡Ye! —digo, frotándome la mejilla—. Le contestaba ahora, señora. Le decía que ya iba, pero… —Me suelta otra bofetada para callarme las palabras.

Antes que pueda pensar en esa bofetada, me cae otra en la espalda. Me voy de rodillas al suelo y cierro los ojos y pienso en mamá, en Ikati, en Kayus, mientras ella sigue dándome con la palma de la mano en la espalda, plaf, plaf, plaf, como si fuera un músico pegándole furioso a un tambor parlante.

Pero no lloro; solo voy recogiendo las bofetadas y devolviéndoselas en mi cabeza. Cuando me da una, yo se la devuelvo, solo que no la toco. No sé cuántas bofetadas me da, hasta que oigo la voz de Big Daddy:

—Pero ¿qué demonios está pasando aquí?

Big Madam me da una patada.

—Boba inútil —dice, escupiéndome en la espalda—. ¿Por qué no lloras? ¿Estás poseída? ¿Tienes un demonio dentro? Porque hoy te lo saco a golpes…

—Florence. ¿Es que quieres matar a esta chica? —dice Big Daddy —. ¿Ya espantaste a las otras doncellas con tu furia de loca y ahora quieres hacer lo mismo con esta chica? ¡Adunni!

Abro los ojos, levanto la cabeza. Hoy es el primer día que veo a Big Daddy desde aquella vez en el salón de Big Madam, porque siempre está de viaje por sus negocios de mujeres. Hoy no tiene ojos rojos. No arrastra las palabras. Parece alguien con buen seso.

—Adunni, levántate —dice, y me da la mano.

Me apoyo para ponerme de pies. Big Madam ya no me da más bofetadas, pero parece que todavía las sienta caer en mi espalda. El dolor es como si alguien me hubiera frotado pimiento picante en la piel, echado queroseno después y encendido mi cuerpo con cerillas. Por todas partes se notan dolores.

—Bienvenido, señor —digo. No me arrodillo para saludarlo. Mi rodilla no puede doblarse. Nada de mi cuerpo funciona bien.

—Adunni, ¿estás bien? —pregunta.

—Estoy bien, señor —digo, aunque todos sabemos que de bien nada.

—Florence. —Big Daddy se gira y se encara con su esposa—. La que está posesa eres tú.

Big Madam suelta mucho aire, como si acabara de comerse algo muy dulce, como si golpearme le diera vida, esperanza. Me mira de arriba abajo, furiosa, y dice entre los dientes:

—Esta chica no hace nada bien. Es una inútil, una negada. He tenido que buscarla por toda la casa y la he encontrado en la biblioteca, escondida para no trabajar.

—Y, cuando la has encontrado aquí, has decidido que ibas a asesinar a la hija de otra mujer, ¿no? —dice Big Daddy, subiendo la voz—. Te he oído desde el camino de entrada, Florence. ¡El camino de entrada! ¿Y si le hubieras dado un golpe fatal, qué? ¿O le hubieras dañado el cerebro? ¿O la hubieras dejado paralítica? ¿Crees que tus excusas serían suficiente en un tribunal?

No entiendo todo lo que Big Daddy está diciendo, pero sé que está enfadado con Big Madam.

—Bien, Florence. —Big Daddy levanta un dedo y lo mueve a la izquierda y la derecha—. Que sea la última vez que tocas a esta chica en esta casa. Repito: que sea la última vez que le pones la mano encima a Adunni. ¿ESTÁ CLARO?

Big Madam murmura algo sobre pagar todas las facturas y una novia prostituta mientras se marcha.

Big Daddy se vuelve hacia mí.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí, señor —contesto—. Gracias, señor.

—Ven aquí. —Abre mucho las dos manos, como si quisiera coger algo—. Vamos. No tengas miedo. Ven.

Planto los pies en la tierra, lo miro. ¿Qué quiere que haga? ¿Darle un abrazo o qué? Como no me muevo, se me acerca y me envuelve el cuerpo con la mano.

Me pongo tiesa y le pongo la mano en el pecho, pero él me aprieta con demasiada fuerza.

—No le hagas caso, Adunni —dice, presionando la boca por la zona de mi cuello. Sus bigotes me arañan la piel, su respiración caliente huele a caramelos de menta y un poco a alcohol—. ¿Me oyes?

—Sí, señor. —Hablo con los dientes muy apretados—. Tengo trabajo que hacer, señor. Por favor, deje que vaya a…

—Quiero que te sientas libre en esta casa conmigo —dice, cortándome las palabras y apretándome más fuerte—. Florence no podrá tocarte si me dejas protegerte.

Le empujo con fuerza en el pecho, me suelto de su mano y corro al patio trasero. Corro tan deprisa que no veo a Kofi al lado del grifo de fuera, y al pasar le pego en el hombro y casi lo tiro al suelo, a él y a mí y la palangana que lleva en la mano. Kofi deja la palangana en el suelo y se agarra a la pared con una mano para no caer.

—¡Adunni! —grita, cerrando el grifo—. ¿Estás bien? ¿Por qué…? ¿Qué es lo que te persigue?

Me pongo las manos en las rodillas para hacer más lenta mi respiración.

—Big Daddy —digo—. Me abrazaba muy fuerte, justo ahora. Yo me he soltado y he corrido rápido.

—¿Big Daddy estaba abrazándote? —pregunta Kofi, preocupado —. ¿Por qué? ¿Dónde está su esposa?

—No estoy segura de por qué —digo—. Big Madam acababa de pegarme y entonces Big Daddy ha dicho que quiere que me sienta libre y que quiere protegerme. ¿Qué quiere de mí, Kofi?

Miro a Kofi, con miedo en los ojos. Sé lo que quiere Big Daddy, pero me da miedo pensarlo. Decirlo.

—¿Ese hombre está maldito o qué le pasa? —dice Kofi en voz baja—. Ah, *chale*, ya te advertí que tuvieras cuidado.

—Y he intentado tener cuidado —digo, notando que me bajan lágrimas por las mejillas—. No quiero problemas en este Lagos y no puedo volver a Ikati, pero ese hombre, Big Daddy, me abrazaba fuerte y me daba miedo. Y otra vez lo pillé mirándome así raro. Ayúdame, Kofi, por favor.

—No llores —dice Kofi, sacudiendo la cabeza con un suspiro triste —. Debe de haber algo… Pensaré en algo para ayudarte. Deja de llorar, ¿me oyes?

—Gracias —digo, secándome las mejillas con el borde del vestido y dejando a Kofi para empezar con mi lavado de váteres de la noche.

Cuando termino el trabajo y me voy a la cama a medianoche, me duele el cuerpo y siento fuego en la espalda.

Noto los dedos como ganchos de plástico duro y sé que es porque he estado agarrando el trapo de limpiar demasiado fuerte, demasiado tiempo. Pruebo a dormir, pero cuando cierro los ojos veo los dientes de Big Daddy, afilados como cuchillos, chorreando sangre, viniendo a por mí.



CAPÍTULO 28

Hecho: Los nigerianos son conocidos por su afición a las fiestas y a los acontecimientos especiales. Solo en 2012, gastaron más de 59 millones de dólares en champagne*.*

Big Madam va a dar una gran fiesta el domingo.

Ha ido como loca preparándolo todo, gritando cada segundo.

—Adunni, limpia hasta el último rincón del baño de abajo —me dice, por ejemplo, señalando la puerta del baño con una mano gorda en la que le baila la carne—. Usa el nuevo cepillo de dientes que compré ayer para raspar las juntas del suelo antes de lavar las baldosas con lejía. ¿Has fregado la valla de atrás como te pedí? ¿Lo has hecho? Pues lo haces otra vez. Friégala hasta que el cemento reluzca como la tumba de mi madre. Y no te olvides de los espejos del comedor.

Ayer por la tarde, una furgoneta alta y blanca entró en el recinto. Cuando corrí afuera a ver quién había dentro, solo vi una vaca marrón en la parte de atrás de la furgoneta, lamiendo las moscas que se le ponían en el morro. Me quedé mirando cómo Kofi la sacaba y con una cuerda larga la ataba por el cuello al cocotero del patio de atrás.

—A esta la van a sacrificar para la barbacoa y el estofado del domingo —me dice Kofi, dándole una palmada a la vaca en el trasero y riéndose.

—¿Por qué está Big Madam preparando una fiesta? —le pregunto a Kofi esta mañana mientras estoy sentada al sol caliente, lavando el mantel de encaje dorado—. ¿Esa fiesta de mañana es por el cumpleaños de Big Madam?

—No —dice Kofi. Está sentado a mi lado en un banco, revisando las judías en una bandeja—. La fiesta del domingo es para la Asociación de Esposas de Wellington Road. Big Madam es la presidenta.

—¿La qué has dicho?

—La AEWR —dice Kofi—. Un grupo de mujeres de mediana edad que formaron esa asociación como excusa para ponerse elegantes y emborracharse. Dicen que intentan recaudar fondos, dinero para ayudar a los pobres. ¡Todo mentira! Se reúnen una vez cada trimestre y la anfitriona va cambiando. A Big Madam le toca la reunión de noviembre.

—Ni siquiera es una fiesta de cumpleaños —digo enfadada, mientras restriego el mantel, lo hundo en agua con jabón y le doy la vuelta—. Solo es una reunión normal y ellas solo desperdician el dinero. El *Libro de hechos sobre Nigeria* dice que a los nigerianos les gusta gastarse millones de dinero en fiestas y yo pensaba que no era verdad, hasta que llegué a Lagos. ¿Wellingston es el nombre de nuestra calle?

—Sí, Wellington —contesta Kofi—. La palabra no lleva *s*. Esta calle está llena de todo tipo de gente. La mitad son antiguos militares, ladrones que robaron la riqueza de Nigeria y se divorciaron de sus esposas de juventud para casarse con sangre nueva; la otra mitad son empresarios ricos, como Big Madam, ejecutivos de altos vuelos y artistas, algunos de los cuales no pueden permitirse este estilo de vida, aunque se esfuerzan por vivirlo de todas formas.

Coge la bandeja de las judías, la agita haciendo que salten en el aire y caigan con un sonido de sonajero. Al hacerlo, sopla para que la suciedad salga volando fuera de las judías. Vuelve a bajar la bandeja.

—Hace tres años, a alguna esposa idiota se le ocurrió que sería buena idea formar una asociación solo porque viven en una de las calles más ricas de Lagos. A mí me parece otra excusa para dar

fiestas. Es lo único que esta gente hace con su dinero. Dar fiestas y ponerse dólares unos a otros en la frente y en el pecho como si fueran una medicina. ¿Sabías que el cambio está ahora en ciento setenta naira por dólar? A menos que Buhari se convierta en presidente el próximo año, nada hará avanzar este país. Nada.

No entiendo por qué Kofi siempre está diciendo que los nigerianos gastan en esto o lo otro cuando él también usa el dinero nigeriano para construirse una casa en su país de Ghana. Veo, cuando las visitas de Big Madam le dan dinero, cómo él lo aprieta fuerte y se lo guarda en el bolsillo con una sonrisa grande y un gracias grande también. ¿Por qué no rechaza ese dinero si es dinero de ladrones? Él también ayuda al problema de que Nigeria marche mal.

Kofi se tose en la mano, se la limpia en el pantalón blanco.

—Big Madam va a fiestas cada fin de semana. Suministra telas a medio Lagos y gana millones. *Chale*, mira estos insectos que hay en las judías. ¡Estos malnacidos han agujereado la bolsa para entrar! ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. La AEWR. Tiene entre diez y quince miembros. Siempre es una competición. La última anfitriona, una tal Caroline Bankole, la mejor amiga de Big Madam y la esposa de un empresario de gas y petróleo asquerosamente rico, mató tres cabras para una fiesta de diez personas, contrató a un famoso *shef* privado, un bufón con sueldo desmesurado, y sirvió un vino más viejo que mi bisabuelo.

—¿Big Daddy trabaja en algo? —pregunto, mirando los dedos de Kofi mientras él parte la cascarilla de las judías—. Big Madam tiene un trabajo. Va a la tienda todos los días. Pero Big Daddy no. ¿Por qué?

—Big Daddy es un imbécil —dice Kofi—. Antes trabajaba en un banco. Autorizó unos préstamos para algunos de sus amigos. Miles de millones de naira. Por supuesto, los amigos no los devolvieron. El banco se declaró en bancarrota, quiero decir que cerró completamente dos años más tarde. De eso hace más o menos —arruga fuerte la cara y piensa— unos quince años o así, mucho antes de que yo entrara a trabajar aquí. Siempre lo he conocido

siendo un estorbo descomunal, gastándose el dinero de Big Madam en mujeres, en apuestas y en pimplar.

—¿Qué es pimplar?

—Beber —dice Kofi—. Cerveza rubia o negra. Alcohol.

—¿En *cham-pag-nay*?

Kofi se ríe.

—¿Cham qué?

—Lo he visto en el *Libro de hechos sobre Nigeria* —digo—. Los nigerianos se gastan millones también en eso. Las letras son C-H-A-M-P-A-G…

—¡Ah! ¡*Champagne*! —dice Kofi—. Se pronuncia *shampein*. Bueno, sí; Big Madam y sus amigos abren botellas en las fiestas como si fueran gratis.

—¿Es como el *ogogoro* que bebemos en el pueblo? ¿O la ginebra? —pregunto—. Si bebes demasiado se te pone el ojo así. —Giro un ojo y muevo los dos de izquierda a derecha, y Kofi vuelve a reírse.

—Llevas aquí tres meses —dice después de un rato—. Si no recuerdo mal, llegaste en agosto. ¿Qué vas a hacer con tu salario?

Exprimo el jabón del mantel.

—Todavía no estoy segura —contesto—. Quería hablar de eso con Big Madam, pero tengo miedo de que me pegue.

—Vamos a esperar a ver qué pasa en los próximos meses. —Kofi deja la bandeja, se limpia las manos en las rodillas y mira atrás por encima del hombro, como para comprobar que nadie viene. Luego se mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca un periódico doblado—. Toma esto —dice—. Léelo y luego me dices qué te parece.

—¿Tengo que leer el periódico? —pregunto, mirando su mano—. ¿Por qué?

—Tú léelo —dice Kofi—. *Chale*, tuve que encontrar tiempo para ir a mi antiguo trabajo en la embajada y conseguir esta edición del *Nation Oil* para ti. Ahí anuncian algo en lo que espero que puedas entrar.

Me sacudo el agua de la mano, cojo el periódico con la punta de los dedos y lo agito para abrirlo. Solo es una página, un recorte de

periódico con mucha letra escrita.

—¿Tengo que leerlo todo entero?

Kofi suspira.

—Adunni, mira el encabezado de la izquierda, encima de los obituarios.

Lo miro y leo en voz alta, despacio:

CONVOCATORIA DE SOLICITUDES: PROGRAMA DE BECAS PARA LA ESCUELA SECUNDARIA DE OCEAN OIL, DIRIGIDO A TRABAJADORAS DEL HOGAR

Ocean Oil, la principal empresa de suministros petrolíferos de Nigeria, en colaboración con la Escuela Especial Diamond, invita a las trabajadoras del hogar de edades comprendidas entre los 12 y los 15 años a solicitar sus becas anuales. Este programa, del que ahora se cumplen siete años de exitosa trayectoria, tiene por misión asegurar que jóvenes nigerianas inteligentes y talentosas, chicas de ámbitos vulnerables que actualmente trabajan de empleadas domésticas, puedan iniciar o completar su educación. El señor Ehi Odafe, presidente de Ocean Oil, creó este programa en memoria de su madre, la señora Ese Odafe, quien trabajó como doncella para poder pagar los estudios a sus hijos.

Las becas sufragarán la instrucción en la prestigiosa Escuela Especial Diamond durante un máximo de 8 años para un total de 5 estudiantes, y, si procede, también los gastos de alojamiento y manutención durante todo el periodo de la beca.

Para optar a las becas, las solicitantes deben tener entre 12 y 15 años y estar trabajando en la actualidad como doncellas, limpiadoras o cualquier otra ocupación del ámbito doméstico.

Las solicitudes deben acompañarse de una exposición escrita de no más de mil palabras en la que la aspirante explique la pertinencia de su petición, así como de un consentimiento firmado por una persona garante, que deberá ser un ciudadano nigeriano de acreditada buena reputación. El plazo máximo para la entrega de solicitudes expira el 19 de diciembre de 2014.

La lista de solicitudes aprobadas se expondrá en nuestras oficinas en abril de 2015. Los nombres no aparecerán impresos en ningún medio de comunicación para proteger la identidad de las becadas.

—¿Qué significa todo esto? —le pregunto a Kofi, dejando el periódico a mis pies y apretándolo contra el suelo para evitar que se

lo lleve el viento—. Son palabras demasiado difíciles, pero sí veo que dice algo de la escuela.

—Es una oportunidad para ir a una escuela donde no tendrás que pagar —dice Kofi—. Y te darán también una casa donde vivir, todo gratis. El presidente de Ocean Oil era amigo de mi antiguo jefe. Un tipo increíble. Siempre se asegura de que su personal envíe detalles del programa a la embajada, todos los años, por si alguno de nosotros tiene hijas que quieran solicitarlo.

Digo que sí con la cabeza, sin creer de verdad lo que me dice Kofi.

—¿Y todas esas cosas que piden? ¿Cómo voy a enviárselas?

—Ayer Abu me llevó a las oficinas de Ocean Oil al volver del mercado —dice Kofi—. Cogí la solicitud para ti y la guardé en mi habitación. Adunni, esta es tu única oportunidad de ser libre. —Su voz es nerviosa, casi enfadada—. Si te quedas aquí, ese… malnacido te hará daño. Siempre decimos que Rebecca se fue con su novio, pero ¿quién sabe? A veces me pregunto si ese hombre tuvo algo que ver en el asunto. Adunni, yo tengo una hija como tú en Ghana y no puedo ni imaginar… —Sacude la cabeza—. Olvídate de ese malnacido y piensa en tu futuro. Aquí no tienes ninguno y, por lo que me has dicho, tampoco en Ikati. Esto es todo lo que tienes.

—Pero hay muy poco tiempo para pedir entrar —digo—. A lo mejor, si consigo mejorar mi inglés para el año que viene, entonces…

—No puedes esperar —dice Kofi, casi gritando—. Tienes catorce años. Los quince es la edad máxima. Tienes que hacer la solicitud ahora. ¿Tienes miedo? —pregunta Kofi—. Porque la Adunni que yo conozco saltaría sobre esta oportunidad sin pensárselo.

No contesto.

No quiero que sepa que estoy muy llena de miedo, que he querido algo así durante mucho tiempo y que, ahora que Kofi me lo está contando todo, tengo miedo de apuntarme.

Miedo hasta de pensar en apuntarme.

—Escucha, sé que asusta. Tienes que presentar una exposición escrita muy buena, convincente, para que te seleccionen, pero tú

eres inteligente. Es algo muy competitivo y muy selectivo, pero si de algo estoy seguro es de esto: tú puedes hacerlo.

—¿Tú crees? —pregunto.

—Sé que puedes. —Se encoge de hombros—. Pero no quiero obligarte. Depende de ti, *chale*. Yo he hecho todo lo posible. Cuando mi casa de Kumasi esté acabada, me voy de aquí.

Parpadaleo para aguantar las lágrimas.

—¿Cómo voy a mejorar mi inglés y enviar esa exposición antes de diciembre? Y, además, ¿qué es una exposición escrita?

—Una historia. En este caso, sobre ti —dice Kofi—. ¿No hiciste ninguna redacción en la escuela primaria?

—Sé lo que es una redacción —digo, mientras recojo el periódico de los pies, lo doblo y me lo guardo en el sostén—. Lo sé desde que la maestra me lo enseñó en Ikati.

—*Chale* —dice Kofi—, esto puedes bordarlo. Tú prueba. Solo necesitamos encontrar a alguien que te avale y responda por ti, porque yo no puedo. No soy ciudadano nigeriano y me parece que mi puesto de *shef*, por mucha importancia que yo crea que tiene para la supervivencia humana, no podría ayudarte. En Big Madam o Big Daddy no hay ni que pensar. Yo tengo algunos amigos nigerianos a los que puedo pedir ayuda, pero antes tendrán que conocerte. Eso será difícil, pero no imposible. Lo que más me preocupa es que no tenemos demasiado tiempo. Falta poco más de un mes para que termine el plazo.

Oigo lo que está diciendo Kofi y veo cuánto desea que yo me apunte a esa beca, y yo juro que quiero apuntarme con toda mi alma, pero no estoy segura de que pueda apuntarme ni tampoco de que pueda hacer esa exposición o encontrar a alguien que responda por mí antes de diciembre.

—Pero ¿por qué me estás llamando todo el rato chale? —le pregunto, porque quiero apartar de la cabeza todo eso de la exposición escrita—. ¿Te estás olvidando de que me llamo Adunni?

—*Chale* es una forma de decir «amigo» en mi lengua.

—¿Yo soy tu amiga? —pregunto, sonriendo. A veces Kofi es amable conmigo, como hoy. Pero muchas veces solo hace como si no me conociera. A veces, lo saludo por la mañana y él no me

contesta, y otras veces me habla y me da comida—. Tú también eres mi amigo —digo—. Muchas gracias por esto de la beca.

—Voy a poner a remojo estas judías. —Se levanta y coge la bandeja de judías—. Ya has lavado bastante ese mantel. Además, de todas formas va a ir a la lavadora. Déjalo ya y busca otra cosa que hacer.

Cuando vuelvo a mi habitación por la noche, me siento en el borde de la cama y me saco el periódico del sostén.

He intentado empujar todo el asunto al fondo de mi cabeza desde que Kofi me lo ha contado, pero no dejo de pensar en ello, de pensar: «¿Y si…? ¿Y si me apunto y me cogen y voy a la escuela?».

Abro el periódico en la cama, lo aplano con la mano y arrugo los ojos para leerlo entero a la luz de luna que entra por la ventana. A veces, a Big Madam no le gusta que tengamos la luz encendida por la noche, pero ya está demasiado oscuro para leer, así que me levanto y voy a la ventana para abrir la cortina y tener más luz. Entre la reja de metal y la ventana hay un hilo de algo que brilla.

Lo miro bien, confundida. Parecen cuentas, un hilo largo y elástico de cuentas. ¿De quién son?

Aguanto la respiración, cojo esa cosa y hace como un *shrii* cuando se enrosca en mi mano como una serpiente pequeña. La levanto. ¿Qué es? Parece demasiado grande para ser una cadena de cuello. Los colores de cada cuenta, el amarillo, el verde, el negro y el rojo, me hacen pensar en Ikati, en alguna de las chicas del río que llevan cuentas como estas en la cintura, cuentas que les suenan con un ruido de palmadas cuando bailan y juegan.

Yo quería cuentas cuando era pequeña, pero mi mamá me dijo que a ella no le gustaban, así que nunca he llevado. ¿Quién lleva aquí cuentas de cintura? Me quedo mirándolas, las voy girando en la mano y al pasarlas me fijo en que, cada cuatro cuentas, hay una roja, del rojo del pueblo de Agan, un tipo de rojo que es naranja a la luz de la luna y rojo sangre en la oscuridad.

¿Serían de Rebecca? ¿Era ella del pueblo de Agan? ¿Y por qué se quitaría las cuentas y las colgaría en la reja de la ventana?

Estoy todavía más confundida. Todas las chicas que llevan cuentas en el pueblo nunca se las quitan de la cintura. Nunca. Se las ponen desde que tienen tres años y nunca se las quitan.

—Rebecca —le susurro al aire de la noche—, si te escapaste con tu novio como dice Kofi, ¿por qué no te llevaste las cuentas contigo? ¿Por qué te las quitaste?

No hay respuesta a mi pregunta, ningún sonido, solo el runrún del generador afuera, así que me doy la vuelta, pongo las cuentas debajo de la almohada y me subo a la cama, con el periódico doblado en las manos. Intento dormir, pero me siento pesada y tengo frío. Algo malo le pasó a Rebecca. Lo sé. Lo siento dentro de mí, enroscándose en mis huesos como esas cuentas de cintura que tengo bajo la almohada.

Aprieto fuerte el periódico, lo estrujo entre las manos.

Diciembre no está lejos.

Si puedo mejorar mi inglés, encontrar a una persona que me avale y pedir la beca, a lo mejor me libraré de este sitio, de sus maldades.

Pero ¿quién en esta gran casa malvada va a ayudarme?



CAPÍTULO 29

Hecho: Con sus más de 250 grupos étnicos, Nigeria ofrece gran variedad de platos. Entre los más populares se encuentran el arroz jollof*, las brochetas de carne asada y picante que allí llaman* suya *y el* akara*, una exquisitez de judías fritas.*

A media tarde del domingo, todo el recinto está lleno de coches diferentes.

Nunca he visto nada igual. Coches como aviones y helicócteros, coches como canoas. Algunos cortos y sin techo, otros tan altos como el coche de Big Madam. Todos con pinta de muy caros. No veo a las mujeres que bajan de los coches porque Big Madam me dice que tengo que arrancar las malas hierbas de la hierba del patio trasero.

Le pregunto por qué quiere que arranque malas hierbas el domingo por la tarde y ella coge una piedra del patio trasero y me da con ella fuerte en la cabeza y me llama idiota por atreverme a hacerle preguntas.

Mientras arranco hierbas afuera, en domingo, Kofi me llama a la cocina.

—Aquí me estoy volviendo loco —me dice—. Ve a lavarte las manos. Necesito que me ayudes.

Me lavo las manos y Kofi me da una bandeja llena de trozos pequeños de carne frita con pimientos verdes y cebollas, con un

palillo en medio de los trozos de carne.

—Son las brochetas de carne —me dice—. Llévalas al salón y sírveselas a todas las mujeres.

Miro la bandeja, la manera en que Kofi ha arreglado los trozos de carne en círculo alrededor del plato, con un tomatito en el centro.

—¿Les tengo que dar solo la carne? —pregunto—. ¿Una por una? ¿Y el tomate, qué tengo que hacer con él?

—Eso no es un tomate —dice Kofi con un suspiro—. Es un cherri. Se usa para adornar el plato. Déjalo como está. Adunni, te lo ruego, no toques la comida. No intentes cogerla para dársela a nadie. Si la tocas, Big Madam la tirará toda a la basura y me pedirá que cocine todo otra vez. Si eso pasa, *chale*, te desollaré viva. Así que mantén la boca cerrada y la cabeza gacha mientras sostienes la bandeja y haces una reverencia, así. —Y Kofi dobla rápido la rodilla y se levanta otra vez—. Repito, no le hables a nadie. Sirve la comida y vuelve aquí. ¿Está claro? Bien, y ahora, ¿dónde demonios he puesto la cazuela de arroz *jollof*?

Cuando entro en el salón con la bandeja, voy primero a la mujer que tengo justo delante. Tiene la piel de un color muy oscuro, brillante, y huele a naranjas amargas y a leña, un olor raro que se me clava en la nariz y me da cosquillas. Lleva un vestido verde apretado, corto por las rodillas, y por el escote se le sale un trozo redondo de los pechos lisos. Tiene el pelo corto, del marrón de una corteza de árbol, con una línea a un lado que se lo separa desde las orejas hasta el centro de la cabeza. Todos los maquillajes que lleva en la cara son verdes, menos el pintalabios rojo sangre. Hasta los ojos los tiene de un verde muy vivo. Mantengo la vista en el suelo mientras le ofrezco la bandeja.

—Y esta ¿quién es? —pregunta con una voz alta, rota, la voz de alguien que fuma demasiado—. Florence, ¿es esta la nueva doncella de la que me hablaste?

—Sí, inútil hasta decir basta —contesta Big Madam desde un rincón del salón, mientras se oye la risa de alguien al lado del televisor.

—¿De dónde las sacas? —pregunta otra mujer. Giro los ojos hacia ella. Lleva un vestido de ankara, azul y blanco, con piedras de brillo-

brillo en la parte de los pechos. En la cabeza lleva una peluca, grande y redonda, como si hubiera pegado pelo en una pelota de fútbol y se la hubiera puesto en la cabeza. Los polvos de la cara son naranjas como el sol del anochecer; los labios, del mismo marrón de sus zapatos de salón—. ¿De tu agente, el señor Kola? Te dije que dejaras de usar agentes de aquí, pero no me haces caso. Mi agencia, Konsult-A-Maid, me consigue las mejores. Todas extranjeras.

—Ya os he dicho muchas veces —dice Big Madam— que el señor Kola es barato y fiable. Cuando Rebecca se fue, me encontró a esta enseguida. No necesito a una extranjera para que me limpie la casa. Mis hijos están en el extranjero, así que no hay peligro de que esta les haga ningún mal. Vosotras, que contratáis a esas niñeras filipinas tan caras para vuestros hijos, decidme: ¿de verdad lo hacen mejor que estas? Todas son unas inútiles. Tener piel blanca y un acento raro no te hace trabajar mejor. He oído que a algunas incluso les pagáis en dólares. ¿Por qué diablos voy a pagarle a una doncella en dólares en mi propio país? Y más tal y como está el cambio.

Ojos Verdes coge la carne; tiene uñas largas y verdes como los ojos, con la punta curvada hacia el dedo. Ni me atrevo a pensar cómo se limpiará el trasero en el váter con esas uñas tan largas.

—¿Cómo se llama? —pregunta—. Vamos, chica. Levanta la cabeza. ¿Cómo te llamas?

Levanto la cabeza. Kofi ha dicho que no debo hablar, pero esta mujer me mira con sus ojos verdes, guiñándolos mucho, esperando que le conteste. Me recuerda a un gato, un gato negro con pelo marrón y ojos verdes y uñas largas.

—Me llamo Adunni, señora —digo.

—Bueno, al menos esta habla inglés. ¿Quién se acuerda de aquella que le duró a Florence como una semana? ¿La que le robó la mitad de la comida de la cocina? ¿Cómo se llamaba?

—Chichi —dice Big Madam—. Una niña poseída por el diablo. La devolví al infierno del que venía cuando la pillé orinando en mi taza del té de las mañanas.

—Rebecca sigue siendo la mejor que has tenido. Bien hablada, respetuosa. ¿Cuántos años tenía? ¿Veinte?

Me quedo tiesa cuando oigo el nombre de Rebecca. A lo mejor alguna de estas mujeres sabe qué pasó. A lo mejor Big Madam dice algo.

—¿A quién le importa? —pregunta Big Madam—. ¿Alguien quiere un cóctel? Tengo también unos caracoles con pimientos en la parrilla. Y también *suya*, fresca y picante.

—Florence, ¿has llegado a saber lo que de verdad pasó con Rebecca? —pregunta Cabeza de Balón de Fútbol—. Siempre me gustó esa chica —dice—. ¿Se fugó? ¿Florence? ¿Hablaste con su familia?

Big Madam dice:

—Juraría que alguien había pedido piña colada casera.

—Al final todas salen corriendo, ¿verdad? —dice otra mujer. A esa también la miro con disimulo. Todo su cuerpo es una línea recta. No tiene pechos, son planos como el suelo. Lleva el pelo largo hasta la espalda, recto, tan negro como el carbón. Las pestañas se le salen de la cara, como una escobilla que le va barriendo los polvos rojos de arriba de las mejillas—. ¿Por qué iba a molestarse Florence en viajar a Dios sabe dónde para buscar a Rebecca? Todas sabemos que las doncellas se suelen quedar preñadas de algún idiota local y desaparecer. Ey, tú. Trae aquí esa bandeja.

—Sí, señora —digo mientras muevo los pies, le llevo la bandeja y mantengo los ojos en las baldosas doradas del suelo—. Aquí tiene, señora.

Coge dos palillos de carne con sus dedos como cerillas.

—Ofrécesela también a las chicas —dice.

Levanto la cabeza.

—¿Qué chicas? —pregunto—. ¿Quiere decir las mujeres?

La mujer echa atrás la cabeza tan rápido que tengo miedo de que se le arranque del cuerpo, se caiga al suelo y vaya rodando hasta fuera.

—¿Nos acabas de llamar mujeres? —dice, riéndose, con los ojos llenos de agua—. ¡Virgen santa! Es para morirse de risa. Kiki, Caroline, Sade: nos ha llamado mujeres.

Todo son risas a mi alrededor, como en un coro de gente loca.

—Lo siento, señora —digo—. He hablado sin pensar.

—Pero ¿qué os pasa a vosotras? —dice alguien por encima de las risas.

Suena como si estuviera lejos, muy detrás de mí, y la voz es como si hubiera lamido mucha miel antes de hablar. Quiero mirarla, pero no puedo girar la cabeza bien, así que mantengo las orejas atentas a la voz y encierro su sonido en mi corazón.

—Somos mujeres —dice—. No veo por qué hay que avergonzar a la chica. No tiene la más mínima gracia. Ninguna.

—¿De qué se queja Tia ahora? —le susurra Ojos Verdes a Cabeza de Balón de Fútbol.

Cabeza de Balón de Fútbol tuerce la nariz como si le oliera mal su propia boca.

—Lo único que hace es quejarse de la capa de ozono. Pobre alma en pena.

—Necesita un buen revolcón y que le hagan un bebé. —Se ríe para dentro Ojos Verdes mientras Mujer Flaca coge otro palillo de carne.

—Adunni, sabes que tendrías que estar en el patio trasero, ¿no? —oigo que dice Big Madam mientras me giro. Su *bou-bou* rojo barre el suelo, los lazos amarillos de los hombros saltan arriba y abajo. Lleva una copa de vino en la mano y la bebida roja da vueltas y vueltas mientras ella camina y habla—. Sirve las brochetas y largo de aquí. Si vuelvo a oír tu voz, te rompo la cabeza con la copa.

—Sí, señora.

—He oído que el senador Abdul apoyará la campaña de Jonathan —está diciendo Ojos Verdes cuando me alejo de Big Madam—. Fue uno de los que lo criticó con más dureza. Supongo que ha habido dinero pasando de una mano a otra.

—Mi esposo tiene mañana una reunión en Aso Rock —contesta Mujer Flaca mientras coge otros dos palillos de mi bandeja y los muerde como si le hubieran hecho algo malo. Tan flaca como está…, ¿dónde va toda esa comida?

—Cuando lo llaman de la villa presidencial para discutir los ingresos del petróleo o lo que sea, siempre vuelve a casa con una maleta llena de dólares —dice, masticando—. Con las elecciones tan cerca, me imagino que volverá con un camión de dinero fresco.

Tengo que ser buena chica para que me pague una escapada de un día a Harrods la semana que viene. Ese bolso de Gucci de piel de cocodrilo me está pidiendo que lo compre.

—¿El de cinco mil? ¿Ese que tiene asas de bambú? —pregunta Ojos Verdes.

—¿Cinco mil qué? ¿Dólares? —pregunta Cabeza de Balón de Fútbol.

—Libras, cariño —contesta Mujer Flaca—. Para el cincuenta cumpleaños del senador Ladun, lo tendré balanceando en mi mano. Ya conseguí mis zapatos en Harvey Nicks el mes pasado. Un par sublime de suela roja y agujas de quince centímetros. Son la combinación perfecta.

De verdad, de verdad que esta gente rica está enferma de la cabeza. ¿Por qué puede querer alguien llevar agujas en los pies? A lo mejor esta noche puedo mirar en el *Libro de hechos sobre Nigeria* y allí me dice por qué la gente rica de Nigeria quiere llevar agujas en los zapatos.

—A mí Gucci no me va tanto —dice Ojos Verdes—. ¿Sabes cuánto esperé por mi Birkin de Hermès? Ochos malditos meses. Te juro que nadie en Lagos lleva ese bolso. Por cierto, he oído que el marido de Lola ha preñado a su querida. Espera gemelos.

—¿Podemos, por favor, hablar de la recogida de fondos para el orfanato de Ikoyi? —pregunta alguien.

Pero, antes de que pueda ver quién es, Mujer Flaca dice:

—¡Sabía que iba a pasar! Lo sabía. Se lo advertí a Lola, ¿no es verdad? Le dije que contratara a algunos chicos para ponerle calentito el cuerpo a esa pajarita, pero me citó las escrituras, diciendo que ya pelearía Dios por ella.

Voy pasando la bandeja por el salón, oyéndolas hablar y hablar sobre ir de compras, sobre conseguir bolsos y zapatos caros con dinero de dólares o de libras y sobre un marido que deja preñadas a las pajaritas.

Llego a la última mujer. Está de pies sola en un rincón, como si estuviera perdida y hubiera venido por casualidad. Lleva una camiseta rosa, un pantalón vaquero y unas zapatillas de lona blanca. Parece más joven que las otras, con esa cara delgada en forma de

huevo y la piel del color de un anacardo tostado. Tiene la cabeza llena de pequeñitos rizos, como millones y millones, algunos que le cuelgan delante de la cara, con la punta rizada rebotando en el final redondo de la nariz y el resto recogidos por una cinta en mitad de la cabeza. No tiene maquillajes en la cara, solo el pintalabios rojo en los labios que parece el tomate del centro del plato. Lleva un pendiente en la nariz, un punto de oro en el agujero izquierdo.

Le ofrezco la bandeja y ella me sonríe, me enseña unos dientes blancos rodeados por una reja de hierro.

—Somos mujeres, claro —dice con voz de miel. Habla en susurros, pero lo bastante fuerte para que yo la oiga—. No les hagas caso.

De verdad, de verdad que esa voz suena como música en mis oídos y me hace sentir algo en la barriga, como ganas de cantar. De reír. Aparto los ojos de su cara, miro las zapatillas de lona blanca, las piernas delgadas y cortas dentro del pantalón vaquero. Ella coge la carne con sus dedos pequeños, las uñas cortas y limpias.

—Gracias —dice.

«Gracias».

Eso yo nunca lo oigo en esta casa. La miro a la cara, parpadaleo. ¿Por qué me da las gracias? ¿Por sostener la bandeja? ¿Por nada?

—Gracias —dice otra vez, con esa voz de música—. De verdad espero que te guste servir a tu señora Florence.

—Muy amable de su parte —digo yo—. Decirme gracias a mí. Nadie me ha dicho gracias desde que me fui de Ikati.

—No es nada —dice, tocándome en el hombro, suave—. Ahora continúa.

El toque es como una electricidad en mi cuerpo. Me asusto, se me cae la bandeja, todos los palillos de carne se desparraman por el suelo, a mis pies.

—¿Estás bien? —dice la mujer.

Miro todos los palillos de carne, los seis que quedaban en el suelo, y solo quiero a mi mamá. Quiero que no esté muerta solo durante dos o tres minutos, para que pueda venir aquí y decirle a Big Madam que no me pegue, o a lo mejor puede hacer magia y

esconderme hasta que todas las carnes ya no estén más en el suelo. O a lo mejor puede…

—No llores —dice la mujer—. Trae, deja que te ayude con eso. Hazte atrás un poco para que pueda…

—No, no —digo, secándome las lágrimas—. Ya lo hago yo, señora.

Cuando me inclino a recoger la primera carne, siento un aire frío y rápido y algo pesado me cae en la cabeza mientras la mujer de voz de miel grita:

—Florence, pero ¿qué demonios…?

Y yo quiero decirle que sí, que mi cabeza está llena de demonios del infierno y que me la están friendo en una hoguera porque la tengo ardiendo, tan ardiendo que me parece que el techo se ha caído y se ha estrellado contra mi cabeza, pero cuando levanto la vista veo a Big Madam. En la mano tiene uno de sus zapatos rojos y, antes de que pueda decir otra palabra, me lo machaca en el centro de la cabeza.



CAPÍTULO 30

Hecho: El estado de Zamfara, situado en el norte de Nigeria, fue el primero en legalizar la poligamia mediante una ley del año 2000.

—¿Puedes oírme?

Su voz me hace sentir caliente por dentro, pero mi cabeza sigue ardiendo; el cerebro se me mueve de arriba abajo golpeando: bum, bum, bum. Todo a mi alrededor está negro. Noto algo mojado en la cara, en los ojos. Es frío, suave, ¿un paño?

—Abre los ojos.

Estoy oliendo su olor, a aceite de coco, mantequilla, flor de lirio blanco.

—Adunni —dice otra vez—, abre los ojos.

Estamos afuera, en el patio de atrás. Tengo la espalda apoyada en la pared, cerca del grifo de fuera, y ella está agachada delante de mí, arrodillada sobre una pierna. Detrás, el sol brilla en el cielo y arroja rayos a los campos de hierba que hay más lejos. Ella me sonríe, la reja de sus dientes *parpadalea* bajo el sol. Quiero devolverle la sonrisa, pero cuando lo intento la cabeza me explota de dolor, se me lleva la sonrisa de los labios, la aplasta.

—Debe de doler —dice.

—Me quema —digo.

Dice que sí con la cabeza.

—Veré si el cocinero puede darte un paracetamol.

Algo húmedo me baja por la cara y, antes de que pueda tocarlo, ella me limpia con un paño. Es el paño de limpiar de la cocina, el gris, pero, cuando me limpia la cara, el color se le cambia a rojo.

—¿Me sale sangre? —pregunto—. ¿Big Madam me ha hecho una herida mala?

—Parece peor de lo que es —dice—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si Boko Haram me estuviera tirando bombas dentro de la cabeza.

Sonríe.

—Tu señora se ha enfadado mucho. Decía que te había pedido hacer un trabajo fuera. ¿Por qué estabas sirviendo a las invitadas?

—Kofi me pidió ayuda —digo.

Echa una mirada a la casa, donde se oye ruido y risas y música.

—Creo que voy a quedarme un rato aquí, sentada contigo.

Se sienta en el suelo a mi lado, como si fuéramos las mejores amigas desde niñas.

—Es la segunda vez que vengo a una reunión de la AEWR —dice después de un momento—. Mi marido quiere que conozca mejor a nuestras vecinas. Piensa que soy demasiado estirada. ¿Cómo va la cabeza? ¿Mejor?

—Sí, señora —contesto—. Mejor. Es usted una persona amable.

—Deja eso de «señora» —me dice—. Llámame solo Tia.

—¿Señora Tii-ya?

—Solo Tia —dice.

—Solo Tia. —Sonrío—. Me gusta si le gusta a usted.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce años, señora.

—¿Catorce? —Arruga fuerte la cara durante un momento y se queda pensando—. Eso no está bien… Florence debería tener más sensatez y no contratar a una menor como doncella. Debería hablar con ella…

—No —digo casi gritando, y cuando ella me mira, preocupada, me obligo a sonreír—. Quiero decir que no hable con Big Madam sobre mí, por favor. Solo déjeme aquí, así como estoy.

¿Cómo voy a explicarle a esta mujer que debo quedarme aquí hasta que me apunte a la beca? ¿Que no tengo otro sitio donde ir

más que este?

—Muy bien —dice, lento, arrastrando las palabras—. No diré nada. Dime, ¿de dónde vienes? Has mencionado Ikati cuando me serviste las brochetas. ¿Dónde está eso?

Le digo que no sé dónde está, pero que sé que está lejos porque vinimos mucho tiempo en coche antes de llegar a Lagos.

—No me hace falta preguntarte si te gusta estar aquí —me dice —. Ya se ve que no eres feliz.

Miro al suelo, sacudo la cabeza.

—¿Vive usted lejos de aquí? —pregunto.

—Nos mudamos a esta calle el año pasado —dice—. Bueno, yo me mudé. Mi esposo siempre ha vivido aquí. Yo antes vivía en Inglaterra. ¿Conoces Inglaterra? ¿El Reino Unido?

Pienso en aquel hombre rico, Ade. El novio de mi mamá.

—He oído hablar del Reino Unido y del Estranjero —digo—. Y lo he visto un poco en las noticias de la CNN en la tele.

Se rasca la mandíbula con el dedo como si estuviera pensando algo profundo.

—¿Has ido a la escuela?

—Fui a escuela por un poco de tiempo. No pude terminar porque no había dinero y porque mi mamá se murió, pero intento aprender inglés y hablar mejor, porque quiero hacer un examen pronto, muy pronto. Sigo leyendo el *Libro de hechos sobre Nigeria* y el *Collins*.

—¿*Collins*? ¿Te refieres al diccionario? —Se gira y me mira toda la cara, dentro de los ojos, como si me mirara por primera vez y, al mismo tiempo, estuviera buscando algo muy dentro de mis ojos—. Me sorprende que Florence te lleve a la escuela. Podrías pedirle que te consiga algunos libros ilustrados —dice—. Y unos libros de gramática te ayudarían con ese examen.

—Sí, señora. Quiero decir, sí, Tia.

¿Cómo puedo decirle que Big Madam no me ha enviado a ninguna escuela?

—¿Conoce a Rebecca? —pregunto, pensando en las cuentas de cintura, que siguen bajo mi almohada. A lo mejor Tia puede ayudarme.

—He oído a las otras hablar de ella —dice Tia—. Me parece que no llegué a conocerla. ¿Por qué lo preguntas?

—Solo pregunto —digo—. Trabajaba aquí antes y ahora ha desaparecido. Le pregunté a Kofi, pero él dice que a lo mejor se escapó con su novio.

—Es probable que lo hiciera —dice Tia, encogiendo los hombros —. Cosas así pasan todos los días.

Charlando de esa forma, Tia está haciendo que el dolor de la cabeza se haga más pequeño. Su voz de miel es como medicina; su risa, como agua fresca para mi cabeza caliente. No quiero que se dé prisa en irse, así que le hago más preguntas y digo todo lo que se me viene al cerebro, para que se quede.

—¿Vivió usted en Nigeria después que la parieron? ¿Cuándo se fue al Estranjero?

—Nací en Lagos. A la escuela primaria fui también aquí, en Lagos —dice—. En Ikoyi, concretamente. Después mi padre consiguió un puesto en una empresa petrolífera de Port Harcourt y nos mudamos allí.

Dice Port Harcourt como si fuera una canción, con la lengua que se enrosca en las palabras y las hace bailar.

—Pasé la mayor parte de mi vida en Port Harcourt antes de ir a la universidad en Surrey.

—¿Por qué se llama Sorry? —pregunto—. ¿Es un sitio triste?

Levanta la mano, la pone en la frente para proteger los ojos del sol y sonríe.

—No, es un sitio agradable. Diferente.

—¿Tiene hermanos o hermanas? —pregunto—. ¿Dónde está su mamá?

—Soy hija única —dice, y encoge los hombros, la voz plana, toda igual—. Mis padres siguen en Port Harcourt; mi padre todavía trabaja para la empresa petrolífera. Mi madre trabajaba de bibliotecaria en la Universidad de Port Harcourt, hasta que cayó enferma el año pasado.

—¿Su mamá está enferma? —digo, sintiendo mucha lástima—. La enfermedad es la peor cosa que le puede pasar a una mamá. Cuando mi mamá se puso enferma, yo no podía estar tranquila. Me

pasaba llorando cada día hasta que se murió. A veces aún me pasa, lloro casi cada día. ¿Usted también llora cada día?

Suspira y dice:

—No, no lloro. Siento mucho saber que tu mamá falleció. Parece que estabais muy unidas.

—¿Unida con mi mamá? —Sonrío, con suavidad—. Ella era todo para mí. La mejor amiga. Todo.

—Qué bien —dice—. Yo…, eh…, cómo decirlo, me trasladé…, volví a Nigeria el año pasado.

No parece que tenga mucho sentimiento por su mamá. Ni que quiera hablar de ella.

—¿Por qué volvió a Nigeria? —pregunto—. ¿Porque su mamá está enferma?

—Volví porque quise —dice—. Me surgió una increíble oportunidad para unirme a una pequeña y maravillosa empresa llamada Consultoría Medioambiental de Lagos y supe que tenía que aceptar. Y… —se quita un rizo de la cara y se lo enrosca en el dedo— también porque me enamoré y me casé con mi marido. —Su voz se hace diferente, rara, más alta cuando habla de su marido, y sus ojos se iluminan—. Se llama Ken —dice—. Kenneth Dada. Es médico. Un hombre bueno. Ayuda a las mujeres a quedarse embarazadas.

El ojo se me va a su barriga. Está plana por debajo de la camiseta que lleva. ¿Tendrá hijos propios?

—No tengo hijos —dice, como si supiera lo que tengo en la cabeza.

—¿No tiene hijos? —pregunto mientras una lagartija sale corriendo por detrás del macetero. Se para, nos mira a mí y a Tia, parpadalea los párpados muy despacio, como si peleara por no dormirse. Mueve la cabeza naranja arriba y abajo y luego se va al otro lado del recinto.

—No —dice con el ojo en la lagartija—. No quiero tener.

—¿No quiere ninguno, pero ninguno?

De verdad, de verdad que en mi vida he oído a ninguna mujer adulta decir que no quiere hijos. En mi pueblo, todas las mujeres adultas tienen hijos y, si no vienen, a lo mejor es por alguna enfermedad, y entonces su esposo se casa con otra mujer además

de ella y la mujer adulta cuida al bebé de otra para no sentir más vergüenza. Le miro la cara, preocupada.

—¿Se casará su esposo con otra mujer además de usted si no tiene hijos?

Cuando se ríe, suena como una campanilla que tintinea bajito.

—Ni hablar —dice—. La gente puede decidir no tener hijos por muchas razones diferentes.

Digo que sí con la cabeza, como si entendiera un poco lo que quiere decir, aunque sean cosas de una mujer adulta como ella.

—No hace mucho —digo, pensando en cuando me bebía las hojas en casa de Morufu para no quedarme preñada—, yo tenía mucho miedo de parir niños, porque en mi pueblo quieren que las chicas hagamos nacer niños pronto. Pero yo primero quiero acabar la escuela. Mi mamá, antes de morirse, luchó mucho por mí para que la terminara la escuela. Era la mejor mamá de todo el mundo que existe. Así que decidí que, después de terminar la escuela y encontrar un trabajo, buscaría un hombre muy bueno para casarme. Mi papá no siempre era amable conmigo y no quería que las niñas fueran a escuela, pero yo soy diferente de mi papá y no me casaré con un hombre como él. No. Trabajaré mucho y pariré mis propios hijos y yo y mi esposo los mandaremos a una escuela muy buena, aunque sean todo chicas. Luego, un día, iré a Ikati para que mi papá nos vea y él estará orgulloso al ver que tengo mis propios hijos y mi propio dinero.

Me siento triste cuando pienso en todo eso, cuando pienso que a lo mejor un día mi papá no estará tan enfadado porque yo me haya escapado de Ikati.

—Yo tenía una vieja amiga en mi pueblo, se llamaba Khadija. Ella me dijo que los hijos traen alegría —digo con una sonrisa—. A lo mejor un día yo también sentiré esa alegría y la compartiré con mi papá; le haré un anciano feliz.

Dice que sí con la cabeza, despacio, mirándome tanto rato que empiezo a sentirme incómoda.

—¿Y usted? —Tuerzo el cuello, me sorprendo yo misma de la pregunta que le hago—. Terminó la escuela. Está trabajando en un

buen trabajo. Entonces, ¿cuáles son esas razones diferentes para no querer hijos?

Como arruga fuerte la cara, pienso que la he hecho enfadar. Ahora se quitará el zapato y me lo aplastará en la cabeza como Big Madam y mi cerebro acabará desparramado. Pero no se quita el zapato. Solo me mira muy fijo, con las cejas que se le juntan formando una línea. Luego se levanta y se limpia la arena del trasero.

—Espero que la cabeza te mejore rápido —dice—. Ha sido estupendo hablar contigo.

Cuando se va de delante mía, pienso que por qué he tenido que abrir mi bocaza y decir algo tan estúpidamente estúpido.



CAPÍTULO 31

Hecho: La industria cinematográfica de Nigeria recibe el nombre de Nollywood. Con más de 50 películas producidas cada semana, su valor se estima en unos 5 000 millones de dólares, cifra que la sitúa en el segundo lugar mundial, solo por detrás del Bollywood indio.

Al día siguiente de casi romperme la cabeza, Big Madam me manda llamar.

Me la encuentro sentada en el sofá de su salón, con una pierna colgada del brazo del asiento, la otra sobre un cojín del suelo. La tele está puesta, fuerte, y están dando una vieja película yoruba. El hombre de la tele lleva un traje rojo con conchitas de cauri colgando y en la mano tiene un pollo. Lleva la cara pintada de negro con puntos blancos por todos lados. Le está hablando al pollo, rogándole que le haga rico.

—¿Señora? —digo, poniéndome de rodillas delante suya, con un ojo puesto en la tele. Ahora el hombre está bailando a la pata coja, haciendo girar y girar al pollo.

Big Madam aprieta el mando a distancia para parar la tele y el hombre se queda con una mano y una pierna en el aire, como una estatua a punto de volar.

Se gira hacia mí.

—¿Cómo va tu cabeza? —Tiene la cara seria, como si quisiera oírme decir que mi cerebro se ha muerto.

—Mi cabeza está bien, señora —digo.

—La próxima vez me aseguraré de rompértela bien, para que cuando te dé una orden te la metas en el compartimento que toca —me amenaza, hablando entre los dientes—. Sabes que mi tolerancia con las tonterías es cero. Te dije que te quedaras fuera cuando tuviera visitas, que no entraras en mi salón. Que. No. Entraras. En. Mi. Salón. ¿Qué parte es la que no entendiste?

—Ahora lo he entendido, señora.

—Tienes suerte de que Tia Dada estuviera ayer en la casa —dice —. Si no, Dios sabe que te habría dado palos hasta matarte. Ni siquiera sé quién invitó a esa mujer, con su vocecita fina. Imagínate, metiéndose por medio y diciendo que llamaría a la policía, y eso porque le apliqué disciplina a mi propia doncella. ¿A qué policía va a llamar en Nigeria que arreste a Big Madam? ¿Sabe quién soy yo? Yo, que suministro telas a todos los que son alguien en Nigeria. ¿Dónde se ha visto que vengan a arrestarme? ¿Quién es el policía que se atreverá a arrestar a la jefa Florence Adeoti? ¿Dónde se cree esa que está? —Big Madam se pellizca arriba de su *bou-bou* dorado y sopla dentro—. La culpa es del doctor Ken. Cuando le dijimos que asentara la cabeza casándose con Molara, él dijo que no, que quería una mujer que entendiera sus necesidades. ¿Qué idiotez de necesidades son esas? Mira con lo que ha acabado, con esa antipática de panza vacía. Un año entero de matrimonio y ni rastro de embarazo.

Me quema el pecho porque está hablando mal de Tia. Siento fuego en el corazón, un fuego rabioso, y tengo ganas de gritarle a Big Madam que Tia tiene voz de miel y un corazón bueno, que Tia no se queda preñada por muchas razones diferentes, pero tengo miedo de que me corte el cuello con un cuchillo si digo algo.

—¿Cuántas orejas tienes tú? —me pregunta.

—Dos, señora.

—Bien, pues estírate las dos. Sí, que te las estires. Así. —Me agarra la oreja derecha con las uñas y me la estira hacia el hombro —. Óyeme bien: la semana que viene me voy de viaje. Me voy a Suiza y a Dubái. También haré escala en el Reino Unido para ver a mis hijos. Volveré, si Dios quiere, dentro de unas dos semanas.

—Sí, señora.

—Mientras esté fuera, tienes que portarte bien. Que no me diga Kofi que has hecho algo que no deberías. ¿Me oyes?

—Sí, señora.

—¿Tienes la lista de cosas que necesitamos para la casa?

—La escribiré cuando termine aquí —digo—. Se la daré a Abu.

—Big Daddy tampoco estará por aquí —dice—. Se va a Ijebu a ver a los miembros pobres de su familia. Si vuelve de Ijebu antes que yo, aléjate de él. Si va al patio de atrás, tú te vas a tu habitación. Si te llama, no le hagas caso. Solo puedes hacer caso a Big Daddy cuando esté yo. No me gusta dejar a las doncellas solas en la casa cuando me voy de viaje, la verdad. —Niega con la cabeza —. Mi hermana de Ikeja también estará de viaje. Te habría llevado allí para que te quedaras con ella y quedarme tranquila. —Coge el mando a distancia y lo aprieta para poner una película en la tele—. Le he pedido a Kofi que cuide de ti. Estará vigilándote. Lo que Kofi te pida que hagas tú lo haces. No quiero oírle ni una palabra de queja o te arrojaré a las calles. Ni siquiera le diré al señor Kola que venga a por ti. Me desharé de ti como de la basura que eres. *Sho ti gbo?* ¿Entendido?

—Sí, señora —digo—. ¿Puedo hacerle una pregunta, señora?

—¿De qué?

—Es sobre Rebecca. Me he estado preguntando si…

—Fuera de mi vista —me grita tan de pronto que el corazón casi se me para—. ¿Cómo te atreves a hacerme preguntas sobre Rebecca? ¿Quién es esa? Tienes que ser idiota para preguntarme algo así.

Al ver que se agacha para quitarse el zapato izquierdo, me levanto y salgo corriendo justo cuando me lanza el zapato, que pega contra el cristal de la puerta y casi lo rompe.

En el patio de atrás me encuentro a Abu, que está en el grifo de afuera. Se está enrollando los pantalones hasta la rodilla. A su lado, en el suelo, tiene su tetera azul para la oración.

—Abu —le digo, respirando rápido—. Buenas tardes.

Yo y él no hablamos mucho, pero cuando lo veo nos saludamos con una sonrisa y, a veces, lo ayudo a lavar las ruedas del coche cuando él tiene que hacer su oración de la tarde.

—*Sannu,*[25] Adunni —dice Abu. Abre el grifo y coge la tetera para llenarla—. ¿Por qué corres? ¿Puedo ayudarte?

Igual que Kofi, Abu también tiene una manera especial de hablar. Le gusta usar la *F* en vez de la *P*, así que cuando dice «puedo ayudarte» suena como «fuedo ayudarte», y, si dice que le gusta beber Fanta, suena como si dijera «Panta». Yo al principio no le entendía, pero ahora no me cuesta demasiado. Todos en todo el mundo hablan diferente. Big Madam, Tia, Kofi, Abu, y también yo, Adunni. Todos hablamos diferente porque hemos crecido en vidas diferentes, pero todos nos podemos entender si nos paramos un poco para entender bien.

—Me escapo de Big Madam —digo, y entonces me pongo a reír. Me río y me río hasta que el pecho empieza a dolerme—. Solo le he hecho una pregunta muy simple y ella empieza a quitarse el zapato para tirármelo. De verdad que esa mujer tiene muchos problemas. Bueno, como sea, me ha dicho que te dé una lista. Para la compra.

—Pónmela en el coche —dice, cerrando el grifo—. Cuando termine mi oración iré al Shoprite con Kofi.

—Muy bien —digo, y luego bajo la voz—. Abu, quería preguntarte una cosa. ¿Te recuerdas de Rebecca?

Abu escupe a mi izquierda y se limpia la boca con el revés de la mano.

—¿La que trabajaba para Madam antes que tú? Sé quién es.

Digo que sí con la cabeza.

—Gracias. ¿Tú sabes por qué ha desaparecido? Kofi siempre dice que él no lo sabe. Cree que se ha escapado con su novio. Le he preguntado a Big Madam y me ha tirado un zapato, así que digo, voy a preguntarle a Abu, a ver si él me lo dice.

—*Walahi,*[26] Adunni, te estás buscando un problema gordo. —Abu agarra su tetera de plástico, se da la vuelta y empieza a alejarse rápido de mí—. Si Kofi dice que se escapó, entonces haz caso de lo que dice Kofi y déjalo estar.

—¡Abu! ¡Espera! —grito, pero él gira una esquina, al lado de los cuartos de los chicos, y desaparece en su habitación de rezo.

25. «Hola» en yoruba. *(N. del T.)*
26. «Por Dios», «Dios mío» o exclamación similar en yoruba. *(N. del T.)*



CAPÍTULO 32

Hecho: Funmilayo Ransome-Kuti, la madre de la leyenda de la música Fela Kuti, fue una reputada feminista que luchó por el acceso igualitario de las mujeres a la educación.

Tia volvió el día siguiente de que Big Madam viajara al Estranjero.

Yo lavaba el baño del piso de abajo, con la cabeza muy metida en la taza, cuando Kofi me dice que tenemos una visita. Al principio, tenía miedo por si era papá, que había venido con todo el pueblo a buscarme. Pero en el recibidor vi a Tia agachada hasta los pies, atándose los cordones de las zapatillas de lona blanca. Lleva un pantalón negro apretado y una camiseta y, cuando levanta la cabeza, me sonríe.

—Hola —me dice.

—Hola a usted también —digo yo—. ¿Es usted la visita que pregunta por mí? —A lo mejor sigue enfadada conmigo por la tontería que le dije la última vez—. Por favor, no se enfade por lo que yo diga —le pido—. A veces me gusta hablar demasiado y…

Levanta la mano, calla mis palabras.

—La verdad es que he venido a pedirte disculpas. No debería haberme ido porque me hicieras una pregunta que me hacen todo el tiempo. Estuvo mal por mi parte. Lo siento.

—¿Me está pidiendo disculpas? ¿A mí? —Niego con la cabeza, sin entender a esa mujer.

—Mi conversación contigo ese día me hizo… —se rasca la cabeza, se aparta los rizos de la cara, se los enrosca detrás de las orejas—, me afectó de una manera que no sé explicar. Es muy extraño.

¿De qué está hablando?

Mira por todo el recibidor.

—Tu señora se ha ido, ¿verdad? En la última reunión mencionó que se iba. Espero que al venir aquí no esté yo…, en fin, que no te cause problemas hablar conmigo ahora.

—Ningún problema —digo.

Ninguna de las dos habla durante un rato. Entonces dice:

—Eso que dijiste el otro día… Cuestionando mis razones y todo lo demás. Me removió algo por dentro.

—¿Qué removió? —pregunto, y cruzo las manos en el pecho, mirándola.

Se restriega las manos de arriba abajo, buscando algo en lo que fijar la vista, el suelo, mi cara.

—Bueno, hace dos días, salí a correr como hago por las mañanas en el puente Lekki-Ikoyi. Todo iba bien y corría a muy buen ritmo, cuando, de pronto, justo en medio del puente, tuve una epifanía.

—Epi…, ¿cómo ha dicho?

Agita la mano en el aire, con los ojos muy abiertos, brillantes.

—El momento en que te das cuenta de algo. Me di cuenta de que quería hijos y todo eso…, y todo por la conversación que habíamos tenido. —Empieza a reírse, cambia de opinión y corta la risa—. ¿Te estoy liando?

—Demasiado —digo. «Y usted. Se lía usted misma también. La gente rica tiene muchos problemas en el cerebro, de verdad».

—Es solo que estoy un poco emocionada, nada más —dice—. Ahora me voy a casa. Cuídate mucho y buena suerte con tus exámenes.

Empieza a darse la vuelta y yo sé que, si la dejo irse así, nunca la volveré a ver. Así que, antes de que pueda pensar en mi acción, salto adelante, le cojo la mano y la freno.

Se para, me mira, coge mi mano, los dedos que le rodean el brazo y la aprietan.

—¿Estás bien?

—Perdón, señora —digo—. Por favor, no se enfade.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Espero a que grite, pero no lo hace. Su voz es tranquila. Los ojos parece que se le derritan, con una pregunta en la sonrisa de la cara. Me agacho hasta el suelo y empiezo a hablar.

—Me ha preguntado por el examen —digo mientras me meto la mano en el sostén y saco el periódico y se lo pongo en la mano—. No tengo un examen, pero necesito su ayuda, señora. Necesito a alguien que responda por mí.

—¿Que responda? ¿Para qué? Vamos, por favor, levanta —dice, tirando de mí para que me ponga de pies—. ¿Qué dice ese periódico? —Abre el periódico, lee en silencio, con los ojos moviéndose arriba y abajo del papel—. Ya veo —dice, doblando el papel y devolviéndomelo—. Un programa de becas para empleadas del hogar. Es una iniciativa brillante. Doy por supuesto que Florence no tiene nada que ver con esto, ¿no?

—Me mataría si se enterara —digo—. Pero tengo que intentar entrar.

—¿Por qué tanta prisa? —pregunta.

Los ojos se me llenan de agua y me aprieto la boca con los dedos.

—Esto es lo que he querido toda mi vida. Por favor… —Dejo de hablar, me trago las lágrimas que tengo en la garganta—. La edad última para entrar son quince años. Por favor.

Se balancea de un pie al otro pie.

—La verdad… es que no te conozco lo suficiente para avalarte…

—Big Madam está de viaje —digo—. Así que yo ahora cojo mi independencia igual que Nigeria, solo que la mía es solo de dos semanas, no por siempre y jamás. Puede preguntarme lo que quiera, decirme que haga lo que quiera y yo lo haré. Puede conocerme en dos semanas. Le enseñaré cómo soy de verdad en estas dos semanas y usted puede escribirlo en la solicitud y decirles que soy buena chica, siempre muy trabajadora. Por favor.

Empieza a sonreír, después cambia y se ríe un poco.

—Eres la chica más graciosa que he conocido en mi vida. Adunni, me encantaría ayudarte, pero Florence y yo no nos llevamos

demasiado bien —dice—. Si se entera de que he dado referencias de ti o actuado como garante tuya…

—Ella nunca de la vida se enterará —digo con los ojos llenos de seguridad—. Lo guardaré en secreto para siempre y jamás y jamás. Aquí ella siempre me está pegando. Esta es mi oportunidad de ser libre. Por favor —le pido otra vez. Solo quiero que diga que sí, que me ayudará—. ¿Puede ayudarme?

Suspira.

—Supongo que es lo mínimo que puedo hacer, a cambio de lo que tú me ayudaste a mí. —Antes que pueda preguntar cuándo la ayudé yo a nada, me dice—: ¿Tienes que escribir una redacción de mil palabras en las próximas semanas?

—Sí, señora —contesto con el corazón latiendo rápido.

—Vamos a ver. —Mira al techo y luego me mira a mí—. Ken está fuera esta semana. Los artículos del mes ya están entregados y seguramente pueda posponer la reunión de la Agencia Medioambiental de mañana por la noche y terminar el informe sobre la presa de Kainji con uno o dos días de retraso. ¿Puedo hacerlo?

No sé si me está hablando a mí o hablando con ella misma o conmigo y con ella a la vez, pero yo solo espero y sigo mirándola, sigo teniendo la esperanza de que dirá que sí.

—Adunni, escúchame. Puedo dejarme libre algo de tiempo esta semana y quizá unos días más de la próxima. Como tu señora está fuera, podría pasarme por las noches y, bueno, enseñarte un poco de inglés para que te ayude a preparar esa redacción y a pulir tu manera de hablar, y así, además, espero poder conocerte lo bastante bien para escribir referencias muy buenas de ti. Si puedes conseguir algo de tiempo libre por las noches y… —Se para—. Pareces como pasmada.

Y yo me pasmo, sí. Me pasmo mucho.

—¿Va a ayudarme y a enseñarme? —Me pongo la mano encima del pecho—. ¿A mí?

No pienso si lo que voy a hacer está bien o no. Solo salto hacia delante, le pongo el brazo alrededor y la abrazo fuerte. Huele a sudor de gente rica y a algo como hoja de menta. Se está riendo cuando la suelto. No se ha enfadado porque la he abrazado y yo me

siento triste y feliz porque esta mujer rica no me haya empujado atrás y escupido como Big Madam.

—Perdón por abrazarla así —digo—. Me emociona mucho lo de enseñarme mejor inglés y ayudarme. ¿También dará referencias de mí?

—Eso no debería ser un problema —dice, encogiendo los hombros—. Ningún *wahala*, en absoluto. Vendré mañana al anochecer. ¿Qué hora te iría bien?

—A las siete, siete y media. Entonces termino mi trabajo.

Abre mucho los ojos.

—¿Y a qué hora empiezas a trabajar?

—Me despierto a las cuatro y media o las cinco de la mañana —digo—. Hago mi trabajo, limpiar, barrer, lavar, todo, hasta las siete o siete y media. Pero si Big Madam está en la casa, entonces a veces trabajo hasta las once o las doce de la medianoche.

—¿Desde que amanece hasta medianoche? Es una locura. —Habla por lo bajo, pero yo oigo cada palabra—. Hasta mañana por la noche, entonces. —Agita dos dedos en el aire y se da media vuelta.

—Gracias, señora —digo—. Hasta mañana.

Por la noche, duermo con un sueño bueno. Veo a Khadija y a mamá en el sueño. Las dos se han convertido en un pájaro feliz con alas del color del arcoíris, y las dos vuelan alto en un cielo sin nubes.



CAPÍTULO 33

Hecho: En Nigeria hay más de 50 millones de usuarios de internet. Las previsiones son que, para el año 2018, sean más de 80 millones los nigerianos que utilicen internet, lo que situaría a Nigeria entre los quince primeros países del mundo en el uso de la red global.

—¿Por qué se encierra los dientes en esa reja de hierro?

Le hago la pregunta a Tia la primera noche que viene a enseñarme para la escuela. Son las siete y cuarto, el sol todavía está en el cielo y hace que todo el sitio brille con una luz naranja. Yo y ella estamos sentadas fuera, bajo la palmera que está al lado del grifo, al lado de la cocina. No hay brisa, el aire está quieto, el olor de las cebollas que Kofi está pelando se huele en el aire.

Las dos estamos sentadas en el suelo, yo con mi uniforme, ella con su pantalón vaquero azul y una camiseta. Hoy esa camiseta es blanca. Tiene escrito «CHICAS AL PODER» delante, con boli negro. En los pies lleva unas zapatillas de lona blanca. Se la ve tan pequeña, allí sentada a mi lado, que me hace pensar en Khadija.

—¿Una reja? —Levanta la cabeza, arruga la nariz—. ¿En los dientes? —Se ríe—. ¿Los *brackets*?

—¿*Braguets*? ¿Lo llama así?

—Sí, *brackets*. Tenía los dientes torcidos mientras me hacía mayor. Me crecían unos encima de otros. Parecía un bebé de tiburón. Me los quitarán dentro de un año. Supongo que, sí, parecen una reja de hierro. —Sube la lengua por los *brackets*, los toca uno

por uno—. Bueno, estaba pensando que deberíamos empezar por lo básico, los tiempos verbales.

Coge un lápiz y un libro de ejercicios del suelo y con el lápiz escribe «ADUNNI» en la tapa del libro. Su estilo de escribir está lleno de muchas curvas, todas las letras unidas, lo que me hace pensar en la henna que Enitan me dibujó en la mano cuando yo iba a casarme —. He buscado en la red un currículo para principiantes —dice—. Un currículo es un plan que nos dice qué cosas estudiar, qué tengo que enseñarte.

—*Cu-rríí-cu-lo* —digo, despacio.

—Buena pronunciación. ¿Por dónde iba? Ah, sí. He buscado en la red. En el teléfono.

Levanta la pierna, busca en el bolsillo y saca el teléfono. Dibuja algo en el teléfono con el dedo y de dentro sale una luz. Lo levanta y veo muchas palabras en un periódico.

—Yo sugeriría empezar por el curso intermedio. —Gira el teléfono hacia ella, empieza a leer—. Esta web tiene cursos útiles. Es la web de la BBC.

La miro, perdida.

—También he encontrado cursos en línea de aprendizaje libre —dice—. Algunos días te enseñaré yo. Otros, te daré el teléfono y tú puedes escuchar y aprender.

—¿En qué línea es eso? —pregunto.

—En internet —dice—. Cuando digo «en línea» me refiero a eso.

—*Intrer… net*. —Eso de la red lo he visto en el *Libro de hechos sobre Nigeria*, pero solo me hace pensar en una tela con muchos agujeros, la red para el pelo que se ponía Labake en la cabeza.

—Mira. —Coge el teléfono y lo gira hacia mí—. Este teléfono me conecta a internet. Piensa que es como un sitio en el que puedes conectarte con cualquier persona del mundo y acceder casi a cualquier información. Cuando te conectas a internet con el teléfono o el ordenador, estás en línea. Puedes comprar, hacer amigos, enviar correos, hacer un montón de cosas.

—¿Puedes ir al mercado en esa línea?

Dice que sí con la cabeza.

—Yo me compro cosas de las tiendas en línea. Comida, ropa, casi cualquier cosa que necesite.

—Eso valdrá mucho dinero —digo—. ¿Por qué no va al mercado de verdad?

Se ríe.

—No tengo tiempo para ir a los mercados de verdad en Lagos. Cuando voy, mi espantoso yoruba no me facilita las cosas y, además, soy muy mala regateando. Regatear es pedirle al vendedor que te venda algo por menos dinero del que pide. En fin, que se me da muy mal, así que siempre me frustro y acabo yéndome.

—A lo mejor un día puedo ir con usted —digo—. En Ikati siempre le compraba cosas a mi mamá a precio bajo, más bajo que el que pedían las mujeres del mercado, porque no siempre teníamos el dinero. Le puedo enseñar cómo se hace eso de regatear, o como se llame. —Sonrío—. Me gustaría ayudarla un poco, igual que usted me está ayudando ahora.

—Eso sería estupendo —dice, devolviéndome la sonrisa—. Gracias.

—¿Cómo se conocieron usted y su esposo? —pregunto—. ¿Fue aquí en Nigeria? ¿O fue en el Estranjero?

—La verdad es que lo conocí en internet —dice—. En Facebook. Estuvimos quedando durante un año, aunque estábamos a mucha distancia y no fue nada fácil. Nos casamos hará unos dieciocho meses, en Barbados.

—¿Ese Facebook también está en la línea? ¿El nombre es porque es un libro con caras?

—Deja que te lo enseñe. —Aprieta algo en el teléfono y me lo enseña. Veo el color blanco y azul del Facebook, veo fotos pequeñas de Tia, muchas fotos de mucha gente, aunque no se parece a un libro solo de caras—. Es una red social en línea —dice—. La gente de todo el mundo puede encontrarse ahí con solo pulsar un botón. Digamos que quiero encontrar…, ah, mira, Katie me acaba de enviar un mensaje. —Aprieta en una foto de la cara de una chica—. Esta es Katie, mi amiga. Antes compartíamos piso.

Esa Katie está riendo con todos los dientes. Tiene la piel pálida como una gallina cuando le has quitado todas las plumas. Su nariz

es como un signo de interrogación, larga y con una curva rápida en la punta. El pelo parece una cascada color rojo sangre que le cae de la cabeza a los hombros—. ¿No es de Nigeria?

—Es británica —dice Tia.

Pienso un momento en lo que ha dicho. Luego digo:

—Su amiga cogió nuestra libertad. Pero nosotros la recuperamos el 1 de octubre de 1960.

—Fue el Gobierno británico el que lo hizo —dice Tia con una pequeña sonrisa—. No Katie ni ninguna otra persona.

—Algún día, yo le cogeré mi libertad a Big Madam —digo.

—Seguro que sí —me dice Tia—. Algún día.

Miro otra vez la foto de Katie.

—No sabía que la gente como usted puede vivir en el Estranjero, porque cuando veo noticias en la tele con Big Madam solo veo gente que se parece a Katie.

—¿Cómo? ¿Solo ves gente blanca en las noticias? —Fuerza una risa bajita—. No es…, bueno, quiero decir que en Inglaterra hay montones de personas negras que salen en la televisión y en… Aunque, mira —suspira, baja la voz y la hace sonar triste—, tienes razón. No hay suficientes personas negras presentando las noticias… ni en el Parlamento… ni en los puestos de poder. No hay suficientes.

No estaba segura de entender de qué hablaba Tia, ni sabía por qué llamaba blanca o negra a la gente del Estranjero, cuando los colores son para las pinturas de colorear, los lápices y cosas así. Sé que en Nigeria no todos tienen el mismo color de piel, ni siquiera yo y Kayus y Born-boy tenemos el mismo color de piel, pero nadie llama a nadie «negro» o «blanco»; todos nos llamamos por el nombre: Adunni, Kayus, Born-boy. Nada más.

Miro a Tia y tengo ganas de preguntarle si importa mucho que una persona sea de este color o del otro en el Reino Unido del Estranjero, pero se está pellizcando los labios con los dientes y todavía parece triste, así que me guardo las palabras para mí y le cuento otro hecho:

—El señor Mungo Park fue el que ha *descubrido* el río Níger.

—¿Cómo? —dice.

—Es otro hecho —digo—. Del *Libro de hechos sobre Nigeria*. El señor Mungo Park, un hombre de los británicos, viajaba por Nigeria y descubrió el río Níger. Pero él no es de Nigeria. ¿Cómo puede descubrir un río que ya estaba en Nigeria desde mucho tiempo? Alguien de Nigeria debió de enseñarle al señor Mungo Park el río, señalarle por dónde se iba a ese sitio. ¿Quién es esa persona? ¿Por qué no pusieron su nombre en el *Libro de hechos sobre Nigeria*?

—Quizá porque… —Tia se pellizca el labio con los dientes, piensa —. La verdad es que no lo sé. Es algo que da que pensar.

—Como Kofi —digo—. Él cocina toda la comida desde hace casi cinco años, pero todos lo tapan. Cuando vienen visitas y se comen el arroz frito de Kofi, siempre dicen felicidades a Big Madam y que el arroz es muy dulce, y Big Madam siempre sonríe y dice «gracias». ¿Por qué no puede decir que es Kofi el que ha hecho la comida? Se está llevando las gracias por el trabajo de otra persona.

—No lo dice porque ni se le ocurre pensar en ello —dice Tia—. Quizá porque le ha pagado un salario a Kofi. Aunque eso no significa que sea correcto. Voy a salir de Facebook.

—Eso de Facebook —digo—, ¿puedo encontrar ahí a quien yo quiera?

Dice que sí con la cabeza.

—Casi siempre.

Pienso en Bamidele, en si podría encontrarlo en ese sitio.

—¿Puede encontrar a uno que llaman Bamidele?

—¿Bamidele? —Aprieta el teléfono, niega con la cabeza—. Adunni, aquí hay demasiada gente que se llama Bamidele. ¿Cuál es su apellido?

—No sé segura —digo.

—No estoy segura —dice.

—¿Qué ha dicho?

—Te estoy corrigiendo. Se dice «no estoy segura», no «no sé segura».

—Ah —digo.

—Muy bien. Entonces, nuestra primera clase será para que entiendas los tiempos verbales. Por suerte, entiendes muy bien el

inglés e incluso dices palabras complicadas, pero los tiempos verbales necesitan trabajo. ¿Estás lista?

—Sí —contesto—. Muy lista.

—Venga —dice, y de los ojos le saltan chispitas—. Coge el cuaderno y el lápiz. Vamos a empezar.



CAPÍTULO 34

Hecho: Hasta el año 1984, los nigerianos no necesitaban visado para viajar al Reino Unido.

De verdad, de verdad que el inglés es una lengua de confusiones.

A veces, ni siquiera entiendo qué hay diferente entre lo que Tia me enseña y lo que ya sé. En mi cabeza, yo hablo inglés bien, pero Tia siempre está diciendo que no digo lo que toca. Aunque al principio tuve que rogarle mucho que me ayudara, ahora parece muy feliz de enseñarme y cada día, a las siete y media, llega como una niña contenta saltando con los dos pies y con el cuaderno de ejercicios y el lápiz en la mano, con ganas de enseñarme. A veces me cansan las cosas que enseña y las correcciones, pero sé que cuanto más mejor aprenda, más mejor será la oportunidad de entrar en la escuela.

Pero otras veces solo hablamos y hablamos.

Ayer le conté más sobre mí. Le conté que me escapé porque mi papá estaba queriendo venderme a Morufu por el alquiler de la comunidad y que conocí al señor Kola y él me trajo a la casa de Big Madam. Le hablo de mamá y de cuánto la echo de menos y, cuando empiezo a llorar, Tia me frota la mano por la espalda en círculos y círculos y dice:

—Vas a estar bien, Adunni, estarás bien.

Pero ¿cómo sabe que yo voy a estar bien? Ella solo tiene que entrar en un avión y ya puede ver a su mamá en Port Harcourt.

Pero, yo, ¿qué avión va a llevarme al cielo?

Mi mamá solo es un recuerdo dulce de esperanza, un recuerdo amargo de dolor, a veces una flor, otras veces una luz que parpadalea en el cielo. No le conté que me casé con Morufu ni todo lo que él me hizo en el cuarto después que bebiera el Fuego Explosivo. No le conté lo que le pasó a Khadija. No se lo conté porque lo he guardado en una caja en mi cabeza, he cerrado la caja y he tirado la llave al río de mi alma. A lo mejor, un día nadaré por ese río y encontraré la llave.

Ella me cuenta más cosas suyas también. Que ella y su papá están «increíblemente unidos», pero que con su mamá siempre se pelea porque su mamá era «demasiado exigente» mientras ella se hacía mayor. Dice que su mamá no la dejaba tener muchos amigos cuando se hacía mayor y que por eso ahora no sabe cómo conservar a muchos amigos. También dice que no le enseñaron a hablar yoruba porque ellos son mezcla de edo y de ijaw y que ahora le da vergüenza no saber yoruba porque quiere hablar con la familia de su esposo en yoruba, así que le digo que yo puedo enseñarle y ella se ríe y dice:

—¡Eso sería increíble!

Y luego me cuenta que quiere niños. Bueno, que ella quiere, pero que su marido no parecía tan en serio como ella con lo de querer un bebé, aunque ahora sí han empezado a intentar el bebé. Cuando lo dice, se le llenan los ojos de lágrimas y noto que algo se libera en su alma, como si se hubiera quitado un peso de encima que ha llevado durante mucho tiempo. Cuando le pregunto por qué ha cambiado de opinión en lo de querer hijos, saca el teléfono y aprieta internet y me lo pasa.

—Escucha eso —dice—. Es una clase de inglés oral. Escucha y pronuncia.

No me gusta esa clase de hablar inglés oral. No estoy escuchando a la gente cuando habla. Sus voces son rápidas, muy rápidas, como si algo los persiguiera con una vara para hacerlos hablar sin pararse a respirar. Pero Tia no deja de mirarme, así que me obligo a decir lo que dice el teléfono. Como ayer, cuando me enseñaba a decir una palabra: cubertería.

Y yo la digo: «Cubre-te-ria».

Y el teléfono dice: «Cuber-tería».

Y Tia dice: «Cuber-tería».

—¿En qué es el mío diferenciante del suyo?

Tia dice:

—En qué se diferencia el mío del suyo, Adunni. Se diferencia. No diferenciante.

Luego me enseña esa diferencia de su diferente y mi propio diferenciante.

Así hacemos las cosas. Empezamos a hablar y entonces yo digo algo y ella tuerce la nariz, empieza a enseñarme y entonces se me olvida de qué hablábamos al principio.

Pero esta noche, antes de empezar nuestra clase de inglés, me siento en el suelo a su lado y le digo:

—Tia, ¿puedo preguntarle una cosa?

—Sí —contesta—. Lo que quieras.

—¿Puedo preguntarle otra vez por qué ha cambiado de opinión en lo de querer niños? —digo.

Suspira, coge una piedra del suelo, la tira a la hierba y luego se pellizca el labio de abajo con los dientes, lo muerde fuerte y guiña mucho los ojos.

—Ya te conté que mi madre era una mujer dura —dice—. Todavía lo es, solo que ahora la enfermedad la ha suavizado un poco, se ha debilitado. Mi madre quería la perfección siempre. En todo. De niña yo no tenía amigas. Pasaba todo el tiempo estudiando. Ella quería que fuera contable. Yo odio los números. También quería que me casara a los veintidós años y que tuviera hijos enseguida, porque quería ser abuela antes de llegar a determinada edad. Insistió en que volviera a Port Harcourt al terminar mis estudios, pero yo entonces conocí a Ken y me mudé a Lagos. Mi madre tenía el manual de cómo debía ser mi vida y yo me rebelé, con mucha tozudez, contra cada decisión que tomaba por mí. Me hizo tan desgraciada que no podía imaginarme teniendo niños y haciéndoles lo mismo que ella me había hecho a mí. No creía que pudiera ser una buena madre. Ni siquiera quería traer niños a este mundo. ¡Porque mira cómo está el mundo! Me alegraba de reducir

voluntariamente nuestra población para salvar al planeta, así que me pasé un año viajando, antes de conocer a Ken, haciendo campaña contra el aumento de la población. —Se para un poco, calma la voz —. Pero cuando mi madre cayó enferma el año pasado y dijeron que su estado era terminal, lo que significa que nunca se pondría bien, empecé a verla de verdad, a verlo todo de una manera algo diferente. Y, cada vez que la visitaba, ella lloraba y me cogía las manos, como si intentara pedir perdón por cómo había ido todo entre nosotras. Mientras iba y venía para visitarla en Port Harcourt, sobre todo durante los últimos meses, empecé a pensar que ojalá tuviera un bebé conmigo para darle a mi madre una razón para luchar por su vida. Seré sincera: solo fue un pensamiento fugaz, nunca un deseo apremiante tan fuerte como para llevarme a discutir el asunto con Ken o hacerme cambiar de idea. Pero la noche que nos conocimos —me mira, sonríe—, dijiste algo de que tu padre no siempre era bueno, pero que eso no te impedía quererlo. Dijiste que te tomarías tu tiempo hasta encontrar a un hombre bueno en el momento adecuado, para que tus hijos disfrutaran de lo que tú no pudiste disfrutar. Me hiciste darme cuenta de que yo podía ser una buena madre, de que podía elegir no ser como mi madre. Tú no lo sabes, pero lo que dijiste aquel día tocó una fibra sensible dentro de mí. Me hizo desenterrar un deseo que llevaba mucho enterrado.

Me mira a la cara, las lágrimas le brillan en los ojos.

—Y ahora sé qué es lo que quiero. No puedo parar de pensar en ello, en tener un niño o una niña, solo uno, porque sigo creyendo en mis causas medioambientales. —Se ríe suave—. Criaré a mi hijo en un hogar lleno de amor y armonía, y espero que pueda convertirse en una persona tan inteligente y divertida como tú.

—Algún día será una buena mamá —digo, guiñando también los ojos para aguantar las lágrimas—, tan buena como mi mamá. Tia, tú no eres como tu mamá. Es una buena persona.

Me coge de la mano, la aprieta fuerte, no dice nada.

—¿Qué piensa el doctor? —le pregunto—. De que haya cambiado de opinión. —Siempre llamo «doctor» a su esposo desde que me habló de él. A ella no le importa.

—Al principio no le hizo mucha gracia —dice—. Se enfadó, dijo que me estaba echando atrás en nuestros planes. Pero la verdad es que no habíamos acordado nada en firme. Cuando nos conocimos, él dijo que no quería niños y a mí me pareció bien, así que nos casamos. —Pone una sonrisa tímida; luego dice—: ahora se ha dejado convencer y lo estamos intentando. Sé que al final ocurrirá.

—Muy pronto —digo yo.

Dice que sí con la cabeza, me pasa el cuaderno de ejercicios y el boli.

—¿Podemos seguir con nuestro trabajo de hoy?

Han pasado seis noches y ahora estoy en mi habitación, leyendo el papel que me ha dado Tia.

Ha escrito diez frases en ese papel y me pide que diga cuál es correcta y cuál no. Estoy sentada en la cama con el lápiz en la mano, mirando al papel, cuando oigo un ruido detrás del armario. Como una rata que arañara con las uñas en la puerta.

Me bajo de la cama, agarro uno de mis zapatos y lo levanto. Si esa rata asoma la cabeza, se la machacaré. Espero, respirando rápido, callada. Se oye otra vez el ruido, un crujido. Viene de fuera, de detrás de la puerta. Me acerco a la puerta, la abro.

Allí está Big Daddy, con cara sorprendida. Lleva pantalones, camiseta blanca, pantuflas en los pies. Su cuerpo huele a demasiada bebida.

¿Qué hace en esta parte, en los cuartos de los chicos?

—Adunni. —Tiene los ojos todo el rato en la parte del pecho de mi camisón—. ¿Cómo estás?

—¿Señor? —digo, me arrodillo y lo saludo, me sujeto el camisón con la mano, lo cierro, me tapo el pecho—. Estoy bien, señor. Buenas noches.

Recuerdo lo que dijo Big Madam, su advertencia de no hacer caso a Big Daddy, así que me levanto y hago como que vuelvo a la habitación.

—Espera —dice Big Daddy, chupándose el labio de arriba, y algo como lleno de esperanza se muere dentro de mí.

—Ven aquí —dice—. No tengas miedo.

Miro a mi izquierda, a mi derecha. Ahora Kofi está dormido profundo, roncando.

—Eres una chica muy bonita —dice Big Daddy. Se baja las gafas por la nariz—. Y también inteligente.

—Gracias, señor.

—Mi esposa se ha ido fuera —dice.

—Sí, señor.

—Ella se siente amenazada. Mi esposa. Amenazada por cada maldita mujer que yo tenga cerca. Frustrante, te lo aseguro, muy frustrante.

—Sí, señor.

—No tiene nada de que preocuparse —dice, se bambolea sobre los pies, sacude la cabeza—. Mi esposa, quiero decir. No tiene por qué preocuparse.

No vuelvo a decir «sí, señor». Solo me quedo allí, con la espalda en la pared, cruzo las manos en el pecho y me cierro bien el camisón.

—Quiero hacer una proposición, Adunni —dice—. Una proposición. Eso no es el nombre de ninguna persona, lo sabes, supongo.

—¿Qué es lo que quiere, señor? —Me espanto un mosquito del brazo, bostezo—. Me está viniendo sueño.

—No tienes por qué correr cuando me ves, Adunni. Soy un caballero, ya lo ves.

Yo no veo nada, así que no le contesto.

—Solo intento decir —se aclara la garganta— que quiero ayudarte. Darte dinero para gastar. —Se balancea, se pega con el hombro en la pared—. ¿Entiendes?

—No, gracias, señor.

Doy un paso atrás, abro la puerta de mi habitación. Da un paso hacia mí, pone los pies en medio de la puerta.

—Por favor, señor, váyase o me pongo a gritar. —Hablo en voz baja, pero noto el corazón pegando hasta dentro de la cabeza, bam. Si este hombre quiere hacerme su bruteza ahora, ¿a quién voy a llamar? Si grito desde aquí, ¿me oirá Kofi?

Se sube las gafas en la nariz, levanta las dos manos.

—Eh, que no hay motivo de alarma. No es necesario hacer…

—Buenas noches, señor.

Kofi aparece de la nada en el pasillo. No lleva el gorro de cocinero y su cabeza es una bola redonda y lisa. Se está atando una tela blanca en la cintura y no lleva camiseta en la carne del pecho ancho. Nunca me he alegrado más de ver a un hombre casi desnudo en toda mi vida.

—¡He oído unos ruidos! —dice Kofi—. Me han despertado. Señor, ¿necesita algo? ¿Un tentempié, quizá?

Big Daddy niega con la cabeza.

—No, Adunni ha llamado… pidiendo ayuda. Creo que tenía miedo, no sé, por algún ruido. Yo…, bueno, ya me iba. Gracias.

Antes que yo o Kofi podamos hablar, Big Daddy se da la vuelta y se mete en la noche. Un momento después, se oye un portazo.

—Has tenido suerte de que no estuviera dormido —dice Kofi.

Un escalofrío me corre por el cuerpo, me pone la piel de punta.

—Gracias, Kofi.

—Big Madam volverá la semana que viene —dice Kofi—. ¿Has empezado tu redacción? Tú y esa mujer, la esposa del doctor, habéis pasado la semana trabajando en ella, ¿no?

—Me está enseñando un inglés mejor para que pueda escribirla —digo, y solo pensar en esa idea me llena de luz, de una esperanza cálida que espanta al escalofrío que tenía en el cuerpo.



CAPÍTULO 35

Hecho: El Gobierno nigeriano declaró ilegal el matrimonio infantil en 2003. Sin embargo, se estima que el 17 % de las niñas del país, en especial en las regiones norteñas de Nigeria, se casan antes de los quince años.

Después de esa noche, no duermo bien.

A veces me siento en la cama con las cuentas de cintura de Rebecca en la mano, leyendo la biblia de mamá o aprendiendo inglés con el cuaderno que me dio Tia. Otras, me quedo mirando la bombilla del techo, intentando oír por encima del zumbido del generador de fuera, comprobando que Big Daddy no ha salido de la casa. Pero parece que Big Daddy se está portando bien. Ayer noche no volvió a buscarme, ni la noche de antes, pero sé que está pensando cómo volver cuando Kofi no esté. Antes de que eso pase, tengo que pensar en cómo puedo hacer para que se quede lejos de mí. Después de mucho pensar, sin encontrar soluciones, tomo la decisión de contárselo a Tia.

Esta noche, mientras estamos sentadas detrás de la cocina, yo en el taburete bajo de madera y ella delante de la pizarra (Tia compró una pizarra y la trajo ayer. Es cuadrada, tan grande como la tele de nuestro salón de Ikati), ha puesto esta encima del taburete alto de la cocina y está escribiendo en ella con tiza de color rosa.

—Big Daddy vino a verme hace tres noches —digo, mientras está borrando la pizarra con un paño—. Entró en mi habitación.

Se da la vuelta, se limpia la mano con un pañuelo que se saca del bolsillo de atrás.

—¿Qué pasó? ¿Por qué fue a tu habitación?

—No sé —digo—. Pero sí sé que no era para darme las buenas noches. Buscaba algo, y tengo miedo de que sea algo malo.

—¿Te dijo algo? —pregunta, mirando atrás por encima del hombro—. ¿Está ahora en casa?

—Ha salido —digo—. No vuelve hasta antes de muy tarde.

—No volverá hasta tarde o tardará en volver —me corrige—. ¿Qué te dijo?

—Hablaba tonterías —le cuento—. Pero yo tenía miedo por si quería hacerme su bruteza.

Levanta la cabeza, como si las palabras que digo se aparecieran en el aire; sacude la cabeza.

—¿Hacerte su bruteza? ¿Quieres decir tocarte de forma inapropiada? ¿Como no debería?

—Sí —digo, haciendo que mi voz susurre—. Kofi vino y lo paró. —Siento un frío rápido solo de pensarlo—. Tengo miedo, Tia, y por eso quiero irme de este sitio. Entrar en la escuela.

—Escucha, Adunni —dice, da dos pasos hacia mí, se agacha hasta que está sentada sobre sus pies y me mira de ojo a ojo—. Debes tener mucho cuidado. ¿Tu habitación tiene algún cerrojo?

Niego con la cabeza.

—No tiene algún cerrojo.

—No tiene «ningún» cerrojo —dice, sonriendo por cómo hago girar los ojos—. Es lioso, ya lo sé. Ya llegaremos ahí. Tu señora vuelve dentro de dos días, ¿no?

—El sábado —contesto—. Mañana después de mañana.

—Pasado mañana —dice ella—. Cuando vuelva ya no podremos vernos tan a menudo —dice con una voz que parece llena de tristeza —. A Florence no le parecería bien.

—No —digo yo, sintiendo también tristeza.

—A menos que se nos ocurra algo para que nos deje pasar un rato juntas.

—¿Como qué?

—Si encuentro la forma, quizá, de…, no sé…, de decirle algo, de darle una razón por la que tengamos que vernos. A lo mejor puedo hacer que Ken hable con ella. Florence respeta a Ken y él podría decirle que te necesitamos para que me acompañes al mercado alguna vez o algo así. Lo que está claro es que necesitamos más tiempo para trabajar en tu redacción.

—¿Y cree que ella estará de acuerdo?

—Podemos pedírselo, al menos —dice Tia—, pero ¿quieres que hable con ella también de lo que ha pasado con su esposo?

Abro mucho los ojos, digo que no con la cabeza.

—¿Contarle *ke*? Me pegará por estúpida y a lo mejor me echa. Y yo no quiero que me eche, todavía no.

—Bien. Entonces no le diré nada todavía, pero debes pedirle un cerrojo. Dile que quieres que te pongan un cerrojo en tu habitación. ¿Podrás hacerlo, Adunni? No te pegará si le pides algo así, ¿no?

—No lo sé —contesto—. Puedo probar.

—Tienes que hacerlo —dice ella. Se pone de pies, sacude la pierna como si se le hubiera muerto y quisiera devolverle la vida—. Ten mucho cuidado cuando esté cerca el esposo de tu señora. Dímelo enseguida si vuelve a tu habitación, ¿de acuerdo?

Tengo sentimientos de todas clases cuando ella pone los ojos en mí todo el rato, mirándome muy fijo.

—¿Qué va a enseñarme hoy? —le pregunto.

—Una perífrasis de presente —dice. Su voz es rara, como apretada en la boca. Va a la pizarra, escribe «ESTAR + GERUNDIO». Se gira hacia mí—. Sé que así no se entiende mucho, pero te lo explicaré.

Muerdo el culo del lápiz, con los ojos en la pizarra.

—Básicamente, esta perífrasis se usa para hablar del presente, de algo que pasa ahora y no se ha terminado. Por ejemplo: «Estoy hablando contigo». Primero «estoy», del verbo «estar», y luego «hablando», que es el gerundio. El gerundio se identifica porque acaba en «ando», como «cantando», o en «iendo», como «comiendo» o «viviendo». ¿Un verbo sabes lo que es?

—Una palabra de acción, de hacer algo —digo. Eso me lo enseñó la maestra en Ikati. Nunca lo olvido.

—Bien. ¿Se te ocurre algún ejemplo de esta perífrasis de presente?

—Estoy mordiendo el culo del lápiz —digo.

—¡Muy bien! —dice, aplaudiendo—. «Estoy mordiendo la punta del lápiz» es correcto. Mejor «la punta», que los lápices no tienen culo. —Se gira hacia la pizarra y empieza a escribir: «MORDIEND…», y se para antes de escribir la letra *o*.

Le tiembla la mano. Se vuelve, dice:

—Creo que necesito sentarme.

Se tambalea, se sienta en el suelo a mi lado, levanta las rodillas y apoya la cabeza entre ellas.

—¿Se encuentra bien? —pregunto, mirando los rizos del pelo que tiene sobre las rodillas—. ¿Quiere beber un poco de agua muy fría?

Levanta la cabeza, me sonríe floja.

—Estoy cansada. Tengo la esperanza…, en fin, creo que podría estar embarazada.

—¿Lo cree? —Abro mucho los ojos, me tapo la boca—. ¿Cómo lo sabe?

Se ríe, se aparta un rizo de la nariz.

—Es una broma. Es demasiado pronto.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su visitante del mes? —pregunto.

—Tiene que venir dentro de pocos días —dice.

—No vendrá —digo yo, diciendo que sí con la cabeza—. No vendrá nunca.

—Eres un encanto —me dice—. Lo que pasa es…, bueno, es la madre de Ken, que siempre me está dando la lata.

—¿La mamá del doctor? ¿Por qué?

Ella me sopla el aire a la cara, su aliento huele a pasta de dientes.

—Ha venido esta mañana a nuestra casa —dice—. Viene una vez al mes o así.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Por eso estaba triste hace un momento? ¿Qué busca la mamá del doctor?

—Viene a preguntar si estoy embarazada —dice—. ¿Te imaginas? Ha venido todos los meses durante estos últimos seis meses, para

decir: «¿Dónde están mis nietos? ¿Cuándo voy a poder sostener a mis nietos en brazos y bailar con ellos?». Como si yo los tuviera escondidos en el desván. Si quiere bailar, que se busque un puñetero club nocturno en lugar de hacer mala sangre. —Sigue hablando antes de que pueda preguntarle cómo se hace la mala sangre—. Ha sido un poco estresante tratar con su familia, sobre todo porque mantuvimos en secreto lo de no tener hijos durante mucho tiempo.

Hablo despacio, pensando las palabras para decirlas sin errores:

—Entonces, ¿ella nunca sabía…, nunca ha sabido que el doctor no quería hijos hasta ahora?

Tia dice que no con la cabeza.

Me espanto una mosca de la nariz.

—Pues dígale que necesita tiempo, que usted y el doctor han empezado ahora a probar. Y, si no puede esperar, entonces que hable con su hijo y se pelee con él.

Tia encoge los hombros.

—Bueno, no me creería. Dice que ha pasado demasiado tiempo. Está cansada de esperar.

—Muy pronto —le digo— va a llegar el bebé y entonces esa señora dejará de buscarle problemas.

Tia se me queda mirando, suspira y luego se pone otra vez de pies y coge la tiza.

—Vamos a terminar esto —dice—. Esta noche le diré a Ken lo de que me acompañes al mercado.



CAPÍTULO 36

Hecho: Los senadores nigerianos están entre los legisladores mejor pagados del mundo. Un senador gana alrededor de 240 millones de naira anuales (1,7 millones de dólares), sumando salario y complementos.

Big Madam vuelve muy contenta y oliendo como un vestido todo nuevo.

Sale del coche, va directa a la casa y empieza a abrir todas las puertas para comprobar qué sitio está sucio y cuál está limpio. Parece contenta con lo que ve; hasta me da dos palmaditas en la cabeza cuando ve lo limpio que está el grifo del lavabo y cómo brilla. Pruebo a hablarle, preguntarle cómo se están portando sus hijos o si el frío de Londres no es demasiado fuerte. Me dice que su hijo «trabaja en informática» y que la hija, Kayla, se ha prometido a un señor.

—Un banquero —dice, riéndose mientras abre la segunda puerta y echa una mirada al lavabo—. Se casan el año que viene. Es el hijo del senador Kuti. Se llama Kunle. Un chico muy guapo. Graduado con la mejor nota en la Escuela de Economía de Londres. He educado bien a mi hija. Puso los ojos en el mercado y sacó un diamante. Un chico guapo y rico. —Se ríe otra vez—. Este baño está muy limpio —dice—. Adunni, me has guardado bien la casa. Muy bien. Lo has hecho muy bien.

Le doy las gracias y la sigo detrás, arrastrando los bultos de compras del Estranjero.

—Deja mi maleta aquí —dice cuando llegamos al pasillo de arriba, delante de su habitación. Se sienta en el sofá del pasillo, se abanica—. Cuando viajo fuera se me olvida el calor que hace en este país. ¿Qué maldito calor es este? Adunni, pon el aire acondicionado y el ventilador. Ponlos a toda potencia.

Enciendo el botón del aire condicionado de la pared y el ventilador del suelo. Empieza a soplar aire frío en la habitación mientras me arrodillo delante suya y espero a que me mande lo que quiera mandarme.

Suena su teléfono; lo coge.

—Sí, acabo de llegar del aeropuerto. ¿Te has enterado? Las buenas noticias vuelan. Gracias. Gracias a Dios. Es el hijo del senador Kuti. —Echa la cabeza atrás, se ríe—. Es el mismo Dios en persona. El mediador divino. Fue él quien conectó a mi Kayla con ese chico, Kunle. ¿La boda? El próximo diciembre. Sí, tenemos algo más de un año para planearla. Pero habrá una ceremonia de compromiso este verano, y a lo grande. Por supuesto, yo suministraré las telas. Ven a verme a la tienda mañana y te contaré más detalles. Ahora mi cuerpo necesita descanso. Te llamo más tarde.

Termina la llamada.

—Mi teléfono no ha parado de sonar desde que me he bajado del avión. ¿Dónde está Jefe?

—Ha salido —digo.

Suelta un bufido.

—Típico. Qué hombre más inútil. Espero que no te molestara mientras yo estaba fuera.

Pienso en lo que me dijo Tia, lo de poner un cerrojo en mi habitación.

—No, señora —contesto.

—Puedes irte —me dice—. Luego vuelves y me rascas la cabeza. Mis pies han echado de menos tus masajes.

—Sí, señora. —Me levanto, me vuelvo a arrodillar—. Tengo que pedirle una cosa, señora.

Tira de la maleta, abre la cremallera.

—¿Qué es?

—Quiero un… —me rasco la cabeza intentando ordenar bien las palabras—, quiero un cerrojo para ponerlo en la puerta de mi cuarto.

Gira la cabeza, me mira, me atraviesa con los ojos.

—¿Por qué?

—Por nada, señora. Es solo que, a veces… Porque me estoy haciendo mujer y quiero… —Me muerdo el labio, confusa. Todo lo que Tia me ha dicho que diga se ha convertido en pájaros con alas que se escapan volando de mi cabeza.

—¿Ha ido Jefe a los cuartos de los chicos? —Se inclina más cerca de mí, me mira dentro de los ojos—. Adunni, dime la verdad. ¿Ha ido mi esposo a tu habitación?

Digo que no con la cabeza y luego que sí.

—No, señora. Bueno, él no. Es por la rata. La rata hacía ruido fuera, así que quiero cerrar con cerrojo, por la rata.

—¿Por la rata, *abi*?[27] —Medio cierra los ojos—. Entiendo. Levántate y vete. Llamaré al carpintero para que te ponga un cerrojo.

—Gracias, señora —digo, y me levanto—. Volveré hacia la noche, para el rascado de pelo.

No hay respuesta mientras me alejo de delante suya.

Vuelvo arriba por la tarde-noche para rascarle el pelo.

Cuando cierro la mano para llamar a la puerta de Big Madam, oigo muchos ruidos dentro. Freno la mano, espero y escucho, aunque sé que está mal hacerlo. Suena como si dos personas tuvieran una discusión muy fuerte. Acerco la cabeza, escucho bien.

Alguien golpea algo, después Big Madam se pone a gritar.

—Jefe, ¿cuándo dejarás de deshonrarte a ti mismo? *Haba.*[28] Adunni no tiene ni quince años, Jefe. ¿Qué estabas buscando en su habitación?

Cuando Big Daddy contesta, su voz es arrastrada, pesada por la bebida.

—¿Te ha dicho Adunni que yo fui a su habitación?

—La chica me ha pedido un cerrojo, Jefe. ¿Por qué iba a pedirme un cerrojo si no es porque un inútil como tú se ha plantado allí? No

tienes respuesta, ¿eh? ¡Pero qué nulidad de hombre…!

—Vigila esa lengua, mujer —dice Big Daddy—. O me ocuparé de ti.

—Tú no vas a hacer nada —le grita también Big Madam—. Te pongo mi dinero en el bolsillo para que puedas ir por ahí con la cabeza alta. Para que puedas ser un hombre. ¿Te crees que no sé lo de Amaka, en la Universidad de Lagos? ¿No pusiste doscientas mil naira de mi dinero en su cuenta la semana pasada? ¿Eh? ¿O lo de Tayo? Esa birria de piernas flacuchas de la Universidad de Ife. ¿O es que no enviaste a esa a Zanzíbar el mes pasado? Estoy enterada de todas. Pero que lo hagas en mi casa otra vez, bajo mi techo… Ah, ya te castigará Dios. ¿Cómo puedes continuar persiguiendo a una simple doncella para tener sexo fácil? ¿A una insignificancia como esa? ¿Hasta dónde eres capaz de rebajarte, Jefe? —Big Madam empieza a gritar fuerte, a gemir, diciendo—: ¿Por qué no puedes amarme? ¿Qué más puedo hacer para que me veas como soy, como una mujer digna de ser amada? Una mujer que ha sacrificado tanto por ti. Tus hijos se han negado a venir por Navidad porque no les gusta cómo me tratas, y, aun así, ¡yo sigo casada contigo porque te amo!

—¿Así que por eso Kayla no me ha llamado en los últimos dos meses? —Big Daddy ruge al preguntar, tanto que hace callar los quejidos de Big Madam—. ¡¿Qué les has estado contando a mis hijos?!

—No hace falta que yo les cuente nada, Jefe —dice ella, ahora en voz más baja—. No están ciegos. ¡Han crecido en esta casa, han visto cómo me has tratado siempre! ¿Por qué le haces esto a nuestro hogar?

Y entonces empieza a preguntarle a Big Daddy hasta dónde está dispuesto a rebajarse persiguiendo a una insignificancia como yo, hasta que de pronto oigo un ruido. Como alguien que da un puñetazo a un cojín. Una bofetada. Dos bofetadas. Tres bofetadas. Me pongo la mano en el pecho, noto lo rápido que me va el corazón. ¿Es porque he pedido un cerrojo por lo que están peleando así Big Madam y Big Daddy? ¿Soy yo la causa de que tengan problemas? ¡Ah! ¿Por qué no habré mantenido cerrada esta bocaza mía?

¿Me echará Big Madam? Y, si me echa, ¿dónde voy a ir? Cuando Big Madam empieza a maldecir a Big Daddy y a su familia, doy un paso atrás, otro paso, y luego bajo corriendo las escaleras, cruzo la cocina y no paro hasta llegar a mi habitación, en los cuartos de los chicos.

---

27. «¿Verdad?» o «¿no?» en lengua yoruba. *(N. del T.)*

28. Expresión de sorpresa, súplica, incredulidad o desaprobación en el *pidgin* nigeriano, en ocasiones equivalente a «caramba» o «por favor». *(N. del T.)*



CAPÍTULO 37

Cuando llego a mi habitación, me encuentro a Kofi de pies en la puerta, mirándome con mirada enfadada.

—Estoy matándome a cocinar desde esta mañana —dice, secándose el sudor de la frente con el delantal—. Suena el timbre de la puerta y empiezo a llamarte gritando como un loco en la casa principal, porque, que yo sepa, la doncella sigues siendo tú. No me había dado cuenta de que te habías retirado a los cuartos de los chicos.

—¿Quién ha tirado a quién? —pregunto—. ¿Necesita Big Madam un doctor? ¿Se ha muerto?

—He dicho «retirado». Ven conmigo. Tenemos invitados.

—¿Quién es el invitado? —pregunto, mientras me recupero del susto, y lo sigo—. ¿Dónde está Big Madam? ¿Está bien?

—Big Madam está bien —dice Kofi, andando deprisa y haciéndome correr para alcanzarlo y oír lo que dice.

—Han tenido una pelea. *Chale*, esa boca tuya te matará algún día. ¿Por qué le has pedido a Big Madam un cerrojo para tu habitación? Te dije que tuvieras cuidado. No tenías por qué pedir un cerrojo. Había otras opciones. Deberías habérmelo consultado. Podrías, por ejemplo, haber arrastrado el armario de tu habitación para ponerlo detrás de la puerta. O colocado una trampa para ratas en la entrada, para ver cómo se le cerraba a ese inútil de hombre en el pie cuando fuera a tu cuarto. Eso sí que sería una escena digna de

ver. Imagínate a Big Daddy saltando por ahí a la pata coja, aullando de dolor, pero sin poder decirle a su esposa por qué le dolía. ¡Ja!

—Yo no sabía que los haría discutir —digo, secándome las lágrimas otra vez—. Espera, caminas demasiado rápido.

—Tengo muslos de pollo en la freidora —dice—. No tengo tiempo de pasear y charlar.

—Pero Tia dijo que pidiera un cerrojo —digo—. Y yo lo he pedido y ahora tengo un problema gordo. ¿Me va a echar Big Madam?

—No lo sé —dice Kofi—. La señora Tia está casada con un doctor asquerosamente rico y no tiene problemas en esta vida. No debería ir repartiendo consejos a una semianalfabeta con el cociente intelectual de un pescado frito.

—¿Un pescado cociente? —pregunto—. ¿Estás cocinándolo también con los pollos?

Kofi para de caminar rápido, me echa una mirada larga, enfadada; empieza otra vez a andar.

—Será mejor que reces para que la boda mantenga la cabeza de Big Madam suficientemente ocupada y no piense en sustituirte antes de que te lleguen noticias de la beca —dice—. Bueno, eso después de que se recupere de esta última paliza de Big Daddy.

—¿Por qué Big Daddy siempre le está pegando a Big Madam? —pregunto.

Llegamos a la puerta de atrás de la cocina. Kofi se acerca a la freidora que hay en la mesa y saca el cesto de pollos fritos del aceite caliente. Los pollos son marrón dorado, su olor me llena la boca de saliva y el estómago se me retuerce de hambre. Big Madam ha vuelto ya a casa, así que se me ha acabado lo de comer por las mañanas.

—Los invitados están en la zona de recepción —dice Kofi, cogiendo un muslo de pollo del cesto y rasgándolo con los dientes—. El aderezo es espectacular. Un equilibrio perfecto de sal y especias. ¿Qué miras? Ve a darles la bienvenida a los invitados y luego sube a decirle a Big Madam que tiene visitas. Rogaré para que bajes viva de allí.

Tia y el doctor están sentados en el salón de las visitas. Cuando me pongo de rodillas para saludarla, ella me sonríe, pero no es una sonrisa como si me conociera y ya me hubiera hablado antes. Es una sonrisa tiesa, los labios estirados en una línea tirante, como si yo fuera una desconocida o así, una desconocida que a lo mejor vio hace tiempo.

—Adunni, ¿verdad? ¿Cómo estás? Me alegro de volver a verte —me dice, poniendo la mano en la rodilla del doctor—. Este es mi esposo, el doctor Ken. Hemos venido a felicitar a Madam Florence y a Jefe por el compromiso de su hija. Kofi dice que están arriba. ¿Podrías decirle que estamos aquí?

Mira al doctor.

—Ya te dije que conocí a Adunni en la reunión de la AEWR. Es la que te dije que sería la más adecuada para acompañarme al mercado, para enseñarme cómo debo regatear. Por supuesto, siempre que su señora no tenga inconveniente.

El doctor es un hombre alto con unos ojos que me hacen pensar en un agua marrón, estancada. Tiene unas cejas muy peludas, bigotes que salen de viaje desde los agujeros de la nariz y terminan en medio de la mandíbula. Lleva una camisa blanca abotonada solo hasta el pecho, para enseñar una cadena de oro con una cruz también de oro que le cuelga del cuello, largo y liso. Lleva unos bombachos hasta la rodilla que dejan ver unas piernas llenas de muchos pelos rizados. En los pies lleva pantuflas marrones que huelen a goma cara.

Dice que sí con la cabeza, me mira de arriba abajo y de abajo arriba.

—He oído algunas cosas interesantes de ti —dice.

Tiene una voz pulida, suave, las palabras salen de su boca como si las envolviera en aceite antes de hablar. Él y Tia combinan bien. Voz de miel y voz de aceite. Una pena que tengan algún problemilla por la cosa de los niños.

—Sí, señor —digo—. Buenas noches, señor. Avisaré a Big Madam y a Big Daddy para que bajen. ¿Quieren bebida fría? Estamos teniendo Fanta fría y zumo fresco y bebida de vino en la nevera. ¿Cuál quieren?

Él agita la mano.

—Para mí agua, gracias.

Cuando me levanto, el doctor susurra a su esposa:

—Sabes que hay otras mujeres que hablan bien en Wellington Road, mujeres instruidas que te acompañarían gustosas al mercado, ¿no?

Y Tia se ríe con esa risa de campanita y dice:

—Cariño, confía en mí. Sé lo que quiero. Ella es perfecta para esa tarea.



CAPÍTULO 38

Hecho: Muchos nigerianos tienen creencias supersticiosas con respecto al embarazo. Según una de ellas, prender un imperdible en la ropa de una embarazada mantendrá alejados a los malos espíritus.

—La columna semanal de Tia marcha bien —está diciendo el doctor cuando llevo una bandeja con vasos al comedor—. El blog ha alcanzado hace poco los cinco mil suscriptores. ¿Ha tenido ocasión de leerlo?

—¿Y quién tiene tiempo para leer sobre el medio ambiente cuando puedes dedicarte a ganar dinero? —dice Big Madam, riéndose.

Está sentada en la silla del comedor al lado de Big Daddy, Tia y el doctor. La cara de Big Madam está llena de todo tipo de maquillajes, como si hubiera mezclado un arcoíris todo junto y se lo hubiera restregado por la cara. Sus dientes son de un blanco brillante bajo el pintalabios rojo y oro, y tiene los labios hinchados en los bordes. Ella y Big Daddy sonríen, no parece que hayan estado a punto de matarse de una paliza.

—Deja los vasos aquí —me dice Big Madam—. En el centro de la mesa. Sí, justo ahí.

—Pero todavía se queja de que se aburre —dice el doctor mientras cojo los vasos de la bandeja y los dejo en la mesa—. Le he dicho que se relacione con gente como usted, Madam Florence. Y

con el resto de las mujeres con clase de esta calle. Pero ella prefiere quedarse en casa quejándose.

—Lo que le hace falta son niños. —Big Madam coge el vaso, lo mira bien, lo limpia con la mano y vuelve a dejarlo—. Señora Dada, cuando vas persiguiendo a los niños por la casa no te queda tiempo para quejarte. No hay lugar para el aburrimiento en una casa llena de niños. Es imposible. Adunni, pon un vaso delante de Jefe. ¿A qué esperan a tener hijos? Llevan casados más de un año. Yo me quedé embarazada la primera vez que Jefe me tocó, la noche de nuestra boda. —Big Madam se ríe con risa tímida—. Espero que no pretenda vivir la vida y viajar por el mundo antes de parir hijos. Si no se anda con cuidado, se le caducará el útero. —Vuelve a reírse, pero nadie se ríe con ella—. Y, cuando al final pasa, tienes que esconderte. Cuando empiece a notarse, recuerde ponerse un imperdible en el vestido, para que nadie le arranque al bebé de la matriz con un mal de ojo.

Tia se sienta tiesa, como si le hubieran almidonado todo el cuerpo.

—¿Para cuándo oiré la buena nueva? —Big Madam sigue hablando como si su boca tuviera una maldición—. ¿Cuándo podremos ir a comer arroz con pollo?

—Solo acabamos de ponernos… —empieza a decir Tia, pero el doctor le aprieta la mano a su esposa para hablar él.

—Seguiremos intentándolo. Ocurrirá cuando Dios quiera. Solo deseo que Tia sea feliz. Lo último que quiero es que la presionen. —El doctor mira a su esposa con ojos amorosos y dice que sí con la cabeza, como si contestara una pregunta.

—Así es —dice Tia, con una voz que es como si tuviera un imperdible pinchándole en la boca—. Seguiremos intentándolo. Sin presión.

Toso, dejo el vaso delante de Big Daddy, siento el calor de su mirada en mi mano.

—¿Le digo a Kofi que sirva ya la comida? —pregunto—. ¿Y el zumo de naranja?

—Sí, lo mejor es dejar estas cosas en manos de Dios —dice Big Daddy—. Los bebés son un regalo. Un milagro.

—Desde luego —dice el doctor.

—¿Zumo de naranja? —pregunto otra vez, pero nadie me contesta, así que retrocedo y me aprieto la bandeja contra el pecho.

Tia tiene la cabeza baja, como si se viera la cara triste en el cristal de la mesa y sintiera pena por sí misma. El doctor le coge la mano por debajo de la mesa y la aprieta.

—Algo que podría ayudarla a relajarse de la presión de tener hijos —dice el doctor— sería salir más a menudo. A Tia le encanta explorar todo lo cultural. Ahora está pensando en redecorar la casa y ha preguntado si su doncella —el doctor asiente hacia mí con una sonrisa suave— podría acompañarla al mercado uno de estos días. Para enseñarle un poco a…, eh…, a regatear.

—¿Qué doncella? —pregunta Big Madam—. ¿Adunni? ¿Y qué va a saber esa chica? Es forastera en Lagos. Analfabeta, además, totalmente inútil. No puede acompañar a nadie al mercado. ¿Y por qué no puede la señora Dada regatear por sí misma? ¿No es nigeriana? ¿Para qué necesita a Adunni?

—Sí, soy capaz de regatear —dice Tia, levantando la cabeza—. O puedo intentarlo, al menos. Pero sería agradable tener ayuda en el mercado. Adunni habla yoruba con fluidez. Es inteligente y me siento cómoda con ella, más que con la mayoría de la gente. Creo que podemos descubrir cosas juntas.

—¿Descubrir cosas juntas, *ke*? —Big Madam se ríe, sacude la cabeza—. ¿Es que mi doncella es un buscador de internet? No, no. Por favor. No quiero que Adunni…

Big Daddy levanta la mano.

—La verdad, Florence, creo que es una buena idea —dice—. Es más, puede llevarse a Adunni para que la ayude alguna tarde de esta misma semana.

Big Madam parece que quiera disparar balas por los ojos a Big Daddy, matarlo bien muerto por la estupidez que acaba de decir.

—¿Está seguro? —dice Tia—. Quiero decir que, si no hay problema, sería fantástico.

—No hay problema —afirma Big Daddy—. Insisto. El doctor Ken es un amigo muy querido y, si su maravillosa esposa nos pide un pequeño favor, ¿quiénes somos nosotros para negarnos?

Tia sonríe al doctor.

—Cariño, ¿has oído eso?

El doctor parece como confuso.

—Creo que a Madam Florence no le parece buena idea dejar…

—No pasa nada —dice Big Madam, sorprendiendo a todos—. Puede ir a ayudarla en el mercado un día a la semana, solo durante un rato. Un rato corto, muy corto. La necesito aquí para que haga el trabajo de casa. Así que, por favor, si cree que va a necesitarla más tiempo, puedo recomendarle a mi agente, el señor Kola. Él le conseguirá una buena doncella por un precio razonable.

—Es muy amable por su parte —dice Tia—. Le estoy muy agradecida. Gracias.

Big Madam gruñe; dice algo que nadie entiende.

Mi corazón empieza a brincar. ¿Quiere eso decir que yo y Tia nos veremos una vez a la semana? ¿Y que podemos aprender más cosas antes que escriba mi redacción? Es la mejor buena noticia desde que estoy en Lagos.

Big Madam gira la cabeza y me mira.

—¿Qué haces aún ahí? Entra y tráenos el zumo antes de que te borre esa sonrisa de un sopapo.



CAPÍTULO 39

Por la noche, rezo mi oración de acostarme para dar gracias a Dios por meterse en la cabeza de Big Madam y hacer que me deje irme con Tia un día a la semana.

También le doy gracias porque, aunque el señor Kola no ha vuelto con mi dinero, al menos no estoy enterrada en un ataúd, usando la tierra como sábana y como almohada. Digo mis oraciones para el nuevo año 2015 que ya está cerca, para que sea bueno y feliz para mí, el año en el que entre en la escuela. Recuerdo a Khadija, le digo a Dios que la haga sentirse bien en el cielo, que le dé una cama grande y mucha comida. También le digo a Dios que cuide de mi mamá.

Y también pido por Tia, para que se quede preñada y tenga un hijo el año próximo porque ella solo quiere uno y no dos ni tres, y para que no le cause problemas con la mamá del doctor. Y por papá, para que Dios le dé un corazón bueno y su cabeza tenga paz.

No rezo por Kayus. Pensar en rezar por Kayus me llena el corazón de tristeza. Hoy es un buen día, nada de tristezas para mí. Cuando termino la oración, me siento más libre que en mucho tiempo y, cuando sonrío, me sube la sonrisa desde la barriga y se me extiende por los dientes.

Empiezo a deshacerme las trenzas del pelo. Mi pelo era muy negro, espeso como una esponja. Rompía todos los peines de madera de mi mamá cuando estaba creciendo. Ahora huele a lejía, a

polvo y a grasa, y tardo toda una hora en deshacerme las trenzas. Cuando termino, me miro el pelo en el espejo y me parece una nube alrededor del cuello, caliente y lleno de grasa. Sacudo la cabeza, mirando cómo me salta en los hombros, y me río mientras me quito toda la ropa, cojo una tela, me la envuelvo en el cuerpo y salgo de la habitación.

Afuera está oscuro, con una luna que es como si Dios hubiera incrustado un huevo brillante en una pizarra negra y plana y puesto estrellas desparramadas alrededor: algunas que parpadalean y desaparecen; otras que se están quietas, formando dibujos extraños en el cielo. Camino deprisa por la hierba, riéndome cuando me salta un grillo que hace cri, cri. Mientras voy a la parte de la casa donde tendemos la ropa, veo la forma de un hombre que se acerca en la oscuridad, caminando como si solo tuviera media pierna: Big Daddy. Me paro, me aprieto la mano en el pecho y sigo mirándolo. Está hablando por teléfono, con alguien, en voz baja pero bastante fuerte para que yo lo oiga:

—Amorcito, ya te he dicho que lo siento —dice—. Te lo compensaré, prometido. ¿Por qué no nos vemos mañana por la noche en el hotel Federal Palace? O en ese sitio especial… ¡Adunni!

Se queda de piedra como una estatua cuando me ve. Se aprieta el teléfono contra la oreja y abre tanto los ojos que su frente parece un solo ojo enorme. La mujer del teléfono sigue hablando; se la oye como si se hubiera tragado una abeja, diciendo bzz, bzz, aunque sí que llego a distinguir las palabras cuando dice bajito: «Amorcito, ¿estás ahí?».

—Buenas noches, señor —digo, mientras Big Daddy se sacude la sorpresa y se quita el teléfono de la oreja. Es un teléfono que nunca le he visto usar, uno negro y fino que parece caro, pequeño como una caja de cerillas. Presiona en el teléfono y los números brillan y le dan a su cara un extraño color verde. Después se lo mete en el bolsillo de su pantalón de ankara, el mismo que llevaba por la mañana.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta—. Espera. ¿Estabas escuchando mi conversación?

—Voy a la cuerda de tender —digo. A mí no me importa si Big Daddy habla con otra mujer fuera cuando su esposa está durmiendo en la casa—. No he oído nada, señor.

Big Daddy dice que sí con la cabeza.

—Bien. Porque estaba hablando con mi pastor, o con la esposa de mi pastor, quiero decir. Estamos…, eh…, preparando un servicio especial para mañana, en un hotel. Hace una noche preciosa, ¿verdad?

—Buenas noches, señor —digo.

—Espera un momento. ¿No crees que merezco una pizca de gratitud después de lo que ha pasado hoy?

—¿Una pizca de grati qué? —digo, apretándome más la tela contra el pecho.

—Si no sabes lo que significa…

—Sí que sé lo que significa —digo—. ¿Y por qué tengo que darle las gracias?

—Por cómo he intervenido durante la cena de esta noche —dice en voz baja—. Con los Dada. ¡Venga, deja de hacerte la tonta! —dice, echando una mirada atrás, hacia la casa, donde en una de las ventanas de arriba se apaga la luz y alguien corre una cortina—. Sé que tú y Tia Dada os habéis estado viendo para que te dé algún tipo de clases. La he visto una o dos veces mientras Florence estaba fuera. Estaba sentada contigo allí, detrás de la cocina. Me gusta que intente enseñarte. —Se chupa el labio—. Lo apoyo. Al cien por cien. Y por eso he hecho esa sugerencia en el comedor. Y, por cierto, mi esposa nunca te dejaría. No es tan generosa como yo.

—Gracias, señor —digo.

—Tu señora está a esto de echarte a la calle. —Levanta dos dedos, se los lleva a la altura de los ojos—. A esto. Menos mal que he intervenido yo. Puedo dejar que sigas viendo a Tia Dada un día a la semana, pero con una condición.

—¿Qué condición es esa? —Me doy una palmada en el hombro para matar un mosquito, me miro la mano. Hay una mancha de sangre—. Dese prisa, señor. Quiero irme, que aquí los mosquitos me están picando.

—¿Es que los mosquitos no se ponían las botas contigo en el pueblo del que vienes? Mírala, quejándose de los mosquitos. Doncellas inútiles. En cuanto prueban un poco de lujo ya empiezan a sentirse con derecho a esto o aquello. Escucha. Lo único que quiero es que me dejes ayudarte. Ser amable contigo. ¿Entiendes?

Lo miro, a ese hombre que parece un saco, a la barba gris como cuentas de algodón que le rodean la barbilla, y bufo bajito entre dientes:

—Si quiere ayudarme —digo tal como la idea me viene a la cabeza—, busque al señor Kola, señor. Dígale que traiga todo mi dinero por trabajar aquí desde agosto. Estamos en la primera semana de diciembre, señor; han sido cuatro meses de trabajar sin salario.

—¿Al señor Kola? ¿Quién es ese? ¿El agente? —Big Daddy se sorbe la risa para dentro—. ¿Por qué iba yo a malgastar mi tiempo y recursos en buscar al señor Kola? ¿Por una miseria? ¿Cuánto es tu salario? Yo te pagaré el doble, el triple. Escucha. Si me dejas ayudarte, tendrás de sobra para gastar.

—Yo quiero el dinero por el que trabajo, señor —digo mientras empiezo a alejarme de él—. Buenas noches.

—Adunni —me llama, pero su voz no es fuerte, y sé que es porque tiene miedo de que Big Madam lo oiga—. Adunni, vuelve aquí —dice, susurrando—. Vuelve aquí.

Llego a la cuerda de tender, un cable fino atado entre dos árboles, detrás de los cuartos de los chicos. Cojo allí mi vestido y me lo echo al hombro.

¿Qué diferencia hay entre Morufu y Big Daddy? Uno habla buen inglés y el otro no, pero los dos tienen la misma espantosa enfermedad de la mente.

Una enfermedad que no se cura.



CAPÍTULO 40

Hecho: En 2012, se estimaba que la corrupción había hecho perder a Nigeria más de 400 000 millones de dólares de los ingresos por petróleo obtenidos desde su independencia.

El hombre de la tele lleva una hora hablando de las elecciones.

Estoy sentada en el suelo, masajeando los pies de Big Madam y con un ojo puesto en la tele. El hombre tiene un micrófono en la mano y se le ve el cuello largo con esa chaqueta gris inglesa que lleva mientras habla: «Lo que todo el mundo se pregunta, ahora que el año 2014 toca a su fin, es si el gigante africano seguirá disparado hacia una situación de mayor inestabilidad, derramamiento de sangre y dificultades económicas bajo ese mandatario de sombrero Fedora que de niño nunca tuvo zapatos, o si los nigerianos se levantarán y votarán por el cambio apoyando a Muhammadu Buhari, el general retirado que ya fuera en el pasado jefe del Estado. Quedan cuatro meses para que la nación decida. Hasta entonces, manténganse atentos a su canal favorito».

—Buhari no puede gobernar de nuevo —dice Big Madam, retorciendo los pies entre mis manos—. Ráscame ahí, Adunni, sí, en ese sitio, al lado del talón. Eso es. Perfecto. Dios no quiera que Buhari sea presidente.

No me habla a mí, aunque sí me está mirando, mirando las manos que se mueven arriba y abajo por sus pies.

—Buhari ajustará cuentas con todos los que se han beneficiado durante el Gobierno de Jonathan. Ah, Dios no permitirá que gane. Buhari es enemigo del progreso. ¿Qué corrupción es esa contra la que promete luchar? ¡Todo mentira! Los nigerianos se han dejado deslumbrar por toda esa charlatanería y las promesas de cambio. Se han creído que ese hombre es el próximo Obama. Pena me dan. Ese hombre no tiene corazón. Se cargará el país con su estilo cuartelero de gobernar.

Llaman a la puerta y Tia entra en la habitación. Lleva el mismo estilo de camiseta y de pantalón vaquero. Esta vez han escrito «NAIJA GIRL»[29] en la camiseta con un alfabeto brillante. Me sonríe y me guiña el ojo, saluda con la cabeza a Big Madam.

—Buenos días, madam Florence —dice—. Espero que esté disfrutando del sábado.

Big Madam levanta la nariz en el aire, como si husmeara algún olor.

—Señora Dada.

Tia sigue sonriendo.

—Bien, he supuesto que, como es sábado por la mañana y la semana pasada…, eh…, acordamos que Adunni podría acompañarme al mercado…, bueno, pues se me ha ocurrido venir y preguntar si hoy sería un buen momento, ¿digamos hacia las dos?

—Adunni está ocupada —dice Big Madam—. Sigue con el masaje, dame unas friegas también en el dedo gordo —me dice.

Tia se ríe de una manera que parece que le duela.

—Bueno, creía que habíamos quedado en…

—No habíamos quedado en nada —dice Big Madam. Retira los pies, se incorpora en el sofá—. Le ofrecí la ayuda de mi doncella como un favor. No le debo nada. Hoy tiene trabajo. Vuelva el lunes, cuando yo me haya ido a la tienda.

Tia suspira.

—Volveré a preguntar la semana que viene.

Me pesa el corazón cuando Tia empieza a irse. Big Madam levanta la mano.

—Espere, señora Dada. Como le mencioné la semana pasada, mi agente se llama señor Kola. Es un agente muy fiable. Y cobra un precio razonable. Puedo darle su número, y, si no quiere al señor Kola, porque sé que a la gente como usted le gusta darse tono, puede probar la agencia que dijo Kiki en la reunión de la AEWR. ¿Cómo dijo que se llamaba? ¿Konsult no sé qué?

—Konsult-A-Maid —dice Tia—. Volveré el lunes. —Llega a la puerta, pone una mano en el pomo—. ¿A qué hora el lunes?

—Antes de mediodía —contesta Big Madam.

—Muy bien —dice Tia.

—Búsquese su propia doncella —dice Big Madam mientras Tia está saliendo del salón—. No soy una casa de caridad de doncellas. Que tenga una buena tarde, señora Dada.

Tia asiente, pone la boca en una línea estirada.

—Que tenga un estupendo fin de semana.

Antes del lunes, uso todo mi cerebro para aprender inglés.

Leo el *Collins*, esforzándome todo lo que puedo para aprender más palabras difíciles.

Paso las páginas del diccionario y elijo tres de las más complicadas que encuentro. Estoy muy impaciente por usarlas delante de Tia. Me aprendo:

1) Asimilar
2) Comunicar
3) Exterminación

También me esfuerzo todo lo que puedo en aprender la perífrasis de presente y todo lo que Tia me ha estado enseñando. Cuando ella viene el lunes por la mañana, el sol está grande en el cielo; el calor me muerde en los sobacos como si me hubiera puesto cien agujas bajo el brazo mientras estoy esperándola en la verja. Cuando la veo corriendo por la calle, levanto la mano y le sonrío de oreja a oreja. No ha traído coche; dice que su casa está en la esquina y que podemos ir allí corriendo porque el humo de coche siempre causa problemas en no sé qué del ozono.

—¿Qué tal tu fin de semana? —pregunta mientras vamos por Wellington Road. Es una calle tranquila, sin coches, con tejados rojos y verdes y marrones de grandes casas que asoman por encima de las verjas altas y curvadas.

—Asimilo todo mi trabajo —le digo, y ella se para, me echa una mirada como si hubiera dicho algo muy tonto.

—¿Has estado leyendo el diccionario?

—Estoy comunicando el *Collins* —digo, y ella echa la cabeza atrás y se ríe con risa tan fuerte que hace eco a nuestro alrededor y espanta a un pájaro de una palmera que hay delante. Se ríe tanto que tiene que pararse y se pone las manos en las rodillas para no caerse.

—Adunni, eres de lo que no hay. Escucha, solo el diccionario no te hará hablar o escribir mejor —dice, limpiándose con el dedo las lágrimas de debajo de los ojos—. Trabaja conmigo al ritmo que yo te marque y lo conseguirás. Todavía tienes dos semanas de plazo, así que tómate las cosas con calma, ¿vale?

Quiero responderle: «Pero lo que yo quiero es la exterminación de mi mal inglés». Pero cambio de opinión porque no estoy segura de que la palabra sea buena para esa frase. Así que solo digo:

—Vale.

—A tu señora no le hizo mucha impresión mi visita del sábado —dice cuando llegamos al final de Wellington Road—. Pensaba que sería estupendo si hoy pudiéramos ir de verdad al mercado, juntas. Tengo la sensación de que no nos dejará vernos otras veces, a menos que su marido la convenza, claro. Y es una pena, la verdad —continúa—. Tendremos que arreglarnos con el tiempo que tengamos. Bien. —Deja de caminar cuando llegamos a una farola, delante de una verja gris con hierba al otro lado—. Esta es mi casa. Es la primera viniendo desde Milverton Road. ¿Lista para entrar?

Digo que sí con la cabeza, sintiendo que algo está temblando dentro de mí.

Tia no tiene un portero como Big Madam. Abre ella misma la verja y entramos en el recinto. La casa está puesta allí como una bonita reina detrás de un campo de hierba. El verde de la hierba no es apagado como el del recinto de Big Madam. Este color verde

parece que respira y está vivo. La casa es blanca, con ventanas azules y un tejado rojo. El tejado tiene cuadrados de cristal azul, unos treinta, todos unidos por líneas y puntos blancos, parpaleando bajo el sol de la mañana. Unos maceteros colocados sobre las piedras grises del suelo forman una fila hasta la misma puerta de la casa, donde han colgado un adorno redondo de hierba con lazos rojos y campanitas doradas.

—No es tan grande como la de tu señora —dice Tia—. Ken quería que viviéramos en una casa muy grande, con cinco dormitorios, cinco cuartos de baños, piscina…, todo el paquete. Pero yo no lo veía. ¿Y el coste de mantener una casa de ese tamaño en buen estado y con un gasto energético sostenible? Inimaginable.

—¿Qué es ese cristal del tejado? —pregunto.

—Paneles solares —contesta—. Nos dan electricidad a partir del sol. No soporto el ruido de los generadores ni la idea de dañar el medio ambiente con los humos.

—Algún día encontraré la manera de poner solares de esos en las casas de Ikati —digo, mirando hacia el tejado—. Muchas casas del pueblo no tienen luz, pero Tia, si podemos hacer esa cosa solar, si podemos recoger luz del sol y ponerla en todas las casas, entonces el pueblo estará mejor. No necesitaremos que nadie nos dé luz ni buscar dinero para un generador caro. Cogemos la luz de dentro del sol y ya está.

—Es una idea brillante, Adunni —dice Tia, mirándome maravillada—. Tengo que plantearla en mi trabajo, en la próxima reunión. Seguro que hay otra agencia con la que podemos asociarnos, encontrar un modo de bajo coste para instalar paneles en algunos pueblos. Quizá Ikati pueda ser uno de los primeros. Ven por aquí, Adunni. Cuidado con esa maceta de geranios. Por favor, quítate ahí mismo los zapatos.

Me quito los zapatos con un calorcillo en el corazón, sintiendo que se me hincha con algo como orgullo mientras Tia habla de poner la cosa solar en Ikati. Ni me imagino cómo de bonito estará Ikati si todas las casas, las calles y las tiendas tienen luz.

Ella se quita también los zapatos y los pone en una mesa corta de madera, fuera de la puerta de la cocina. Entramos. No me parece

que ningún ser humano haya comido ni entrado en esa cocina.

—¿Usted cocina aquí? —pregunto, mirando las máquinas que hay en la mesa de la cocina, una máquina de hacer café y una tetera, brillante y nueva como si alguien la acabara de sacar del paquete. Todo es blanco, muy blanco, y está muy limpio, con olor a lejía. Estoy pensando que Tia le tiene mucho miedo a la suciedad, y miedo también a tener muchas cosas. Las baldosas del suelo, los armarios de las paredes, la tostadora del rincón, al lado de los fogones, y la máquina de filtrar agua, todo es de un blanco que te deja ciega.

—¿Qué? —dice—. ¿Por qué me estás mirando así? Casi siempre cocina Ken. Yo solo me aseguro de limpiarlo todo bien cuando él ha terminado. ¿Quieres comer algo?

Digo que no con la cabeza, aunque tengo hambre. ¿Dónde va a encontrar comida para mí en esta cocina vacía?

Saca un paño de cocina, blanco, de uno de los cajones, lo sacude y limpia la mesa, que está limpia.

—Tengo muchas ganas de salir hoy. Me ayudará a no pensar en otras cosas.

—¿Qué cosas? —pregunto.

—Me ha venido otra vez el periodo —dice, encogiendo los hombros—. No sé por qué tenía tantas esperanzas esta vez. Me ha fastidiado toda la semana. Y, para que sea todo más disparatado, ahora mi suegra me ha pedido que la acompañe a ver a una especie de profeta. Quiere que me dé no sé qué baño de mierda.

—¿Un baño de mierda? ¿Para qué?

—Perdón, no. No es que sea de mierda. Quiere que me bañe en un río determinado. Dice que conoce a un profeta que me lavará la incapacidad de tener hijos. Lo había mencionado varias veces en el pasado, pero yo pensaba que me quedaría embarazada y no tendría que ir. Ahora ella insiste.

—En Ikati lo hacemos mucho —digo. Mi cabeza se va a cuando Khadija murió por no bañarse—. A lo mejor ayuda a que todo vaya más rápido y a que, en cosa de un año, haga usted nacer un bebé. Solo uno.

Tia levanta las cejas.

—Esas chorradas no funcionan, Adunni. ¿No crees?

Encojo los hombros.

—La chorrada a veces funciona en Ikati. Podría ayudarla, hacer que el bebé llegue rápido.

—Lo que pasa es… —Agarra fuerte el paño de cocina, lo hace una bola—. La idea de que algún viejo asqueroso me pase las manos arriba y abajo por todo el cuerpo porque se supone que tiene que lavarme… Es algo…, puaj, repulsivo.

—Inténtelo —digo—. Y así también hará feliz a la mamá del doctor y no le dará más problemas a su matrimonio. Y cuando el baño empiece, cierre los ojos fuerte, así, y le cerrará el paso a todo ese puaj. —Cierro los ojos, los aprieto fuerte—. Piense cosas buenas, muy buenas, cuando se esté bañando. Cosas como el nombre del bebé o la ropita. O en su amiga, Cat-tii.

—Es Katie. —Tia se ríe y yo abro los ojos—. Me encantaría llamar Adunni a mi bebé —dice—. Si es niña. Adunni significa «dulzura», ¿no?

—Sí —digo, sintiendo que me crece el corazón—. Y yo también podría ayudarla a cuidar del bebé.

—Como una tiíta —dice—. Me pensaré lo del baño.

Le miro la cara triste.

—A lo mejor puedo acompañarla. —Las palabras vuelan de mi boca antes que pueda recordarme de lo que le pasó a Khadija en el río.

—Pues, la verdad —dice antes que yo pueda cambiar de opinión —, eso lo cambiaría todo, si es que puedes venir. Le podemos pedir a tu señora que nos deje salir un día más juntas y ese día hacemos lo del baño, ¿no?

—¿Usted cree? —pregunto.

—Lo creo —contesta, guiñándome el ojo—. Es probable que el baño no sea hasta el año que viene, pero podemos decirle a Florence que será nuestra última salida juntas. Con un poco de suerte, los resultados de la beca ya habrán salido para entonces. Acordaré una fecha con mi suegra y te recogeré para que me acompañes.

—¿Y el doctor? —pregunto—. ¿Él sabe lo del baño?

—Sí —dice, doblando el paño de cocina. Abre la máquina lavadora y lo tira dentro—. Dice que daño no hará y que, si hace feliz a su madre, debería pensarlo para que no me vuelva loca. Me envió un ramo de rosas al trabajo, como disculpa por el estrés que me está haciendo pasar su madre. En fin, ahora ven conmigo —me dice—. Tengo una sorpresa para ti.

---

29. *Naija*: término coloquial para referirse a una chica o mujer nigeriana, usualmente con connotaciones positivas centradas en aspectos culturales e identitarios. *(N. del T.)*



CAPÍTULO 41

Hecho: Algunas de las más tempranas esculturas artísticas del mundo son originarias de Nigeria. La Cabeza de Bronce de Ife*, que es una de las más conocidas, fue trasladada al Museo Británico un año después de su descubrimiento en 1938.*

Entramos en un pasillo con fotos de Tia y del doctor en la pared blanca.

Se les ve riendo, besándose, haciendo un amor de verdad, un matrimonio de verdad. Me siento algo triste, pensando en Morufu y su matrimonio conmigo, con Khadija y con Labake, en lo frío, amargo y doloroso que era. ¿Podré yo encontrar un amor de verdad algún día? ¿Con un hombre guapo y bueno, como el doctor?

—Ven por aquí —me dice Tia, abriendo la puerta del final del pasillo—. Este es el salón.

Tia no tiene tele. No se ve nada eléctrico en el salón. Todo el aire huele como a jabón de lavar y a hierba limón. Hay un sofá redondo, blanco, como yo no he visto nunca, con muchos cojines, todos blancos y redondos. En un rincón, al lado de la pared, hay un árbol con muchos penachos de plata en las ramas, tan alto como un niño pequeño, todo decorado con estrellas, ángeles de cristal y bombillas de oro. Un árbol de Navidad, creo, recordando que Big Madam le pidió a Abu que comprara uno del mercado la semana pasada, solo que este de Tia es blanco y no verde. También hay flores en jarrones

de cristal transparente, cuatro jarrones con tarjetitas dentro, y, cuando miro una, veo que es del doctor para Tia. Parece que le gusta enviarle flores de amor todas las semanas.

En la pared hay dos dibujos. Uno de una mujer que lleva un vestido de ankara y otro de una cabeza de arcilla. No tiene ojos, esa cabeza. Solo agujeros donde tendrían que ir los ojos y la nariz y la boca. Y tiene marcas en la cara, rayas finas y largas dibujadas desde la frente hasta debajo de los ojos y la mandíbula. Como si alguien enfadado le hubiera arañado con uñas largas toda la cara.

—Conseguí esos cuadros en la Nikè Art Gallery. Un sitio increíble, en Lekki —dice, señalando el de la cabeza de arcilla—. Ese de las estrías es mi favorito. Es una pintura de la *Cabeza de Bronce de Ife*. Una obra maestra. ¿Te gusta el arte?

—He leído sobre él en el *Libro de hechos sobre Nigeria*, sobre cómo dejamos que los británicos nos robaran nuestro arte —digo—. ¿Dónde está esa sorpresa?

—Siéntate. Ponte cómoda. Enseguida vuelvo.

Me siento en el sofá. Tia vuelve con una bolsa de pantalones vaqueros.

—Ten —me dice con ojos muy abiertos y brillantes, sacando tres libros de la bolsa—. Te he comprado un regalo de Navidad tempranero, algunos de los mejores libros de gramática —dice—. Este de aquí se llama *Mejora tu inglés*. Le he echado una ojeada y es fantástico. Perfecto para ti. Los otros dos también son buenos, pero ponte primero con *Mejora tu inglés*.

Cojo los libros, noto el agua que me pica en los ojos.

—Gracias —digo—. Es muy amable, mucho.

—Y eso no es todo. —Se mete la mano en el bolsillo, saca un teléfono. Es fino, negro, y no es más grande que la mano de un niño pequeño—. Es el más sencillo que hay. Y perfecto para esconderlo y que no te lo vea tu señora. Le he cargado un poco de saldo…

No la dejo acabar. Me levanto de un salto y los tres libros se me caen de las rodillas y pegan en el suelo mientras le doy un abrazo.

—¡Gracias, Tia! —digo, apretándola fuerte, mientras ella se ríe—. ¡Gracias!

—No es nada, Adunni —dice cuando la suelto—. Estoy muy preocupada por lo que dijiste que pasó con el esposo de tu jefa. Cuando dijiste que él…, ya sabes, fue a tu habitación. ¿Al final has conseguido el cerrojo?

Digo que sí con la cabeza.

—Big Madam envió a un carpintero y ha puesto un cerrojo.

—Y ahora también tienes un teléfono. —Pulsa el teléfono y hace un ruido, como un njing, njing que me da cosquillas. Me río y ella se ríe también—. Te enseñaré cómo enviar un mensaje de texto. Te he metido mi número en la agenda con el nombre de «Tia». Es el único que tienes guardado en el teléfono. Si alguna vez estás en apuros, envíame un mensaje. Solo tienes que teclear una palabra: «AYUDA». Y yo intentaré ir a tu casa lo más rápido que pueda. También he metido algunas grabaciones de mi voz pronunciando ciertas palabras. Escúchalas.

Cojo el teléfono, le doy la vuelta en la mano, mis ojos no pueden creer que yo, Adunni, una niña pequeña del pueblo de Ikati, sea dueña de un móvil de teléfono. ¡Y antes que mi papá tenga uno! Mi corazón se hincha de gracias por ello.

—Tu señora no debe verlo, ¿de acuerdo?

—Eso, aunque no me lo hubiera avisado, el sentido común me lo habría dicho. ¿Tiene puesto Facebook? —pregunto, mirando otra vez el teléfono, como si fuera algo que acaba de caer del cielo y aterrizado en mi mano.

—No —contesta—. No puedo dejar que entres en internet hasta que no sepas exactamente lo que estás haciendo. Y… —se muerde el labio como si pensara profundo durante un momento—, si el esposo de tu señora intenta tocarte alguna vez, tú lucha contra él, ¿de acuerdo? Lucha con todas tus fuerzas. Y grita. Lucha y grita. Recuerda esas dos palabras, ¿entendido? Prométeme que lo harás.

Digo que sí con la cabeza.

—No ha vuelto a acercarse a mí desde aquella vez. —Sé que estoy contando una mentirijilla, pero no quiero que Tia le diga algo a Big Madam y haya una pelea. Tengo miedo de lo que puede pasarme si hay una pelea.

—Y, si vuelve a pasar, Dios no lo quiera, pero si ese malnacido se te acerca otra vez, haré que lo arresten y a la mierda las consecuencias. —Sopla aire por la nariz y la boca, guiñando los ojos rápido.

Siento que algo se me remueve en el pecho. ¿Por qué esta mujer es tan amable conmigo? ¿Qué ve en mí cuando yo misma a veces no veo nada? Lucho contra las lágrimas bobas y tozudas que me pican en los ojos, pero se escapan de todas formas.

—Ooh, no pretendía hacerte llorar —dice Tia, limpiándome con el dedo debajo del ojo izquierdo.

—¿Qué ve en mí, Tia?

Niega con la cabeza, me levanta las manos y me las pone como si fueran dos barrotes, de manera que puede mirarme la cara, a la Adunni real que está detrás de los barrotes. Parece que ella esté saliendo de sí misma y entrando en mi propia alma, en mi corazón.

—Dime, ¿qué es lo que más deseas en la vida? —me pregunta.

—Que mi mamá no esté muerta —digo con voz que se me rompe —. Que vuelva y que haga que todo sea mejor.

—Ya lo sé —dice con una sonrisa suave, triste—. Ya lo sé, pero ¿se te ocurre alguna otra cosa que desees?

—Ir a la escuela —digo—. Y, ahora, ganar la beca.

—¿Por qué es tan importante para ti, Adunni?

—Mi mamá decía que la educación me daría una voz. Yo quiero más que una voz, Tia. Quiero una voz fuerte —digo—. Quiero entrar en una habitación y que la gente me oiga antes de abrir la boca para hablar. Quiero vivir en esta vida y ayudar a mucha gente para que, cuando sea vieja y me muera, todavía viva en la gente que he ayudado. Piénselo, Tia. Si puedo ir a escuela y hacerme maestra, entonces puedo coger mi salario y a lo mejor hasta construir mi propia escuela en Ikati y enseñar a las niñas. Las niñas de mi pueblo no tienen mucha oportunidad de ir a escuela. Yo quiero cambiar eso, Tia, porque esas niñas crecerán y harán nacer más gente estupenda para que Nigeria sea más mejor que ahora.

Tia va diciendo que sí con la cabeza mientras hablo.

—Tú puedes hacerlo, sí —dice—. Dios te ha dado todo lo que necesitas para ser fabulosa, y eso está dentro de ti. —Me suelta las

manos, me señala el pecho con el dedo—. Dentro de tu mente, en tu corazón. Tú lo crees, sé que lo crees. Solo necesitas aferrarte a esa creencia y no soltarla nunca. Cuando te levantes cada día, quiero que recuerdes que mañana será mejor que hoy, que eres una persona de valía, que eres importante. Debes creerlo, pase lo que pase con la beca. ¿De acuerdo?

Miro fijo a los ojos de Tia, a donde hay algo de oro en el marrón de los globos, y mi corazón parece que se derrita. Sé que todo eso que dice sale de la bondad de su alma, pero no es tan fácil cuando naces en una vida sin dinero y de mucho sufrir; una vida que no has escogido tú. A veces deseo poder creer en una buena vida y que esa vida me venga como por magia, así por las buenas. Pero, a lo mejor, creerla en mi cabeza es el principio de todo, así que digo que sí con la cabeza; la muevo lenta, muy lenta, arriba y abajo mientras digo:

—Mañana será mejor que hoy. Soy alguien de valía.

—Maravilloso, Adunni. Simplemente maravilloso. —Tia está como llorando-riendo—. Ahora vámonos. —Me coge de la mano—. El coche está fuera. Vamos al mercado.

Un coche Toyota negro, Tia lo llama Uber, nos recoge delante de su verja.

El hombre que conduce, Michael, saluda con la cabeza y se sube el cuello de la camisa hasta la mandíbula cuando ve a Tia. Después tuerce el cuello a un lado y yo pienso que a lo mejor comió un poco de veneno antes de salir de casa esta mañana, porque se mueve como si tuviera mucho sufrimiento. Antes de arrancar el coche, nos mira por el espejo y se chupa los labios.

—Vaya, *miss* —dice—. Está usted que se rompe, ¿lo sabía?

Miro a Tia y no veo por dónde se está rompiendo.

Pero ella pone los ojos en blanco y dice:

—¿Puede hacer el favor de poner música de Wizkid o de Cool FM? —Porque ella «no está de humor hoy para charlar».

—Ookeey —dice el hombre—. Tampoco tiene por qué ponerme esos ojitos marrones en blanco.

Y pone la música y empieza a conducir. Conducimos en el tráfico durante una hora entera, subiendo por una carretera, luego bajando por esa carretera, entre filas y filas de coches que tocan el clason a cada minuto, hasta que el hombre gira por una calle con millones de millones de personas. Michael para el coche delante de una tienda roja de comida, Frankie's, con una foto en la entrada de tres pasteles rosas y un niño comiendo helado.

—Ookey, señoras —dice Michael—. Hasta aquí puedo llegar.

Bajamos del coche y, con otro saludo de cabeza, Michael se va.

—¿Por qué decía que sí con la cabeza y torcía el cuello? ¿Le pasa algo? —le pregunto a Tia mientras ella me coge la mano y empezamos a apretarnos entre los demasiados seres humanos del mercado.

—Estoy segura de que está bien —dice Tia, mirando a su alrededor—. Bien, ¿por dónde demonios empezamos?

Yo también miro alrededor, con una sensación como de mareo.

El mercado de Balogun es un trozo largo de calle lleno de muchísima gente y ruido. Creo que a lo mejor Dios empaquetó toda una ciudad en una maleta, viajó a esta calle, la abrió la maleta y dejó salir a la ciudad. Cada ruido del mundo parece que suene aquí, ahora mismo y todos a la vez: oigo el piip-piip de los coches, el beee de las cabras, el «Allah hu Akbar» y el «alabado sea el Señor» de los altavoces colgados en el edificio de una mezquita y de una iglesia que están pegadas una a otra.

Las campanas de los vendedores de comida, las bolas brillantes de *akara* y *puff-puff* en cajas de cristal que algunos llevan en la cabeza, las voces de los hombres y las mujeres y los niños que venden todo lo que se puede vender: bragas y sostenes y zapatos y helados y agua pura en una bolsa y gambas secas en un rollo de pan y pelucas de pelo y lo que sea, de todo. Desde donde estamos, la gente parece una alfombra de cabezas que navegan por el agua, como hormigas pequeñitas, millones de hormigas moviéndose por un camino.

Intento mirarme los pies, pero solo veo oscuridad, no hay espacio entre yo y Tia y la persona que tengo al lado, que me

aprieta y habla fuerte por teléfono sobre un «contenedor de China» y dice que no debe perderse.

—Agárrate fuerte a mí —creo que intenta decirme Tia, pero hay un altavoz encima de mi cabeza que se traga sus palabras anunciando a gritos en yoruba una hierba de medicina fuerte que cura el problema viril de los hombres.

También se ven coches en medio de la calle, taxis negros y amarillos del estado de Lagos, allí quietos, tocando el clason. Un hombre está aporreando el parabrisas de un coche, gritándole al conductor que si «¡mueve ya ese cacharro o qué, cabronazo!».

Los demás seguimos adelante, despacio, apretados contra la gente, oliendo olores diferentes de gente diferente: la sangre rancia del mes en las mujeres, peste a sudor, a perfume de flores muy fuerte, a incienso, a pan frito, a humo de *siga* y a pies sucios. Otras mujeres están sentadas debajo de sombrillas de colores, rosas, rojas, amarillas, blancas, colocadas en un lado de la calle, gritando a la gente que pasa para que se acerque a comprar «pescado fresco y dulce de coco y cabellos cien por cien humanos». Y otras siguen caminando con nosotras, cargadas con bandejas de esto o aquello en la cabeza.

—¿Adónde vamos? —le grito a Tia, mientras un hombre que sale de la nada me quita la mano de la de Tia y me grita en la oreja:

—Chica guapa, ven conmigo, ven y compra *leggins* dorados, los originales.

Me suelto de su mano y otro hombre, uno con camiseta rosa llena de agujeros y gafas de sol negras en la cara, me pone un pequeño abanico blanco contra el pecho:

—Compra brisa fresca. Brisa original para que el aire se lleve tus problemas. ¿Cien naira por cinco minutos?

Yo digo que no con la cabeza y me agarro otra vez fuerte a Tia, con el corazón golpeándome en el pecho por cada cosa y cada persona que veo.

Al pasar por un puesto de zapatos de cuero y de goma y de todas clases, amontonados hasta arriba del todo de la tienda, una mujer con un cuenco lleno de botellas en la cabeza me pone en las mejillas un cubito de hielo que me hace brincar y me dice:

—Agua fría. Muy helada, muy pura. —Levanta una mano, saca una Coca-Cola del cuenco de la cabeza y me la pone en el pecho—. ¿O quieres Coca-Cola? Tenemos Mirinda, 7 Up. ¿Qué prefieres?

Hay edificios a la izquierda y a la derecha, pero todos están tapados con cosas que cuelgan de las ventanas: pantalones y camisetas y trajes, cables grises de teléfono que cruzan por encima de nuestra cabeza de un edificio a otro, enredándose en todos los letreros de la iglesia y la mezquita y la hierba del problema viril.

Tia sigue caminando, agarrándome la mano.

—Giraremos a la izquierda al llegar al puesto del pescadero —grita—. ¡Esto es una locura!

No tengo la sensación de que avancemos.

Me parece como si el montón de gente fuera una máquina en movimiento que me lleva flotando con las otras personas, hasta que giramos a la izquierda y entonces no hay tanta gente como en la primera calle. Esta otra es un tramo largo de gente que vende cuentas y telas de ankara y, antes que pueda preguntarle a Tia si este es el lugar bueno para pararnos, un hombre en camiseta negra donde pone «PRANDA» le sonríe a Tia, le pone unas cuentas rojas gigantes en el cuello y dice:

—Señora, tenemos todo lo que quiera. ¿Qué prefiere?

—¡Por Dios santo! —dice Tia, pasándose la mano por la frente—. Solo busco una tela.

—Tenemos también camisetas de diseño —dice el hombre, mientras se agacha hacia un cuenco que tiene en los pies y coge una camiseta blanca—. Muy originales. Totalmente nuevas. —Extiende la camiseta y Tia lee la palabra que tiene escrita, «Guccshi», y luego dice que no con la cabeza y empieza a alejarse.

—Busco ankara auténtica —dice—. Solo he venido por eso.

—Pero dentro tenemos bolsos *channel* —dice el hombre, tirándome de la mano con las suyas, calientes y sudadas.

—¿Por qué no va a la tienda de Big Madam? —le pregunto a Tia mientras me suelto de la mano del hombre—. Nunca he visto nada como esto en mi vida. ¿Es esto Lagos?

En Ikati, el mercado es cuatro veces más pequeño y todos están tranquilos, todos se conocen y hablan en paz.

—Sí, esto es Lagos —dice Tia con una risa cansada—. Las telas de Florence son caras de narices. Por aquí.

Saltamos una alcantarilla apestosa de la calle, llena de agua negra con pescaditos-rana que nadan entre *siga* mojada y papel de váter y de periódicos. Cruzamos al otro lado de la calle, donde hay otra fila de tiendas llenas de telas.

—¡Por fin! —dice Tia cuando llegamos a un puesto pequeño como un lavabo, con una pared de ankaras de colores plegadas que cuelgan del techo al suelo. La mujer de la tienda, redonda como un tambor, canta en yoruba una canción mientras pliega una tela por la mitad, pero al vernos la deja y señala la pared de telas que tiene detrás.

—Bienvenida, mamita —le dice a Tia—. Tenemos Woodin, ABC Wax, New Satin, lo que desee. Todo original. Puede lavarlo todo lo que quiera y no cambiará. Vea esta. Es lo último. —Saca una pieza de ankara de dibujos amarillos y verdes y se la pone a Tia en la mano.

—Es increíble —dice Tia, hablando en su inglés claro y limpio—. Qué suave. Simplemente exquisita. ¿Podría llevarme unas tres de estas? ¿Unos cinco metros y medio de cada? Quiero hacer sábanas y fundas de almohada para las habitaciones de los invitados.

—Mamita de Londres —le dice la mujer a Tia—. Para usted, cinco metros y medio serán seis mil naira. ¿Quiere tres? Pues tengo tres. Siéntese, siéntese. Se las pondré en una bolsa de nailon de Londres.

Ver cómo se iluminan los ojos de Tia al mirar la tela me hace echar de menos de repente a mi amiga Enitan. Ella también tenía siempre una luz en los ojos cuando veía en el mercado un color nuevo de lápiz de ojos o un pintalabios. Lo único es que, la mayoría de las veces, Enitan no tenía dinero para comprar nada, así que solo mirábamos los maquillajes, nos reíamos y seguíamos andando. Tia tiene todo el dinero y puede comprar cosas que ni siquiera necesita y, a veces, como hoy, me pregunto sobre Enitan y Tia, por lo diferentes que son las dos y por cómo Tia y yo somos amigas, pero no de la misma forma que yo y Enitan.

—¡Adunni! —Tia me guiña un ojo y yo digo que sí con la cabeza, y entonces busco todos los recuerdos de cuando mi mamá me

enseñaba a discutir un precio con las mujeres del mercado de Ikati.

—Ni hablar —digo en yoruba a la vendedora—. ¿Seis mil naira por cinco metros y medio? Dios no lo quiera. Es demasiado caro. Nos la puede vender por tres mil.

—Cuatro mil quinientos. Última oferta —dice la mujer, quitándole la tela a Tia como si ella la hubiera insultado—. Es la tela original, lo último.

Le sonrío a la vendedora, digo:

—Mamita, como su hija se lo digo. Si nos la vende por tres mil, volveré aquí con ella la semana que viene y le compraremos mucho. Hemos venido de muy lejos con este sol tan fuerte. Coja las tres mil que le damos. Por favor.

La mujer suspira. Dice:

—A ver ese dinero.

Me vuelvo hacia Tia.

—Cogerá tres mil. Páguele.

Tia se ríe. Dice:

—Adunni, para eso exactamente te he traído conmigo.

Dos horas después tengo las piernas hinchadas.

Noto la cabeza como un balón de fútbol ardiendo. Tengo la garganta seca, la lengua pegada. Tia sigue comprando como si le hubieran echado una maldición, comprando esto y aquello, haciendo que yo rebaje el precio hasta que tengo la boca demasiado seca para seguir hablando. Está muy emocionada, muy contenta al ver cómo le ahorro dinero, y, cada vez que terminamos con un vendedor, aplaude y dice:

—¡Eres genial! ¡Esto tenemos que repetirlo!

Nos vamos del mercado cuando el sol ya está bajo y el cielo se vuelve naranja. Caminamos despacio, Tia arrastrando los pies y las bolsas de nailon llenas de compras (no quiere que yo le lleve nada; dice que las dos manos le funcionan bien), hasta que nos encontramos delante del Frankie’s Fast Food, donde Michael nos ha dejado al empezar la tarde.

—¿Te apetece comer algo? —pregunta Tia.

—Sí, señora —digo, chupándome los labios—. La hambre que tengo es de morirse.

—«El hambre», Adunni. Y sería mejor decir «me muero de hambre».

¿Cómo puede pensar en corregirme con este sol que quema y después de tanto caminar?

Entramos en el local fresco y con aire condicionado y yo elijo el tercer asiento después de la puerta. Me meto en el asiento de cojín de cuero rojo que parece el banco de un hombre rico, con una mesa alta de madera en medio y cuadros de empanadas de carne gigantes y rollos de salchicha y ronchas de huevo duro en las paredes de mi izquierda.

—Pediré algo para las dos —dice Tia; deja las bolsas de la compra y se aleja.

Vuelve un poco después y pone en la mesa una bandeja llena de empanadas de carne, rollos de salchicha, pastelillos amarillos y zumo de naranja.

—Me lo he pasado bomba —dice, deslizándose a mi lado—. Tenemos que repetirlo. Una vez más, a lo mejor después del baño. Le pediré a Ken que hable con Florence. Venga, come algo.

Miro la comida, trago saliva. Creo que no he comido nada igual en toda mi vida y pienso que ojalá estuvieran Kayus y Enitan aquí conmigo, comiendo toda esta comida, riendo y hablando. Esa idea me viene rápida, me tira el ánimo abajo.

—Esto es demasiado —digo, esforzándome por sonreír y poner otra vez arriba el ánimo—. Demasiada comida.

—Bueno, te morías de hambre. Así que a comer.

Pruebo la empanada, cierro los ojos mientras los dientes se hunden profundo en el pan y lo rompen, mientras la sopa espesa y caliente de carne y patata se sale del pan y se me deshace en la lengua.

Cuando abro los ojos, Tia está mirándome, sonriendo.

—Hoy, desde luego, has estado brillante —dice—. Regateando con tanta confianza con esas mujeres. —Encojo los hombros, cojo un rollo de salchicha, lo muerdo—. Mi mamá vuelve a estar mal —dice mientras coge un tenedor y un cuchillo y empieza a cortar el

pastel en daditos. Pincha uno con el tenedor, se lo come—. La semana que viene me voy a Port Harcourt. Pasaré allí las Navidades y Año Nuevo. Ya hemos rellenado la solicitud y te he escrito referencias e imprimido la otra documentación que piden para avalarte. Ahora solo necesitamos la redacción. Adunni, tienes que escribirla muy pronto. ¿Puedes trabajar en ella durante los próximos dos días y traerla a mi casa?

—Lo intentaré —digo. La verdad es que he estado esperando un momento bueno para coger el bolígrafo y escribirla, empujando ese día para más y más adelante, con miedo de no saber qué decir o cómo hacer que sea mejor.

—Procura hacer una letra clara y usar un buen bolígrafo. Cuando termines, doblas la hoja y la pasas por debajo de mi verja. Yo misma la llevaré a las oficinas de la Ocean Oil para asegurarme de que se entrega antes de irme a Port Harcourt. ¿Puedes traerla dentro de dos días?

Como no contesto, me coge la mano y me la aprieta.

—¿Tienes miedo?

—Un poco —digo, limpiándome las migas de la boca—. Tengo miedo de qué escribir.

—Lo que escribas, que te salga del alma —dice—. Escribe tu verdad. Que te salga…

Me suelta la mano, deja de hablar. Sus ojos están en la puerta giratoria de entrada, la cara asustada. Le sigo los ojos, veo lo que ella ve: a Mujer Flaca, la de la reunión de la AEWR. Lleva un traje inglés negro, pero con falda, y la chaqueta tiene el cuello como si estuviera a punto de salir volando.

—¡Mierda! —dice Tia; lo susurra—. Es Titi Benson. Agáchate, Adunni. Rápido. Esa cotorra viene hacia aquí.

—¿Una cotorra? —digo, mirando alrededor—. ¿Dentro del restaurante?

—Métete debajo de la mesa —dice, hablando entre los dientes—. ¡Ya!

Me agacho debajo de la mesa, me escondo entre las bolsas de la compra con el corazón latiéndome rápido.

Mujer Flaca, con piernas como hilos, camina hacia nuestra mesa y yo no entiendo cómo esas piernas no se parten en dos con lo deprisa que camina en los zapatos de tacón alto.

—Tia Dada —dice, y se para en nuestra mesa con su olor a perfume caro que se traga el olor de mi empanada de carne y mi salchicha—. ¿Qué estás haciendo en el mercado de Balogun? Déjame adivinar: ¿haciendo un reportaje de la contaminación en esta zona?

—Titi —dice Tia, con la voz como si tuviera un ladrillo en la garganta en vez del pastel—. Me alegro de verte. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —contesta Titi—. Ahí hay mucha comida. ¿Estás esperando a alguien?

—Sí —dice Tia, luego se ríe con una risa dolorosa—. No. Es toda mía. Estoy muerta de hambre. Ya ves qué cosas.

—Ah, así que muerta de hambre… —dice Titi con voz de golpe cantarina—. ¿Estás tratando de decirnos algo? ¿Hay un bollo en el horno? ¿De cuánto…?

—Me encanta ese bolso —la corta Tia—. Es muy chic.

—Ya lo sé —dice Titi, acariciando con la mano la caja azul que es el bolso, colgado del hombro con una cadena gruesa y dorada. Hay dos letras *C* doradas que se cruzan en el cierre del bolso y parece muy caro, igual que sus zapatos negros.

—¿Sabes que tengo a este muchacho desde hace tres años ya? —dice. Puedo oír la sonrisa en su voz. Como si estuviera orgullosa del muchacho, que es su bolso—. Esta piel de becerro es absolutamente maravillosa. Oye, y tu bolso es una monada. ¿Italiano?

El bolso de Tia tiene forma como de medio triángulo y está hecho de piel negra y rosa con una aguja dorada de botón.

—Mi bolso es nigeriano —dice Tia—. Casi siempre llevo marcas nigerianas.

—Bueno, la verdad es que con Chanel no te puedes equivocar. En fin, que llego tarde a una reunión del consejo del First Bank de Broad Street. No he podido resistirme a hacer una paradita para tomar la empanada de carne de Frankie's. Desde luego, es mejor que esa porquería de ensalada que el director del banco nos pide

para las reuniones del consejo. ¡Qué deprimente! Tengo que irme corriendo. Recuerdos a Kenneth. Cuídate mucho, pero mucho, ¡tú y el bollo! ¡Chao, chao!

La mujer se aleja, con los zapatos que le hacen clac, clac en el suelo.

Espero otros seis o siete minutos, hasta que Tia pone la mano debajo de la mesa y me hace señal de salir.

—¿Por qué me estoy escondiendo? —digo cuando salgo y me estiro la espalda—. Big Madam sabe que he ido contigo al mercado. ¿Y por qué esa mujer te pregunta por un bollo que hay en el horno? ¡Solo piensa en comer!

—Florence sabe que vamos al mercado —dice Tia con voz cansada—. Pero no sabe que te llevo a comer. No sabe lo unidas que estamos ni que te he estado ayudando. Si Titi te hubiera visto, comiendo aquí, a mi lado, habría hecho preguntas. Por tu propio bien, nadie puede enterarse de lo unidas que estamos. Todavía no. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo —digo, cogiendo mi empanada de carne y maldiciendo a Mujer Flaca en mi cabeza, por hacer que mi empanada se haya puesto fría y dura.

Esa noche, cuando entro en la casa y veo que Big Madam no ha vuelto de la tienda, termino rápido mis tareas y me voy a mi habitación. Aunque todo mi cuerpo está cansado y los ojos me piden dormir, cojo papel y boli y pruebo a escribir la redacción.

Al principio escribo cualquier cosa: cómo me llamo, dónde me parió mi mamá, que mi papá y mis hermanos viven en Ikati. Cuento la historia de una vida con poco dinero, pero con mucha felicidad; me invento todas las cosas buenas que puedo inventar en mi cabeza, pero cuando termino de escribir y leo, la barriga se me pone mala. Está tan lleno de mentiras que el papel parece como hinchado, a punto de explotar.

«Escribe tu verdad —ha dicho Tia—. Tu verdad».

Rompo el papel en pedazos y los tiro al suelo. Después nado profundo en el río de mi alma, encuentro el sitio donde está la llave,

muy oxidada, en el fondo, y abro la cerradura. Me arrodillo al lado de la cama, cierro los ojos, me vuelvo una taza y echo en ella los recuerdos que saco de mí.

Escribo sobre Morufu y sobre lo que me hizo cuando se bebió el Fuego Explosivo. Sobre Khadija y cómo murió y que yo me escapé. Sobre papá. Sobre mamá y Kayus y Born-boy. Le digo a la escuela que la beca es mi vida. Que la necesito para vivir, para convertirme en una persona de valía. Les digo que la necesito para poder cambiar las cosas, para ayudar a otras chicas como yo. Y, al final, les digo que tengo un amor profundo por Nigeria, aunque mi vida en este país ha estado llena de sufrimiento. Añado tres de los hechos sobre Nigeria más interesantes que me sé y, cuando acabo de escribir, me siento débil, como si acabara de nadar un océano enorme con la mitad de mi cuerpo: una mano, una pierna, un agujero de la nariz.

Intento pensar en un buen título para la redacción, algo que se pegue, pero no me vienen más palabras a la cabeza. Mi cerebro ya no tiene fuerza para pensar, así que uso el primer título que viene a mi mente cansada.

La redacción de la historia verdadera de mí misma, por Adunni, la chica con la voz fuerte.

Y lo primero que hago por la mañana, antes que el miedo me haga cambiar de opinión y escribir otra redacción diferente y antes que nadie esté despierto, es correr a la casa de Tia y pasar la redacción, doblada como un rectángulo, por debajo de su verja.



CAPÍTULO 42

Hecho: Muhammadu Buhari fue jefe de Estado de Nigeria entre 1983 y 1985. En 1984 promulgó la llamada «guerra contra la indisciplina», un conjunto de normas que se recuerdan por su vulneración de los derechos humanos y sus restricciones a la libertad de prensa.

La Navidad viene y se va como un viento fuerte que no hace ruido.

Big Madam y Big Daddy salen todos los días hasta el día de Año Nuevo, visitando a todo el mundo y volviendo tarde a casa, cansados, borrachos y oliendo a arroz *jollof*, carne frita y alcohol. Kofi se vuelve a Ghana por Navidad a ver a su esposa y sus hijos, y yo me quedo en la casa, limpiando, lavando ropa, leyendo libros en la biblioteca cuando puedo y recordando las Navidades en Ikati con una pizca de tristeza en mi alma, pensando que todos se reunirán en la plaza del pueblo y tirarán petardos y beberán *zobo* y comerán chocolatinas hasta tarde en la noche.

Hoy es el primer día de trabajo del año 2015 y Big Madam dice que tengo que ir con ella a la tienda, porque la chica dependienta se ha ido a su pueblo y ella necesita que la ayude. Ahora estamos en el coche. Estoy sentada delante y Abu conduce entre el tráfico, moviendo arriba y abajo la cabeza mientras oye las noticias de la radio en lengua hausa a poco volumen.

Big Madam está en el asiento de atrás, hablando por teléfono con su amiga Caroline.

—Sería terrible —está diciendo—. Si Buhari gana las elecciones, los nigerianos no tienen ni idea de lo que se les viene encima. ¡Ni idea! Ese hombre tiene unos planes terroríficos. ¿Te acuerdas de lo que pasamos en los ochenta? ¿Cómo la gente perdió el trabajo por la guerra contra la indisciplina? A mí, una vez, sus demoníacos soldados me dieron de porrazos cuando estaba esperando un autobús en Obalende, en 1984. ¡Quién sabe lo que puede pasar si gana! Sé de al menos tres clientes míos que han prometido largarse del país, exiliarse voluntariamente. ¿Por qué esperar a que nos caiga encima esta tragedia? Es una pesadilla. Estamos condenados. Tenemos que convocar una reunión de la Asociación de Vendedores de Telas de Lagos para asegurarnos de que las mujeres de nuestra zona puedan convencer a nuestra gente de que no le voten.

Me giro a mirarla para oír lo que dice de Buhari, porque me gusta aprender cosas nuevas. Está diciendo que sí con la cabeza, arriba y abajo, mientras habla.

—Te entiendo, Caroline. Te entiendo. Pero no veo en qué puede eso beneficiarnos. Ese hombre puede hacer leyes que afecten a mi negocio. El noventa por ciento de mis ingresos proviene de vender telas para bodas, funerales, compromisos… Ja. Será un desastre si la gente empieza a gastar menos en telas. Un auténtico desastre. —Me pilla mirándola y dice—: Espera, un momento, un momento.

Antes de que pueda girarme rápido, me pega en un lado de la cabeza con el dedo en el que lleva un anillo de oro. Siento el dolor en el centro del cerebro.

—¿Puedes mirar a la carretera y dejar de escuchar mi conversación? Idiota.

La oigo sacar algo del bolso, algo que tintinea como un manojo de llaves. Lo arroja al asiento delantero. No me da; cae en el suelo al lado de los pies de Abu, donde están los pedales del coche. Abu me mira de reojo; después mira hacia delante y sigue conduciendo como si nada hubiera pasado.

Big Madam sigue hablando por teléfono.

—Perdona, Caroline. Adunni estaba escuchando la conversación. ¿Te imaginas, esa idiota abandonada de Dios? No, se viene conmigo a la tienda. Glory se fue a casa por Navidad y se ha negado a volver.

Adunni me ayudará hoy mientras espero a una sustituta para la tienda. Bueno, como te decía, he encontrado un crucero con todo incluido que creo que te encantaría. Mi maravilloso Jefe me financiará, como de costumbre. No, no es el Royal Caribbean… Ya hablaremos de eso después. ¿Estás muy lejos? Vale, no está lejos. En Awolowo Road no hay tráfico, así que supongo que te veo pronto. Hasta luego.

Me froto la cabeza, noto lágrimas calientes que me queman los ojos. Sé lo que significa «abandonada», sé lo que significa cuando alguien te deja que te las arregles sola, cuando no eres útil a nadie. Un desperdicio inútil.

Pero yo no soy un desperdicio inútil; soy Adunni. Una persona importante, porque mi mañana será mejor que hoy. Me hablo a mí misma como he hecho cada día desde que Tia empezó a enseñarme, hasta que Abu gira el coche hacia la verja de la tienda de Big Madam.

Los escalones que suben a la tienda de Big Madam son de mármol blanco y metida dentro de cada escalón hay una bombilla de luz blanca que nos hace brillar los pies.

El piso más alto es una habitación tan grande como su salón y yo miro a todas partes, guiñando los ojos porque todo brilla mucho y es una maravilla. El aire es frío por el aire condicionado y huele a perfume y a dinero.

No hay ruidos de coches ni de las mujeres del mercado. Ni tampoco gente que huele mal. Solo se ven estantes de cristal, filas de estantes desde el suelo hasta el techo, como una pared de cristal que rodea toda la habitación. Dentro de cada cristal hay una escalera pequeña, debajo de una bombilla redonda de luz blanca muy fuerte. Y hay telas, las más bonitas que he visto en mi vida, plegadas en cada estante de la escalera. Telas con flores, cientos de telas, como si Big Madam hubiera arrancado un jardín de flores y lo hubiera plegado en forma de tela para vender. Otras tienen piedras, muy brillantes y de colores diferentes, moradas, rosas, rojas, azules, blancas, negras, hasta de colores que no tienen nombre. Hay una de

red, otra de material como de cortina, pesada según parece, otra como una esponja, gruesa y apretada. Cuento dieciséis bombillas metidas dentro del techo, redondas como ojos de luz, todas en su cajita de metal de plata.

Los mismos muñecos que cuando el señor Kola me señaló la tienda, los dos muñecos desnudos, están todavía detrás del escaparate. Un mar de lazos blancos les rodea los pies y cada uno tiene al lado un florero hecho de trenzado para cestas y lleno de flores amarillas secas.

En el medio de la tienda hay un sillón morado con patas doradas y el cojín de la espalda un poco doblado. Al lado del sillón, en una mesa de cristal, hay revistas ordenadas como si fueran un abanico abierto, y llego a ver el título de la revista de arriba: *Genevieve Magazine*. En la portada hay una foto de tres actrices de Nollywood; parecen ricas y felices.

—Deja mi bolso en la caja registradora —dice Big Madam, señalando el estante de cristal de mi izquierda, donde hay un ordenador pequeño al lado de un boli y un cuaderno. Detrás del estante hay una silla, alta y con el asiento redondo. También hay una tele en la pared, plana, como las de la casa de Big Madam.

Dejo su bolso, espero a que me diga qué hacer.

—Mi almacén está detrás de esa puerta —dice Big Madam, sentándose en el sofá morado y quitándose de una patada los zapatos también morados—. No creo que esté cerrado. Abre y en el suelo verás una bolsa llena de telas. Tráemela.

—Sí, señora —digo, y abro la puerta que tengo detrás. Giro el picaporte dorado, guiño los ojos en la oscuridad del almacén. Está tan oscuro que casi no veo, pero distingo filas y filas de escaleras llenas de telas de encaje, demasiadas para contarlas y hasta tan lejos que no se ve el final. Cojo la bolsa de nailon que hay detrás de la puerta y cierro.

Cuando vuelvo a entrar en la tienda, veo a Caroline. Lleva unos vaqueros azules que parecen demasiado apretados, con una camiseta dorada que solo llega hasta la barriga. Lleva también zapatos de tacones altos en los pies, rosas y con una punta afilada. Hoy no tiene los ojos verdes, sino del marrón dorado de la miel.

¿Cómo puede cambiarse el color de los ojos? ¿O es que lleva una gafa especial dentro de los ojos?

En la cabeza se ha enrollado un pañuelo rojo y, cuando hace un gesto de cabeza para saludarme con una sonrisa rápida, los dos pendientes enormes y redondos de las orejas le bailan arriba y abajo.

—¿Es este mi guipur? —dice, arrancándome la bolsa de la mano y mirando dentro—. Florence, ¿me has dado el mejor de tu colección? Quiero hacerme un vestido de cintura marcada para alguien especial.

Big Madam se ríe como un caballo.

—¿Y quién es esa persona tan especial, eh? Ah, mujer, el día que tu esposo te pille, yo no le rogaré que te acepte de nuevo.

—No es culpa mía que siempre esté fuera del país —comenta, mientras saca la tela y la extiende, el encaje desparramado por el suelo como una enorme ola roja, con las piedras de la tela que parpadalean bajo las luces brillantes—. Hoy está en Arabia Saudí, mañana en Kuwait; siempre buscando dólares. Una mujer necesita un hombre que le caliente la cama.

—Ya entiendo —dice Big Madam—. ¿Quién te va a hacer el vestido?

—House of Funke —contesta Caroline—. Florence, ah, este guipur es fantástico. ¡El burdeos es tan vivo! Mira el estampado de los bordes, Dios mío. ¿Para mí cuánto es?

—Ciento cincuenta mil —dice Big Madam, cogiendo la revista de la mesa y abanicándose con ella—. Para ti y para todo el mundo. ¿Necesitas los cinco metros y medio?

—Estoy pensando en hacerme un vestido *midi* —dice Caroline, hablándole a la tela—. Así que con tres metros debería bastar. Me muero por ver la magia de Funke en el escote. ¡Quizá le añada más pedrería, porque lo quiero lujoso de morirse!

—Ese nuevo hombre debe de ser especial —dice Big Madam, bostezando—. Mira qué sonrisa tienes.

Y Caroline:

—Florence, ciento cincuenta mil es demasiado. Rebájame cincuenta mil, por favor. Enviaré a Adunni a mi coche para que te

traiga el dinero ya mismo.

—¿Que te rebaje qué? —Big Madam deja de golpe la revista; se sienta recta—. Estamos hablando de encaje suizo, Caro. ¿O es que no lo vale tu nuevo hombre? De hecho, acabo de recibir un nuevo brocado. El bordado es de lujo. Te encantará. Ya te veo haciéndote un mono con él, quizá para otra cita con él. Es de un color dorado champán maravilloso y tengo el turbante de terciopelo perfecto para combinar. La esposa del gobernador me acaba de llamar por teléfono. Quiere tres metros para una comida especial en la embajada de Estados Unidos. ¿Lo traigo para que lo veas?

Miro a Big Madam, preguntándome cuándo ha hablado ella ahora mismo con una esposa de gobernador, pero su cara está seria.

—¡Florence! —Caroline sacude la cabeza riéndose—. Vas a hacer que me arruine. Te lo juro. ¿Te quedan existencias de ese turbante? —Se vuelve hacia mí—. Adunni, corre abajo. Verás mi coche en el aparcamiento. Sentada delante está mi doncella. Se llama Chisom. Dile que te dé mi bolso y me lo traes aquí.

Cuando me giro para irme, Big Madam está diciendo:

—Antes de que me olvide: hay un tul turquesa que me parece que te encantaría…

Las cuatro puertas del Jeep negro de Caroline están abiertas del todo.

Hay una chica sentada en el asiento de delante, hablando por un teléfono móvil que sujeta entre la oreja y el hombro. Dice que sí con la cabeza al teléfono, también se ríe, mientras coge una cucharada llena de arroz *jollof* de un cuenco que tiene en las rodillas y se la come.

El chófer, un hombre con una gorra negra que le tapa la cara, está durmiendo en el asiento del conductor, que ha tumbado hasta abajo del todo. Tiene las dos piernas subidas, en el espacio que hay entre el volante y la puerta abierta. Ni se mueve cuando me acerco al coche.

—Hola —digo, mirando a la chica y apretándome una mano contra la barriga para callar el ruido de hambre que suena dentro—.

¿Eres la doncella de la señora Caroline?

No tiene nada de pinta de doncella. Lleva el pelo lleno de trenzas gordas muy bien hechas, hasta la espalda. El vestido, de color amarillo y rosa brillante con estampado de pájaros en un árbol, no se parece en nada al mío. No le veo los pies, pero los dedos con los que sujeta la cuchara tienen las uñas de un rosa igual al del vestido.

—Te llamaré luego —le dice al teléfono.

—¿O eres su hija? —pregunto. A lo mejor es la hija de Caroline. Parece su hija, se viste como una hija. Y habla también como una hija.

—Hola —me dice.

—Busco a Chisom —digo—. La doncella de la señora Caroline. Me ha dicho que le suba el bolso a la tienda.

—Chisom soy yo —dice, mirándome de arriba abajo—. ¿Eres la doncella de Big Madam?

—Sí —digo—. Me ha dicho que le suba el bolso.

—Claro —dice la chica, y se gira hacia el asiento trasero, coge un bolso negro de piel con enormes letras *L* y *V* estampadas por todos lados y me lo da—. ¿Cómo te llamas? —me pregunta mientras cojo el bolso.

—Adunni.

Me trago la saliva caliente de la boca mientras la miro. Ella coge la tapa de plástico del cuenco de arroz *jollof* y la pone en el cuenco, cubriendo el arroz y la carne frita.

—*Bia*, Adunni, ¿por qué estás tan flacucha? —Me mira un momento, luego al cuenco, después se ríe—. ¿Quieres el arroz que me ha sobrado?

Quito los ojos del cuenco. No puedo coger ese arroz porque Big Madam me pegaría. Pero a lo mejor puedo buscar un rincón para comérmelo rápido, ¿no?

—Rebecca siempre tenía hambre —dice Chisom. Pega un golpe en la tapa para cerrar bien el arroz y me pone el cuenco en la cara —. Toma mi comida. Mi señora me comprará más.

—¿Conoces a Rebecca? —Abro mucho los ojos, olvidándome del hambre y del arroz—. ¿Cómo es que la conoces? ¿Sabes qué le pasó? ¿Era del pueblo de Agan?

Chisom encoge los hombros.

—Hablaba a menudo de Agan, sí —dice—. Ella y yo no nos conocíamos mucho, así que no sé si era de allí, pero siempre que la veía aquí le daba comida. Después, un día, ya no apareció más.

—¿Cuándo dejó de venir a la tienda? —le pregunto.

Chisom lo piensa un momento.

—Puede que más o menos cuando empezó a ponerse gorda. Antes estaba muy flaca. Como tú.

—¿Se estaba poniendo gorda? —El corazón empieza a latirme deprisa y pienso en las cuentas que guardo debajo de mi almohada. A lo mejor se las quitó porque se estaba poniendo gorda, pero las cuentas están en un cordel elástico, así que podría estirarlo más y más y no tendría por qué quitárselas. Suspiro—. Chisom, ¿te dijo ella…?

—¡Adunni! —grita Big Madam desde el piso de arriba—. ¿El bolso de Caroline está en Arabia Saudí o qué? ¿Tienes que pedir un visado para que te lo den, *ehn*? Si me haces bajar a buscarte, te…

—Ya voy, señora —grito antes de que Big Madam termine la frase.

Me giro rápido y casi me caigo al correr a las escaleras. Y, justo antes de empezar a subir, miro atrás y veo a Chisom riéndose, sacudiendo la cabeza mientras me mira.

—Su tienda es muy linda, señora —le digo a Big Madam cuando nos vamos y Abu está conduciendo por un puente corto—. Tan enorme y bonita.

Mi barriga tiene mucha hambre y, si dejo la boca cerrada mucho tiempo, empieza a echar un olor malo, así que sigo hablando, aunque Big Madam está sentada en el asiento de atrás, respirando fuerte y sin responderme.

—Parece el cielo —continúo—. Con todas esas luces que brillan tan bonitas. Y el olor también, como perfume. ¿Y las telas? ¡Qué caras, qué bonitas!

Abu me mira de reojo, como si se preguntara si estoy loca, pero yo sigo hablando.

—Y toda esa gente que va a su tienda y que llama por teléfono, personas de Nigeria muy importantes. Sus hijos tienen que estar muy orgullosos de su madre. —Y entonces me callo.

Cuando Abu está girando hacia la calle que lleva a la casa, Big Madam dice:

—¿De verdad lo crees?

Al principio, no sé bien si me habla a mí, así que susurro la respuesta. Digo:

—Sí que lo creo.

Big Madam se ríe. Una risa verdadera. Me giro a mirarla en el asiento trasero. Está sonriendo. ¡A mí! ¡Conmigo!

—Es usted muy buena vendiéndoles a todos —digo, olvidándome del hambre y de Chisom y de todo lo que me preocupaba antes—. Todos esos clientes que han ido hoy, a todos les ha vendido algo, ha ganado su buen dinero. Hace que parezca fácil el negocio. De verdad, señora, si alguna vez quiero vender ropa, quiero vender igual que usted.

—¿Igual que yo? —Big Madam se aprieta los dedos llenos de anillos contra el pecho y se ríe otra vez, y sus ojos, que estaban rojos y cansados, ahora iluminan todo el coche—. Adunni, yo empecé mi negocio de cero —dice, empujándose en el asiento para inclinarse hacia delante—. Hace quince años estaba vendiendo telas baratas que llevaba en el maletero, yendo de un sitio a otro, buscando clientes. No nací rica. He trabajado mucho para tener éxito. He luchado para ello. No fue fácil, sobre todo porque mi marido, Jefe, no tenía trabajo. Si quieres hacer negocios como yo, Adunni, tendrás que trabajar mucho. Superar todos los obstáculos que la vida te ponga en medio. Y nunca, jamás, renunciar a tus sueños. ¿Entiendes?

Digo que sí con la cabeza. No dejo de mirarla. Siento que compartimos algo, yo y ella. Algo cálido, fuerte, como el abrazo de un viejo amigo.

Entonces Abu toca el clason, piip, y Big Madam guiña los ojos y mira alrededor.

—Ah, ¿ya estamos en casa? Adunni, ¿qué haces ahí mirándome como un pasmarote? Sal volando de este coche y métete en la casa

antes de que te arranque la cabeza. ¡Idiota!

Me bajo del coche, me tropiezo y caigo encima de todo lo que acabamos de compartir: la mirada cálida, la sonrisa rápida, la esperanza de que ella pueda ser amable conmigo alguna vez; y corro para meterme enseguida en la casa.



CAPÍTULO 43

Hecho: Nigeria posee la población cristiana más numerosa de África. Un solo servicio religioso puede llegar a reunir a más de 200 000 feligreses.

Buhari ganó las elecciones.

Kofi se puso a bailar como si él y Buhari tuvieran la misma madre y el mismo padre.

—El cambio ha llegado —dijo, cuando la tele lo anunció la semana pasada, quitándose el gorro blanco de la cabeza, tirándolo al aire y volviéndolo a coger entre risas—. ¡El cambio ha llegado! ¡Ahora Nigeria va a prosperar! ¡Es lo que estábamos esperando!

Papá siempre seguía las noticias de las elecciones, y ahora me pregunto, con una pizca de tristeza en el corazón, si también él se puso a bailar al oír la noticia, y si todavía piensa en mí.

Pero Big Madam nunca ha estado más enfadada. Maldijo y maldijo a Buhari sin parar, tanto que tengo miedo de que el hombre se caiga muerto cualquier día de estos. Ella dice que es un hechicero, que no sabe inglés. Eso me hace pensar que, si él no sabe inglés y es presidente, ¿no podría ser también Adunni presidenta algún día?

Hoy es el primer domingo de abril y vamos a la iglesia de Big Madam para el servicio religioso especial de Acción de Gracias de las Mujeres Empresarias. Me ha dicho que la acompañe para ayudarla con la bolsa de telas que quiere regalar a las mujeres del grupo. Yo

nunca he ido a la iglesia desde que llegué a Lagos y estoy emocionada cuando subo al coche y me siento delante con Abu.

Big Madam y Big Daddy se sientan detrás. Big Madam lleva su *bou-bou*, pero este es de una tela dorada que pesa mucho, tanto que tengo que sostenerle los bordes para que pueda subir al coche. Tiene piedras blancas brillantes en los hombros y las mangas, una línea gruesa de encaje plateado en el cuello. Su *gele* dorado es como un barquito en medio de su cabeza; los pendientes, un hilo de cinco cuentas rojas que le estiran las orejas hasta los hombros.

Yo todavía llevo los zapatos de Rebecca. El borde se está abriendo y ayer cogí una aguja y un hilo para coserlo. Me gustan esos zapatos, me hacen sentir como si conociera a Rebecca de antes, como si la llevara conmigo al caminar por ahí, como si compartiera su vida, sus secretos. Sé que muy pronto sabré qué pasó, por qué desapareció y por qué nadie de la casa quiere hablar de ella.

Tia todavía está en Port Harcourt, me ha enviado un mensaje justo esta mañana. Dice que su mamá lleva en ingreso del hospital desde Año Nuevo y que las cosas «por fin se han calmado y debería poder volver en el próximo vuelo disponible a Lagos». Dice también que su esposo, «Dios lo bendiga, se ha pasado por Port Harcourt cada viernes para estar conmigo».

Leo el mensaje tres veces antes de responder: «OKEY. LA VEO PRONTO».

—¿Llevas dinero para la colecta de la iglesia? —le pregunta Big Madam a Big Daddy mientras el coche sube por el puente que parece colgado de muchos hilos, como unos dedos blancos y finos que se estiran a la izquierda y a la derecha. Creo que es el puente Lekki-Ikoyi por donde Tia pasa cuando corre por las mañanas.

—¿Qué estupidez de pregunta es esa, Florence? —dice Big Daddy —. ¿Me has dado tú dinero para la colecta?

Big Madam gruñe, abre el bolso de plumas y saca dinero, rollos de dinero, atados con una goma marrón.

—Ahí tienes cincuenta mil naira —le dice a Big Daddy, separando un rollo gordo del resto—. Das diez mil para la colecta y los cuarenta mil restantes para el donativo a la conferencia de los Hombres de

Bien del próximo fin de semana. Y Jefe, por favor, procura donar el dinero, porque la última vez que te di doscientos mil para el Retiro de Hombres de Más de Cincuenta Años el secretario de la parroquia nunca los recibió.

Big Daddy le arranca el dinero de la mano y se lo mete hondo en el bolsillo de su *agbada* verde.

—¿Por qué no esperas a que lleguemos a la iglesia para poder coger el micrófono y anunciar a la congregación que le diste a tu esposo, el cabeza de familia, el hombre que se hace cargo de tu casa, doscientos mil naira para el retiro y que él se gastó el dinero? Mujer inútil.

Big Madam dice que sí con la cabeza, pero la boca le está temblando, temblando como si luchara por no llorar, y yo siento algo como lástima por ella. Cuando se gira hacia la ventanilla y sorbe algo por la nariz, Abu sube la radio y *Las noticias del domingo* llenan de ruido el coche.

Seguimos así, todos sin hablar menos la radio, hasta que Abu baja por el puente y gira a la izquierda en una rotonda.

Cuando Abu para el coche, Big Madam se baja, pero Big Daddy se queda dentro. Dice que vendrá con nosotras después, que primero quiere fumar un poco de *siga* para abrir su mente y que pueda escuchar el cielo.

La iglesia es un edificio en forma de gorro redondo, con una cruz dorada en la punta del tejado que debe de pesar mucho. Las ventanas, cincuenta cuento yo, son de cristales de colores con dibujos de palomas y ángeles. Afuera está todo lleno de coches tan altos como el Jeep de Big Madam. Todo el mundo que entra en la iglesia va vestido como en una fiesta de cumpleaños o una boda, con tacones altos, *geles* de todos los colores del arcoíris, encajes con pinta de caros y muchos maquillajes en la cara de las mujeres.

En Ikati, nuestra iglesia solo tenía tejado y bancos y tambores para la música, la gente llevaba ropa como de luto y cantaba también como si estuviera de luto. En esta, ya desde fuera estoy oyendo mucha música, música que me da ganas de bailar.

Subimos las escaleras, entramos en un sitio que parece un salón sin sofá. Hace fresco dentro y hay mucha gente riendo, hablando, sonriéndose unos a otros, diciendo: «feliz domingo». Enfrente tenemos la puerta principal de la iglesia: dos puertas de cristal con una alfombra roja delante, en el suelo.

En una de las puertas hay una mujer de pie, como un portero; lleva una falda negra muy apretada que parece que no la deje respirar bien y una camisa roja que parece de niño de dos años. Le sube los pechos hasta el cuello. Debajo de todos sus maquillajes, se le ve toda la cara picada de granos, como si hubiera pasado el sarampión y no se le hubiera curado bien.

—Buenos días, bienvenidos al Centro de Celebración —dice, le dirige a Big Madam una gran sonrisa que le estira los labios y todos los granos que tiene alrededor de la boca se le juntan en las esquinas.

—Supongo que esta es su doncella, ¿no? —dice, mirándome como si yo me hubiera puesto la ropa del revés.

Me arrodillo, la saludo.

—¡Buenos días!

—Adunni, levántate y dame el bolso —dice Big Madam—. Sí, es la chica de casa —le dice a la mujer—. ¿Me equivoco o ella no puede entrar en este auditorio? La necesito después de misa para que me traiga telas del coche.

La mujer niega con la cabeza.

—No, no puede entrar. Tiene que irse atrás, donde se hace la misa de las doncellas. Yo la llevo y se la traigo después. Entre, señora. Dios la bendiga.

Me quedo allí de pie, mirando, mientras Big Madam cruza la puerta de cristal y una corriente de aire frío y de voces que cantan se escapa de dentro hasta donde estoy.

—¿Por qué no puedo ir con mi señora dentro de la iglesia? —le pregunto a la mujer cuando la puerta se ha tragado a Big Madam—. ¿Dónde voy a encontrarla cuando termine? No conozco nada de Lagos. No quiero perderme.

La mujer estira los labios en una sonrisa rápida.

—No te preocupes, que estarás bien. Ven conmigo. Por aquí.

Nos vamos a la parte de atrás, hasta el fondo del todo de la iglesia. La mujer camina con sus tacones altos como si el suelo fuera una cuerda floja. Pasamos por un sendero con arbustos a la izquierda y a la derecha, como una raya de mucho pelo corto en una cabeza plana. Llegamos a una casa. Es la primera vez que veo una casa gris en Lagos que me recuerda a Ikati. No tiene pintura ni puerta ni ventanas. Al lado hay otra casa pequeña, también sin puerta. Huelo a meados antes de ver el borde redondo de un váter blanco y las baldosas marrones y rotas del suelo. Es como si hubieran construido esta casa de cualquier manera y la hubieran arrojado detrás de la iglesia después de usar todo el dinero para terminar la bonita iglesia de la parte de delante.

—Aquí es donde se hace la misa para las doncellas —me dice, tapándose la nariz con la mano, el rojo de la uña afilada apretado contra la mejilla—. Hay un problema con la cisterna del lavabo, pero ya está en lista de espera para que la reparen. Con suerte la arreglarán antes del próximo domingo. Bueno, siéntate con las otras. El predicador no tardará. Vendremos a por ti después de la misa, ¿de acuerdo?

Entro y veo a unas cinco chicas sentadas en el suelo, con la cabeza baja. Todas parecen de mi edad: catorce o quince años. Y todas llevan vestidos sucios de ankara o de una tela sencilla y zapatos como papel de váter mojado, porque se les rompen por todas partes. Tienen el pelo a lo salvaje o cortado a rape. Huelen mal, a sudor, a cuerpo que necesita un buen lavado, y todas parecen tristes, perdidas, asustadas. Como yo.

—Buenos días a todas —digo, intentando sonreír para ver si puedo hablar con alguna, hacer una amiga.

Pero nadie me contesta.

—¡Buenos días! —digo otra vez—. Me llamo Adunni.

Entonces una de las chicas levanta la cabeza, me mira fijo. No hay amabilidad en sus ojos. No hay nada. Solo miedo. Un miedo que hiela. No dice nada, pero con los ojos parece estar diciendo: «Tú eres yo. Yo soy tú. Nuestras señoras son diferentes, pero son iguales».

Miro a las demás y veo a Chisom en la esquina del fondo, apretando su teléfono. Me olvido del resto de las chicas, voy hacia ella. Tiene un cable blanco dentro de las orejas y sube y baja la cabeza siguiendo una música silenciosa mientras masca chicle. Parece feliz con su vestido azul de ir a la iglesia, los zapatos negros y limpios y los calcetines blancos, y cuando me agacho delante suya me pregunto si es una doncella como yo y las otras o si Caroline hace las cosas de una manera diferente con sus doncellas.

—Chisom —le digo.

Hace un globo con el chicle, usa la lengua para explotarlo. Luego da una palmada al suelo, a su lado, para que me siente, y se quita los auriculares.

—¡Flacucha! —dice—. ¿Cómo estás?

—Me llamo Adunni, pero estoy bien, gracias —digo—. ¿Es esta tu iglesia?

—No —contesta—. Mi señora va a otra. Solo hemos venido por el Programa de las Mujeres Empresarias. ¿Por qué estamos aquí sentadas, en el suelo? Se lo he preguntado a esa acomodadora con tantos granos, pero solo me ha dicho: «Es el protocolo». Mi señora me ha dicho que tenía que seguirla y que ya se quejaría ella después de la misa. ¿Qué es «protocolo»?

—No lo sé. —Me siento y levanto las rodillas como las otras chicas—. Tu señora es muy buena contigo —le digo—. ¿Por qué?

—Porque es una buena mujer —dice Chisom—, y porque yo y ella nos entendemos. Yo la cuido y ella me cuida a mí.

—¿Cómo? —le pregunto. A lo mejor, si me lo dice, puedo intentar cuidar a Big Madam, hacer que sea amable conmigo.

—Yo sé cosas de mi señora —dice Chisom—. Cosas que nadie sabe. Todos sus secretos, todo, yo se los guardo. Yo y ella somos más que señora y doncella. Somos como hermanas. Pero tú y todas estas de aquí… No hay nada que podáis hacer para que vuestras señoras sean buenas con vosotras. Nada. La mayoría son malas y ya está. —Chisom se pone otra vez el cable en la oreja, empieza a chasquear el dedo y a sacudir la cabeza.

Espero un momento, después le doy con el codo.

—¿Chisom?

Se quita el cable, me echa una mirada enfadada.

—¿Qué?

—Aquel día en la tienda —le digo, hablando bajo— dijiste que Rebecca antes estaba flaca y luego empezó a ponerse gorda. ¿Tú sabes qué le pasó cuando empezó a ponerse gorda? ¿Por qué estaba gorda? ¿Se escapó?

—No sé —dice Chisom—. Yo y ella nunca hablamos mucho, pero cuando la vi estaba enorme. Y cuando luego la vi otra vez después de la primera, se estaba poniendo más gorda, y entonces lo entendí.

—Me estás liando, Chisom —le digo mientras un hombre entra en la habitación. Lleva un traje como de trabajador y una biblia grande y negra bajo el brazo.

—Hola a todas —dice, mirando con una sonrisa a todas las que estamos sentadas—. Soy el pastor Chris. Hoy vamos a…

—¿Qué entendiste? —le pregunto a Chisom. El corazón me late tan fuerte que no oigo nada de lo que dice el pastor—. Dime, ¿qué entendiste?

—Rebecca me dijo que se iba a casar —me dice Chisom, susurrando—. Estaba muy feliz, pero parecía que tenía mucho miedo. Y después me entero de que no había vuelto a casa una tarde, después de ir al mercado. Pero…

—He dicho que todas podéis levantaros —dice el pastor, dando una palmada—. Vosotras dos, las del rincón: dejad de hablar. ¡Arriba!

—Espera —le digo a Chisom, sin ni siquiera mirar a la cara del pastor—. ¿Con quién se iba a casar Rebecca?

—No lo sé, pero creo… —Se tapa la boca—. Shh, que el pastor viene hacia aquí.

Ya no pude hablar después con Chisom.

Su señora, Caroline, vino a buscarla en medio de nuestra misa para llevársela a la iglesia grande y bonita, y yo, después de la misa, me quedé al lado de la verja de la iglesia para intentar buscarla. Vi a todas las mujeres y a todos los hombres con sus ropas buenas, comiendo empanadas de carne y riendo y hablando de la misa, pero

no la vi a ella ni tampoco a Caroline. Estaba pensando que a lo mejor podía entrar en la iglesia para buscarla allí, cuando Big Madam me tiró del pelo y me arrastró al coche.

Ahora vamos en el coche, volviendo a casa en silencio.

Big Daddy está detrás roncando fuerte, y Big Madam habla por teléfono con alguien sobre un «suministro de organza para doscientos invitados a una boda».

Cuando llegamos a casa, Big Madam y Big Daddy se bajan del coche, pero yo no. No quiero entrar en la casa. Quiero quedarme aquí, en el coche, y esconderme para siempre.

Todo lo que Chisom ha dicho de Rebecca no tiene pies ni cabeza. Si se iba a casar con alguien, entonces ¿por qué no lo sabía Kofi? ¿Por qué no lo sabía nadie? Suspiro. Estoy cansada. Confundida. Tengo hambre. Y también estoy enfadada conmigo misma, por pensar que algo malo le pasó a Rebecca cuando resulta que estaba feliz y se iba a casar y a lo mejor decidió escaparse porque no quería que Big Madam le fastidiara los planes de boda.

Igual que yo no quiero que Big Madam me fastidie los planes de la beca.

Pero ¿por qué se quitaría las cuentas de cintura si solo iba a casarse?

Suspiro otra vez.

Mi pelo, del que Big Madam me ha tirado en la iglesia, me duele hasta el cerebro. Tengo el cuerpo como un mapa, con marcas en los sitios donde Big Madam me ha estado pegando más. Tengo una en la espalda, una herida, porque ella me dio con el tacón del zapato y me la abrió dos veces y luego la herida estuvo oliendo mal una semana, cuando ya estaba casi seca. Y tengo otra detrás de la oreja, y otra en la izquierda de la frente.

¿Cómo voy a librarme de este sitio? El final de abril parece muy lejos, aunque solo faltan unas semanas. Pero tampoco sé si entonces ganaré la beca, y, aunque la gane, ¿dejará Big Madam que me vaya? Echo muchísimo de menos Ikati, mi vida de antes, un sentimiento que tira tanto de mí que me retuerce el corazón y me da ganas de llorar.

—Adunni —dice Abu, y levanto la cabeza, porque me había olvidado hasta de que él estaba en el coche—. *Haba*. ¿Por qué lloras?

Me limpio la cara.

—Por todo, Abu —contesto—. Por mi vida, por Rebecca, por todo. Solo estoy cansada.

Pongo una mano en el pomo de la puerta, empujo para abrir.

—Espera —dice Abu—. ¿Por qué te hace llorar Rebecca? Ella no está aquí.

—Sí —digo yo, y entonces le digo lo de las cuentas de cintura y lo que me ha dicho Chisom.

Abu está todo el rato diciendo que sí con la cabeza mientras hablo y, cuando termino, suspira y dice:

—Que Alá la proteja.

—Amén —digo yo—. Me da siempre la sensación de que a lo mejor tuvo problemas y que lo que le pasó a ella puede también pasarme a mí. Me siento cerca de ella. Era del pueblo de Agan, que no está lejos del mío. Pero ahora creo que Rebecca está bien, que solo se escapó para casarse y que yo me preocupaba por nada.

—Adunni —dice Abu, y entonces mira por encima del hombro hacia donde está la casa, lejos—. Quiero enseñarte una cosa. Algo que vi dentro del coche… después que Rebecca desapareció.

—¿Qué? ¿Qué viste?

—Ahora no —dice, mirando otra vez por encima del hombro—. La tengo en mi habitación. Te la traeré a lo mejor cuando Big Daddy esté durmiendo por la noche o cuando no esté en la casa, ¿*ko*?[30]

Tiene la cara tan seria y los ojos tan espantados de miedo que el corazón me empieza a latir muy fuerte.

—Muy bien —digo—. Cuando vengas, llama tres veces a la puerta y yo sabré que eres tú. No me gusta abrirle la puerta a cualquiera por la noche.

—Eh —me dice, asintiendo—. Llamaré tres veces y te esperaré fuera de tu habitación.

—Hasta entonces —le digo justo cuando mi teléfono empieza a vibrarme en el pecho.

Salgo del coche, me voy un poco lejos de Abu y me escondo detrás de unos maceteros antes de sacar el teléfono.

Otro mensaje de Tia:

> A punto de subir al avión para volver a Lagos. Te veo mañana por la tarde para el baño.
> A tu señora le parece bien que vengas conmigo al «mercado». No es necesario que contestes. xx

Sonrío un poco, me pregunto qué significa «xx» y enseguida me pongo otra vez el teléfono en el sostén y corro dentro para empezar mis tareas de la tarde.

---

30. «¿De acuerdo?» o similar en el *pidgin* de Nigeria. *(N. del T.)*



CAPÍTULO 44

Hecho: El grupo étnico yoruba cree que los gemelos son una bendición sobrenatural muy poderosa que atrae abundante riqueza y protección para las familias en las que nacen.

—Ey —dice Tia cuando nos encontramos en el recinto el lunes por la tarde.

Está sentada debajo de un cocotero y, cuando me ve, se levanta de golpe y se sacude la arena del trasero.

—Dios mío, pero ¿tú te has visto? Si estás como un palillo de flaca. No me creo que hayan pasado casi cuatro meses desde la última vez que te vi.

—Pues sí —digo—. Fue antes de Navidad.

Me da un abrazo rápido.

—He volado a Lagos varias veces desde Navidad, pero solo para hacer acto de presencia en la oficina. Me habría pasado a verte, pero no podía. ¿Recibiste mis mensajes?

—Sí —digo—. ¿Cómo está su mamá? ¿Se siente bien ya? ¿Intentan usted y ella estar más unidas?

Quito el candado de nuestra verja, la abro y salimos a la calle y empezamos a caminar hacia su casa. La calle negra y lisa se alarga delante de nosotras, como si estuviera llena de un petróleo que se calienta al sol y hace olas pequeñas en la parte de arriba.

Tia dice que sí con la cabeza.

—Tenía una infección en el pecho y casi se nos va, pero, no se sabe cómo, ha conseguido salir adelante. Ahora las cosas están mucho mejor entre nosotras…, gracias por preguntar. ¿Has pasado bien la Navidad y el Año Nuevo? ¿Qué tal con Big Madam? ¿Ha dejado de pegarte? Has perdido mucho peso.

Siempre me está preguntando si ha dejado de pegarme, pero mi respuesta nunca cambia.

—Ayer mismo, después de misa, me tiró agua a la cabeza —digo —. Alguien usó el váter de abajo y no tiró bien de la cadena. Había caca dentro. Ella dijo que la caca era mía. Me pegó y dijo que era una niña del demonio y una mentirosa de las gordas. Si ni siquiera me da comida para que engorde, ¿por qué me llama gorda? Me hizo meter la mano en el váter, coger la caca y llevarla a nuestro propio váter.

Tia pone cara como si fuera a vomitar.

—Eso es… —Sacude la cabeza y no dice nada hasta que llegamos a su verja, donde hay un coche aparcado delante.

Tia camina más despacio.

—Es el coche de mi suegra —dice en voz baja—. Le dije que me acompañarías. Ken la convenció de que te dejara venir. Todavía no me creo que yo haya accedido a hacer esto, pero ¿quién sabe? A lo mejor el baño funciona, hace que todo esto…, el estrés por ella y por todos, se pare de una vez. —Niega con la cabeza y habla bajito, solo para ella—. Llevo desde finales del año pasado sin tomar la píldora. Hemos estado haciendo bien las cosas, pero nada aún. Es muy frustrante.

Las píldoras son pastillas. Las pastillas son medicinas. Como la que Khadija me dio a mí en la casa de Morufu para que no me quedara preñada. Si Tia ya no se toma la medicina para parar el bebé y llevan meses probándolo, ¿por qué el bebé no viene?

Pongo la mano en el hombro de Tia y le digo que todo irá bien, igual que ella me dice siempre a mí.

Me dirige una sonrisa con lágrimas y me tira de la mano.

—Venga, terminemos con esto.

La suegra de Tia es una mujer flaca con una nariz como una tetera.

Es igual que el doctor Ken, pero sin bigote hasta la mandíbula y con una peluca corta y negra en la cabeza. Lleva un vestido rojo de encaje que parece caro, con piedras, y cuando la saludo solo sorbe algo por su nariz de tetera.

Tia sube al coche y se sienta al lado de la mujer, y yo me siento delante, con el conductor.

—Moscow —dice la mamá del doctor, hablándole al conductor—. Vamos al Centro de los Milagros, en Ikeja. El que está al lado de la rotonda del Shoprite. ¿Te acuerdas?

Moscow, un hombre con una cabeza que parece llena de cemento seco, demasiado pesada para su cuello, dice que sí, que se acuerda del sitio, y empieza a conducir. Pone la radio y yo me quedo allí sentada, sintiendo el frío del aire condicionado y oyendo a la señora de la radio, que habla como si fuera de América sobre el nuevo presidente Buhari y explica que Nigeria estará mejor con él.

En el asiento de atrás, Tia y la mamá del doctor no hablan. El único ruido del coche es el de la mujer de América que habla en la radio. Habla tan rápido que la única palabra que entiendo de todo lo que dice durante una hora de coche es «Obama».

El parón es el peor que he visto en mi vida. Afuera, los otros coches están apretando el clason como locos y los conductores insultan. Después de tres horas, el conductor gira por una verja, para el coche y apaga el motor.

La mamá del doctor le dice a Tia:

—Hemos llegado. Aquí tienes un pañuelo para cubrirte la cabeza. Esto es tierra sagrada. Puedes darle este papel de periódico a esa de delante. Ella también tiene que cubrirse la cabeza. Por qué has tenido que traer a una extraña contigo, a la doncella de tu vecina, a algo tan sagrado, tan personal es algo que se me escapa. No lo entiendo en absoluto.

—Tiene que venir conmigo —dice Tia—. Es lo que acordamos. Si no viene con nosotras, me marcho. Que se ponga ella el pañuelo, yo me arreglo con el periódico.

—Y entrar ahí pareciendo ¿qué? ¿Una indigente? Tia, por favor, compórtate. —La mujer habla como si estuviera cansada de que Tia

le dé problemas.

—La he invitado yo —dice Tia—. Ella no pidió venir, así que es injusto que tenga que usar un periódico para taparse el pelo.

—Ahí no vas a entrar con un periódico en la cabeza —dice la mamá del doctor.

—Pues no entro —dice Tia, cruzando los brazos en el pecho y sacando el labio de arriba como una niña pequeña enfadada—. No voy a moverme ni un milímetro de aquí a menos que Adunni lleve el pañuelo.

La mamá del doctor susurra algo en yoruba. Sé que Tia no lo entiende, pero la mujer ha preguntado si Tia no tendrá un problema en el cerebro y dónde encontró el doctor a esta loca de Port Harcourt del Estranjero para casarse con ella.

No quiero que se peleen por culpa mía, así que me giro al asiento de atrás.

—Puedo coger el periódico —digo—. Puedo hasta ponérmelo de vestido, si quieren. ¿Dónde está?

Miro a Tia, rogándole con los ojos que me dé el periódico.

Tia dice que sí con la cabeza, lo coge del asiento y me lo da. Me lo enrollo en la cabeza y lo doblo por aquí y por allá. Se rompe muchas veces, pero al final parece más o menos un gorro machacado.

—¿Lo ven? Queda muy bien —digo, mirándolas con una sonrisa de todos los dientes.

La mamá del doctor resopla, abre la puerta del coche y se baja.

—Nos vemos dentro —dice, y da un portazo y se va.

Yo y Tia nos miramos y explotamos de risa.

El profeta de este Centro de los Milagros es un hombre bajo, de piernas arqueadas como dos letras *C* que se miran una a otra. Parece que vaya por ahí balanceándose en vez de caminando.

Tiene ojos dormidos y te dan ganas, aunque esté despierto, de darle con la mano para que se despierte. Va vestido con una túnica roja y larga, apretada en la barriga con un cinturón blanco. En la cabeza lleva un gorro blanco con una cruz morada torcida y en la

mano sujeta una campanita dorada. Cuando yo y Tia entramos en la iglesia, él se pone recto, toca la campanita, clin, clin, y nos dice:

—Bienvenidas a la zona. Sentaos.

En el sitio hay unos treinta bancos de madera, igual que en mi escuela de Ikati. La mamá del doctor está sentada al final de un banco, así que yo y Tia nos metemos en ese mismo. En la parte de delante, detrás del altar de madera con una cruz larga marrón en medio, han puesto el cuadro de un hombre. Creo que es Jesús, pero este Jesús parece tener mucha hambre, y la cara enfadada, además. Se parece un poco también a la Katie de Londres, con su pelo largo y castaño.

¿Por qué Jesús se parece a alguien del Estranjero? ¿Es que Jesús es de allí?

El aire huele muy fuerte y mi nariz sigue el olor hasta que veo, en el suelo, tres espirales verdes antimosquitos de las que salen ondas de humo gris. Hay velas rojas también en el suelo, quince cuento yo, alrededor de las patas del altar.

—*Alafia* —dice el profeta.

—Dice que la paz sea contigo —susurro a Tia—. *Alafia* significa «paz» en yoruba.

—*Alafia* —le dice entonces Tia al profeta.

Yo saludo al hombre con un «buenas tardes».

—*Alafia* —me dice él, y toca la campanita una vez.

La mamá del doctor empieza a hablarle al profeta en yoruba, bajito. Dice que Tia se casó con su hijo y en todo el año de matrimonio no le ha venido ningún bebé. Que ella está cansada de rezar y gritar pidiendo un bebé y que cree que a lo mejor Tia tiene un espíritu malo que se está tragando al bebé. Que Tia se trajo ese espíritu cuando vino aquí y que ahora hay que espantarlo para que vuelva al Estranjero. Y me mira a mí cuando le dice eso, porque sabe que yo la estoy entendiendo.

Yo no dejo de mirar los pies del profeta. No lleva zapatos. Las uñas parecen quemadas.

—Entonces, la ha traído para darle el baño de poder —dice el profeta en inglés—. Esta es la tierra de las soluciones, ¿amén? La tierra de los milagros. Milagros las veinticuatro horas del día. —Tose

—. ¿Ha traído ropa para cambiarse? Porque tirará la ropa con la que ha venido. Ha venido con ropas de tristeza y de infertilidad; se irá con ropas de gemelos. ¿Amén?

—Solo un bebé —susurro yo.

—Gemelos —dice la mamá del doctor, echándome una mirada—. Amén. Dos chicos.

—Tengo unos vaqueros y una camiseta limpia en el maletero —dice Tia.

—Bien —dice el profeta—. Mujer joven, arrodíllate aquí para que primero pueda rezar por ti.

Tia sale del banco y se arrodilla. Yo y la mamá del doctor también nos ponemos las dos de rodillas. El profeta se pone de pies y empieza a girar alrededor de Tia. Da una vuelta, toca la campanita una vez, con la ropa que se le extiende como las alas de un águila. Le da dos vueltas, toca la campanita dos veces. Hace lo mismo unas siete veces, hasta que parece que se marea. Yo sigo oyendo la campanita en mi cabeza como dos minutos más, después que haya parado de tocarla.

Y entonces empieza a saltar, arriba y abajo, dando palmadas con las manos, diciendo:

—Eli… Jah… Bebé…

Y la mamá del doctor dice que sí con la cabeza, sí, sí, sí, y dice:

—Bebés varones, bebés varones.

Tia abre un ojo y parece que tenga ganas de reírse, luego lo cierra otra vez.

Nos quedamos así, de rodillas, hasta que el hombre profeta termina de saltar y dice que es hora de darse el baño para hacer el bebé.



CAPÍTULO 45

Hecho: Algunos de los pastores religiosos más ricos del mundo viven en Nigeria, con unos ingresos netos que pueden llegar a superar los 150 millones de dólares.

El profeta camina balanceándose delante nuestra y nos lleva por una senda de arena roja.

A cada lado de la senda, hay maceteros de arcilla con unas plantas verdes llenas de espinas y ramas como manos de dedos rompidos. Cuando la senda termina, una mujer vestida igual que el profeta nos recibe con una sonrisa que es como si estuviera del revés. Me recuerda a una mosca, esa mujer, con ese cuerpo flaco y los brazos llenos de pelos donde se le ve la piel oscura, con esos ojos grandes que se le estiran un poco hacia un lado de la cabeza y la ropa larga y morada que le rodea el cuerpo como unas alas finas. Lleva el mismo gorro que el profeta, pero el suyo está como hinchado. Por debajo veo una peluca roja que parece algo que un coche hubiera atropellado y aplastado muchas veces.

Se arrodilla delante del hombre.

—*Alafia*.

Él saluda con la cabeza y le pone la mano en el gorro.

—Paz a ti también, Madre-en-Jerusalén.

Se vuelve hacia nosotras.

—Esta es la Madre-en-Jerusalén Tinu —nos dice—. Es la superiora de nuestras mujeres hacedoras de niños. Es una mujer poderosa en su ministerio, que es el milagro de hacer nacer niños. Podéis llamarla Madre Tinu. No le importará. Ella llevará a nuestra hermana al río. A los hombres no se les permite ir, así que yo esperaré aquí.

Tia hace un ruido como si la hubieran pellizcado.

—¿Ahora? ¿No podemos… hacerlo más tarde? Necesito un poco de tiempo para pensar. Para ordenar mis ideas.

—¿Le has dado siete vueltas con la campana? —pregunta Madre Tinu al profeta—. Porque, cuando se ha hecho eso, enseguida tiene que hacerse el baño. No hay vuelta atrás. —Sonríe—. Será rápido.

—¿Puede venir Adunni conmigo? —pregunta Tia.

—¡Bobadas! —dice la mamá del doctor—. ¡Bobadas y nada más que bobadas!

—Adunni, puedes venir con nosotras —dice Madre Tinu—. Debes mantener los ojos cerrados durante la ceremonia. Esto no es una película.

—Sí, señora —digo yo.

—Id —dice el profeta—. Después del baño, te reúnes conmigo en la iglesia para coger la crema especial con la que debes untarte el cuerpo.

—¿Una crema también? —dice Tia—. En fin, ¿y por qué no una *suite* en el Ritz-Carlton y una limusina para volver a casa? Dijiste que solo era un baño.

—Ya discutiremos eso luego —dice la mamá del doctor, apretando los dientes unos contra otros—. Ahora, por favor, haz lo que te dicen.

—Ven conmigo —ordena Madre Tinu.

La seguimos, giramos a la izquierda por otra senda. Noto la arena roja mojada bajo mis pies, fría, con piedras que se me clavan en el zapato.

Caminamos hasta que veo un agujero formado con rocas marrones y una abertura redonda para que entre la gente. Se oyen voces en el aire, muchas mujeres que cantan lejos, una canción de gemidos sin palabras, una canción de tristezas.

Tia me aprieta fuerte la mano, sus uñas se me clavan en la piel hasta casi hacerme sangre.

—¿Qué demonios es eso? —me susurra en la oreja.

—No son demonios. Esto no es el infierno —le susurro yo también—. Es tierra santa. —Me cae muy bien Tia, pero a veces le gusta decir cosas que no tienen sentido.

—Esas mujeres están en comunión con el espíritu, preparándose para ti —dice Madre Tinu—. Al otro lado de esta cueva hay un río sagrado donde tendrá lugar el baño. ¿Has traído tus ropas para cambiarte?

—Ya le he dicho al hombre que las tenía en el coche —dice Tia.

—Y supongo que ya has pagado, ¿no? —Madre Tinu gira los ojos hacia la mamá del doctor—. Porque aquí tenemos una política muy estricta. No hay pago, no hay baño.

—¿Pago? —dice Tia—. ¿Tenemos que pagar por esto?

—Ya lo he entregado yo —dice la mamá del doctor con voz tiesa.

—Entonces, vamos —dice Madre Tinu—. Cuando terminemos el baño, Adunni, corres al coche y traes la ropa. Ahora por aquí —le dice a Tia—. Tienes que agachar la cabeza para entrar. Dentro está lleno de rocas; no queremos que te des un golpe en la cabeza. Has venido a buscar soluciones, no dolores de cabeza. —Se ríe ella sola.

Agachamos el cuello y caminamos como ancianos para meternos en la cueva. Es un espacio pequeño, así que nos ponemos en fila: Madre Tinu delante, yo detrás de ella, luego Tia y la última la mamá del doctor. También está oscuro y el techo es bajo, con rocas muy metidas dentro. Me pego en la cabeza con algunas rocas; me agacho, casi arrastrándome, hasta que salimos al otro lado. Ahora, tenemos delante un río y ramas de árboles que bajan muy abajo, como si adoraran el suelo embarrado de la orilla. El río es verde oscuro, el agua se enrosca como una lengua alrededor de las rocas grises de la orilla, lamiendo las hojas de un marrón dorado que hay entre ellas. El sitio me trae recuerdos de muy lejos, de cuando miraba al cielo y el gris cubría el color naranja y el sol se escondía para dejar paso a la lluvia, de cuando Khadija estaba en guerra con Dios por su alma. Aquí también está oscuro, como si viniera lluvia,

solo que esta vez son las hojas las que forman una manta que tapa el cielo.

Hay cuatro mujeres de rodillas delante del río. Llevan una tela blanca atada alrededor del pecho, un pañuelo también blanco en la cabeza, un collarcito de cuentas de cauri alrededor del cuello. Se balancean a un lado y al otro sobre las rodillas, como si las meciera el viento, como si las ramas bajas les susurraran una canción suave y triste en los oídos.

—Ooo —dicen todo el rato—. Ooo.

—Esto no me gusta —susurra Tia, apretándome todavía más la mano—. No me gusta ni un pelo.

—A mí tampoco me gusta —digo yo.

—¿Podemos retrasarlo un momento? —me susurra al oído, todavía pinchándome la carne.

—¡Silencio! —grita Madre Tinu delante nuestra, y Tia da un brinco.

—No se cuchichea delante de las hacedoras de bebés —dice Madre Tinu—. Espera aquí. No des ni un paso más. Traeré la tela santa y las escobas santas.

Mientras Madre Tinu se va, Tia dice:

—¿Escobas? ¿Para qué?

En Ikati nunca supe de nadie que usara escobas para lavarse. Esponja sí, y jabón negro. Pero no escobas, y desde luego no en una iglesia. Lo de las escobas me está poniendo nerviosa.

—No sé —digo—. A lo mejor vamos a barrer el suelo primero.

—Adunni, ya has oído a esa mujer —dice la mamá del doctor—. Cierra la boca.

Madre Tinu está volviendo. Lleva una tela blanca plegada y lo que parecen unas cuantas escobas largas. Llega a nosotras y veo que tiene cuatro escobas. Cada una está hecha de muchas ramitas largas y muy finas atadas juntas con un cordel rojo en la parte de arriba. Ese tipo de escoba lo usamos en Ikati para barrer el suelo. ¿Para qué lo usarán aquí?

—Toma esto —dice Madre Tinu, dándole la tela a Tia—. Quítate la ropa y déjala en el suelo. Enróllate esta tela blanca en el cuerpo y la más pequeña en la cabeza.

Tia coge la tela y, despacio, se quita los vaqueros y la camiseta. Lleva un sostén rosa y bragas rosa de encaje. Su barriga es tan plana como el suelo; su piel, suave. Tiene una marca a la izquierda del ombligo, más oscura que la piel, parecida a un mapa de África boca abajo. Se aprieta el cuadrado de tela plegada contra los pechos, sin decir nada. Ni una palabra. Solo le tiemblan los labios, todo el rato, como si quisiera explotar con palabras enfadadas, pero algo la frena, la sujeta.

—Vamos, Tia —pide la mamá del doctor—. Tenemos que darnos prisa. Enróllate esa ropa en el cuerpo, quítate el sujetador y la ropa interior. Todo tiene que ir fuera. ¿No es verdad, Madre Tinu?

—Sí, toda la ropa con la que ha entrado. Deprisa, por favor.

—Déjenla el tiempo que necesite —digo con voz áspera.

—¡Cierra esa boca asquerosa! —dice la mamá del doctor.

Tia se enrolla las telas alrededor del pecho y en la cabeza. Después, deja caer las bragas al suelo, se quita el sostén del pecho y lo tira también al suelo.

—Bien —nos dice Madre Tinu—; ¿ahora pueden dar dos pasos atrás, por favor?

Yo y la mamá del doctor damos dos pasos atrás y nos quedamos lejos la una de la otra, como enemigos en un campo de batalla.

Miro mientras Madre Tinu se lleva a Tia a la orilla del río.

Miro mientras las mujeres dejan de lamentarse, se ponen de pies al mismo tiempo, cogen las escobas que les da Madre Tinu al mismo tiempo, como si hubieran planeado los movimientos durante semanas.

Miro mientras una de las mujeres le quita la tela a Tia y la deja desnuda, mientras empieza a azotarla con la escoba. Al principio, Tia parece sorprendida. Está allí de pies, con la boca abierta en forma de *o* pequeña. Cuando parece que entiende que la están azotando, que está recibiendo azotes en vez de agua y jabón, empieza a luchar. Da patadas y grita y les dice que paren, mierda, y que son unas hijas de no sé qué grandísima, pero las otras tres mujeres le sujetan las manos y las piernas, le tapan la boca, sin que se vea ningún sentimiento en sus caras. Ni arrugas de enfado ni sonrisas. Nada. Pelean, arrastran a Tia a la tierra húmeda, embarrada. Una

mujer que está detrás de Tia le retuerce las dos manos y se las pone a la espalda y las ata con una cuerda gruesa de color marrón que yo no había visto, y las otras le enrollan la cuerda por las piernas, la aprietan con un nudo gordo.

Entonces se apartan, cogen las escobas y empiezan a azotarla.

Quiero lanzarme adelante, luchar contra ellas con toda mi alma, arrancarlas de cerca de Tia, pero algo me pega los pies al suelo, las manos a los lados del cuerpo, y no puedo mover ninguna parte de mí.

Y, así, solo miro mientras la azotan y azotan y azotan y Tia rueda por el suelo y grita, hasta que su piel fina y suave está arañada por la arena y hasta que todo el cuerpo se le pone rojo como la tierra.



CAPÍTULO 46

Cuando las mujeres terminan los azotes, Tia ya no está gritando y aullando.

Solo está quieta en el suelo, echando sangre, con la espalda llena de muchas marcas. Madre Tinu les coge las escobas a las mujeres y las tira al río, levanta alto la cabeza y grita:

—¡EL DEMONIO DE LA INFERTILIDAD HA SIDO EXPULSADO! ¡ALABADO SEA EL DIOS VIVO!

Y las otras cuatro mujeres dan una palmada y dicen:

—¡ELI, JAH!

Levantan a Tia, cogen agua de la orilla del río y se la echan por el cuerpo, muy suave, como si le dijeran «lo sentimos, sentimos haberte azotado».

Cuando Tia se gira y le veo la cara, se me ponen las piernas de goma. Como si algo me hubiera arrancado todos los huesos. Caigo al suelo de rodillas, me suben unas ganas de llorar desde muy dentro de mí. La cara de Tia tiene muchas marcas de azotes, tantas como el dibujo que tiene colgado en su salón, ese de la cabeza de arcilla sin ojos ni boca. Solo que esta cara es la de Tia y ella tiene ojos y boca y orejas y ahora siente un dolor fortísimo. Y sus ojos…, sus ojos tienen una mirada como de animal salvaje, de cazador que quiere matar.

Un grito me hierve por dentro y quiero sacarlo, pero entonces siento una mano caliente en el hombro: es la mamá del doctor.

—No lo sabía —dice, susurrando. Le brillan lágrimas en los ojos, le tiembla la voz y también los dedos que tengo en el hombro—. No sabía que iban a hacerle eso, que sería tan malo, tan brutal. Me dijeron que era solo un baño. Un baño normal, inofensivo. Si lo hubiera sabido, no habría… Debería haberlas parado. Mi hijo va a… —Suspira, me quita rápido la mano del hombro—. Ve a traerle la ropa del coche.

Me levanto y me voy de allí. Mi barriga está revuelta, las judías que comí anoche parece que quieren salirme por la garganta. Me paro un momento, doblo las rodillas al lado de un arbusto bajo. Toso apretándome la barriga, pero no sale nada. Me limpio la boca con el vestido y me obligo a seguir caminando.

Detrás de la iglesia, por una ventana abierta, veo a una mujer en el suelo, arrodillada y con una vela roja en la mano, diciendo que sí con la cabeza, gritando: «AMÉN». Y el profeta se está balanceando, girando a su alrededor, gritando: «ELI…, ELI».

Y el Jesús del cuadro ya no pone cara enfadada.

Ahora solo parece cansado. Y triste.



CAPÍTULO 47

Vamos en el coche hacia casa como cuerpos muertos en un ataúd.

Nadie habla. Ni se mueve. El coche parece demasiado pequeño, del tamaño de un féretro; el aire frío del aire condicionado es tan seco que noto los labios como escamas de pez. Pero estamos respirando. Respiraciones fuertes, rápidas. Respiraciones lentas, pesadas. Decimos muchas cosas con esas respiraciones. Solo que sin hablar. Sin decir una palabra.

Aunque yo sí tengo palabras en la cabeza, muchas cosas que quiero decir. Quiero decirle a Tia que siento haberla hecho venir aquí. Quiero preguntarle por qué no ha venido también el doctor. Por qué no ha venido y se ha llevado una paliza como su esposa. Si se necesitan dos personas para hacer un bebé, ¿por qué solo una, la mujer, tiene que sufrir cuando el bebé no viene? ¿Es porque ella tiene pechos y barriga para estar preñada? ¿O por qué? Quiero preguntar, gritar, por qué las mujeres de Nigeria parece que tengan que sufrir por todo más que los hombres.

Pero mi boca no puede recoger las preguntas de mi cabeza, así que solo las dejo allí. Las dejo allí flotando, dando vueltas y golpes que me producen mucho dolor de cabeza.

La mamá del doctor intenta charlar con Tia:

—Te prometo que no tenía ni idea de lo que iba a pasar, al menos hasta ese punto —dice—. Quería detenerlas, pero ¿qué iba yo a poder contra tantas mujeres? Y he pensado en el milagro, en el

bebé… ¿Hay alguna manera de que podamos mantener esto entre nosotras? Podemos pensar algo que contarle a Ken, pero él no debe enterarse de que he permitido algo tan horrible… Piensa en lo que puede ocurrir dentro de nueve meses, Tia.

Tia no quita los ojos de la ventanilla. No le da ninguna respuesta a la mamá del doctor. No dice ni una palabra a nadie. Solo está allí sentada, respirando rápido, fuerte, con los dedos entrelazados en las rodillas, apretando tanto que casi se le rompe la piel.

Seguimos en el coche durante unos quince minutos, hasta que el parón de tráfico en una calle nos obliga a frenar y entonces un hombre que vende helados se nos planta delante con un bloque de helado, presionando la nariz contra la ventanilla.

—¡Compren helado! —dice, y la ventanilla cerrada hace que su voz parezca como si estuviera mascando un trapo y hablando al mismo tiempo.

Pero cuando ve la cara de Tia con todas las rayas y marcas, se pone tieso y la mira mucho mucho rato, con cara de lástima y preocupación, hasta que el conductor aprieta el clason para que se aparte.

La casa está en silencio cuando entro.

El coche de Big Madam no se ve por ningún lado del recinto. ¿Dónde ha ido? Ya es tarde, sobre las ocho, la hora en que ella siempre está chupando naranjas en su salón, viendo la tele Sky o el canal de noticias de la CNN mientras maldice Nigeria. Camino deprisa y mis pies hacen crujir la hierba seca, hasta que llego detrás de la cocina. Por la ventana veo el trasero de Kofi levantado, con la parte de arriba del cuerpo doblada dentro del horno. Toco en la ventana, saca la cabeza del horno y me saluda.

Entro, le doy las buenas noches. Todo el sitio huele a pasteles dulces. Me revuelve la barriga; me dan ganas de arrastrarme a algún rincón y vomitar el vacío que tengo dentro.

—¿Dónde has estado? —pregunta, restregándose las manos en el delantal que lleva atado al cuerpo.

—Con Tia —digo—. ¿Ha preguntado Big Madam por mí?

—Ha salido —dice—. Su hermana, Kemi, ha tenido un accidente. Big Madam ha tenido que irse de la tienda al hospital. No sé si va a volver pronto. Big Daddy está viendo las noticias en el salón. Ese hombre no sirve para nada. Su cuñada está en el hospital y él me ha pedido que le haga magdalenas para acompañar el café de la noche. —Se frota las manos—. Ah, pero tengo que enseñarte las últimas fotos de mi proyecto de Kumasi. El tejado está casi terminado y las baldosas del suelo me las han tenido que traer desde… *Chale*, ¿por qué esa cara larga? ¿Qué ha pasado? ¿Te han rechazado en la escuela? ¿Te han dicho algo ya?

—No, no me han dicho nada —digo—. ¿Tengo alguna tarea que hacer esta noche?

Estoy muy cansada, pero quiero lavar y limpiar y restregar hasta que se borre esta tarde de mi cabeza. Y darle con lejía también. Dejarme la mente blanca, vacía.

—Bueno, arriba hay ropa para planchar, pero no parece que estés bien. Ve y acuéstate. Si alguien pregunta, ya se me ocurrirá algo que decirles.

—Gracias —le digo.

Me doy media vuelta.

—Adunni —me llama Kofi.

Me paro, lo miro.

—¿Tienes hambre? —pregunta—. Puedo darte unas magdalenas. Las magdalenas te gustan, ¿no?

—No, gracias —digo—. Buenas noches.

Se me queda mirando un rato largo, suspira.

—Todo acabará teniendo sentido algún día —dice—. Algún día, todo irá mejor.

—Ya lo sé —digo con voz débil, cansada—. Mañana será mejor que hoy.

—Abu te estaba buscando —dice Kofi—. ¿Le digo que vaya a tu habitación?

—No, esta noche no —digo. Quiero oír lo que Abu tiene que contar de Rebecca, pero no esta noche. Esta noche solo quiero arrastrarme a la cama, cerrar los ojos y no pensar en nada ni en nadie.

—No hay problema —dice Kofi—. Ve a dormir.



CAPÍTULO 48

El sueño no me viene.

Lo busco, ruego que venga, pero no quiere venir. Tengo los párpados como llenos de arena mojada, como si me hubieran puesto una piedra en el centro de los ojos y, al intentar cerrarlos, me los arañara y se me quedaran medio abiertos, medio cerrados. También me duele el pecho, por todo lo que he visto hoy, también por lo mucho que echo de menos a mi mamá. Quiero tenerla aquí, aunque solo sea un minuto, para contarle lo de Tia, lo que ha pasado hoy, todas las cosas malas que esas mujeres hacen en la iglesia, cosas que ponen triste a Dios, a mí y a Tia.

Un ruido corta mis pensamientos, dos juu de un búho que vienen de un árbol, y me incorporo y miro por la rendija de la ventana, a la luna llena que desde el cielo hace brillar los campos, a la hierba que parece llena de bombillas pequeñitas verde-azules, a la valla de metal que rodea la casa de Big Madam, alta, redonda y sin final, y me pregunto si alguna vez saldré de este sitio, si las cosas me irán mejor alguna vez.

Cuando vuelvo a acostarme en la cama, no duermo. Me quedo pensando en mi vida, en Tia, en Big Madam y en su hermana enferma, en Big Daddy, al que no le importa su esposa, en todo el dinero que tiene la gente rica y en cómo ese dinero no les ayuda a escapar de los problemas, hasta que la noche acaba y trae la luz de la mañana.

Nada más aparece el primer rayo de sol, me lavo, me pongo el uniforme y busco a Kofi en la cocina.

—Buenos días, Adunni —dice, golpeando un huevo contra el borde de un cuenco de cristal, para romperlo—. ¿Te encuentras mejor hoy?

—¿Ha vuelto Big Madam? —pregunto.

Kofi sacude la cabeza, bosteza.

—Está todavía en el hospital con su hermana. Estoy preparando el desayuno para ese glotón. —Empieza a revolver el huevo con un tenedor—. No me acosté hasta medianoche por culpa de sus magdalenas, y a las cuatro de la mañana me ha enviado un mensaje para que le subiera unos huevos revueltos. ¿Para qué necesitas a Big Madam? Ya sabes lo que hay que hacer. Coge la escoba…

—Voy a salir —digo, cruzando la puerta de la cocina—. Si Big Madam vuelve y pregunta por mí, dile que estoy…, dile lo que quieras.

—Adunni —me dice Tia—. Es muy temprano. Venga, pasa.

Tia no tiene buen aspecto. Lleva todo el pelo escondido, amontonado debajo de un pañuelo negro. Tiene los ojos rojos, hinchados, y la cara parece que se la hayan asado al fuego, en lugar de haber recibido azotes con escobas. Las marcas se le han puesto todas negras y marrones, hinchadas, pero son los ojos lo que me da escalofríos, verlos tan rojos y enfadados al mismo tiempo.

—¿Ha estado llorando? —Alargo el brazo para tocarle la cara, pero ella se echa atrás, retuerce el cinturón de la bata y se hace un nudo apretado delante de la barriga—. Gracias por… por ayer —dice —. Siento haberte hecho venir conmigo. Debió de ser horrible para ti… —Se aprieta dos dedos contra los ojos, los deja allí un momento.

—Siento no haberla salvado —le digo—. Lo intenté, pero las piernas, las piernas no me funcionaban bien.

Me tira de la mejilla izquierda con una sonrisa triste.

—No habrías podido hacer nada. No fue culpa tuya, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —digo—. La mamá del doctor dijo que no sabía que esas mujeres la iban a azotar. No creo que sea una mujer

demasiado mala.

Tia dice que sí con la cabeza, muy despacio.

—No importa —dice, y se da la vuelta y se va más al fondo del recinto. Yo la sigo hasta que llegamos a la puerta de atrás de la cocina. No hace intención de entrar, así que me quedo allí, con la hierba de la mañana como una alfombra de hielo machacado bajo mis pies.

—No llevas zapatos —me dice—. Hace frío.

—Su cara… ¿Le duele?

—Se curará —contesta.

—Frótese aceite de palma en las heridas cada día. En poco tiempo, eso se le irá. Y entonces tendrá otra vez la piel como la de un bebé.

Tira de mí y me da un abrazo tan rápido que me quedo sorprendida.

—Gracias —dice—. Eres una chica valiente.

—¿Qué dijo el doctor? —pregunto en un susurro—. Cuando le vio la cara, ¿qué dijo?

Tia se pone las manos en la cara y se rasca las mejillas arriba y abajo, como para borrar a rascones la mancha del recuerdo.

—Él y su madre tuvieron una pelea muy fuerte. Él la acusó de hacerme daño. Ella dijo que solo trataba de ayudar. Él le dijo que no podía ayudar y le pidió que se fuera de nuestra casa. Cuando se fue, mi marido me dijo que el baño era inútil, que él… —Respira hondo, el pecho le sube alto. Después empieza a hablar muy deprisa y las palabras corren unas por encima de otras y casi me confunden—. Él no puede dejarme embarazada —dice—. Su madre no lo sabía. No se lo había dicho a nadie. Ken es estéril, incapaz de… Por eso lo dejó su ex, Molara, y por eso él empezó a ayudar a otras familias, creo, porque sabe lo mal que lo están pasando. Dijo que, como habíamos hablado ya lo de no tener niños, pensó que no había necesidad de decírmelo, él… Qué cagada. ¡Qué cagada! —Le da una patada a la puerta, que se abre disparada y pega fuerte en la pared—. ¡Qué cagada! —dice otra vez, y, cuando empieza a llorar, sé que no lo dice porque necesite de verdad ir al baño.

—¿No se lo dijo antes de casarse? —digo cuando llora menos y se aprieta otra vez los ojos con los dedos.

—Yo no tenía ni idea —dice, y su voz suena como si hubiera puesto el cuello en una batidora, como si la estuviera triturando con arena—. Si lo hubiera sabido, habríamos podido buscar alternativas para cuando decidiéramos intentarlo. Al principio no me lo dijo porque pensó que no necesitaba saberlo, y después, cuando hablamos lo de tener niños, tuvo miedo de que lo dejara si me lo contaba; y yo, sinceramente, no sé cómo tomármelo. Y, por si no hubiera tenido un día suficientemente espantoso, recibí una llamada a medianoche. A mi madre le ha vuelto la infección. Tengo que irme unos días. Salgo mañana a primera hora —Suspira—. Quizá sea para bien. Así tendré ocasión de asimilar todo lo que ha pasado.

—Mañana será mejor que hoy —le digo con una sonrisa suave—. ¿No es verdad?

Se ríe con una risa seca.

—¡Ojalá pudiera hacer que arresten a esas mujeres! —dice—. Esos actos bárbaros deben parar. Son chorradas, caca de la vaca.

—Mucha caca de la vaca —digo, aunque yo solo conozco la caca de cabra y de oveja.

Tia se ríe otra vez, se mete la mano en el bolsillo y saca un pañuelo. Se suena la nariz como si quisiera arrancársela, después arruga el pañuelo en una bola y lo tira a un cubo de basura blanco que hay detrás de mí.

—Trataré de pasarme por las oficinas de la Ocean Oil nada más regrese para mirar la lista y ver si se han publicado los resultados.

Siento cómo las palabras se escapan de la boca de Tia, cómo se quedan flotando como una nube sobre mi cabeza, cómo caen y cubren mi espíritu y me arrastran a algún lugar lejos, algún lugar que es como un sueño.

—¿Y qué pasará si entro? —susurro—. ¿Cómo se lo digo a Big Madam? ¿Qué le diré?

Fija los ojos en algún sitio por detrás de mi cabeza.

—Yo me encargaré de decírselo. Le diré que te han dado una beca y que tienes que irte.

—¿Y si…? —Tengo miedo de decirlo, pero lo intento—. ¿Y si no entro?

—¿Adunni?

—¿Sí, Tia?

—Ayer probé solo un poco de lo que es tu normalidad —dice, cogiéndome de la mano.

—¿Mi normalidad? —pregunto—. ¿Y a qué sabe?

—Leí tu redacción, Adunni —dice—. Has pasado por tanto, por tantas cosas horribles… Y, aun así, diablilla, siempre tienes la sonrisa en la cara. Cuando me azotaron en esa iglesia, sentí una mínima parte de… —me suelta la mano, respira hondo para calmarse antes de volver a cogérmela—, sentí una mínima parte de lo que tú has tenido que soportar durante meses. Probé lo que para ti es la normalidad, Adunni, y debo decir que eres la chica más valiente del mundo. Y toda esta mierda que me ha ocurrido a mí no es nada comparada con lo que has pasado tú. Nada.

Mi garganta es una roca, una roca llena de agua, o de otra cosa que no sé lo que es.

—Pero dejemos ya mis condenados problemas maritales. Volveré más o menos dentro de una semana y, cuando lo haga, iré a ver si te han cogido. Si lo han hecho, me encargaré de matricularte. Iremos de compras y compraremos todo lo que necesites para que las cosas te sean más fáciles. Y, cuando entres, iré a visitarte cada vez que tenga ocasión. Estaré a tu lado y te apoyaré en todo lo que pueda. Sé que será difícil convencer a tu señora, pero me enfrentaré a ella con toda mi alma, con todos los recursos que tenga. Si es necesario, haré que la arresten. Esta es tu oportunidad. Has trabajado mucho para tenerla. Nada va a quitártela. Y, para responder a tu pregunta, si resulta… —me aprieta la mano—, si resulta, Dios no lo quiera, que no te seleccionan, pensaré en algo que puedas hacer. No puedes seguir con Florence. De ningún modo. Solo necesito tiempo para pensar en algo, pero primero vamos a esperar y a ver qué pasa con la beca, ¿vale?

Digo que sí con la cabeza y tengo ganas de darle las gracias, pero las lágrimas me van a salir por los ojos y quiero cogerlas con las manos, solo que ella me las está apretando muy fuerte y las

lágrimas acaban resbalando por mis mejillas y por el cuello y se me meten en el vestido.



CAPÍTULO 49

Hecho: A pesar de la creación en 2003 de la Agencia Nacional para la Prohibición de la Trata de Personas, con el fin de abordar el comercio de seres humanos y los delitos relacionados, un informe de la UNICEF del año 2006 demostró que unos 15 millones de menores de 14 años, en su mayoría niñas, estaban en ese momento trabajando en Nigeria.

Kofi está cogiendo el sueño en el patio de atrás cuando vuelvo a la casa de Big Madam.

Se ha tumbado en un banco, con el gorro de cocinero doblado sobre los ojos para taparse del sol de la mañana y las dos manos cruzadas en el pecho, así que parece un muerto que espera a que se lo lleven al depósito de cadáveres.

—¿Kofi? —digo, y doy dos palmadas—. ¿Estás durmiendo?

—No, estoy nadando —me dice—. En el mar.

Da un golpe con el gorro en el banco y se levanta.

—Abu te estaba buscando. Se está poniendo frenético. Dice que tiene que verte por una cosa. ¿De qué se trata? ¿Y adónde te habías largado?

—Dile a Abu que me busque después en mi habitación —le digo—. He ido donde Tia. Estaba muy llena de preocupación por ella. Pero ahora todo está bien, creo.

—¿Y por qué estabas preocupada por ella?

Encojo los hombros, sacudo la cabeza. Quiero decírselo, pero no puedo contarle algo tan profundo sobre Tia.

—Y, si hubiera estado en casa Big Madam, ¿qué? —dice él—. ¡Mira qué sucio está todo el recinto! Si esa mujer hace que Big Madam te despida antes de que puedas cumplir con tu plan para irte, *chale*, te juro que lo único que yo te daré es un pañuelo de papel para que te seques las lágrimas.

—¿Cómo está su hermana? —le pregunto—. ¿Es grave?

—A su hermana la están operando —dice Kofi—. Big Madam ha llamado unos minutos antes de que llegaras. Quiere que le prepare un estofado de pescado y se lo envíe con ese idiota al que llama esposo. No creo que vuelva antes de varios días. ¿Por qué pareces tan contenta?

Me río, aunque nada me está haciendo cosquillas. Algo me está pellizcando en los pies en ese momento y me da ganas de bailar, así que doy un brinco y empiezo a cantar una canción que he tenido en la cabeza desde que salí de la casa de Tia.

Eni lojo ayo mi	Este es el día de mi alegría,
Lojo ayo mi	el día de mi alegría.

Kofi me está mirando con una sonrisa mientras yo doy vueltas y más vueltas y voy de aquí para allá agitando la escoba en el aire.

—¿Al final el señor Kola te trajo el salario? —me pregunta cuando paro de bailar—. O, espera, deja que adivine: has tenido noticias de la gente de la beca. Los resultados salen esta semana o la que viene, ¿no? ¿Por eso estás tan contenta?

—No, todavía no he tenido noticias de la beca. —Doy unos golpecitos en el cepillo de la escoba y empiezo a barrer las hojas secas —. Y no he vuelto a ver a ese estúpido señor Kola desde que me dejó en esta casa. El señor Kola es un traficante de esclavos. Él y Big Madam, los dos trafican con gente como yo. La única diferencia es que yo no llevo cadena. Soy una esclava sin cadena.

—Veo que prepararte para la beca te ha hecho aprender mucho. — Kofi se pone el gorro en la cabeza, se lo aplasta de un manotazo—. Bien, pues ilumíname. Dime lo que has aprendido sobre el tráfico de esclavos.

—La Ley de Abolición de la Esclavitud se aprobó en el año 1833 —digo, barriendo alrededor de sus pies—. Pero nadie hace caso de la abolición. Los reyes de Nigeria de antes vendían gente para trabajar como esclavos. Hoy la gente no pone cadena a sus esclavos y los envía a otros países, pero el tráfico de esclavos continúa. La gente sigue sin cumplir la ley. Y yo quiero hacer algo para que eso pare, para hacer que la gente se porte mejor con los demás, para parar el tráfico de esclavos de la mente, no solo del cuerpo.

—*Chale*, te juro que si consigues eso —dice con una sonrisa torcida —, te mereces un monumento. ¿Quién sabe? A lo mejor algún día también se habla de ti, ya sabes, como parte de la historia de los hombres.

Paro de barrer, pongo la cara a su nivel y lo miro a los ojos.

—No, de la historia de los hombres, no —digo—. Será la historia de una mujer, la mía: la historia de Adunni.



CAPÍTULO 50

Es medianoche.

Afuera la lluvia ha estado golpeando el tejado como una pistola que disparara muchos tiros; el aire huele al polvo de la tierra, a la esperanza de mi independencia. Estoy tumbada en la cama, hablándole a mamá, contándole sobre Tia y sobre cómo el doctor le escondía cosas, sobre el resultado de la beca que saldrá pronto, y entonces llaman a la puerta de mi habitación.

Toc, toc, toc.

Tres toques: Abu.

Me levanto de la cama, corro a la puerta, aparto un poco el armario que he puesto pegado detrás y abro el cerrojo.

—Abu —digo—. Perdona que no estuviera libre anoche cuando viniste a buscarme.

—*Sannu* —dice Abu, y me saluda inclinando rápido la cabeza. Pero no intenta entrar en la habitación y yo no le pido que lo haga. Se queda fuera, echa una rápida mirada a la derecha y a la izquierda del oscuro pasillo y entonces se mete la mano en el bolsillo y saca un papel doblado. Su cara es una sombra de miedo, la tiene mojada de agua de lluvia y pegada al pecho—. He dejado a Big Madam en el hospital para darte esto. Adunni, lo que voy a entregarte no puedes decir que te lo he dado yo. No te lo he dado yo. *Walahi*, si alguien te pregunta y dices que he sido yo, ¡les diré que estás diciendo mentiras!

—¿Qué es?

—Lo encontré en el coche, una semana o así después de que Rebecca desapareciera. Estaba dentro del 350 Benz que siempre usa Big Daddy para salir —dice—. Lo he guardado durante demasiado tiempo, pero ahora la carga me pesa mucho, tanto que me cuesta decir mis oraciones. *Dan Allah,*[31] te lo ruego, ¡quédate esto que te doy! ¡Quédatelo!

Me mete el papel en la mano como si fuera una maldición del demonio que no quiere tener y me dobla los dedos para cerrármelos.

—Adunni, escucha esto, porque después de hoy no volveré a hablar de ello otra vez. Al día siguiente de desaparecer Rebecca me fui a lavar el 350 Benz porque Big Daddy me pidió que lo hiciera. Lo lavé por fuera, pero dentro del coche… —Respira hondo—. Dentro, el asiento de delante estaba mojado. Mojado como si le hubieran echado agua. Así que dejé de lavar y corrí a Big Daddy para preguntarle quién había mojado el asiento de delante. Me dijo que no lo sabía. Entonces le pregunté a Big Madam y me respondió que a lo mejor había sido Glory, la chica de su tienda, que podía haber echado agua por error. Le pregunté a Glory y me dijo que ella no había echado agua en el asiento. Luego encontré esta carta cuando Rebecca llevaba una semana desaparecida y la leí y entonces supe por qué el asiento estaba mojado. Y desde entonces he guardado la carta, he estado soportando esa carga.

—¿Por qué me cuentas lo del asiento mojado? —pregunto, confundida.

—La carta —Abu sacude la cabeza, como si el recuerdo le produjera dolor, como si no le hubiera hecho solo una pregunta— estaba muy metida en la hebilla del cinturón de seguridad. Dentro. La vi solo porque estaba intentando abrochar el cinturón para limpiarlo bien y no se enganchaba. Cuando abras la carta, mira bien y entenderás todo lo que te digo. Ahora me vuelvo con Big Madam al hospital. *Sai gobe.*[32] Buenas noches.

Antes que pueda decir una palabra, Abu se inclina rápido, se da la vuelta y desaparece en la oscuridad.

Desdoblo el papel; las manos temblando. Una carta corta, sin final. La letra es pequeña y ordenada, escrita con boli negro, y cada letra mide lo mismo de alta y de ancha y hay el mismo espacio en medio de las letras, pero, hacia el final de la carta, la letra cambia y se hace desastrada, como si la persona tuviera prisa, y… ¿qué es esa mancha?

Levanto la carta hacia la luz. El borde parece que hubiera pasado por una pelea, es como los dientes rompidos de un loco, o el filo del cuchillo de pan de Kofi, y cerca del final hay una huella o dos de un dedo bañado en sangre. La miro bien, el color marrón rojizo, la mancha de sangre seca alrededor de la huella del dedo y pienso, mientras mi corazón empieza a subir por una escalera de terror, que la persona que escribió esto estaba echando sangre.

La habitación parece que está dando vueltas mientras intento calmar los saltos del corazón, tranquilizarme y leer:

> Me llamo Rebecca. Soy doncella de Jefe y Florence Adeoti, a los que llamamos Big Daddy y Big Madam. Estoy preñada de Big Daddy. Al principio, Big Daddy me obligó a acostarme con él, después me prometió que se casaría conmigo si me acostaba siempre con él. A veces, cuando Big Madam está en casa, Big Daddy le pone medicina para dormir en el vaso de zumo, por la noche, para que esté dormida cuando él viene a mi cuarto.
>
> Cuando vi que estaba preñada, Big Daddy se puso muy contento. Dijo que se casaría conmigo y que yo y Big Madam seríamos sus dos esposas y viviríamos en esta casa juntos. Desde que me lo dijo, he sido muy feliz.
>
> Esta mañana me ha dicho que íbamos al hospital para ver al doctor, pero yo quería escribir esta carta porque, después de comerme la comida que me ha comprado Big Daddy, me ha estado doliendo la barriga y tenía miedo de que Big Madam se enfadara por eso.

Que se enfadara ¿por qué, Rebecca? ¿Por qué no terminaste la carta? ¿Qué te pasó para que dejaras de escribir y la escondieras dentro de la hebilla del cinturón de seguridad?

Doblo y doblo el papel hasta que ya no puedo más, hasta que es un rectángulo pequeño y duro, algo parecido a una bala. Me tiembla todo el cuerpo. Big Daddy es el novio del que hablaban Kofi y Chisom. ¿Por qué se quitó Rebecca las cuentas de cintura? ¿Por qué

hay sangre en la carta? ¿La mató Big Daddy? ¿O la encerró en algún sitio?

Arrugo la carta en la mano y, mientras subo a la cama, siento que se me forma algo amargo, que es como una piedra en el corazón y me quedo tumbada quieta durante casi una hora, pensando en Rebecca, tan asustada por lo que le pasó que, cuando giran el pomo de mi puerta, al principio no lo oigo.

Cuando se oye otra vez, me siento recta en la cama. Al principio, pienso que es la lluvia, que a lo mejor ha hecho que se rompa alguna ramita fuera y que se caiga a la tierra, pero cuando el armario cruje detrás de la puerta, cuando empieza a moverse, me levanto.

—¿Abu? —pregunto, ya de pies. No he cerrado la puerta cuando él ha salido, pero sí que he empujado un poco el armario para bloquearla. ¿Ha vuelto Abu del hospital de ver a Big Madam para contarme algo más de Rebecca?—. ¿Abu?

No oigo respuesta de Abu y la puerta de mi habitación sigue abriéndose, empujando el armario más y más, arañando el suelo.

—¿Quién…? —susurro, todavía de pies al lado de la cama, con miedo de moverme—. ¿Quién está ahí? ¿Quién es?

«Big Daddy». Sé que es él. Puedo oler la bebida desde donde estoy, puedo sentir su maldad dentro de mi habitación.

Quiero moverme hacia la puerta, empujarla para que se cierre, pero sé que no tengo una fuerza tan grande como la suya, así que me agacho y me meto debajo de la cama y cierro los ojos.

Cuando entra, me quedo quieta, me hago como un tronco de leña, un cuerpo muerto. Oigo cómo arrastra los pies por el suelo al acercarse, el roce de su ropa. En las manos siento como una bola de tela y la aprieto, la estrujo como si fuera a salvarme de Big Daddy.

—¿Adunni?

Su voz es un susurro, arrastrada por la bebida. Se para cerca de la cama, sus pies muy cerca de mí, muy cerca de mi boca. El dedo gordo del pie es feo, parece una flecha doblada, con la uña larga y negra que se curva hacia el suelo. Me imagino que le arranco esa uña con los dientes, que le muerdo ese dedo hasta hacerle sangre.

—Sé que estás ahí —susurra.

La cama cruje y sisea mientras el colchón me aprieta la cara, los muelles de dentro me presionan en la cabeza, en los hombros, en el pecho, como si fueran a taladrarme un agujero en los huesos y en la carne. El peso de su cuerpo aplasta la cama, que se me hunde en el pecho más y más hasta que gimo. Es un gemido suave, dentro de mí, pero él lo oye.

—¡Ajá! —Su cara me está mirando. Tiene ojos por toda la cara, ojos malvados de demonio—. ¡Ajá! —repite, cogiéndome por los pies y arrastrándome a mí y todo el polvo de debajo de la cama.

Entonces cae encima de mí, con todo su cuerpo que apesta como a sudor de tres años.

«Lucha».

¿Es Tia la que habla o es mi mamá?

«Adunni, lucha. Grita».

Grito hasta que se me rompe la voz, hasta que ya ni me oigo a mí misma, hasta que mi grito atraviesa el ruido de la lluvia y vuelve en forma de trueno. Él intenta taparme la boca con la mano, pero yo le doy con la rodilla en la barriga; él suelta un pffts y gruñe, me da una bofetada en la cara, me deja atontada por un momento.

—Pórtate bien —gruñe—. ¡Pórtate bien!

Sus dos manos me clavan al suelo y quedo atrapada debajo de su cuerpo, pero le muerdo en las mejillas, pruebo la sal de su sangre y el alcohol de su piel y se lo escupo a la cara.

Oigo el rasgón de la cremallera de sus pantalones. El gruñido cuando me aplasta contra el suelo. Su aliento huele a dientes podridos, a algo dulce; el aroma de vainilla que Kofi le ha puesto a sus magdalenas.

«Lucha».

Mi mano está muerta. Tengo las piernas clavadas al suelo. ¿Cómo voy a luchar? Giro todo el rato la cabeza de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, diciendo «no, no, no», pero su mano, húmeda y caliente, me tapona la boca y me coge ese «no» y me lo empuja dentro de la nariz.

«Mamá —lloro dentro de mí—. Sálvame, mamá».

De pronto viene un destello de luz de fuera, el mismo destello del pasado, de aquel día con Morufu, solo que esta vez viene con un

grito de trueno, un retumbar fortísimo, y entonces sé que mi mamá está aquí. Mi mamá está luchando por mí. «Lucha, Adunni. Lucha».

Reúno toda mi fuerza, le clavo los dientes en la mano, los hundo en su carne. Cuando grita, me escurro de debajo de él, agarro la biblia de mi mamá de encima de la cama y se la estrello en la cabeza. Su teléfono, que se había iluminado con un número y hacía ruido en el bolsillo, sale volando y cae en el suelo, va rodando y rodando como un ventilador sin dejar de sonar: ring, ring, ring.

Big Daddy aúlla como un animal.

—¡Zorra! —dice, viniendo a por mí.

Justo entonces, la puerta se abre de golpe y la tierra tiembla y Big Madam aparece en medio de la entrada y luego dentro de mi habitación, y Big Daddy se cierra la bragueta y empuja a Big Madam para quitársela de en medio y sale corriendo de mi cuarto.

Big Madam, que está como atontada, camina como un fantasma y recoge el teléfono de Big Daddy que sigue sonando y pulsa. Entonces lo mira fijo, muy fijo, y no sé lo que está viendo en el teléfono, pero tiene que ser algo muy malo y que da mucho miedo, más miedo del que acabo de pasar yo, porque Big Madam cae de rodillas al suelo de mi habitación, se lleva las manos a la cabeza y empieza a gemir:

—¿Jefe? ¡Caroline! ¿Amorcito? ¡No!

Da tanta pena verla que, por un momento, me olvido de mí y de Rebecca y de Big Daddy.

Solo quiero ayudar a Big Madam y rogarle que pare de llorar, pero ella no hace más que mirar el teléfono, apretar teclas y abrir la boca muy ancha, más ancha de lo que he visto nunca, más ancha que el río Benue, que es uno de los ríos más anchos de todos los ríos de Nigeria entera.

---

31. «Por el amor de Dios», «por favor», en lengua hausa. (*N. del T.*)
32. «Hasta mañana», en lengua hausa. *(N. del T.)*



CAPÍTULO 51

Después de eso, todo se va volando tan rápido como si lo hubiera borrado con un parpadaleo.

Recuerdo a Big Madam sentada en el suelo de mi habitación, llorando y llorando; y entonces, cuando por fin me acerco para tocarla, se me queda mirando como si me viera por primera vez en la vida y luego me empuja y sale corriendo, corre lejos hasta la casa principal.

Me quedo sola en la habitación, pero todavía puedo oler a Big Daddy.

Su sudor. Los dientes podridos. La bebida. Huelo también el miedo. Tengo los pelos de las manos de punta, como si se hubieran levantado por respeto delante del miedo para decirle «bienvenido, señor», «bienvenida, señora».

Afuera la lluvia está parando, no se oye más ruido de truenos y todo está muy en silencio, pero a lo lejos se oye el gemido débil de una mujer a punto de parir un bebé, una mujer que está dentro de un pozo muy hondo, muy hondo, un ruido ahogado y encerrado que llena toda mi habitación de algo espeso que no veo a simple vista, pero que siento dentro de mi corazón, así que me levanto con esfuerzo y corro a la casa principal.

Lo primero que veo cuando entro es la peluca de Big Madam. Está colgada en uno de los espejos de la pared y parece la piel de una

rata muerta. Los cojines están todos tirados por el suelo, cerca de la tele, al lado del ventilador de pie, alrededor de las patas del sofá. Los zapatos de Big Madam, dorados y de tacón alto, están uno aquí y otro allá, su bolso de plumas está abierto y se ven pintalabios, sombras y lápices de ojos, dinero, todo desparramado por fuera.

Big Madam está sentada en el sofá. No abre los ojos cuando entro, ni siquiera hace como que me oye. Se queda con los ojos cerrados y las lágrimas le corren por la cara hinchada, y entonces siento que la piedra de amargura que tengo dentro empieza a deshacerse. Tiene sangre alrededor de la boca; se está apretando cerca de la mandíbula con manos temblorosas. Sigue gimiendo, pero ya no fuerte como antes. Ahora solo suena como un ruido que hace al respirar por la boca.

—¿Dónde está Big Daddy? —Todo el cuerpo me chorrea de agua de lluvia y de enfado, la carta que tengo en la mano es una hoja mojada—. ¿Dónde está?

Abre los ojos, despacio, como si los párpados le pesaran demasiado, pero no me mira. También ella parece borracha, como si hubiera bebido una bebida de pena y dolor.

—Tengo una carta, señora —le digo—. De Rebecca.

—Rebecca se ha ido —dice, con la voz arrastrada—. Se ha ido…

—Ya lo sé, señora —digo—. Pero escribió algo aquí, en esta carta.

Se la enseño. La tinta de boli está cambiando de color en el papel, por el agua, y las palabras se emborronan en algunas partes.

—¿Quiere que se la lea? —pregunto.

Dice que no con la cabeza, abre la mano y le doy la carta. Se queda mirando el papel, las palabras que hay en él, pero no me parece que la esté leyendo con esos ojos demasiado hinchados, casi ciegos de dolor. Se pone la carta en el pecho, como si quisiera usar el papel para envolver los trozos de su corazón rompido, para hacer un paquete con ellos y cerrarlo bien.

—Jefe me ha matado —dice, después de un rato muy largo. No me habla a mí, sino a sí misma y al aire—. Podía entender lo de las otras chicas, eso podía tolerarlo, hasta me ocupé de solucionarlo

cuando acabaron en desastre. Pero esta vez ha ido demasiado lejos. ¡Jefe Adeoti, has ido demasiado lejos!

Me doy media vuelta y voy a la cocina. Kofi no está allí. Lleno un cuenco de agua tibia y cojo un paño. Cuando vuelvo al salón, mojo el paño en el agua tibia, lo escurro y empiezo despacio a quitarle a Big Madam la sangre de la boca, las lágrimas de los ojos, el temblor de las manos. Y al principio ella se resiste, pero le sujeto fuerte las dos manos hasta que las afloja y cierra los ojos, hasta que acepta que a veces también a las personas más fuertes les puede venir una debilidad.

Canto la canción que me enseñó mi mamá cuando yo me hacía mayor, en el pueblo, la misma que me puse a cantar la primera vez que vine a Lagos, y, cuando vuelvo a mirar, Big Madam tiene aún los ojos cerrados, pero esta vez está roncando bajito, así que cojo la carta de donde ha ido volando al suelo y me vuelvo a mi habitación.



CAPÍTULO 52

Hecho: Alrededor del 30 % de las empresas registradas en Nigeria pertenece a mujeres. El continuo crecimiento de dichas empresas, crucial para sostener la economía, se ve en gran parte obstaculizado por las restricciones de acceso a los fondos y por la discriminación sexista.

—*Chale*, ¿qué demonios ocurrió anoche en esta casa?

Kofi está delante de la puerta de mi cuarto, guiñando los ojos como si alguien le hubiera dado en la cabeza con un gran tablón de madera—. ¿Qué está pasando?

No he podido dormir en toda la noche.

Tenía la mente como dentro de una lavadora, dando vueltas y vueltas, hasta que esta mañana Kofi ha llamado a mi puerta y ha parado las vueltas.

—El salón estaba hecho un desastre cuando he llegado esta mañana —dice Kofi—. Big Daddy no está en casa y a Big Madam parece que la haya atropellado un camión. ¿Qué ha pasado?

—¿Adónde fuiste? —le pregunto con una mano en la puerta y la otra sujetando el camisón. Kofi nunca se ha portado mal conmigo, pero después de anoche no puedo hablar con ningún hombre sin miedo a que me salte encima.

—Big Daddy me dio libre —dice—. Anoche me pidió que me tomara un descanso, que pasara la noche fuera. Como Big Madam estaba en el hospital con su hermana, aproveché para ir a visitar a algunos amigos del Alto Comisionado de Ghana. Para ser sincero,

tenía mis dudas cuando me dio la noche libre, pero estaba tan cansado de cocinar para Big Madam… ¿Qué pasó?

—Nada —contesto.

—*Chale*, habla conmigo. ¿Vino aquí Big Daddy? —Su cara se viene abajo y se lleva la mano al pecho—. Debería haberlo sabido cuando insistió tanto en que pasara la noche fuera. Adunni, habla conmigo. ¿Por qué te quedas ahí parada y mirando tan fijo? ¿Qué te hizo?

—Nada —le digo—. ¿Qué quieres?

—¿Te violó? —pregunta Kofi con la voz que le sube alto—. ¿Es que ese imbécil te violó?

La palabra «violar» suena como un tajo de cuchillo, una puñalada, una palabra que no he oído en mi vida, pero que entiendo sin necesidad de consultarla en el *Collins*.

—No me violó —digo en voz baja. Al recordarlo todavía me dan escalofríos, todavía el corazón me golpea en el pecho—. Big Madam abrió la puerta antes de que pasara.

Kofi escupe al suelo.

—*Kwasea.*[33] Que Dios lo castigue.

—¿Rebecca fue a la escuela? —pregunto—. ¿Hablaba bien inglés? ¿Era lista de cerebro?

—¿Rebecca? Hablaba buen inglés, pero era demasiado ingenua para su edad —dice Kofi—. Su antigua jefa, la de antes de Big Madam, le dio una educación. La envió a la escuela privada primaria y secundaria y hasta se la llevaba de vacaciones con la familia. Cuando la mujer murió, Rebecca vino aquí a trabajar. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —contesto. Si Rebecca era una chica lista, entonces sabría que Big Daddy no podía casarse con ella estando en la misma casa que Big Madam. Sabría que él le estaba contando mentiras. Ahora sé que hablar buen inglés no significa que tienes un cerebro inteligente. El inglés es solo una lengua, como el yoruba, el igbo y el hausa. No tiene nada de especial, nada que te haga pensar mejor—. ¿Tienes algo que ella escribiera? —le pregunto.

Quiero estar segura para que Big Daddy no pueda decir que fue otra persona la que escribió esa carta. Quiero estar segura de que Big Daddy sufra por lo de Rebecca, porque Bamidele no sufrió por lo de Khadija.

Kofi dice que no con la cabeza.

—A lo mejor Abu tiene alguna cosa. Rebecca le daba siempre a él la lista de la compra. Yo le preguntaría, pero también lleva fuera desde anoche. Debería volver esta mañana.

Voy a cerrar la puerta de mi habitación, pero Kofi me bloquea con la mano.

—Big Madam te busca —dice—. Ha dicho que subas directamente a su habitación, enseguida. ¿Por qué iba a pedirte que vayas a su habitación? Nunca le pide a nadie que vaya a su cuarto…, y menos a ti. ¿Qué me estoy perdiendo aquí?

—Gracias —le digo. Y cierro la puerta.

—Entra —me dice Big Madam cuando llego a su habitación.

Toda su cara es una herida espantosa y yo me quedo parada un momento, sin moverme, aunque la puerta está totalmente abierta. Big Madam lleva una larga bata roja que es como si llevara unas alas de seda roja alrededor del cuerpo. Tiene la mano en el pomo de la puerta, que sostiene abierta para que entre.

—Entra —me dice otra vez, girándose y alejándose—. Cierra la puerta y siéntate en esa silla.

Entro. Hay una cama redonda justo en el centro de la habitación, con un cubre de plumas y unos quince cojines, que no sé cómo encuentra espacio para dormir ahí. En la pared que tengo más cerca, las fotos de sus hijos de cuando eran pequeños forman una fila; fotos riéndose en un parque infantil y otra de Big Madam de cuando era joven. Parece tan delgada en la foto, con la piel tan suave, que casi tengo ganas de tocarla, de decir «lo siento» por lo mucho que esa cara se le va a hinchar en el futuro por culpa de Big Daddy.

Un olor raro, una mezcla de lejía para el váter y pies sucios, me llena la nariz, y veo a mi izquierda el tocador lleno de botellas grandes de crema y un bolso de nailon de maquillaje atiborrado de

toda clase de polvos, color de ojos, lápices y pintalabios. Consigo leer los nombres de las botellas: Leche corporal InstaWhite plus, Crema aclaradora (nueva fórmula mejorada), Fórmula blanqueadora con brillo.

¿Por qué quiere Big Madam blanquearse la piel? ¿Y, además, con estas cremas que huelen mal? En la foto colgada en la pared se la ve muy bien, con su piel de antes. ¿Será por eso por lo que su cara tiene a veces colores diferentes y las piernas son marrones en los tobillos y las rodillas, pero pálidas en el resto, de un amarillo como de enfermo, a veces verde?

Me siento en la silla morada y larga que hay delante de la cama y me pliego el vestido en las rodillas.

—Kofi dice que quería verme. Aquí estoy.

Se mira las uñas como si comprobara si se le han hinchado.

—Tengo que preguntártelo, Adunni. ¿Ayer Jefe…, él…?

Digo que no con la cabeza.

—No me violó.

Levanta de golpe la cabeza, pone ojos duros.

—¿Sabes lo que es una violación?

—Sí, señora —contesto.

—Tia Dada, la esposa del doctor Ken, me llamó ayer. Dice que quiere venir a verme para hablar de tu futuro. ¿Qué tontería es esa del futuro? ¿Quién se cree que es? ¿Cuánto ha pagado ella de tu salario? ¿O es que se cree que eres uno de sus proyectos medioambientales? —Respira hondo—. Me colgó cuando le hice esa pregunta y te juro que me quedé echando chispas. Tenía la cabeza que me hervía. Dejé a mi hermana en el hospital y le dije al chófer que me trajera a casa. Mi idea era buscarte y darte tal paliza que te reseteara el cerebro. Y después arrojarte a las calles, porque, Adunni, no me has dado más que problemas desde que llegaste. Tia Dada no es amiga mía. ¿No tendrá ni cuarenta años y se atreve a colgarme el teléfono? Primero tenía pensado ocuparme de ti y luego encararme con ella y ajustarle las cuentas, pero voy a tu habitación y ¿qué me encuentro? A mi marido.

Deja de hablar, pero le tiemblan los labios.

—Jefe va a la iglesia. Es miembro de los Hombres Virtuosos. ¿Cómo es posible que un hombre vaya a la iglesia durante tanto tiempo, durante tantos años, y no encuentre a Dios? —pregunta Big Madam como si estuviera perdida, confusa.

—Porque Dios no está en la iglesia —digo, manteniendo la barbilla baja y también la voz.

Quiero decirle que Dios no es un edificio de cemento y piedras y arena. Que a Dios no se le puede meter en una casa y encerrarlo allí. Quiero que sepa que la única forma de saber si una persona ha encontrado a Dios y lo tiene en su corazón es ver cómo esa persona trata a la gente, si la trata como dice Jesús, con amor, paciencia, bondad y perdón, pero el corazón me corre muy rápido y golpea fuerte y me hace tener ganas de hacer pis, así que cojo algo de mi uniforme, un hilo rojo, y lo enrollo más y más con los dedos hasta que es un nudo pequeño, un punto final.

Apoya una mano en las rodillas, se inclina hacia delante.

—Adunni, he estado pensando en la llamada de Tia. ¿Tú sabes lo que quiere hablar conmigo?

—No, señora —digo en un susurro—. No lo sé.

Big Madam dice que sí con la cabeza, despacio.

—Si quiere llevarte fuera de aquí, ¿tú te irías con ella?

Digo que sí con la cabeza.

—¿Por lo que hizo Jefe?

No sé bien qué contarle, mi mente quiere decir muchas cosas, pero tengo miedo de que se enfade conmigo, así que solo digo un poco de lo que tengo en la cabeza.

—Porque usted no es siempre amable conmigo y con Kofi. Me pega y me hace llorar y echar de menos a mi mamá. Y también por Big Daddy.

Me muerdo el labio para parar de hablar, pero en mi cabeza mi boca sigue moviéndose: «Porque si Rebecca fuera su hija Kayla, usted no descansaría ni una noche ni un día hasta encontrarla; y porque usted me hace trata de esclavos y está dejando que Big Daddy le haga trata de esclavos a usted».

Se echa atrás y cierra los ojos y, cuando empieza a hablar, su voz es igual de baja que si yo no estuviera delante y ella hablara solo

con su propia persona:

—¿Cómo ha podido Jefe hacerme algo así? ¿A nosotros dos? ¿Cómo voy a seguir adelante sin tener a Jefe a mi lado? ¿Qué voy a decirle a la gente cuando me pregunten qué ha pasado?

«Pero él nunca ha estado a su lado. Menos a lo mejor cuando le está dando puñadas en la cara».

—¿Qué quieres decir con eso? —Big Madam abre los ojos de golpe, habla con voz áspera.

¿Estaba mi voz solo en mi cabeza o he hablado en voz alta? Empiezo a decir que no con la cabeza, a inventar una mentira, pero ella dice:

—¡Adunni! ¿Qué-quieres-decir-con-eso? Dime exactamente lo que querías decir antes de que te deje el cuerpo molido.

Me retuerzo el borde del vestido dándole vueltas y vueltas hasta que la sangre ya no me corre por el dedo.

—Es Big Daddy, señora. Es un mal hombre. Muy malvado.

Levanto la cabeza y algo me quita un tapón en la boca y me la abre y entonces las palabras, amargas y verdaderas y dolorosas, empiezan a salir de golpe.

—Le pega a usted casi todo el rato y la llena de tanto enfado y tristeza que, cuando nos ve a mí y a Kofi, nos echa encima todo ese enfado, sobre todo a mí. Su esposo hace que esté usted triste… —Y enfadada—. Perdone, señora —digo cuando veo que los ojos casi se le salen de la cabeza—. Me ha preguntado qué quería decir y yo solo se lo digo. Y fin.

Suelto un suspiro, sintiéndome como un globo que pierde todo el aire hasta quedarse plano y sin poder flotar más, así que me levanto muy despacio y miro por la habitación como una boba, porque no quiero mirarla a la cara.

—¿Puedo masajearle los pies? —le pregunto—. ¿O rascarle el pelo antes de irme? Ayer le canté una canción y usted se quedó dormida. ¿Quiere que se la cante? Es una canción que mi mamá…

—Vete —me dice, señalándome la puerta, los ojos húmedos, furiosos—. ¡Fuera de mi vista!

33. «Idiota» o insulto similar en la lengua twi de Ghana. *(N. del T.)*



CAPÍTULO 53

Por la noche, se oye un portazo en la verja y tocan el clason como locos, como si la persona que conduce dejara la mano encima y pegara y pegara y pegara. Como el ruido no para después de tres minutos, me levanto de la cama y echo una mirada fuera de la habitación.

—Ese loco lleva pitando casi treinta minutos —dice Kofi, que está de pies en el pasillo rascándose los ojos y bostezando.

—¿Qué loco? —pregunto, saliendo de mi habitación y cerrando la puerta. Me pongo a su lado y juntos miramos a la oscuridad, adonde la noche es una espesa pared de color negro y los grillos y el clason llenan el aire por turnos, en una especie de canción de melodía disparatada: «Piip-cri, cri-piip-cri, cri».

—Big Daddy —dice Kofi—. Es él quien está pitando como un maníaco. Big Madam nos ha dado orden a Abu y a mí de no abrirle la puerta, lo cual es muy extraño.

—¿Por qué es muy extraño? —pregunto.

—Porque nunca nos ha ordenado que no lo dejemos entrar. Ni siquiera cuando sabe que viene de ver a su novia.

—¿Tú has visto a su novia alguna vez?

—Tiene varias —dice Kofi—. Yo he visto a una, una chica a la que recoge en el Shoprite. Flacucha como ella sola. Parece que tenga doce años. Una ráfaga de viento la partiría en dos un día que soplara fuerte. Pero eso es problema de ese idiota. —Kofi gira el

cuello, me mira—. Y bien, ¿qué te dijo Big Madam cuando te llamó a su habitación?

—Nada —le digo mientras otro pitido escandaloso llena el aire—. ¿Por qué ha dicho Big Madam que no le abramos la verja?

Kofi se encoge de hombros.

—Ya te he dicho que nunca había hecho algo así. Al contrario, otras veces me había ordenado asegurarme de que a Big Daddy se le sirviera su comida, sin importar lo tarde que volviera a casa. Deberías haberla visto cuando nos dio la orden, Adunni. Tenía los ojos inyectados en sangre, llenos de algo que nunca había visto antes. Algo como el acero. Determinación.

—¿Le has preguntado a Abu? Si tiene la lista de la compra, quiero decir.

—Ah, sí. —Kofi se mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca un papel—. Toma. La última lista de la compra que ella escribió antes de… Ya sabes.

Cojo el papel, lo abro. La letra de la lista, donde hay jabón lavavajillas, arroz blanco, papel film, pañuelos de papel y lejía, es igual que la de la carta.

Mi corazón suspira.

—Kofi, ¿y tú la viste alguna vez con Big Daddy, juntos?

—Algunas veces. —Kofi arruga la frente y la carne se le separa en tres rayas gruesas de piel—. Lo pillé saliendo del cuarto de Rebecca varias veces. Parecían estar unidos, más de lo normal, sobre todo cuando Big Madam estaba fuera. Le pregunté a ella y le dije que tuviera cuidado con ese hombre, pero Rebecca siempre se reía y decía que yo estaba celoso. ¿Por qué iba yo a estar celoso de un imbécil? Sé de sobra que él siempre ha mostrado interés por todas las doncellas que hemos tenido. Y por eso te advertí que tuvieras cuidado con Big Daddy, desde el primer día. Advierto a cada una de las doncellas que viene a trabajar aquí.

Siento un escalofrío tan de pronto que me pone de punta el pelo de las manos.

—¿Big Madam fue a casa de Rebecca, a su pueblo? ¿A buscarla?

Kofi dice que no con la cabeza.

—Oí que el señor Kola sí que fue, una semana o dos después de que ella desapareciera. Big Madam, por lo que yo sé, no fue a ningún lado.

Se oye otra vez el clason y Big Madam, con una voz como cinco truenos, grita desde la casa principal:

—¡Vuélvete al infierno del que has venido, Jefe! Nadie te va a abrir esa verja.

«Quién sabe lo que ese hombre le hizo». Mis ojos me sorprenden cuando salen lágrimas. Me las seco enseguida.

—Me vuelvo a mi cuarto.

—Y yo —dice Kofi, bostezando otra vez—. Parece que ese idiota va a pasar la noche en el coche, con los mosquitos. Es lo mínimo que merece ese malnacido después de lo que le ha hecho sufrir a todo el mundo.

Big Madam se queda encerrada durante dos días. No va a la tienda ni a la iglesia ni a ningún sitio. Se queda en su habitación y duerme. Por las mañanas, Kofi le lleva una comida de ñame y huevo, o pan y un huevo duro, o tostadas y té, y ella solo se come un bocadito y se deja el resto, que Kofi me da a mí. Por la noche, me manda llamar para que le masajee los pies. No habla mientras le doy el masaje, solo se queda allí sentada, encerrando las lágrimas dentro de los ojos. Quiero enseñarle otra vez la carta, pero me doy cuenta de que el corazón le pesa demasiado, un peso tan agobiante que ni siquiera oiría lo que quiero decirle.

Big Daddy no aparece por la casa. No lo vemos y yo no hago preguntas, pero entre nosotros cuchicheamos, yo y Kofi, o Kofi y Abu, o yo y yo misma. Hablamos de dónde puede estar y de si volverá alguna vez, pero son todo palabras vacías, porque nadie sabe nada, nadie ha visto nada.

La tercera noche después que Big Daddy se ha ido de la casa, Big Madam me manda llamar para que vaya a su habitación.

Esta vez me la encuentro sentada en el sillón morado, con el teléfono en la oreja. Me hace señal de que espere, así que me quedo en un rincón con las manos en la espalda. Tiene mucho mejor

aspecto; el rojo hinchado de debajo de los ojos es ahora como el morado del sillón en el que se sienta.

—La familia de Jefe viene mañana —le dice al teléfono—. No, creo que no es necesario que vengas. Tienes que concentrarte en ponerte mejor. Sé que quieren suplicarme que le permita volver. Una de sus inútiles hermanas me envió un mensaje anoche; Jefe les ha estado pidiendo dinero. No tenía ni para ponerle gasolina al Mercedes. Siempre era yo la que le echaba gasolina a ese coche. —Se ríe con una risa triste y sacude la cabeza—. Ah, Kemi, qué tonta he sido. Tonta de remate.

«Sí, señora —le digo yo con los ojos—. Una tonta de mucho remate».

—¿Dónde estaba su familia cuando yo trabajaba tanto para hacerme una lista de clientes? ¿Para criar a nuestros hijos? ¿Para pagar las facturas? Tú eres mi hermana. —Se seca el ojo izquierdo con un dedo—. Sabes lo que he pasado con ese hombre. Lo que he sufrido para mantener a nuestra familia con mi negocio. Nunca te lo he dicho, Kemi, pero durante años yo traía a casa el dinero que ganaba y se lo daba a Jefe, y él se lo metía en el bolsillo y para colmo me pegaba y seguía teniendo novias. Aun así, yo le proporcioné ropas que llevar, me ocupé de él. Tapé su vergüenza. Miré para otro lado ante todas sus insensateces, pero que él me hiciera eso… con… ¡con Caroline Bankole de la AEWR! En mis propias narices. No, por favor, no me digas que me calme. No, no me estoy imaginando nada. Ojalá. Ya te dije que encontré el teléfono que usaba para llamarla. El muy idiota guardaba su número con el nombre de «Amorcito». ¿Amorcito? ¿Jefe llamando a alguien «amorcito»? ¡A mí jamás me llamó nada con la palabra «amor»! Kemi, ¿por qué me haces esas preguntas tontas? ¿Qué quieres decir con que si estoy segura? ¡Pues claro que estoy segura! ¡Me encaré con ella! Me dijo que la culpa era del diablo. ¿Del diablo? ¿Qué tontería es esa? Una mujer a la que llamaba «mi amiga». Mi amiga.

Se tapa la boca con una mano temblona para que no se oiga que llora y a mí me da un brinco el corazón al pensar en Caroline Bankole, la gata de ojos verdes y olor a naranjas amargas, la mujer que es buena con Chisom porque ella le guarda sus secretos, en la

noche en que Big Daddy hablaba por teléfono detrás de los cuartos de los chicos.

Eso debe de ser lo que Big Madam leyó en el teléfono el día que entró en mi habitación. Y la razón por la que sigue sin dejar entrar en la casa a Big Daddy y tiene esa pinta de que se va a morir en cualquier momento, del dolor y de la vergüenza que todo eso le hace pasar. Y yo aquí, pensando que estaba triste y enfadada porque Big Daddy quería violarme.

Ahora Big Madam escucha y dice que sí con la cabeza y suspira, pero no puedo oír lo que le dice la otra mujer.

—No sé en qué me ayudaría rezar ahora, Kemi —dice al final—. Ve a descansar. Lo necesitas.

Tira el teléfono a la cama y, cuando me mira, sus ojos me hacen un agujero en el corazón y ella echa su pena en él y me entierra a mí con ella.

—Masajéame los pies —dice, estirando las dos piernas delante de ella—. Tengo los tobillos hinchados.

Digo que sí con la cabeza, me agacho, le cojo los pies y me los pongo en las rodillas. Le restriego el pulgar y los otros dedos por los tobillos, por los dedos de los pies, despacio, como si al apretar le quitara todo el dolor que ha soportado durante tanto tiempo, liberándola de la prisión de sí misma, de su dolor.

Seguimos así un rato, ella tirando fuera el dolor, yo sacándoselo de las piernas, del cuerpo.

—Voy a hacer que lo arresten —dice de pronto, como pensando en voz alta—. Sí, eso es. Lo arrestarán por la desaparición de Rebecca y me aseguraré de que se pudra en la cárcel a menos que haga aparecer a esa chica. —Descansa la cabeza en el respaldo, cierra los ojos—. ¿Adunni?

—¿Señora?

—La noche que… que Big Daddy intentó… ¿Puede ser que me dijeras que Rebecca había escrito una carta?

—Sí, señora —digo mientras la esperanza crece dentro de mí. He estado esperando que me lo pregunte, esperando a que haga algo para ayudar a Rebecca.

—Quiero verla —dice—. Para leerla bien. Mañana me la traes a primera hora. Ahora necesito dormir. Me escuecen los ojos. Cántame algo.

—Sí, señora.

Y entonces le canto como si fuera mi mamá la que está sentada en ese sillón morado, como si quisiera vaciar toda mi voz y hacer con ella que Big Madam se sienta mejor. Canto como si quisiera hacer que Rebecca no esté desaparecida, que el esposo de Tia no tenga ese problema para dejarla preñada, como si quisiera no sentirme triste porque Big Madam se siente triste.

Cuando termino la canción y levanto la cabeza, los ojos de Big Madam están cerrados. De su boca abierta se escapan suaves bufidos de aire, pero la mandíbula se le sigue retorciendo cada uno o dos segundos, como si mordiera la poca paz que le queda en el alma y peleara por sujetarla con los dientes.

Pero la paz es tozuda; se le escapa de los dientes y se estrella alrededor nuestro.



CAPÍTULO 54

Hecho: Un estudio de 2003, llevado a cabo en 65 países, señalaba que, posiblemente, las personas más felices y optimistas del mundo viven en Nigeria.

Llevo despierta desde las cinco, tumbada en la cama y escuchando a un pavo real que grita como un duende malo del bosque, lejos, en una casa vecina, escuchando el roce de las hojas de los cocoteros contra las persianas de mi habitación, escuchando el sonido lejano que hace Kofi con las cazuelas y los platos en la cocina.

Noto el cuerpo tieso, como si necesitara aceite para moverme, alguna tarea doméstica para ponerme en marcha. Me levanto, saco la carta de Rebecca de debajo de la almohada, la doblo en un cuadrado muy bien hecho y me la meto en el sostén. Después de vestirme con el uniforme, me pongo los zapatos tomándome mi tiempo para pasar la tira de cuero, ya demasiado fina, por dentro de la hebilla, porque no quiero que acabe rompiéndose.

Fuera el aire es frío y una nube fina de humedad cubre la hierba. El cielo está muy claro, tanto que su color gris azulado parece no tener fin. Camino deprisa y en la cocina veo a Kofi, cortando rebanadas de pan con un cuchillo grande.

—Buenos días —le grito, y cojo la escoba de detrás del grifo de la cocina, en el patio trasero, le doy unos golpes al cepillo y empiezo a

barrer, otra vez, despacio, como si el suelo fuera el pelo largo, muy largo, de una amiga querida y mi escoba fuera el peine.

—Adunni —me llama Kofi—. Estaba esperando a que salieras. Ven, ven. Deja esa escoba.

Dejo la escoba en el suelo, me limpio las manos y entro en la cocina. Me paro delante del fogón de gas, cerca de él.

—¿Qué pasa?

—Acabo de recibir una llamada de mi amigo de la embajada —dice—. Me ha dicho que los resultados salieron ayer. Cuando termine mis tareas de la mañana, iré a ver si has entrado.

—Gracias, Kofi —le digo—. Tia también irá a mirar. ¿Big Madam se ha ido a la tienda? —le pregunto.

—Hoy no —dice Kofi, todavía susurrando—. Tenemos invitados en el vestíbulo. Las dos hermanas de Big Daddy. Y el propio idiota también está ahí. Han llegado hace unos minutos. Big Madam ha dicho que no los dejemos pasar al salón, así que están todos en el vestíbulo.

¿Big Daddy podría intentar hacerme algo malo hoy? ¿Con todo el mundo aquí?

—Adunni. —Big Madam entra en la cocina, vestida con un *bou-bou* negro, el negro del luto. Tiene los ojos tristes de una viuda joven, con una marca morada alrededor que ahora se ve más apagada—. ¿Qué estás haciendo aquí? Ve y come algo.

Me toco en el pecho.

—¿Yo? ¿Que coma algo?

—¿Tienes esa… carta? —pregunta.

—Sí, señora —digo—. ¿La quiere ahora, señora?

—Ya te llamaré cuando la necesite —dice—. Kofi, llévate a Adunni atrás y búscale algo de comer. Estoy esperando a un agente de policía. Jefe y su familia que se queden en el vestíbulo. Sírveles algo de comer si quieren, pero, por favor, no dejes que vayan a ninguna otra habitación de la casa, aparte del cuarto de baño de abajo.

Cuando Big Madam se marcha, Kofi sacude la cabeza.

—¿Un agente de policía? ¿Para qué? Me dijiste que Big Daddy no te había violado. ¿Por qué mentiste? ¿Y a qué carta se refiere?

—Big Daddy no me violó —le digo.

Y luego le cuento lo de la carta de Rebecca.

Me quedo en el patio de atrás, barriendo, hasta que Kofi me llama.

—¿Tengo que llevarle la carta? —pregunto al entrar en la cocina.

Kofi está de pies al lado de la puerta que lleva al vestíbulo, con la oreja pegada al cristal. Tiene harina en la nariz, un punto grande de polvo blanco en la piel suave.

—Ni una palabra —susurra, presionando un dedo contra los labios, sshh—. Ven, escucha lo que están diciendo.

Me acerco, con el corazón que me hace más ruido que los pies, y cuando estoy a su lado pego los ojos al cristal de la puerta. Veo sombras: la de Big Madam, una montaña grande y negra sentada detrás de un sol que se pone; la de Big Daddy, con su *fila* colocado como un avestruz pequeño durmiendo en su cabeza; y la de dos mujeres, una alta y otra baja, con los *geles* en la cabeza que parecen la sombra de dos manos gigantes.

—¿Dónde está el policía? —le pregunto a Kofi en voz baja.

—Aquel de allí. —Kofi apunta con el dedo a la sombra de un hombre que está al fondo a la izquierda.

La voz de Big Madam es la más fuerte y suena muy enfadada.

—Agente Kamson, como le informé por teléfono, quiero que se lleven a este hombre, mi esposo, para interrogarlo. Tengo razones para creer que está involucrado en la desaparición de mi anterior doncella. Creo que podría haberle hecho daño. ¡Lléveselo a la comisaría y arréstelo!

—¿Tiene pruebas de esa acusación, madam Florence? —pregunta el agente Kamson.

«¡La carta!», grito dentro de mi cabeza, apretando tanto la nariz contra el cristal de la puerta que tengo miedo de que se rompa en cualquier momento. Cuéntele a la policía lo de la carta de Rebecca.

—Vamos, Florence —dice Big Daddy—. Esto es ridículo. ¿Qué piensas que le hice a Rebecca? A Rebecca, precisamente. Ha desaparecido, muy bien: ¿y qué? ¡Podría haber huido y ya está! —Se vuelve hacia el agente de policía—. Agente Kamson, escuche. Le juro por el Dios de mis padres que no sé nada de la desaparición de

esa chica. Tengo mis debilidades, pero ¿hacer desaparecer a una chica? ¿Por qué iba a hacer algo así?

—¡Calla la boca! —grita Big Madam tan fuerte que todos pegan un brinco, incluidos yo y Kofi. Kofi hasta se pega con la cabeza en el cristal de la puerta; pero, antes que nadie pueda girarse a mirarnos, Big Madam dice—: ¿Por qué no le cuentas al agente Kamson el lío que tienes con una de mis mejores amigas, Caroline Bankole?

El silencio cae como una tormenta repentina, un trueno que no truena.

La respiración que entra y sale de Big Madam es el único ruido que se oye durante mucho rato, hasta que una de las dos hermanas se hunde en el sofá y se lleva la mano a la cabeza.

—Dios nos asista. Todo esto es obra del diablo.

—Y un cuerno, del diablo —susurra Kofi—. Mis pelotas, del diablo.

—Madam Florence —el oficial Kamson se balancea de un pie al otro—, entiendo que esté molesta con su esposo, y con razón. Pero usted ha hecho venir a las fuerzas del orden nigerianas por una razón. ¿Por qué cree que su esposo puede tener que ver con la desaparición de Rebecca? Ya sabemos que las doncellas van saltando de un empleo a otro, ¿verdad? Que nosotros sepamos, nadie ha denunciado su desaparición. Y… —se aclara la garganta—, si usted sospecha que tenía una aventura con su esposo antes de desaparecer, señora, entonces lo lógico sería que me acompañaran los dos para hacerles unas preguntas.

—¿Yo también? —pregunta Big Madam, mientras se lleva rápido las manos al pecho—. ¿No le habló su jefe de mí antes de enviarlo aquí? Le estoy diciendo que se lleve a mi esposo y que lo arreste y usted me habla de investigarme a mí, de interrogarme a mí. ¡Debe de estar loco!

—Florence, por favor —dice Big Daddy, y todos se vuelven a mirarlo. Se pone de rodillas delante de Big Madam—. Por favor, dile al agente Kamson que se vaya para que tú y yo podamos hablar del asunto de Caroline, de marido a mujer. Fue un gran error, una terrible equivocación, terrible. Puedo explicártelo todo.

Big Madam dice que no con la cabeza y se limpia la cara con el borde de su *bou-bou*.

—Por favor —dice la hermana de Big Daddy—, vamos a dejar a un lado ese asunto de la desaparición de Rebecca para que nuestro hermano pueda volver a casa. ¡Míralo ahí! ¡De rodillas! Ya está sufriendo bastante. No tiene ningún sitio donde vivir. Por favor, Florence, acepta que vuelva. Mañana reuniremos a todos, a toda la familia, para discutir el otro asunto.

Big Madam suelta un suspiro muy hondo. Parece que esté perdiendo en la lucha por su vida y yo siento el impulso de saltar adelante, pegar un portazo y decirle que les enseñe la carta de Rebecca. Que les cuente lo que me pasó a mí. Pero Kofi me nota el espíritu impulsivo, la rabia de mi alma, y entonces me aprieta la mano con la suya como diciendo «con calma, Adunni, con calma».

—Puede irse, agente —dice Big Madam en voz baja, tranquila—. Creo… Me pondré en contacto con ustedes cuando los necesite. Perdone las molestias. —Se gira hacia Big Daddy y dice—: Jefe, no quiero verte nunca más en mi casa. Abu empaquetará tus cosas. Recógelas cuando te las lleve a la verja. Y no te olvides de darle las llaves del coche.

La tos del agente Kamson rompe el momento de silencio provocado por la sorpresa.

—Creo que…, eh…, que voy a retirarme —dice con un saludo rápido—. Por favor, recuerden que estamos aquí para servirles. Espero que solucionen lo que parece ser solo un asunto doméstico. Llámennos cuando haya algo que investigar.

No puedo dejar que el policía se vaya sin la carta, sin saber lo que le pasó a Rebecca, sin saber si podrán encontrarla o si está muerta. «No. No. No».

—No —digo dentro de mi cabeza, pero creo que me equivoco y aprieto un mando a distancia que me sube la voz, porque la verdad es que no suena dentro de mi cabeza, sino que está fuera y llena toda la cocina y entonces todas las sombras del salón se giran a mirar a la puerta, al sitio donde estamos yo y Kofi, donde estoy pegando al cristal de la puerta con los dos puños y donde Kofi me

está tapando la boca con la mano mientras me arrastra para apartarme de la puerta.

Estoy fuera, en el sol de la mañana, sentada en una piedra del jardín. Todo el rato se me llenan los ojos de lágrimas que me ahogan la garganta y me hacen toser. No fui capaz de luchar por Khadija y ahora no estoy luchando tampoco por Rebecca. Me destroza saber que tengo tanto poder con la carta, pero que ese poder desaparece del todo si Big Madam no se la da a la policía. No sé cuánto tiempo paso así, llorando sin final, hasta que Kofi sale.

—*Chale*, ¿aún estás llorando? —dice—. Me apuesto mi casa nueva de Kumasi a que Big Daddy vuelve. Tendrá que suplicar mucho, pero algún día Big Madam aceptará que vuelva porque lo necesita más que él a ella. ¿No es triste que, en esta parte del mundo, los logros de una mujer queden reducidos a nada si no está casada? En fin, levántate. Te necesitan.

—Me necesitan ¿dónde? —pregunto, mirándolo con los ojos hinchados y doloridos de tanto llorar.

—Big Madam te llama —dice—. Está en el salón.

—¿Para qué me necesita? —pregunto, pero Kofi se encoge de hombros.

—Está de un humor de perros. Buena suerte.

Cuando me he limpiado la cara y entro en la cocina, saco mi teléfono para mirarlo rápido y veo un mensaje de Tia que lleva allí casi una hora:

¡¡Adunni!! ¡¡Has entrado!!
¡Has ganado una plaza en el programa!
¡No voy a esperar NI UN DÍA MÁS!
Me enfrentaré a Florence si es necesario.
¡¡Voy a por ti ahora mismo!!
Empaqueta tus cosas.
BS

Me quedo allí parada en medio de la cocina, de espaldas a Kofi que está poniendo platos y cucharas en el lavavajillas mientras silba feliz,

ocupado con su trabajo sin recordarse de Adunni ni de todos sus problemas.

Leo otra vez el mensaje con mi voz atrapada en el pecho, un susurro dentro de un recipiente cerrado; con los ojos muy abiertos y luego con los ojos cerrados, dentro de una oscuridad muy negra donde las palabras corren brillantes y se vuelven una cinta de fuego, de esperanza.



CAPÍTULO 55

Cuando entro en el vestíbulo, Big Madam está sentada en el sofá, al lado del acuárium, mirando al suelo.

Tia se lanza hacia mí nada más verme y yo respiro hondo, me tranquilizo oliendo su perfume a aceite de coco y a lirios.

Ahora su aspecto es mucho mejor. Lleva el pelo recogido en un moño grande que se sujeta hacia atrás con una goma roja. Y en la cara ya no tiene muchas marcas y la piel se ve otra vez lisa.

—Su cara —le digo—. Ahora está bien.

—El aceite de palma hizo milagros —me dice, guiñando un ojo—. ¿Estás bien? ¿Has estado llorando?

—Ya estoy bien —digo.

—Adunni, escucha —dice Tia—. Tu señora y yo hemos estado hablando de tu futuro. Está enterada del programa y dice que puedes venir conmigo hoy, pero insiste en hablar un momento contigo antes de dejarte ir.

Big Madam se levanta y con los dedos me hace señal de acercarme.

—Ven conmigo.

—Florence… —La voz de Tia es baja, como una advertencia.

—Solo quiero hablar un momento con ella —dice Big Madam—, a solas.

—Entonces saldré de la habitación —dice Tia, y me dice que sí con la cabeza, sale al vestíbulo y cierra la puerta sin ruido.

Big Madam extiende la mano.

—¿La carta?

Digo que no con la cabeza.

—Dame ahora mismo la carta o te lo pondré muy difícil para irte. No me importan las amenazas de Tia. Al final, la que sufrirá serás tú si te pongo las cosas difíciles.

Me pesa el corazón mientras me meto la mano en el sostén, saco la carta y se la doy.

Me la quita de las manos y empieza a leer, los ojos corriendo por la carta, leyendo deprisa, la cara sin sentimiento. Ni siquiera cuando ve la sangre seca. Después, despacio, empieza a romper la carta en pedazos.

La miro con susto mientras, poquito a poquito a poquito, una lluvia de papel con tinta negra le llueve de las manos y cae flotando hasta el suelo. Una pregunta, o dos preguntas, se me disparan con tanta fuerza en la cabeza que casi me cortan la respiración.

¿Y si fue Big Madam y no Big Daddy la que hizo desaparecer a Rebecca y que le saliera sangre? Y, entonces, ¿sería por eso por lo que Rebecca escribió que tenía miedo de que Big Madam le hiciera algo malo? ¿Por qué Big Madam no ha arrestado a Big Daddy cuando estaba el policía? Recuerdo la noche que le conté que Rebecca había escrito una carta y que entonces no parecía demasiado sorprendida. Triste, cansada, pero no sorprendida. ¡Ni siquiera la leyó! Lo único que parecía enfadarla era el asunto de Caroline Bankole.

Le miro la cara buscando respuestas, pero solo veo una cortina de tristeza, pena y dolor.

—Señora, había sangre en esa carta —digo—. En la carta que acaba de romper.

—Ya lo sé —dice Big Madam, hablando bajo—. La he visto.

—¿Por qué ha dejado que la policía se fuera? —pregunto—. ¿Por qué ha rompido la carta si sabe que a lo mejor Big Daddy mató a Rebecca o la hirió o hizo que ella…? —Empiezo a levantar la voz y Big Madam levanta la mano, el miedo cada vez más grande en su cara.

—Deja de levantar la voz, Adunni.

—¿Qué le pasó a Rebecca? —pregunto—. Si no me lo dice enseguida, gritaré y gritaré y le contaré a todo el mundo lo que pasó. Les contaré que usted mató a Rebecca.

Se ríe con una risa amarga de sorpresa.

—¿Yo? ¿Matar yo a un ser humano? ¿Tan mal piensas de mí? —Suspira—. Adunni, no te debo ninguna explicación, pero te diré algo. Rebecca no está muerta. Nadie le hizo daño. Sé que Jefe la dejó embarazada. Siempre lo he sabido. El día que se fue de esta casa, yo la llevé en coche.

—¿Y la sangre? —pregunto—. La de la carta. ¿Por qué está ahí?

—¿Dónde encontraste esa carta?

—Debajo de mi cama —miento, porque no quiero meter a Abu en líos, así que tampoco puedo hablar del asiento mojado del coche, porque sé que a lo mejor también estaba lleno de sangre antes que alguien lo limpiara—. ¿Qué le pasó para que le saliera sangre?

—Esto debe quedar entre tú y yo —dice Big Madam, mirándome. Dentro de sus ojos veo cien bocas muy abiertas, gritando una advertencia—. El día que Rebecca se fue, yo estaba en casa, enferma. Mi esposo no sabía que no me había ido a la tienda. Él y yo no nos hablábamos, casi nunca nos hablamos. Necesitaba a Rebecca para que me preparara algo de comer, porque Kofi había salido, y, como la llamé y no me contestó, tuve que ir a buscarla a su habitación. Cuando llegué allí, ella tenía mucho dolor. Se quejaba, se agarraba el estómago, trataba por todos los medios de quitarse las cuentas de la cintura. Estaba muy mal, sufriendo de verdad. Dijo que se había bebido algo, una cosa que le había dado mi esposo. Debía de estar escribiendo la carta que encontraste cuando le empezó el dolor, porque la vi encima de la cama cuando salí corriendo a buscar ayuda.

—Vi las cuentas de cintura —digo—, en su ventana.

«Se las quitó porque la barriga se le estaba retorciendo de dolor».

Big Madam se encoge de hombros.

—Debió de dejarlas allí mientras nos preparábamos para salir. Al final la arrastré al coche yo misma, porque no había nadie en casa. Había mandado a Abu a entregar un pedido urgente de tela a la

ciudad y no sé dónde estaba Jefe. Sospecho que le dio la droga para que abortara y luego se fue a dar un paseo y la dejó allí para que expulsara el bebé. Un bebé que era también suyo.

Se para un momento, se balancea un poco sobre los pies y después se queda otra vez quieta.

—La llevé al hospital. De camino, Rebecca empezó a sangrar. Resultó que estaba ya de cuatro meses. No sé cómo no vi que le había crecido la barriga. Y estaba perdiendo el bebé. Me dijo que mi esposo era el responsable y que el malnacido le había prometido casarse con ella. El médico pudo controlar enseguida la sangre. Lo arreglé para que le dieran el alta, le cogí el teléfono móvil, borré todos los mensajes que se habían enviado Jefe y ella y la llevé a la estación de autobuses más cercana. Le di algo de dinero y le dije que se marchara de Lagos y no volviera nunca. No volvió a su pueblo, porque el señor Kola lo habría averiguado y me lo habría dicho, pero nunca ha vuelto a aparecer en mi vida. Y yo, tonta de mí, le pedí al señor Kola que me trajera una chica mucho más joven para ser mi nueva doncella. No sabía que estaba casada con un animal, una bestia. La edad le da igual. Todo le da igual, absolutamente todo. —Suspira—. Ve y coge tus cosas, Adunni.

Miro los papelitos desparramados por el suelo, sin moverme de donde estoy.

—¿Cómo sé que no me está diciendo una mentira, señora? —le pregunto, aunque creo que está diciendo la verdad. Y también creo que Rebecca se llevó la carta al coche y la escondió allí, a lo mejor por error o porque esperaba que alguien la viera.

—Nuestra conversación ha terminado —dice Big Madam—. Ahora vete, coge tus cosas y sal de mi casa. —Y después, levantando la voz, dice—: Señora Dada, puede entrar. Adunni y yo hemos terminado.

Tia vuelve dentro, ve los papelitos en el suelo y dice:

—Pero ¿qué demonios…?

—Adunni y yo hemos terminado —repite Big Madam—. Puede ir a coger sus cosas.

Voy corriendo a mi habitación y, al llegar, me quito los zapatos y los pongo debajo de la cama. Me quito también el uniforme, lo doblo y lo dejo en la cama. Me pongo mi vestido y mis sandalias de Ikati.

Miro alrededor despacio, la cama, el armario del rincón, los zapatos de Rebecca en el suelo, el uniforme doblado encima de la cama.

Empiezo a meter mis cosas en la bolsa de nailon: la biblia de mi mamá, los novecientos naira que me traje de Ikati, los lápices y el cuaderno, los libros de gramática y el de *Mejora tu inglés*. Cojo las cuentas de cintura de Rebecca, me quedo mirándolas mucho rato y, con las manos temblando, las meto también en mi bolsa. Si ella es de Agan, a lo mejor algún día la veo y puedo dárselas.

Siento la tristeza que me arrastra fuerte al pensar en Ikati y en cuando yo tenía cinco o seis años y jugaba en el río con Enitan, salpicándonos de agua la cara, riéndonos sin saber nada de lo que la vida nos traería. La cabeza me da vueltas otra vez, como una rueda arrojada desde lo alto de una montaña, mientras pienso en mi mamá y en su risa, que sonaba como diez estornudos bajitos; en Khadija, mi amiga, y en tantas noches que nos tumbamos juntas en la estera de su cuarto, contándonos historias hasta muy tarde por la noche. Pienso en Rebecca y digo una oración para que, allí donde esté, encuentre la paz.

Y es al pensar en Kayus, al que he tenido encerrado en mi mente durante tanto tiempo por miedo a volverme loca del dolor de echarlo de menos, cuando las rodillas se me doblan de pronto.

Caigo al suelo y empiezo a llorar: por mamá, que pasó todos sus días, enferma o no, recogiendo dinero para pagar la escuela, a veces friendo cien *puff-puff* para venderlos bajo el sol ardiente de Ikati y muchas veces volviendo por la noche a casa con lágrimas en los ojos por no haber podido vender ni uno. Lloro por papá, que cree que una niña es un desperdicio inútil, una cosa sin voz, sin sueños, sin cerebro.

Lloro por Big Madam, con su gran casa y la gran jaula de tristeza que le encierra el alma. Por Iya, que fue buena conmigo porque mi mamá fue buena con ella. Por Khadija, que vivió y murió por el amor

de un hombre que la dejó morir. Y por mí misma, por perder todo lo bueno y alegre, por el dolor del pasado y la promesa del futuro.

Lloro con un quejido suave que me azota y me cura a la vez el corazón…, hasta que alguien me llama desde lejos, con un sonido que me corta los quejidos tan de pronto como si alguien hubiera arrancado la corriente de un río de la fuente donde nace.

Me seco la cara, me levanto y cojo el colgador que hay dentro del armario. Arrodillada en la cama, estiro y doblo y extiendo el colgador hasta que es una línea fina, un lápiz de metal sin tinta. Despacio, empiezo a raspar en la pared con la punta. Raspo y raspo, soplando los trocitos de pintura blanca que se desconchan, marcando las letras con sus curvas bien fuerte en la pared, hasta que el cuello y los dedos me duelen de tanto doblarlos y apretar.

Cuando termino, me bajo de la cama y cojo la bolsa de nailon con mis cosas. Desde la puerta, miro a la pared, a lo que he marcado en ella. La *C* es la mitad de un cuadrado y la *A* es casi un triángulo, pero puedo leer las palabras:

ADUNNI Y REBECCA

Salgo de la habitación, cerrando la puerta al recuerdo de todo lo triste y amargo y alegre vivido allí, sabiendo que, aunque todo el mundo se olvide de Rebecca, o de mí, la pared de la habitación que compartimos les recordará que estuvimos aquí. Que somos humanas. Personas de valía. Importantes.



CAPÍTULO 56

—¡He entrado, Kofi! —grito cuando llego a la cocina—. ¡Voy a ir a la escuela!

Kofi deja caer la bola de masa que tiene en la mano, viene adonde estoy y me da un abrazo rápido.

—Ah, Adunni. ¡Acabo de oír de pasada lo que la esposa del doctor le estaba diciendo a Big Madam! ¡Has entrado! Felicidades. —Sorbe por la nariz, se seca un ojo con la punta del delantal—. Conozco la escuela y en algún momento iré a verte. Pero cuando visites a Tia, por favor, llámame. Te he metido mi número en el teléfono.

Abro mucho los ojos.

—¿Sabes que tengo un teléfono?

—*Chale*, lo supe el mismo día que te lo dieron. Hasta me sé la contraseña. He guardado el número con el nombre de *Chale*. ¿Me llamarás alguna vez, amiga mía?

Me pongo a reír llorando, de alegría.

—Gracias, Kofi, amigo mío —digo—. Por empujarme a pedir la beca. Por todo.

Kofi rechaza mis «gracias» con un gesto de la mano.

—Lo único que hice fue darte la información y animarte. Habría hecho lo mismo por mi hija. Todo el trabajo duro lo hiciste tú. Tú y esa mujer, la esposa del doctor. —Baja la voz—. Y bien, ¿qué ha hecho Big Madam con la carta?

—La ha rompido…, la ha roto toda —digo, hablando bajo.

Kofi pone ojos tristes.

—Si hubiera sospechado que a Rebecca le pasaba algo terrible, habría hecho más por ella.

—Ya no podemos —digo—. Big Madam me ha dicho lo que pasó.

Cuando se lo cuento a Kofi, los ojos pasan de tristes a más grandes y después se calman.

—Esperemos que esté bien, allí donde se encuentre. Tú has hecho todo lo que has podido por ella. —Me da dos palmaditas en las mejillas—. Ve y disfruta de tu nueva vida. Cuando mi casa esté terminada, puedes venir a visitarme.

—¿Y qué pasa con todo mi salario? ¿Debería preguntárselo a Big Madam?

—Olvida eso, *chale* —dice—. Siempre te he dicho que apliques la sensatez en todo lo que haces. Se te presenta una oportunidad única para ser libre. ¡Mejor que la cojas y salgas corriendo!

Dejo a Kofi y corro a la casa principal, pero, antes de ir donde están Big Madam y Tia, paso por el comedor y entro en la biblioteca.

—Gracias —les digo a todos los libros de las estanterías—. Gracias —le digo al *Libro de hechos sobre Nigeria*, tocando la tapa con el mapa brillante y el color verde-blanco-verde de la bandera nigeriana y las letras de tantos y tantos hechos escritos en sus páginas—. Gracias —les digo al *Collins* y a todos mis amigos libros por ayudarme a encontrar mi libertad en esta cárcel de la casa de Big Madam.

Me quedo allí un momento, callada, quieta y mirando a las estanterías como si fueran la tumba de mi mamá, y mis «gracias» son la arena que echo en su ataúd, solo que esta vez mi tristeza está mezclada con alegría y agradecimiento.

Me quedo allí hasta que lo sé, hasta que siento que algo caliente se libera dentro de mí y sé que es hora de irse. Cuando salgo de la biblioteca, no cierro la puerta. La dejo abierta para que el espíritu de todos los libros me siga.

—¡Has tardado una eternidad! —dice Tia cuando llego al vestíbulo. Baila de un pie al otro, sus ojos parecen de fuego—. ¿Todo empaquetado y lista para irnos?

Big Madam está sentada en el sillón, al lado del acuárium, con la cabeza baja y dándole vueltas y más vueltas al teléfono móvil que tiene en la mano.

—Estoy lista —digo.

—Señora Dada. —Big Madam levanta la cabeza. Nunca la he visto más triste, confundida y enfadada, todo a la vez—. Adunni es una… una chica muy lista. Ella… me ha servido bien. Buena suerte con ella. Y Adunni. —Se levanta con esfuerzo del sofá y viene delante de mí, con los ojos como un fuego débil, como una llama cansada—. Lo mejor para ti será que te ocupes de tus asuntos y mires por tu futuro —dice despacio, casi en un susurro—. Mira por tu vida. ¿Entiendes-lo-que-digo?

Entiendo las advertencias silenciosas en esas cuatro palabras que forman la pregunta: no debes decir una palabra a nadie de lo que había en esa carta. Ni de lo que te he contado. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo —digo—. Adiós, señora.

Big Madam asiente, pero no responde. Se da media vuelta, sale de la habitación y cierra la puerta con un clic suave. Por un momento, Tia y yo nos quedamos con la vista en la puerta como esperando que se vuelva. Pero Big Madam no se vuelve. Al contrario, se oyen sus pasos ruidosos subiendo las escaleras, con un sonido cada vez más bajo, hasta que una puerta se cierra con un ruido tan fuerte que tiembla toda la casa.

—¡Por Dios santo! —dice Tia en voz baja—. ¿Podemos largarnos de este maldito sitio ahora mismo?

Salimos del vestíbulo, cerramos la puerta y empezamos a caminar hacia la verja.

—¿Por qué quería hablarte en privado? —pregunta Tia cuando hemos pasado ya el primer grupo de maceteros—. Habéis estado hablando un buen rato. ¿Era por ese papel roto que había en el suelo? ¿Era una carta?

Empiezo a pensar en alguna mentira para terminar con el asunto, para no tener nunca que hablar otra vez de él, pero sé que no puedo dejar que Big Madam me encierre en una caja de miedo, en una cárcel de la mente, después de haberme liberado de la cárcel de su casa.

—Sí —contesto—. La carta es sobre Rebecca, de Rebecca. —Miro atrás a la casa de Big Madam, tan grande y poderosa y triste—. Se lo contaré todo esta noche.

Qué bien sienta poder decírselo así, decirle que ella y yo hablaremos, cara a cara, de voz a voz, y no con mensajes de texto donde no se ve tristeza ni enfado ni ningún sentimiento.

Y sienta bien devolverle a Big Madam su caja de miedo. Poner la llave encima de la caja y dejarla en su recinto, en su casa, donde tiene que estar.

—¿Cómo van las cosas con el doctor? —le pregunto a Tia. Camino más deprisa, más recta—. ¿Mejor?

—Han pasado tantas cosas —suspira—…, pero creo que lo superaremos.

—¿Lo cree? —pregunto, parándome y poniendo la mano de tejado sobre los ojos, para poder mirarla a la cara.

—Lo creo, sí —dice—. Hemos decidido explorar lo que llaman «adopción». ¿Sabes lo que es?

Niego con la cabeza y empiezo a decir que lo buscaré en el Collins, pero entonces recuerdo que he dejado atrás ese libro, que estoy dejando atrás una vida para empezar otra.

—Ya te hablaré de ello —dice Tia, cogiéndome la mano y apretándola fuerte—. Porque mañana será mejor que hoy, ¿no?

Al principio, no le contesto.

Mi cabeza no puede imaginar un día mejor que hoy, con el azul-gris interminable del cielo y el olor de una nueva esperanza y una nueva fuerza en el aire, pero sé que llegará un día en que volveré a ver a papá, a Kayus y a Born-boy, un día en que visitaré Ikati sin miedo o, a lo mejor, en que ellos me visitarán a mí.

Llegará un día en que mi voz sonará muy fuerte por toda Nigeria y todo el mundo, en que podré abrir un camino a otras chicas para que tengan su propia voz fuerte, porque sé que cuando termine mi educación encontraré la manera de ayudarlas a ir a la escuela.

Llegará un día en que me convertiré en maestra, enviaré dinero para que papá se compre un coche o se construya una casa nueva, o a lo mejor hasta puedo construir una escuela en Ikati en memoria de mi mamá y de Khadija, y quién sabe qué más me puede traer el

mañana. Así que digo que sí con la cabeza, porque es verdad, el futuro siempre está en marcha, siempre ocupado desplegando cosas mejores, y, aunque no siempre parece que sea así, tenemos la esperanza de que sí lo sea.

Empezamos el camino de cinco minutos hasta la casa de Tia en el silencio de la mañana, atravesando las grandes verjas negras que yo limpiaba cuatro veces al día con el grueso paño amarillo de la cocina, y seguimos por Wellington Road, con sus casas llenas de pavos reales gritones —las aves de corral de los ricos—, y llegamos por fin al recinto de Tia, donde la casa blanca con el espejo del tejado hace muchos guiños de luz, como diciéndome: «Bienvenida, Adunni, bienvenida a tu nueva libertad».



Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias:

A Dios, por cada aliento y por cada palabra, por bendecirnos con esos dones y los que vendrán en el futuro.

A Felicity Blunt, por el intenso trabajo que dedicó a este libro. Eres increíble y asombrosa y, simplemente, la mejor. A Emma Herdman y Lindsey Rose, mis magníficas editoras a ambos lados del Atlántico, quienes trabajaron conmigo con la mayor bondad, respeto y gentileza. Gracias a las dos por vuestras excelentes sugerencias y vuestra paciencia durante mis sucesivas correcciones del texto. Al fantástico equipo de Curtis Brown UK, ICM Partners y Sceptre and Dutton, incluidos Jenn Joel, que defendió e impulsó este libro en Estados Unidos, Rosie Pierce, Melissa Pimentel, Claire Nozieres, Louise Court, Helen Flood, Amanda Walker, Jamie Knapp, Leila Siddiqui y toda la gente maravillosa que ha trabajado y continúa trabajando sin desmayo por este libro.

A Caroline Ambrose por crear el Bath Novel Award, por ayudar a forjar destinos y trabajar tan intensamente para dar una oportunidad a escritoras como yo. Ganar el Bath Novel Award en 2018 me cambió la vida. A Julia Bell, por esas conversaciones en su despacho o en clase y por dirigir incansablemente el mejor taller de escritura de la historia. Al Birkbeck MA SuperGroup, por sus comentarios cruciales y los ánimos durante nuestro año de máster y por los muchos jueves por la noche que hemos pasado desde entonces. Al profesor Russell Celyn Jones, por leer las primeras tres mil palabras

y abrirme los ojos a la posibilidad de cumplir el sueño de toda una vida.

A mi adorada familia. A la profesora Teju Somorin, por respaldar y defender mis progresos de todas las formas posibles. Al ingeniero Isaac Daré, quien siempre me llamó «duquesa» porque, a sus ojos, yo era de la realeza y porque, a pesar de su agenda, sacó tiempo para leer y darme su opinión de absolutamente todo lo que he escrito. A Segs, una persona incomparable y maravillosa y todo lo que exista entre esos dos términos. A «Yemi», quien creyó en mí desde el primer día, y a mis hijas, que son el latido que me impulsa e inspiraron y nutrieron esta novela de muchas maneras. A la señora Modupe Daré y la señora Busola Awofuwa, Sis Toyin, Aunty Joke, Olusco y las chicas, por sus comidas calientes, sus oportunas palabras, su amor y aliento y por todo lo que hacen. A Wura de Glitzallure Fabrics, por las rápidas llamadas de última hora para instruirme sobre telas. Os quiero a todos más de lo que puedo expresar con palabras.

A Adunni, por compartir tu mundo conmigo. Llegaste en el momento en que más frustrada me sentía en mi aventura como escritora. Oír tus primeras palabras en un inglés roto y desesperado, primero susurradas en mi oído cierta mañana y después con una voz fuerte y persistente durante casi tres años, supuso un cambio absoluto para mí, para ti y espero que también para otras chicas como tú. Y gracias a vosotros, queridos lectores, por este viaje y, ojalá que también, por los que habrán de venir.

Gracias.

Todos los hechos sobre Nigeria recogidos en este libro están disponibles en internet.